

ELLE CASEY

*Número.
equivocado,*

TRADUCCIÓN DE
ANA ALCAINA

HOMBRE
PERFECTO

amazon crossing 

*Número,
equivocado,*
**HOMBRE
PERFECTO**

*Número.
equivocado,*
**HOMBRE
PERFECTO**

ELLE CASEY

TRADUCCIÓN DE
ANA ALCAINA

amazoncrossing 

Título original: *Wrong Number, Right Guy*

Publicado originalmente por Montlake Romance, Estados Unidos, 2015

Edición en español publicada por:
AmazonCrossing, Amazon Media EU Sàrl
5 rue Plaetis, L-2338, Luxembourg
Octubre, 2017

Copyright © Edición original 2015 por Elle Casey

Todos los derechos están reservados.

Copyright © Edición en español 2017 traducida por Ana Alcaina
Producción editorial: Wider Words
Diseño de cubierta por: PEPE *nymi*, Milano
Imagen de cubierta © Chris Tobin © PeopleImages/Getty Images

Primera edición digital 2017

ISBN: 9781542045483

www.apub.com

Sobre La Autora

Elle Casey es una prolífica autora estadounidense cuyas novelas aparecen con frecuencia en las listas de superventas de *The New York Times* y *USA Today*. Ha trabajado como profesora y ha ejercido de abogada. En la actualidad vive en Francia con su marido, sus tres hijos y varios caballos, perros y gatos.

Ha escrito más de cuarenta novelas en menos de cinco años y le gusta decir que ofrece a sus lectores un amplio surtido de sabores en el género de la ficción. Entre esos sabores están la novela romántica, la ciencia ficción, la fantasía urbana, las novelas de acción y aventura, las de suspense y las de temática paranormal.

Sus libros incluyen las series Rebel Wheels, Just One Night, Love in New York y Shine Not Burn.

Número equivocado, hombre perfecto es su primer libro publicado en español y el primero de la serie Bourbon Street Boys.

Para mi madre, mi fan número uno

Índice

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Capítulo 53](#)

[Capítulo 54](#)

Capítulo 1

A mi hermana le va a dar un infarto, aunque eso no es ninguna novedad. Sus tres hijos la ponen de los nervios, pobre. Saco el teléfono para leer su último mensaje.

Hermana: No puedo más. Me llevo a los marranos al centro sideral.

«Qué raro», pienso. Es verdad que la sacan de quicio, pero hasta el extremo de decir una cosa así de sus hijos... Y sí, se ensucian mucho, pero ¿desde cuándo los llama «marranos»?

Yo: ¿«Marranos»? ¿Y «centro sideral»?

Su respuesta llega al cabo de unos segundos.

Hermana: «Enanos», quería decir «enanos», no «marranos». Maldito corrector automático...

Y dos segundos más tarde:

Hermana: ¡Aaargh! Y «centro comercial», no «centro sideral». Quería decir que me los llevo al centro comercial. Y me voy a cargar al puerco que se ha meado en mi parto, pedazo de membrillo.

Me parto de la risa.

Hermana (otra vez): ¡Mierda! ¡Maldito autocorrector de mierda! Me voy a cargar al perro que se ha meado en mi patio: está todo amarillo. Pérame un pino ámbar.

Hermana (una vez más): ¡NO PUEDE SEEER! «Pégame un tiro, anda», no «pélame un pino ámbar». ¿¿SE PUEDE SABER QUÉ COJONES TE PASA, AUTOCORRECTOR??¿¿POR QUÉ ERES UNA MIERDA TAN GRANDE??

Casi no puedo ni pulsar las teclas del ataque de risa que me ha dado.

Yo: Llama al padre de las criaturas y tómate un tranquilizante, anda. Voy enseguida.

Hermana: Necesito un teléfono nuevo. Me voy a la mierda a comprar uno.

Yo: Mmm... Esa sí sería una transacción interesante... ¿Acepta tarjetas de crédito?

Hermana: «TIENDA», NO «MIERDA». Y me voy a labrar el corrector automático.

Yo: Di que sí, hermanita; labrar los correctores automáticos es un ejercicio muy sano.

Hermana: Cállate. Me voy a librar de él, no a labrarlo. Malditos colectores automóbiles...

Debe de haber tirado la toalla, porque eso es lo último que leo de su colector automóvil..., ¡huy! Perdón, de su corrector automático.

Sin parar de reír, vuelvo a la pantalla de inicio del teléfono, cerrando los mensajes de texto mientras me tumbo en el sofá a disfrutar de mi plácida existencia de mujer soltera sin hijos.

Mi hermana Jenny empezó pronto en la vida; como yo, ella también tenía

prisa por irse de casa, estaba ansiosa por abandonar el caos de tristeza y amargura que había creado nuestro padre con sus continuas infidelidades. Jenny tuvo su primer hijo a los veintidós y a los veintiocho ya iba por el tercero, momento en el que se plantó. Ahora, a los treinta y dos, está divorciada y, básicamente, va como loca por la vida, intentando hacer de padre y madre a la vez y trabajando a jornada completa, todo mientras su ex se comporta como si tuviera otra vez dieciocho años y sale con mujeres demasiado jóvenes para ser algo más que universitarias. Es patético.

Yo no pienso seguir ese camino, ni hablar. Ya he visto los estragos que causa a su alrededor. Que no, que por ahí no paso. El compromiso es algo genial cuando encuentras al hombre adecuado; lo he visto con mis amigas. Desde luego, hay gente con suerte. Pero de momento, no estoy segura de que exista el hombre ideal para mí. Cuando me huelo la menor sospecha de mentira, o incluso una verdad a medias, me largo y punto. Hasta la vista, *baby*; cortando, que es gerundio. Te va a crecer la nariz como a Pinocho, listillo.

Estoy soltera y me encanta, tengo veintinueve años, trabajo de fotógrafa *freelance* especializada en bodas y retratos, y desde luego no busco pareja. Acabo de poner punto final a una relación muy larga que debería haber sido muy corta y me he propuesto no volver a salir con ningún hombre durante una buena temporada. Por lo que a mí respecta, es mejor no haber querido nunca que haber querido y que te hayan mentido. Necesito un poco de tiempo para centrarme en mí misma y solo en mí misma, y como mi agenda está bastante vacía, mi plan va a funcionar a las mil maravillas. Consiste en quedarme en el estudio o salir a localizar exteriores cuando tengo algún encargo, echarme unas buenas siestas, dedicarme a la jardinería, ir al río por las tardes a dar relajantes y maravillosos paseos, y beber cantidades ingentes de vino entre una actividad y otra. Nada se va interponer en mi propósito de disfrutar al máximo de mi último año en la veintena. Nada, ni siquiera los pequeños enanos marranos y la loca de su madre.

Llevo planificando este programa autoimpuesto de volver a la esencia de la verdadera May Wexler desde hace ya bastante tiempo. Desde que me gradué en Fotografía por la Universidad de Nueva York, me he propuesto dejar atrás las cosas que me alejaron de mi familia y me llevaron hasta el otro extremo del país para obtener el título, pero a pesar de que han pasado ya más de cinco años, aún no he conseguido alcanzar ese objetivo tan escurridizo.

Sí, ya sabía que necesitaba exorcizar mis demonios apenas un par de años después de graduarme, y por eso me vine de nuevo a vivir al sur y me instalé a escasos kilómetros de mi hermana mayor en Nueva Orleans, el lugar donde aterrizó ella después de la universidad.

Jenny es mi roca, el hombro en el que siempre puedo apoyarme. Sin

embargo, el hecho de mudarme aquí para estar cerca de ella no hizo que desapareciera como por arte de magia la mochila emocional que llevo a cuestas, ni tampoco que se metiera ella solita en el trastero. Los fantasmas del pasado de mi familia aún me persiguen, aún me acechan, aún influyen en la percepción que tengo de mí misma, de mi vida y de todos y cada uno de los hombres con los que entro en contacto en el aspecto romántico. La verdad es que es muy, muy triste.

A Jenny le va mucho mejor que a mí en el tema de la autoayuda. Después de enfrentarse a su propio fracaso sentimental, una relación rota por las infidelidades de su ex, mi hermana ha llegado a un punto en que puede ser sincera consigo misma sobre lo que pasó y asumir que es responsable de lograr su propia felicidad sin inventarse excusas cuando comete algún error. Yo, en cambio, aún estoy trabajando en ello. Echo la culpa de todo a mi padre; no estoy preparada para perdonar y olvidar.

Así que eso es lo que voy a hacer: voy a comprenderme a mí misma. Ese es mi ambicioso plan. Dejemos para otro momento el hecho de que no tengo ni la más remota idea de cómo hacerlo yo sola. Espero que unas cuantas botellas de vino ayuden a poner en marcha el proceso.

Voy a decidir de una vez por todas quién quiero ser de mayor y luego, no sé muy bien cómo, pero voy a convertirme en esa persona, aunque eso signifique no volver a sacar fotos de parejas felizmente casadas ni de familias vestidas con camisas blancas y vaqueros a conjunto nunca más. De todos modos, tampoco es que fuera ese mi objetivo en la vida cuando acabé la universidad, pero es lo que acabé haciendo cuando no encontré trabajo de otra cosa. Aunque no me puedo quejar. Hasta que la economía se fue al carajo hace unos años, me iba bastante bien, la verdad.

Recibo otro mensaje de texto y se enciende la pantalla del teléfono. Pestañeo varias veces para sacudirme el sueño de los ojos. Me habré quedado traspuesta, porque el reloj marca una hora más tarde.

Número desconocido: Te vas a enterar.

Yo: ¿Ah, sí?

Sonrío. Mi hermana va a echarme la culpa de algo que ha pasado mientras estaba dormida. Supongo que ya tiene teléfono nuevo y un número temporal hasta que le gestionen la migración del otro, y lo primero que se le ocurre es enviarme un mensaje de amenaza. Genial.

Yo: ¿Y eso quién lo dice?

Me paro un momento a guardar su número.

Jen: Lo digo yo, quién si no. Tienes que venir aquí ahora mismo.

Yo: No. Estoy durmiendo. ¿Es que no me oyes roncar?
Zzzzzzzz.

Jen: A la mierda. Ven aquí o iré yo, con compañía. Eres mi refuerzo, ¿recuerdas?

Visualizo a los pequeños monstruos corriendo por todo el suelo recién fregado de mi casa, dejando pegotes de plastilina por todas partes, y sonrío ante la vacua amenaza de mi hermanita. Me siento capaz de perdonar prácticamente todo a esas pequeñas bestias. Quizá sean unos salvajes, pero son taaan monos... Puedo decir eso porque cuando voy a verlos solo estoy con ellos unas pocas horas.

Yo: Adelante. Puedo con todo lo que tus marranos me echen encima.

Jen: ¿Lo dices en serio? ¿Marranos? ¡Coño, que vengas aquí ahora mismo! ¡No me hagas repetírtelo, idiota!

Yo: ¿Acabas de llamarme idiota? Te has pasado un poquito, ¿no crees?

Me parto de la risa otra vez.

Jen: Te llamo lo que me da la gana. Que vengas de una vez te he dicho.

Me incorporo en el sofá y lanzo un suspiro. Parece necesitar desesperadamente que alguien le eche una mano. Estoy tentada de enviarle otro

mensaje, pero al final decido no hacerlo. Se acabaron las bromas. Está al borde de un ataque de nervios, y la última vez que pasó eso tuve que quedarme con los enanos una semana entera mientras ella se iba a nuestra cabaña familiar a reflexionar y reencontrarse a sí misma. Tengo que adelantarme a los acontecimientos.

Yo: Está bien. ¿Dónde estás exactamente?

Jen: En el pub Frankie's. En el centro, en la calle Lexington.

Me acerco al teléfono para asegurarme de que lo he leído bien. Efectivamente, dice «Frankie's».

Yo: ¿Y eso no es un bar de moteros? ¿Te parece bien llevar a tus niños allí?

Jen: Si vuelves a llamarlos «mis niños», te pego un tiro.

Me quedo mirando la pantalla un rato y al final opto por no enviarle una respuesta graciosa. Si mi hermana ha llegado al extremo de renegar de sus propios hijos, eso es que la tía May tiene que intervenir inmediatamente y acudir al rescate, una vez más.

Me levanto y resoplo al pensar en la terrible carga de responsabilidad que supone ser alguien tan maravilloso, y escribo mi respuesta mientras me dirijo a la puerta principal.

Yo: Muy bien. Nos vemos en 20 min.

Jen: Tráete el Phoenix.

Me paro un momento, con los dedos ya en el picaporte. ¿El Phoenix? Me parece que su corrector automático ha vuelto a jugarle una mala pasada.

Como si lo hubiese oído, mi bola de pelo mitad chihuahua mitad pomerano pone las orejas tias y se levanta de su cama para reunirse conmigo en la entrada de la casa. Sus minúsculas garras repiquetean sobre las baldosas. Felix va muy bien para tener a los niños entretenidos mientras Jenny y yo hablamos. Mi hermanita suele requerir su presencia cuando necesita desahogarse y no quiere

que los niños oigan lo que dice.

—Me parece que quiere que te lleve conmigo, Felix.

Elijo el bolso más grande que tengo del surtido del recibidor y meto en él la cartera, las llaves y mi Taser. Aunque no fuese a un bar de moteros, me llevaría ese cacharro igualmente; una vez sufrí un atraco, cuando aún iba a la universidad, así que no pienso rendirme sin oponer resistencia la próxima vez. Y si no me queda más remedio que rendirme, al menos de paso electrocutaré al atracador de turno.

—Vamos, amiguito, súbete aquí conmigo.

El animal aguarda con paciencia a que lo recoja y lo meta en el bolso, las patitas primero. Una vez cómodamente instalado, asoma la cabeza por arriba y saca la lengua con un jadeo de felicidad.

—No te mees en el bolso, Felix. Esta vez te lo digo muy en serio.

Mientras me calzo las alpargatas de cuña color rosa, me miro en el reflejo del cristal de la ventana y me aliso la melena castaña, que me llega hasta los hombros, para asegurarme de que me queda bien sujeta por la diadema de plástico azul claro, que se me ha movido ligeramente de sitio al quedarme dormida. Aún llevo limpios y sin arrugas la camisa entallada a rayas azules y los pantalones beis, que conservan un aspecto bastante decente para salir a la calle aun después de mi cabezadita y de estar todo el día trabajando. Hoy me tocaba sesión en el estudio, así que no hacía falta que me pusiera un traje o un vestido, pero no me gusta ir a trabajar en vaqueros; no quiero que mis clientes piensen que soy una fotógrafa cutre. Me tomo mi trabajo muy en serio, aunque a veces sea igual de aburrido que quedarse a mirar cómo se seca la pintura, así que además de ser profesional, necesito parecerlo. No me hace falta maquillarme, ya voy bien con lo que llevo: un poco de brillo de labios, algo de delineador y máscara de pestañas para dar énfasis a mis ojos azul claro y ya estoy lista para salir. Comprobaré que no se me haya corrido el delineador durante la siesta cuando me suba al coche, antes de que me vea alguien, aparte de Felix.

Salimos por la puerta y nos subimos a mi maravilloso Chevy Sonic color rojo cereza, rumbo a un bar al que estoy absolutamente segura de que mi hermana nunca debería haber entrado con sus hijos. Espero no llamar mucho la atención con la ropa que llevo, aunque no las tengo todas conmigo. Nunca he estado en el Frankie's, pero me imagino que no es precisamente el tipo de sitio al que yo iría. Aparece de vez en cuando en las noticias, y nunca es por nada bueno.

Yo: Vamos de camino. Aguanta. No mates a nadie hasta que llegue.

Jen: No te prometo nada.

Capítulo 2

Aparco en una zona abarrotada de motos antiguas y sedanes de gran tamaño que sin duda estarían mejor en el desguace. Veo dos camionetas, una de ellas nueva. Aparte de mi coche, es el único vehículo de todo el aparcamiento al que sería capaz de subirme, y eso que es una camioneta, Dios. Odio las camionetas. Son tan... grandes... y tan... típicas de los pueblerinos...

Esta debe de ser la peor decisión que mi hermana ha tomado como madre en su vida. ¿Qué mosca le habrá picado? No puede ser solo por culpa del corrector automático del teléfono. Esta vez su exmarido, Miles, debe de haberse pasado de la raya.

Felix y yo entramos en el bar y nos detenemos justo en la entrada, para inspeccionar el terreno. Estoy intentando convencerme de que no tengo ningún motivo para estar nerviosa —soy una mujer adulta, a fin de cuentas, una mujer que ha estado en montones de bares, y no hay razones para tener miedo aquí—, pero no da resultado. Noto que me sudan las palmas de las manos, cada vez más. Echo un vistazo al local en busca de la figura de una mujer desesperada con el pelo revuelto y sus tres hijos pequeños colgados de las lámparas como monos de la selva.

En vez de eso, veo unos taburetes ocupados por unos enormes traseros masculinos, con las carteras encadenadas a los bolsillos de los vaqueros; veo grupos de hombres de pie junto a unas mesas de billar, sujetando los palos y vestidos con chalecos y pantalones de cuero. También veo a un par de mujeres a las que estoy segura de que pagan por horas para ejercer el oficio más viejo del mundo, sentadas a horcajadas en los taburetes del rincón.

Me pregunto por una fracción de segundo si alguno de los aquí presentes necesitará una fotógrafa de bodas profesional. La que habla es mi desesperación, la parte de mí que siempre está pensando en mi cuenta corriente y en el escaso saldo que hay en ella. Entonces, la parte racional de mi cerebro toma el relevo de nuevo y me doy cuenta de que si alguna de esas personas fuese a casarse, lo más probable es que celebrase la ceremonia en un ayuntamiento, seguida de varios

chupitos de whisky para sellar el trato. La gente que celebra los acontecimientos señalados de ese modo normalmente no se hace sesiones de fotos vestida.

Y puestos a hablar de sentirse fuera de lugar, no tengo más que mirarme los pies: tal vez las alpargatas de cuña de color rosa no han sido una buena idea. Las miradas hostiles que me lanza el grupo de hombres vestidos de cuero no ayudan a mitigar el sudor de mis manos, precisamente.

Al otro lado de la sala, justo enfrente de mí, hay un arco que da a otra zona cuya función no puedo ver desde aquí. Como no veo a los miembros de mi familia en esta parte del bar, deduzco que deben de estar ahí, al fondo. No quiero ni pensar en lo que habrá allí dentro. Probablemente, drogas. Probablemente, más cuero y más carteras sujetas con cadenas. Ahora mis axilas se han sumado a la fiesta del sudor. Genial, lo que me faltaba.

¿En qué estaba pensando mi hermana? ¿Entró en este bar y se fue derechita a la parte trasera? Ahí detrás no puede haber nada bueno. ¿En el mejor de los casos? Una timba de póquer. Su ex se pondría a dar saltos de alegría: aprovecha cualquier oportunidad para señalarle todos sus defectos como madre, así que añadir la ludopatía a la lista sería muy perjudicial para ella, la verdad. Ahora siento en el alma haberme metido tanto con ella por teléfono. Estaba claro que caminaba sobre la delgada línea que separa a una madre estresada de una madre completamente desquiciada y ahora sé que ha cruzado esa línea y se ha metido en la boca del lobo. Mi pobrecita hermana... ¡Y sus pobres hijos!

Nunca he tenido que plantar cara a Jenny y pedirle explicaciones por sus cuestionables decisiones como madre. Sí, la he visto estresada otras veces, claro, pero nunca había perdido el norte de una forma tan escandalosa como ahora. Cuando las cosas se pusieron realmente feas con lo de su divorcio, se tomó un tiempo para ella sola, pero lo organizó todo con antelación para dejar a los niños conmigo y se aseguró de que estuviéramos todos conformes con el plan antes de marcharse y desaparecer una semana entera.

No estoy segura, pero creo que conseguiré sacarla de aquí yo sola, sin hacer saber a todos los presentes que no me parecen la mejor de las compañías para mi hermana —mi pobre hermana, mayor que yo, sí, pero con las ideas muy confusas—, que me las pagará por haberme arrastrado a este antro de perdición.

Tengo los pies pegados literalmente al suelo. Para dar un paso adelante, necesito despegarlos de... ¿esto qué es? ¿Moqueta? ¿Linóleo? Imposible saberlo. Siento un escalofrío al pensar en la cantidad de bacterias que estoy acumulando en mi persona ahora mismo. Pienso dejar los zapatos fuera de casa en cuanto vuelva, eso seguro. Lo mejor sería quemarlos para impedir la propagación de posibles contagios. Aunque me da mucha pena, porque la verdad es que me encantan mis alpargatas de color rosa.

Varias cabezas se vuelven a mirarme cuando empiezo a andar de nuevo.

Cuando me ajusto la correa del bolso en el hombro, Felix asoma la cabeza y echa un vistazo alrededor.

—¿Qué te parece, Fee? —le pregunto con dulzura, con una voz un poco más aguda de lo que pretendo—. ¿Te apetece una cervecita?

En vez de irrumpir violentamente en la parte trasera del bar y exigirle a mi hermana que salga de allí de inmediato, decido que la mejor manera de manejar la situación es manteniendo la calma. A veces Jen puede ser muy cabezota. La he visto tirar piedras contra su propio tejado en más de una ocasión, y no quiero que esto se vuelva contra mí y acabe siendo una de esas situaciones en las que hay que llamar a la poli porque otra divorciada ha perdido la cabeza. Me quedaré aquí en la barra un minuto o dos para armarme de valor antes del numerito que sin duda se va a montar ahí detrás.

Felix jadea entusiasmado y lo interpreto como un «vale» a mi pregunta sobre la cervecita.

Mientras me dirijo a la barra, me suena el teléfono. Acaba de llegarme un mensaje.

Jen: ¿Dónde cojones estás?

Yo: No te quites el sujetador. Estoy aquí.

Jen: ¿Dónde? Yo solo veo a una Barbie con un chucho en el bolso.

Me quedo con la boca abierta al leer el mensaje. Ahora sí que se le ha ido la olla del todo. ¿Una Barbie? ¿Desde cuándo soy una Barbie? Sabe perfectamente que me gradué *summa cum laude*. Tecleo a la velocidad del rayo.

Yo: + vale q t calmes o acabarán pagándolo los niños, y los tuyos están en el puesto nº 1 de la lista...

Jen: Considérate hombre muerto. Ya te advertí que eso de llamarlos mis «niños» no era buena idea.

Lanzo un bufido. Tiene que estar borracha. Anulo mis planes de pedir una cerveza y me dispongo a ir a la sala de atrás. El nerviosismo se ha transformado

en indignación pura y dura. Mi queridísima hermana me ha llamado «Barbie» y ha dicho que soy «hombre muerto». Es evidente que se ha emborrachado delante de sus hijos, así que nada de sutilezas ni de intervenciones suaves y cariñosas de su hermanita pequeña. Que se prepare para una buena bronca. Hago crujir los nudillos, preparándome para darle una tunda, si hace falta.

La parte trasera del bar está más oscura que la delantera. No hay pista de baile, ni parejas, ni nada que se parezca a algún tipo de decoración específica, a menos que los cascos rotos de cerveza y las paredes sucias de nicotina se consideren parte del diseño de interiores. La sala está completamente vacía, pero veo lo que podrían ser las puertas del baño cerca del rincón del fondo. Tienen que estar ahí dentro.

Estoy en el hueco entre la parte delantera del bar y la trasera cuando oigo un fuerte estruendo a mi espalda. Ni siquiera me da tiempo a volverme cuando alguien me empuja con fuerza por detrás.

—¿Se puede saber qué coño...?!

Las palabras me salen disparadas mientras me tambaleo y, acto seguido, me caigo de bruces.

Huele a humo. La adrenalina me corre por las venas mientras intento incorporarme. Felix está ladrando con furia como si su mitad chihuahua estuviera poseída por el diablo. Creo que me va a dar un síncope.

La persona que me ha empujado al suelo me agarra por debajo de los brazos y prácticamente me levanta en el aire, obligándome a entrar en la sala trasera del bar, tanto si quiero como si no.

—¿Qué haces?! —grito, forcejeando para zafarme de sus garras.

Ahora, además de asustada, estoy enfurecida. No tengo ni idea de lo que pasa, pero no me gusta que me den empujones, me recuerda demasiado a aquel atraco que me dejó con un ojo morado, una rodilla magullada y un bolso menos.

Cuando al fin me doy media vuelta, veo a un hombre grande como una mole detrás de mí, con una barba negra y una mata de pelo rizado del mismo color sujeta con un pañuelo azul. Podría tener cualquier edad entre los treinta y los sesenta años, es imposible saberlo con una porción tan extensa de su cara y su cabeza oscurecida por... puaj... una pelambreira de oso pardo.

—Sacarte de aquí —contesta con un gruñido y empujándome a un lado.

Pierdo unos cuantos metros de terreno antes de poder hincar los talones en el suelo.

—¡Tengo que encontrar a mi hermana y a sus hijos!

Forcejeo y me revuelvo entre sus garras, intentando meter la mano en el bolso para sacar mi Taser y darle a esta bestia de hombre un par de lecciones sobre cómo hay que tratar a una dama. No hay lugar para el miedo: mi hermana

está aquí en alguna parte y me necesita. Una extraña reacción química en mi cerebro me ha transformado en una especie de superheroína. Hasta tengo un compañero superhéroe que se llama Felix. Deberíamos llevar capas a juego.

—Aquí no hay ningún niño, ¿estás loca?

Este hombre no acepta un no por respuesta. Ya tengo medio cuerpo en la sala trasera del bar antes de poder procesar siquiera lo que acaba de decir. Me rindo y dejo de buscar mi Taser bajo el trasero peludo de Felix y opto por intentar controlar los próximos movimientos.

Tiene razón. No he visto a mi hermana todavía, pero eso no significa que no esté en el local. Podría estar en el baño o en otra parte del bar que no puedo ver desde aquí. Me envió un mensaje y yo he acudido en su auxilio, y no pienso marcharme de aquí sin ella y esos pequeñajos.

—¿Por qué me empujas?!

Intento sujetarme al respaldo de una silla mientras me empuja, pero se me resbalan las manos y la silla se cae al suelo con gran estrépito. El ruido de los gritos de la gente en la sala contigua se vuelve más atronador. Los gritos procedentes de la parte delantera se suman al barullo general, y no todos son chillidos femeninos.

—Fuera —me dice—. Tienes que salir de aquí.

Me agarro al borde de una mesa que, por suerte, está atornillada al suelo, así que detengo nuestro avance.

—No pienso ir a ninguna parte —suelto con un gruñido, doblándome sobre el estómago mientras él intenta sujetarme de la cintura—. Necesito encontrar a mi hermana.

Le doy una patada y le alcanzo en la espinilla.

—¡Ay!

Se agacha, sorprendido por el dolor, y me suelta.

Oigo un crujido y un sonido metálico. Abro los ojos como platos al advertir una enorme muesca en la madera a mi lado, donde hasta hace unos segundos había una superficie completamente lisa. Cuando levanto la vista, veo a un hombre en la puerta de la sala trasera apuntándonos con un arma. Durante un par de segundos, el corazón deja de latirme y siento como si se me abriera un agujero en el pecho con el peso del miedo.

No me avergüenza decir que, llegados a este punto, me pongo a chillar a pleno pulmón, y no es uno de esos gritos de chica normales y corrientes, no: más bien parezco una gallina desquiciada a la que intentan retorcer el pescuezo sin éxito.

El leñador que intentaba sacarme a rastras del bar me agarra del bolso y me empuja al suelo. Me caigo de rodillas, temblando descontroladamente.

Felix se lo agradece mordiéndole en la mano.

—¡Serás cabr...! —El hombre se mete la mano en la boca un segundo y luego la saca—. ¡Vámonos!

Con el cuerpo encorvado, me coge de la mano y me saca a rastras de la habitación, utilizando las mesas y las sillas como parapeto. Yo avanzo medio a trompicones, medio corriendo, tratando de poner mayor distancia entre mí misma y el perturbado que ha tenido los santos cojones de dispararme.

Nos persiguen más crujidos y un par de sonidos metálicos, haciendo saltar astillas de madera que se me clavan en la mejilla. Al instante noto que la cara me arde y me escuece de dolor.

—¡Me han dado! —Me llevo la mano que me queda libre a la cara y toco algo húmedo y pegajoso. Cuando aparto la mano y me la miro, veo una mancha oscura. Joder, joder, ¿es sangre?—. Dios mío..., ¿estoy sangrando?

En ese momento oigo un rugido en los oídos, pero no procede del exterior de mi cuerpo. Me parece que el corazón me va a explotar. ¡Este el peor rescate de una hermana de la historia!

—¡Sigue corriendo! ¡No te pares! —grita mi salvador, empujándome al otro lado de una puerta.

Caigo a cuatro patas en el suelo de un callejón sucio y maloliente, infestado de desechos pegajosos, y mi bolso aterriza a mi lado. Felix sale rodando, luego se levanta y se pone a ladrar como poseído por el mismísimo diablo. Sé exactamente cómo se siente. Me parece que voy a vomitar.

A mi espalda, la puerta se cierra de golpe.

—¡Haz que se calle ese puto perro! —grita el tipo.

—¡¿Todavía estás aquí?! —le chillo yo.

No me tiene nada contenta, porque estoy segurísima de que esas balas iban destinadas a él, no a Felix y a mí. Nosotros nunca hemos provocado este grado de odio en nadie. Sí, puede que nos hayan lanzado algún exabrupto por alguna que otra caquita de perro en el césped del vecino, pero ¿balas? Eso nunca, jamás de los jamases. Este tipo es peligroso. Salta a la vista que es un gánster de una banda criminal de moteros o un narcotraficante, y lo quiero lo más lejos posible de mí.

Percibo el olor de lo que seguro que es el contenido del estómago de alguien en el suelo y, al cabo de un segundo, estoy volando por los aires. Me quedo un poco desorientada cuando mis pies aterrizan en el pavimento y me sorprendo en posición vertical.

—¿Qué acaba de pasar? —murmuro, con un tono de voz demasiado agudo para un humano. Al cabo de medio segundo me doy cuenta de que estoy de pie porque ese hombre me ha levantado como quien levanta una simple hojita de papel.

—Recoge a tu perro y vámonos.

Tiene la mano debajo del letrero luminoso de salida de la puerta, sujetándola con fuerza para mantenerla cerrada. Si no fuera porque estoy muerta de miedo, me sentiría totalmente impresionada por su caballerosidad. Lo más probable es que ya estuviera a varios kilómetros de aquí si solo le preocupase salvar su propio pellejo.

Me tiembla todo el cuerpo, incluida la voz.

—Vamos, Felix. Métete en el bolso.

Felix está ladrándole a todo lo que se mueve, ya sea real o imaginario, y salta y se mueve arriba y abajo con energía furiosa.

—¡Ven aquí, Felix! ¡Tenemos que irnos!

Cuando por fin consigo ponerle las manos encima, casi me impresiona verlo poseído por la indignación de esa manera: le vibra todo el cuerpo, como la cuerda de una guitarra recién rasgueada. Yo ya he echado a andar, antes incluso de tener a Felix a buen recaudo. El tipo de la barba tiene razón: mi hermana no está en ese bar. ¿Por qué habré creído que sí estaba? A lo mejor está bebiendo en casa tan tranquila y enviándome mensajes completamente borracha. La voy a matar.

—Vamos, Fee, métete en el bolso. Deja ya de fastidiar. —Meto a Felix de cabeza en el bolso y lo cierro apretando el brazo contra las costillas—. Es hora de escapar de aquí.

Y de alejarnos de ese gánster. En cuanto aprieto el paso y me pongo a caminar con prisa hacia el extremo del callejón, siento que vuelven a agarrarme del codo.

—¡¿Qué pasa?! —grito, dando media vuelta para encararme a esa bestia de hombre que es evidente que no cree en la higiene personal ni en los modales más elementales—. ¡¿Qué quieres ahora?!

El corazón me late desbocado mientras alterno la mirada con ansia entre la puerta y mi captor. Sé que ese loco de la pistola va a asomar en cualquier momento, y no quiero estar en este callejón cuando eso ocurra.

—No puedes irte por ahí, te estarán esperando... Sígueme.

Siento una levísima punzada de culpa por haber pensado todas esas cosas horribles de él, porque es evidente que solo intenta ayudarme, pero cuando empieza a correr, dejándome allí plantada, se me pasan todos los remordimientos. Conque un caballero, ¿eh? El muy cabrón ni siquiera vuelve la cabeza para ver si lo estoy siguiendo.

Mis pies empiezan a moverse como si tuvieran vida propia.

—¿Quiénes? ¿Y por qué van a estar esperándome?

No me contesta, sino que dobla una esquina varios metros por delante de mí, dejándome sola en el callejón inundado de basura y vómitos. Cuando miro en

la dirección opuesta, donde tengo aparcado el coche, distingo perfectamente la silueta de un hombre con un arma, así que echo a correr con todas mis fuerzas detrás del hombre de la horrible barba, rezando para no tener que arrepentirme de esta decisión tanto como me arrepiento de haber acudido a un rescate que ha resultado ser innecesario.

Capítulo 3

Cuando por fin alcanzo al gánster de la barba, el tipo me deja sola temblando a la sombra de un contenedor de escombros cuatro calles más arriba, con la promesa de que va a volver. A Felix ya le da igual todo. Se pone a dar vueltas alrededor de mis pies, dejando mensajitos en forma de pis para cualquier perro que visite la zona en los días siguientes, mientras yo le mando un mensaje a mi hermana la borracha y consigo que mi respiración recupere poco a poco la normalidad. Ya me imagino lo que estará contando ese chucho a sus amigotes en sus mensajes líquidos: «¡Colega, no te vas a creer lo que me ha pasado esta noche!». Yo misma estoy bastante traumatizada por los acontecimientos, y eso que no soy una mezcla de chihuahua. Corro a agazaparme donde nadie me vea y aguzo el oído por si percibo el ruido de pasos, pero, durante un buen rato, lo único que oigo son las palpitaciones de mi propio corazón, que late como enloquecido. Más tarde también oigo ruido de sirenas, que suena como música para mis oídos cuando me doy cuenta de que proviene de la zona del bar.

Rezo para que mi hermana esté bien. No la he visto ahí dentro, ni a ella ni a los niños, y eso me deja relativamente tranquila. Aunque no ha contestado a ninguno de mis mensajes. Miro de nuevo la pantalla del teléfono para asegurarme, pero los únicos mensajes que aparecen siguen siendo los míos. No ha vuelto a llegar ningún otro de sus disparatados SMS. Debe de haberse quedado dormida en el sofá. Esta locura no es propia de ella... Necesito llegar a su casa lo antes posible para asegurarme de que todos están sanos y salvos.

¿Dónde estás?

¿Estás bien?

Espero que no estés dentro de ese bar.

Te voy a matar por haberme traído aquí.

Por favor, contéstame. Empiezo a preocuparme.

La camioneta gigante que estaba aparcada donde dejé el coche se detiene junto al bordillo y, al encenderse, las luces del interior iluminan al bestia de la barba. Ni que decir tiene que me quedo loca al ver que el tipo más ordinario del bar tiene el coche más caro. Mi teléfono emite el pitido que me avisa de la llegada de un mensaje. Cuando me agacho para recoger a Felix, lo leo.

Jen: Nos han descubierto. No vuelvas. Reúnete conmigo en el próximo punto de encuentro en media hora.

Estoy mirando la pantalla cuando me detengo junto a la puerta del copiloto. La portezuela se abre desde dentro y, cuando levanto la vista, veo la cara de mi rescatador.

—Sube —me ordena. Se queda mirando su teléfono mientras espera a que le obedezca.

—Huy, no, ni hablar, gracias.

Miro por encima del hombro. La oscura figura del contenedor de escombros me parece un refugio la mar de seguro ahora mismo.

—No puedes quedarte aquí fuera, alguien podría verte al pasar.

—¿Pero sí que puedo subirme a una camioneta con un gánster o un capo del narcotráfico que probablemente me va a matar y luego arrojará mi cadáver a las aguas del río Misisipi?

Lanza un bufido de fastidio.

—No soy un gánster ni un narcotraficante. Vamos, no me hagas perder el tiempo. No quiero que me vean aquí.

—Porque eres traficante de drogas.

Habla con un tono de exagerada paciencia.

—No, porque los traficantes de drogas me van a ver en su territorio y no les va a hacer ni pizca de gracia.

Miro a mi alrededor, una nueva oleada de miedo me recorre el cuerpo y siento que voy a asfixiarme.

—¿Estamos en un barrio de traficantes?

Señala por la ventanilla.

—Mira. ¿A ti qué te parece?

Hay unos personajes variopintos apostados en las esquinas de las calles,

bebiendo botellas metidas en bolsas de papel marrón. Varios grupos de hombres nos miran. Pues no, no puede ser buena señal. Me muerdo el labio mientras repaso mis opciones: podría llamar a la policía y esperar quién sabe cuánto tiempo a que vengan en mi auxilio —horas, según mi propia experiencia— y, mientras tanto, ser un blanco fácil. O podría subirme a la camioneta con este tipo y arriesgarme a que me viole, me robe y hasta me mate. ¿Qué otras opciones tengo? No hay ninguna tienda ni establecimiento que pueda considerar seguro por los alrededores, y no pienso echar a andar por la calle, de eso nada. A eso lo llamo yo estar entre la espada y la pared.

—Me arriesgaré —digo, sujetando a Felix con más fuerza bajo el brazo.

El tipo se levanta a medias del asiento.

—Ten. Échale un vistazo a esto.

Retrocedo un paso, segura de que está a punto de enseñarme el cañón de un arma.

Sin embargo, en vez de eso, saca una cartera. Y de la cartera extrae una tarjeta y me la enseña.

Leo las letras escritas en la parte delantera de la tarjeta de visita, de color blanco. Solo aparece el nombre de una empresa y su dirección, pero no veo el nombre de nadie: «Empresa de Seguridad Bourbon Street Boys».

Lo miro, entrecerrando los ojos.

—¿Intentas decirme que eres de los buenos, y no de los malos?

—Eso es. Y ahora, sube.

Extiendo la mano con la tarjeta, le saco una foto y me envío un *email* a mí misma, adjuntando la foto.

—Está bien, señor Chico Bueno de Bourbon Street, acabo de enviarme un *email* a mí misma y con copia a mi hermana con la dirección de tu empresa, así que, si me pasa algo, te harán responsable a ti.

—Genial. Ahora, sube.

Sé que mi plan no es perfecto, pero es de lo mejorcito que tengo. Aún tengo la cara del pistolero del bar grabada en la retina, y se hace más amenazadora por segundos.

Primero saco mi pistola Taser, la deslizo disimuladamente y me la cuelgo del cinturón. Acto seguido, meto el bolso y a Felix en la camioneta y, con la ayuda de la propia puerta y de una manija de dentro, subo yo también.

Una vez instalada, me abrocho el cinturón de seguridad y tecleo una rápida respuesta al mensaje de mi hermana. Pensaba que ya me había tranquilizado, pero todavía tengo el pulso a mil por hora. Noto cómo me martillea en el cuello, literalmente.

Yo: Creo que te has pasado con el alcohol. ¿Dónde están los niños?

Oigo un pitido a mi lado y se produce una pausa de dos segundos mientras el bestia barbudo consulta el teléfono. A continuación, lanza un rugido y da un puñetazo al volante.

Se me estremece todo el cuerpo y corro a acurrucarme en el rincón de la cabina de la camioneta, mientras me doy cuenta de que la tarjeta que me ha enseñado no significa nada. He huido del fuego para caer en las brasas. ¿Está loco? Tiene que estarlo. ¿Quién en su sano juicio le da un puñetazo al volante de su coche cuando recibe un mensaje? ¿Y con quién está tan enfadado? Tiene que ser su novia o algo, aunque no me imagino qué clase de mujer sería capaz de salir con un tipo como ese. Bueno, tal vez una de esas levantadoras de pesas con el cuello superancho y pelos en el pecho por los esteroides que se echan en los batidos hiperproteicos. Saco mi Taser de los pantalones muy despacio y la sujeto contra el costado de la pierna. Si hace el más leve ademán de atacarme, lo freiré a descargas y parecerá un árbol de Navidad.

Deja el teléfono en el salpicadero y lanza un largo suspiro, al tiempo que pone el vehículo en movimiento.

—¿Dónde vives? —pregunta—. Te llevaré a tu casa.

Me entra la risa floja. Debe de ser por el estrés, pero el caso es que es un ataque de risa en toda regla. No puedo parar. Estoy a punto de mearme encima. Por lo visto, cuando me enfrento a mi propia muerte de manera inminente, pierdo la cabeza por completo.

Se para en un semáforo en rojo.

—No veo qué tiene de gracioso preguntarte dónde vives.

Se le bambolea la barba cada vez que habla, cosa que solo sirve para empeorar la situación. O mejorarla, según se mire. Bueno, el caso es que al final consigo parar de temblar.

Dejo de reírme e intento respirar con normalidad.

—Lo gracioso es que creas de verdad que voy a revelarte esa información. —Se me escapa un resoplido por la nariz—. Sí, hombre, señor Leñador Tarado, ¿por qué no te vienes a mi casa y me matas ahí mismo, en el salón? Claro que sí, guapo. Es para morirse de la risa... —Mientras miro al frente por el parabrisas, se me ponen los ojos bizcos de solo pensar en lo ridícula que es esa idea—. Me tomas por la mujer más tonta del mundo si crees que voy a caer en esa trampa.

Olvidemos que acabo de subirme en esta camioneta fiándome ciegamente de

una tarjeta que lo más probable es que ni siquiera sea suya. Joder, ¿si hasta podría ser del último tipo al que asesinó! A mí me pasa algo en la cabeza, tendré que ir al médico. Sentirme perdida y confusa respecto a mi vida me ha convertido en una persona completamente estúpida. Al menos llevo aquí mi Taser, gracias a Dios.

El semáforo se pone en verde y pisa el acelerador. El motor ruge con fuerza, pero no sobrepasamos el límite de velocidad. Supongo que es una especie de *boy scout*. O a lo mejor es un asesino que no quiere que lo pare la poli. Sí, eso es lo más probable.

—¿Me habría molestado en rescatarte del bar si tuviese planeado matarte?

—¿Y yo qué sé? Yo no estoy loca.

—Ni yo tampoco.

—Pues nadie lo diría —mascullo entre dientes. Señalo un restaurante abierto las veinticuatro horas, un poco más abajo—. Déjame ahí y ya está. Ya volveré como sea al bar y recogeré mi coche.

—Como quieras.

Cambia de carril para poder entrar en el parking del restaurante. La sensación de alivio que me invade es totalmente embriagadora; es como llegar al final de un trayecto salvaje en la montaña rusa, un viaje terrible y horripilante, cuando el vagón se aproxima a la estación y estás a punto de bajarte. La verdad es que estoy medio mareada incluso.

Me suena el teléfono cuando aparcamos en una plaza.

Hermana: Hola, cielo. ¿Te apetece una copa de vino? Por fin he metido a los enanos en la cama.

Me quedo mirando la pantalla durante mucho rato. El zumbido del motor hace que entre en una especie de trance mientras trato de entender qué demonios le pasa a mi hermana. ¿Y si resulta que tiene un trastorno de personalidad? ¿Y si el estrés de ser madre soltera ha podido con ella y le ha destrozado el cerebro? ¿Debería llamarla Sybil, como la de la peli? ¿Y por qué ahora aparece escrito «Hermana» en el teléfono cuando me escribe? ¿Habría conseguido que al final le arreglen la portabilidad?

—¿Qué pasa? —pregunta él—. ¿Malas noticias?

—¿Por qué dices eso?

Aparto la mirada del teléfono para mirarlo.

—Porque tienes la cara que parece una uva pasa, de tanto arrugar la frente.

Vuelvo a mirar la pantalla.

—No es nada. Mi hermana, que está perdiendo la cabeza.

O yo estoy perdiendo la mía. Nada de esto tiene sentido. Me parece que todo el estrés de que me hayan disparado me ha achicharrado el cerebro. No puedo pensar con claridad. ¿Qué cojones está pasando aquí?

Felix sale del bolso y estira el cuello cabeza para lamerme la barbilla.

—Gracias, amiguito. —Lanzo un suspiro—. Venga, vámonos.

Palpo la puerta con la mano para localizar la manija, pero está visto que no soy lo bastante rápida, porque el leñador estira el cuerpo por delante del mío y me abre la puerta.

Doy un respingo, pensando por una fracción de segundo que va a pegarme. Luego, en cuanto comprendo que lo que quiere es ser cortés, pienso que la proximidad de su cuerpo me va a provocar una repugnancia extrema, pero en vez de eso, me sorprende a mí misma inhalando profundamente, inspirando el aroma de su colonia para grabarlo en los pliegues más profundos de mi cerebro. Mmm... Qué bien huele...

Naturalmente, esto no tiene sentido. Parece un troglodita chiflado y melenudo que ha optado por vivir la vida «a pelo» y no volver a afeitarse jamás, pero huele a metrosexual a punto de salir un sábado por la noche. ¿Cómo puede ser?

A este tipo le pasa algo muy raro, pero no me interesa lo suficiente para quedarme a averiguarlo. Solo quiero llegar a casa de mi hermana y desplomarme en su sofá. Cuando descubra qué narices ha pasado hoy, decidiré si voy a gritarle diez minutos seguidos por hacer que casi me maten.

—Gracias —digo, me bajo del coche y planto los pies en el suelo del *parking*, arrastrando el bolso con Felix dentro.

—De nada.

Cierro la puerta de golpe a mi espalda y recoloco a Felix para subirlo más, junto a mi hombro. La ventanilla del copiloto se baja con un zumbido eléctrico. Cuando miro en el interior del vehículo, solo veo oscuridad.

—Toma un taxi y vete a casa. No vuelvas al bar a recoger tu coche hasta mañana.

—¿Por qué?

—Porque lo digo yo, por eso.

Vuelvo a soltar otro gruñido. Por lo visto, esta noche soy mitad cerdo, mitad humana.

—Sí, ya, bueno, da igual. Que te vaya bonito.

Echo a andar en dirección al restaurante, que tiene una iluminación muy potente, y veo que tienen tartas en el expositor, nada más entrar por la puerta principal.

Mi salvador no dice nada. Su camioneta sale disparada en medio de una

nube de polvo y gravilla y me quedo sola en el aparcamiento con Felix ladrando otra vez a pleno pulmón.

—Vamos, Fee. Tomaremos un trozo de tarta y luego iremos por el coche.

Mis pies producen un crujido sobre el suelo de gravilla. Supongo que debería llamar a la policía y prestar declaración por todo lo que acaba de pasar, pero ya sé que están en el bar; oí las sirenas. Además, puedo contárselo todo por la mañana, ¿verdad? Después de todo lo que ha pasado, lo último que necesito es pasarme toda la noche declarando en una comisaría de policía. Ya sé cómo funciona el sistema. Cuando me atracaron, no me hicieron ni caso, me tuvieron allí horas presentando la denuncia mientras ellos redactaban informes y al final nunca llegaron a encontrar al tipo. Fue una pérdida de tiempo total.

No. Nada de polis. Al menos por ahora. Tengo que ir a ver a mi hermana. Tengo que hablar con ella y averiguar qué ha pasado para entenderlo yo antes de intentar contárselo a un inspector.

Mi conciencia empieza a darme la lata y me recuerda las palabras del hombre oso, que me retumban en la cabeza diciéndome que no vaya a buscar mi coche todavía.

—Ese a mí no me da órdenes —digo en voz baja cuando nos acercamos a la puerta del restaurante. Puedo recoger mi coche cuando me dé la gana; no quiero esperar a mañana. No me va nada bien esperar a mañana.

Felix suelta un ladrido de comprensión e interpreto que está de acuerdo conmigo en que vayamos a recoger el coche y volvamos a casa. Que me olvide de lo que ha dicho ese tipo.

—Eso es, Fee. Soy una mujer adulta. Tú eres una mezcla de chihuahua también adulto. Sabemos cuidar de nosotros mismos. No necesitamos a ningún Chewbacca chiflado que nos diga qué hacer y cuándo hacerlo, ¿a que no? Los malos que había en el Frankie's se habrán largado antes de que nos acabemos la tarta. Los delincuentes no se quedan en el escenario del crimen después de haberlo cometido, ¿verdad que no? Eso sería un suicidio, y según mi experiencia en esta vida, la mala gente nunca muere.

Felix lanza un gemido y desaparece en el interior del bolso.

—Cobarde... —Vaya con el mejor amigo del hombre... Entro en el restaurante y percibo el aroma a beicon recién frito—. Mmm... ¿hueles eso, Felix? Es beicon. Qué lástima que no puedas comer, por culpa de tus problemas digestivos.

Mis pensamientos vengativos me arrancan una sonrisa; así aprenderá ese pequeño traidor, por no haberme apoyado.

Noto cómo se pone a escarbar en mi bolso y bajo la voz para hablarle en un susurro:

—Felix, si te meas en el bolso, eres perro muerto, te lo advierto.

Lanza un gruñido. Acto seguido, se mea. Oigo el sonido del chorro al alcanzar el pequeño *kit* especial que llevo siempre encima precisamente para esos casos.

Así que nada de tarta ni de beicon. Empleo cinco minutos en ir al baño y luego salgo por la puerta principal y saco el teléfono para llamar a Información y pedir el número de alguna compañía de taxis. Antes incluso de terminar de formular mi pregunta, un taxi se para junto al bordillo, a mi espalda. Me quedo perpleja ante la curiosa coincidencia hasta que el taxista sale y me grita por encima del techo del coche:

—¿Es usted la señora con el perro que necesita que la lleven a casa?

Ejem, reconozco que se me ablanda un poco el corazón al pensar que, después de todo, mi salvador sí se ha tomado la molestia de hacer las gestiones necesarias para rescatarnos a Felix y a mí. Podría haber desaparecido y dejarnos totalmente colgados, pero no lo ha hecho. Ha llamado a un taxi para nosotros. Otra sorpresa por parte del hombre de las cavernas que huele a gloria.

¿Qué? ¿De verdad acabo de pensar eso? Vaya, vaya...

—Sí, soy yo.

Echo a andar por la acera y me detengo junto a la puerta de atrás para meter el bolso en el vehículo antes de subirme.

El taxista se sube también y se abrocha el cinturón.

—¿La dirección?

—El bar Frankie's —digo—, que está a un par de kilómetros de aquí en esa dirección. —Señalo vagamente hacia el lugar de donde recuerdo haber venido.

—Lo siento, señora, pero eso es imposible. Me dijeron que la llevara a su casa, y no al bar.

Me empiezan a arder las orejas. Seguro que el taxista cree que soy una borracha a la que su benefactor le ha cerrado el grifo. Maldita sea. Espero unos preciosos segundos antes de hablar para asegurarme de que no se me escapen unas cuantas palabrotas.

—No me importa lo que le haya dicho ese neandertal... Necesito pasar a recoger mi coche, y está en el Frankie's, así que lléveme al Frankie's.

El taxista se rasca la cabeza con nerviosismo.

—Pero es que sus instrucciones han sido muy claras...

—Me da igual lo claras que fuesen sus instrucciones: si quiere que le pague el viaje, lléveme al Frankie's.

—Él ya me ha pagado la carrera. Y me ha dado propina y todo.

El taxista me sonrío a través del retrovisor.

—¿Cómo puede haberle pagado ya la carrera si no sabe dónde vivo?

El hombre se ríe, devolviendo la mirada al parabrisas.

—Supuso que debía de vivir en la parte residencial de la ciudad, por cómo iba vestida. Me ha pagado el trayecto de ida y vuelta, enterito. —Se vuelve a mirarme—. ¿Acaso se equivocaba?

Pongo cara de exasperación, con un enfado impresionante conmigo misma por ser tan transparente y predecible. Tal vez debería mudarme al centro solo para darle un poco más de emoción a mi vida. Pero entonces me enfurezco otra vez conmigo misma por dejar que me importe lo que piense de mí ese estúpido oso melenudo.

—No, no se equivocaba, pero si cree que le voy a dejar quedarse con el dinero por no hacer lo que le estoy pidiendo que haga, se equivoca: o me lleva al Frankie's o renuncia al dinero de la carrera. Ese es el trato.

Lo miro con ojos asesinos.

El taxista sonrío.

—Ya me advirtió que sería usted problemática.

—¿Cómo puede haberle dicho algo así?! —Le estoy hablando a voz en grito, pero no me importa—. ¡Ese hombre no tiene ni puñetera idea de cómo soy!

El taxista tiene la caradura de reírse a carcajadas.

—¿Está segura? —Se vuelve y manipula el cambio de marchas—. Bueno, ¿piensa darme la dirección o no?

Vuelve a mirarme por el retrovisor.

Me dan ganas de abalanzarme sobre el asiento delantero y estrangularlo, pero en vez de eso decido jugar sucio. A grandes males, grandes remedios. Él se lo ha buscado. No tengo otra opción. Es la hora del espectáculo lacrimógeno.

Unos desgarradores sollozos me nacen de la boca del estómago, me trepan por la garganta y hacen que se me estremezcan los hombros y me tiemblen los labios. Hago como que lloro a moco tendido, como si acabara de ver hundirse el *Titanic* con mis propios ojos. Pienso en todas las emociones y sentimientos tristes que he experimentado en mi vida y las revivo en carne propia. Ahora mismo ganaría un Óscar si los diesen a la mejor actuación en el asiento de atrás de un taxi.

—No, no llore, por Dios... —Parece tan compungido como finjo estarlo yo. Tengo que hacer un esfuerzo por reprimir una sonrisa triunfal—. ¡No soporto ver llorar a una mujer! Vamos, tranquilícese, ¿quiere? Es por su propio bien... Ese hombre dijo que ese bar no es seguro para usted ahora mismo.

—¡Pero necesito mi coche para ir a trabajar! —exclamo entre sollozos—. Perderé el empleo, y luego tendré que irme a vivir a otro sitio, y no tengo adónde ir, y nadie me ayudará, y solo me quedan veinte dólares, así que no puedo tomar un taxi por la mañana, y encima mi perro está enfermo y seguramente va a hacer

algún estropicio dentro de mi bolso porque ha comido beicon, y el beicon no le sienta bien a su pobre estómago...

—¡Eh! ¡Eh! ¡Ya basta! La llevaré a buscar el coche, ¿de acuerdo? Y luego la... la seguiré hasta su casa o lo que sea y me aseguraré de que llega sana y salva, ¿de acuerdo? Así se sentirá mejor, ¿verdad? —Gira el cuerpo y pasa el brazo por la parte posterior del asiento delantero—. ¿De acuerdo? No hay problema. Eso es lo que haremos.

Hago un movimiento afirmativo con la cabeza, dejando escapar algún que otro sollozo más para que no sospeche que no estoy desconsolada por la posibilidad de que a mi perro le entre cagalera dentro de mi bolso. Sí, sería una tragedia, pero no lloraría por algo así. Tengo otros bolsos. Además, las caquitas de Felix son aproximadamente del tamaño de los lapiceros de Ikea.

Salimos del aparcamiento del restaurante y empiezo a enjugarme y a sorberme las lágrimas con movimientos exagerados. No paro hasta que llegamos al bar Frankie's. Hay coches de policía aparcados frente al establecimiento, pero no veo a ningún agente en la calle.

—Gracias —digo, dando unas palmaditas al taxista en el hombro mientras me deslizo por el asiento para bajarme del coche—. No hace falta que me siga hasta mi casa. Seguro que no me pasará nada. ¿Lo ve? —digo, señalando por la ventanilla—. La policía está aquí.

—Sí, bueno. Hasta otra.

El hombre parece un poco estresado; no estoy segura de si se debe a mi actuación digna de un Óscar o al hecho de que no va a hacer aquello por lo que le han pagado, pero a mí me da lo mismo: yo tengo mi coche y voy a volver a mi casa.

Cierro la puerta a mi espalda y abro el bolso para buscar las llaves. Un inconfundible olor a meado de perro me golpea en la cara.

—Oh, Felix... Tenías que hacerlo, ¿eh?

Me da un lametón en la mano.

Lanzo un suspiro, sujetando las llaves en la mano.

—Voy a matar a Jen en cuanto la vea.

¿Una copa de vino? ¡Y una mierda! Voy a ir allí con el coche y le voy a dar una ración de nudillos.

Capítulo 4

Estoy a medio camino de casa de mi hermana cuando doy un brusco giro a la derecha y al final decido volver a casa en vez de ir a la suya. Estoy cansada, Felix apesta y mañana vendrá una familia numerosa a hacerse una fotografía y todavía no tengo el estudio preparado para ellos. Necesito acostarme pronto. Es el único encargo que tengo reservado en todo este mes, así que estaría muy feo que me quedase dormida y no me presentase.

Le doy vueltas al asunto mientras recorro las calles del vecindario. Esos mensajes que me envió Jenny no tienen pies ni cabeza. ¿Cómo puede haber pasado de la enajenación más absoluta a decirme: «¿Te apetece una copa de vino?»? Es como si tuviera doble personalidad. O como si alguien le hubiese secuestrado el número de teléfono.

Y entonces se me ilumina la bombilla: ¡Exacto! ¡Alguien ha usado su número y ha suplantado su identidad! Esa es la única explicación lógica. Mi hermana no es una chiflada ni una alcohólica. Nunca ha puesto a sus hijos en ninguna situación de peligro y antes preferiría estar muerta que dejarse ver en un local como el Frankie's. Alguien debe de haber estado usando su teléfono o las líneas se habrán cruzado en algún momento cuando solicitó el nuevo.

Estoy tan contenta que tengo ganas de llorar. Esto es mucho mejor que hacer que la encierren y que le quiten la custodia de sus hijos.

Vaya por dónde... me vuelve a sonar el teléfono. Ladeo la pantalla para verla desde donde está, en el salpicadero, junto a la radio.

Jen: Te dije que dejaras el coche en el parking del bar.

Una fracción de segundo después de leer esas palabras, es como si acabaran de estallarme unos fuegos artificiales en el cerebro, explosiones de luces y sonido, una maraña de pensamientos, palabras e imágenes. Nada tiene sentido. Ese mensaje tiene que ser del Barbudo, pero ¿cómo puede estar utilizando el teléfono nuevo de mi hermana para mandarme mensajes?

Y entonces caigo.

No está utilizando el teléfono nuevo de mi hermana para mandarme mensajes.

Está utilizando su propio teléfono.

Lleva utilizando su teléfono desde el principio.

Madre mía... Madremía, madremía, madremía... No puede ser... no es posi... no es... Ay, Dios...

¡Alguien se equivocó de número! ¡Ha habido una catástrofe por culpa de una equivocación de número! ¡Aaargh!

Los neumáticos chirrían sobre el asfalto cuando freno de golpe para detener el coche. Agarro el teléfono y me desplazo por todos los mensajes para leerlos, desde el primero hasta el último. Todo cobra sentido por primera vez en todo el día.

—Madre del amor hermoso, Felix... —Miro a mi fiel compañero, que me observa ladeando la cabeza desde el asiento del copiloto. Por lo visto, está tan confuso como yo—. Me parece que llevo toda la noche enviando mensajes de texto a un completo desconocido.

Casi siento alivio. Desde luego, todo esto tiene muuucho más sentido que la posibilidad de que mi hermana se llevase a sus hijos a un bar de moteros. Sin embargo, por desgracia, eso no mejora en nada mi situación.

Por lo visto, no he salido ilesa del todo, algo que confirmo al mirarme al espejo: llevo unos cortes en la cara que van a hacer que parezca que me ha asaltado una panda de gatos callejeros. Más vale que se me ocurra una buena excusa para mis clientes de mañana; mi reflejo en el retrovisor me dice que no hay base de maquillaje capaz de disimular del todo esos rasguños.

Unas luces inundan el interior del coche, interrumpiendo mis pensamientos. Arrugo la frente, sin dejar de mirar por el retrovisor, y trato de ver qué es lo que hay detrás. Estoy en un vecindario muy tranquilo, pero tal vez estoy bloqueando el paso a algún otro vehículo o algo así.

Cuando la luz de los faros desaparece, veo un coche aparcado a media manzana de distancia. Espero un rato, pero no veo bajarse a nadie. Sé que el coche está ocupado porque distingo la silueta de alguien en el interior. Por el tamaño, diría que se trata de un hombre.

—Bueno —digo, encogiéndome de hombros, casi segura de que mi imaginación desbordante está viendo algo siniestro en una situación de lo más normal—. No pasa nada. Este no es mi barrio. Unos tipos sospechosos que se sientan a esperar en coches aparcados no tienen por qué preocuparme, ¿a que no?

Hablar en voz alta con Felix me tranquiliza, como si no tuviera ningún motivo de preocupación. Solo soy una chica corriente que va en coche por un

barrio de calles oscuras en compañía de su perro. Aquí no hay nada que ver; vamos, circulen...

Pongo primera y vuelvo a salir a la calzada. Pienso que todo va con normalidad hasta que, al mirar por el retrovisor, me da un vuelco el corazón: el coche que tenía aparcado detrás también se ha puesto en marcha, pero el conductor no ha encendido las luces.

Ay. Siento un espasmo de dolor por la forma en que se me ha encogido el músculo cardíaco, literalmente. Palpita con fuerza varias veces y luego acelera el ritmo. Me arden las orejas por el miedo que se apodera de todo mi cuerpo. ¿Debería llamar a la policía? ¿Qué puedo decirles? ¿Que sospecho que alguien me sigue en un coche? Seguro que me cuelgan el teléfono. El Departamento de Policía de Nueva Orleans tiene montones de asesinatos y atracos que resolver a diario, así que ¿van a hacer caso a una paranoica que está volviendo a casa desde un bar al que nunca debería haber ido? Pues claro que no. No voy a hacerles perder el tiempo, ni tampoco el mío. Puedo encargarme de esta tontería yo solita. Simplemente voy a seguir conduciendo y a dejar de pensar que todo es por mí. Que un tipo disparara a alguien que estaba a mi lado no significa que ahora yo sea un objetivo, ¿verdad que no?

Intento tranquilizarme hablándole a Felix.

—Es imposible que me esté siguiendo alguien, Fee. No seas bobo.

Sí, en realidad es casi imposible. La verdad es esta: no soy nadie para el noventa y nueve coma nueve por ciento de la población. Mi humilde persona no puede suscitar el interés de ningún acosador, para nada. Mi posesión más valiosa es mi cámara Canon Rebel, y ni siquiera la llevo encima esta noche.

Mis intentos de tranquilizarme no dan ningún fruto; mi paranoia se multiplica por mil y enseguida me convenzo de que, efectivamente, alguien me persigue. Es evidente que el coche que me sigue no es la camioneta gigante de antes, así que no es Mister Oso Peludo, que ha vuelto para echarme una reprimenda por no obedecer sus órdenes. Pero entonces, ¿quién puede ser?

Nadie.

Respiro hondo y suelto el aire despacio, dejando escapar parte de mi estrés con él. Pues claro que no es nadie. ¡Ja, ja! ¡Esto es de locos! Solo soy una simple fotógrafa con un cruce de chihuahua de copiloto en un bolso lleno de meado de perro. ¿Por qué iba alguien a seguirme, eh? Vamos a ver: todos mis exnovios están felizmente emparejados con otras chicas, y antes de esto no había tenido nunca noticia de ningún acosador. Qué idea tan absurda. Estoy perfectamente segura conduciendo en mi Chevy Sonic de color rojo cereza.

Sigo mi camino, alternando la mirada entre la carretera y el retrovisor, pero en vez de irme directa a casa, giro a la izquierda cuando aún faltan cuatro

manzanas. Por si acaso. Toda precaución es poca, ¿no? Aunque no tengo absolutamente nada de qué preocuparme. Mi vida es aburrida. Las persecuciones de coches solo pasan en las películas; los asesinos siempre siempre van detrás de los presidentes del gobierno y los reyes de los carteles del narcotráfico, y yo no tengo nada que ver con ninguna de las dos cosas.

El coche de detrás enciende las luces y también dobla a la izquierda.

Un escalofrío me recorre todo el cuerpo, de los pies a la cabeza, haciendo que se me erice el vello de la nuca. Luego empiezo a sudar a mares. Me pongo a tiritar por el súbito cambio de temperatura que, estoy segura, es fruto de mi imaginación. Contengo el impulso de encender la calefacción.

—Felix, me temo que nos están siguiendo. ¿Crees que soy una paranoica?

Intento quitarle hierro al asunto con una carcajada, pero Felix no se ríe conmigo. Se traslada de un salto al asiento trasero y se encarama a la plataforma que cubre el maletero. Varios ladridos agudos me indican que él también sospecha que pasa algo raro con el tipo que hay detrás de nosotros.

—Solo hay una manera de salir de dudas.

Sintiéndome ridícula, como si estuviera interpretando una peli malísima de espías, giro con brusquedad a la derecha, hacia una calle que me consta que no tiene salida.

Me sudan las palmas de las manos y me cuesta trabajo sujetar el volante. Me limpio primero una mano y luego la otra en los pantalones. No sirve de mucho, la verdad. Veo que se acerca el final de la calle y me entran ganas de vomitar. Esta idea me parecía genial cuando he doblado la esquina, pero ahora parece que me he tendido una trampa a mí misma. ¿Cómo es posible hacer tantas tonterías en una sola noche?

Por lo visto, conmigo todo es posible.

Las luces que flanquean el camino de entrada a una de las casas hacen que parezca el final de una pista de aterrizaje, pero yo no voy a aterrizar, no. «¡Es una trampa! ¡Es una trampa! ¡Es una trampa!». El cerebro me funciona como un torbellino, abroncándome por ser tan cabeza hueca. ¿Por qué me habré metido en una calle sin salida? ¿Estoy loca? ¿Es que quiero que me violen y atraquen? Dios, cuando todo esto acabe, tengo que ir al neurólogo a ver si me pasa algo en la cabeza. Solo espero seguir teniéndola pegada al cuerpo mañana.

Cuando llego casi al final de la calle para dar media vuelta, reduzco la velocidad, dando tiempo suficiente al coche que llevo detrás para que se acerque, con la esperanza de poder ver al conductor cuando vaya en la dirección opuesta. Esta vez deja los faros encendidos.

Despacio, muy despacio, doy la vuelta, rezando para que él tome el camino de entrada a alguna de las casas, detenga el vehículo, se baje y se dirija andando

a la puerta principal. Si eso ocurre, me pasaré todo el camino de vuelta riendo carcajadas y me iré a dormir después de un relajante baño de espuma. Hasta puede que le suelte un bocinazo con el claxon cuando pase por su lado, dándole las gracias por este paseo por su maravilloso vecindario.

El otro se aproxima. No se adentra en el camino de ninguna casa, sino que sigue conduciendo, detrás de mí.

Los faros de mi coche completan la media vuelta y, a través del parabrisas, veo al fin al hombre que hay detrás del volante... y también el arma que sujeta a la altura del hombro.

Lanzo un grito y me agacho por debajo del salpicadero, pisando a fondo el acelerador y saliendo disparada hacia delante como un murciélago huyendo del mismísimo infierno. El motor ruge conforme aumentan las revoluciones por minuto, así que manipulo la palanca de cambio para meter tercera y así proporcionar a mi Chevy unos cuantos caballos más mientras salgo calle abajo a toda pastilla y en la otra dirección. Rezo por avanzar en línea recta con la esperanza de no empotrarme contra ningún buzón.

Oigo un fuerte estruendo y un súbito golpe en la puerta. Tardo menos de un segundo en comprender lo que ha pasado. Felix se pone a ladrar en el preciso instante en que yo empiezo a chillar.

—¡Joder, me ha disparado! ¡Que me ha disparado con una pistola, el muy cabrón!

Tengo que incorporarme en el asiento para poder ver la calzada y seguir conduciendo, pero me agacho todo lo posible mientras rezo porque mi reposacabezas impida que una bala me atravesase el cráneo. Parezco Quasimodo al volante de un coche a la fuga después del atraco fallido a una sucursal bancaria.

—¡Como dispaes a mi perro, te mato! —grito, reduciendo la marcha cuando doblo una esquina a demasiada velocidad. Es evidente que toda esta nueva aventura me ha desestabilizado un poco—. Felix, ¡apártate de esa ventanilla ahora mismo! ¡Ven aquí! ¡Vamos, chucho sarnoso!

Los neumáticos chirrían cuando doblo la siguiente esquina, que me alejará de este barrio y me llevará lo más lejos posible de mi casa. Felix hace un esfuerzo por agarrarse a algo con las zarpas, y cuando oigo que su cuerpecillo cae golpeándose contra el suelo del asiento de atrás, sé que ha perdido la batalla. Pero me alegro de que se haya apartado de la línea de fuego, así que sigo adelante, metiendo la cuarta en cuanto veo una recta en la carretera.

Cuando me compré el Chevy Sonic hace unos meses, me pareció que era una elección práctica y responsable, pero ahora, mientras agarra la siguiente curva y sale disparado como un cohete en segunda, doy gracias a los dioses porque los de General Motors tuviesen el buen tino de colocar tantos caballos

debajo de ese capó.

La distancia entre ese maniaco y yo aumenta rápidamente. Después de doblar tres esquinas más y de conducir como si estuviese practicando en un circuito de Fórmula Uno, me parece que tengo tiempo suficiente para sacar el teléfono y pulsar el botón verde. No es la policía, pero en mi mente presa del pánico y la locura, es la siguiente mejor opción.

Contesta una voz hosca.

—Más vale que sea importante —dice.

—¿Eres el tipo de la barba horrorosa? —pregunto, casi sin aliento y con voz superchillona.

Felix lanza un gemido; seguramente le estoy haciendo daño en sus delicados oídos, pobrecillo.

—¿Cómo dice?

Bien. Parece confuso. Me alegra saber que no soy la única idiota de la sala.

—Eres el chico de Bourbon Street, ¿verdad? Bueno, pues yo soy la Barbie del bar, aunque no soy ninguna Barbie, por cierto. Necesito que me ayudes. Otra vez.

—¿Qué pasa? —Ahora se pone serio.

—Un tipo me ha seguido con su coche y me ha disparado. Con un arma.

—¿Dónde estás?

—No lo sé. Iba de camino a mi casa cuando me di cuenta de que me estaba siguiendo, así que ya no voy de camino a casa. Se ve que me he perdido en otro vecindario.

—Buena chica. Ahora cuelga. Te llamaré.

Y dicho esto, va y cuelga. Pues vaya con mi salvador...

Mientras cambio de marcha, reduzco y vuelvo a cambiar, miro el teléfono un par de veces. No sé qué narices acaba de pasar con el Barbudo, pero me parece que ahora estoy bien jodida. Por culpa de mi estúpida tacañería, no pedí el GPS cuando compré el coche y ahora no hay manera de salir de este laberinto de barrio de las afueras, y para colmo, el tipo que pensaba que podría ayudarme acaba de colgarme el teléfono.

¡Maldita sea! ¡¿Por qué me pasa esto a mí?!

Me suena el teléfono, y el timbre atraviesa la espesa neblina del pánico que siento. Respondo y por poco se me cae el aparato con las prisas por acercármelo a la oreja.

—¡Diga! —chillo.

—Gira a la izquierda en la siguiente calle.

Él está mucho más tranquilo que yo.

—¿Que gire a la izquierda...? —Aparto el teléfono y lo miro unos segundos

antes de volver a acercármelo a la oreja—. ¿Se puede saber qué demonios dices?!

—¡Gira a la izquierda! —insiste con un bramido.

Sujeto el volante con las dos manos, aplastando el teléfono contra la funda de piel, y giro bruscamente a la izquierda. Una rápida maniobra y ya estamos bajando a toda velocidad por la calle, ahora en dirección norte si la información de la brújula digital de mi salpicadero es correcta.

—¿Cómo sabías que tenía que torcer a la izquierda?

Apenas si veo lo que tengo delante, de tanto bufar y resoplar. Estoy a punto de hiperventilar por culpa de mi respiración acelerada. Miro por el retrovisor, pero lo veo todo negro. Oigo un zumbido atronador en los oídos y pienso que es mi tensión arterial, a punto de hacer que me estallen las venas.

—Estoy siguiendo la señal de localización de tu teléfono —dice la débil voz en el aparato—. Gira a la derecha en la avenida Wilson. —El rugido de mis oídos se calma un poco.

Aparecen ante mí las relucientes letras blancas del cartel indicador de color verde de la calle. Apenas tengo tiempo de reducir la velocidad antes de girar. Mis neumáticos se dejan parte del caucho sobre la calzada.

—Sigue conduciendo un kilómetro o así hasta que llegues a Lincoln —dice mi salvador—. Y entonces gira a la izquierda.

—¿Adónde me estás guiando?

No estoy cien por cien segura de que seguir estas indicaciones sea la mejor opción para mí, pero es la única que veo ahora mismo. El pánico me ha dejado la mente en blanco.

—A mi casa. Allí estarás a salvo.

Cuando me dice esas palabras con su tono levemente cansado pero tranquilizador, casi me lo creo... a pesar de la barba.

Capítulo 5

Veinte minutos más tarde, voy en dirección a un edificio que se halla en una parte de la ciudad con una dudosa reputación: el puerto de Nueva Orleans en el río Misisipi. ¿Que por qué no estoy en una comisaría de policía? Bueno, pues porque no sé dónde hay una comisaría y porque está claro que estoy loca. No dejo de pensar que, si continúo conduciendo sin rumbo fijo, acabaré de cabeza en brazos de ese asesino. Necesito encontrar un lugar seguro. ¿Que por qué pienso que ese barbudo es mi respuesta? No estoy segura; simplemente, me parece una buena opción: es mejor que irme a casa, mejor que llamar a la poli y, desde luego, infinitamente mejor que ir a casa de mi hermana.

—Este no puede ser el sitio... —digo en voz alta.

Hablaba conmigo misma, pero el Barbudo me responde.

—Sí, sí que lo es. Te estoy viendo desde la ventana. Entra con el coche.

Mientras dice esas palabras, empieza a abrirse una puerta gigante que da acceso a la nave industrial que tengo delante, deslizándose despacio. No creo que haya nadie detrás activando un mecanismo manual, porque se mueve con demasiada suavidad y se oye un zumbido eléctrico que atraviesa el aire y se cuela en mi coche a través de la rendija de la ventanilla.

Esta noche hay mucha humedad, por lo que, en condiciones normales, tendría el aire acondicionado encendido, pero necesitaba poder oír las instrucciones a través del altavoz del teléfono, de modo que está apagado. Ahora me arrepiento de no haber subido el volumen al aparato en lugar de apagar el aire, porque seguro que llevo cercos de sudor en las axilas y también en muchas otras partes.

Mientras aguardo a que la puerta se abra lo suficiente para que entremos Felix y yo, me limpio el sudor de las sienes. Habré perdido casi kilo y medio de peso de agua con todo el miedo que he pasado en la última media hora. Sigo sin estar segura de qué está ocurriendo, aunque tengo mis sospechas. Supongo que me habré metido sin querer en medio de algún asunto de drogas que no ha salido bien o algo así. Solo rezo para que el tipo de la barba no sea el traficante. No creo que

lo sea.

La verdad es que no estoy segura de por qué me he empeñado en creer que es uno de los buenos y no de los malos. Debería ir con más cuidado y no meterme alegremente en su Batcueva y dejar que la puerta se cierre a mi espalda, pero lo cierto es que ese tipo intentó salvarme cuando empezó la lluvia de balas. Podría haberme dejado allí tirada con más agujeros que un colador. Eso tiene que significar algo, ¿no?

—Me parece que no voy a entrar —digo, mirando a un lado y a otro, mientras trato de decidir si no debería largarme sin más e irme derechita a casa. O también podría ir a un hotel. Ese sería un lugar seguro; o al menos, más seguro que este sitio, probablemente. Este barrio parece un buen lugar para matar a alguien: no hay vecinos, y todo está relativamente tranquilo. Mi asesino podría encender algún motor muy ruidoso para ahogar mis gritos. O tal vez no tendría tiempo ni de gritar. Tal vez todo acabaría en cuestión de segundos...

Empiezo a cagarme de miedo otra vez. Juraría que vuelvo a oler a sudor. Puaj.

—No tienes que entrar si no quieres —dice—, pero yo que tú, entraría.

—¿Por qué?

—Porque tu coche es fácil de detectar para alguien que lo esté buscando.

Suelto una carcajada brusca. Esto es cada vez más ridículo.

—Como si alguien fuese a encontrarme en este rincón perdido de la ciudad. Despisté a mi perseguidor en un barrio de las afueras hace veinte minutos.

Miro por el retrovisor solo para asegurarme.

—Ese tipo no trabaja solo; tiene secuaces por toda la ciudad. Basta con que haga correr la voz con la descripción de tu coche y te encontrarán. Ese rojo tan vivo es difícil que pase desapercibido.

El corazón me da un vuelco y me cuesta articular palabra. Me sale una especie de graznido.

—¿Lo dices en serio? ¿Quién es ese tipo? ¿Y por qué iba a querer encontrarme? Yo no soy nadie. Ni siquiera fumo porros. No fumo nada de nada, por amor de Dios.

—Entra de una vez —dice la voz, como si hubiese perdido la paciencia conmigo.

Felix lanza un gemido.

Alargo el brazo y le rasco por debajo de la minúscula barbilla.

—Tranquilo, pequeñín. Todo va a salir bien.

—¿Estás diciéndome que me tranquilice? —dice el barbudo con tono de incredulidad.

—No, estoy diciéndole a Felix que se tranquilice.

—¿Quién es Felix? Pensaba que estabas sola.

—Felix es mi perro. Voy a entrar.

Decido hacerlo por Fee. Él no se merece que lo persigan y lo traten como a un perro, a pesar de ser un ángel en miniatura con un disfraz canino.

Pongo la primera marcha y avanzo despacio para cruzar la puerta, que al fin ha acabado de abrirse del todo. En cuanto el parachoques trasero está dentro, la puerta empieza a cerrarse de nuevo, y mientras observo cómo vuelve a su sitio, intento conservar una respiración acompasada y regular, pero me cuesta mucho trabajo. Temo haber sellado mi destino con mi decisión de acudir a este sitio. Un rápido vistazo alrededor confirma que no dispongo de ningún arma a mi alcance. Todas mis esperanzas están puestas en que Felix sea capaz de morder a mi atacante en el tobillo antes de acompañarme al descanso eterno en el Cielo.

Escribo rápidamente un mensaje a mi hermana.

Yo: No puedo tomarme un vino contigo. Estoy en un edificio en el puerto. Si mañana por la mañana no has tenido noticias mías, llama a la policía.

Estoy a punto de pulsar el botón de «Enviar», pero entonces dudo. Pienso en ella y los niños, en el hecho de que no tiene a quién recurrir para cuidarlos y en la cantidad de veces que está al borde de la locura, la pobre. Lo último que necesita en su vida es que yo también pierda la cabeza.

Vuelvo a leer el mensaje, dudando si enviarlo o no.

No. No puedo hacerlo. Verá lo que he escrito y le entrará el pánico, claro. No puedo soltarle una cosa así, ni hablar. Le doy al botón de borrar y lo intento de nuevo, pensando cómo puedo formular la frase de modo que no sospeche que mi vida corre peligro, pero a la vez asegurarme de que alguien vendrá a buscarme más pronto que tarde si no consigo volver al mundo real en un plazo de tiempo razonable.

Yo: No puedo tomarme un vino contigo. He quedado con alguien en el puerto de Nueva Orleans. Te llamo mañana hacia las 8.00.

Ya está. Un mensaje lo suficientemente inocuo. Y si no la llamo, sabrá decirle a la poli por dónde tienen que empezar a buscarme. Lo envío y giro la llave de contacto. El motor se apaga inmediatamente y me quedo oyendo el tictac de mi reloj Swatch. Va igual de rápido que los latidos de mi corazón.

Felix se sube a mi regazo de un salto, apoya las patas delanteras sobre mi pecho y empieza a lamerme la barbilla como un poseso.

—Ay, Dios, cómo te huele el aliento, Fee... Para.

Lo aparto para poder sacar la correa que guardo en la guantera y la engancho a su collar. Juntos, esperamos a que llegue el Barbudo de donde sea que estuviese enviando sus instrucciones. Rezo para que no aparezca con una pistola en la mano y mirada asesina.

Capítulo 6

Espero diez minutos largos hasta que al final me desabrocho el cinturón.

—¿Piensas venir de una vez o qué?

Miro el teléfono y me acuerdo de que la llamada se cortó hace bastante rato. O sea que ahora estoy hablando conmigo misma. Genial.

Pulso el botón de inicio y aparece mi última llamada. Le doy al botón verde para marcar el número de nuevo.

—¿Sí? —contesta el Barbudo. Bueno, al menos creo que es el Barbudo.

—¿Y ahora qué? ¿Me quedo a dormir en mi coche esta noche o cómo?

—Si quieres...

Se me escapa un profundo e involuntario suspiro. Estoy taaan harta de este jueguito del escondite... A ver: ¿podemos comportarnos como personas normales de una vez?

—En realidad lo que quiero es irme a mi casa y dormir en mi cama, pero por lo visto, tu trapicheo con drogas o lo que te llevaras entre manos en el Frankie's se ha ido al carajo y a mí me ha pillado en medio, así que ahora estoy aquí atrapada en el appestoso puerto de la ciudad, en una nave industrial de mala muerte, y mi perro necesita ir al baño.

No me contesta. Miro el teléfono y la llamada se ha cortado otra vez.

—¡Maldita sea!

Al mirar por el parabrisas no veo nada. La luz del almacén donde me encuentro está encendida, pero esto está prácticamente vacío salvo por una mesa de madera llena de arañazos y rodeada de sillas, una pera de boxeo en una esquina, colgada de una viga en el techo, unas máquinas de pesas, una hilera de taquillas y unas escaleras metálicas. Debe de haber espacio para unos seis coches, pero aquí solo está el mío. ¿Este tipo vive aquí? Eso explicaría lo de la barba, pero poco más.

Mientras sopeso mis opciones, la gigantesca puerta que tengo detrás empieza a moverse de nuevo. Acercó la mano a la llave de contacto, lista para arrancar mi Sonic y largarme de aquí en menos que canta un gallo si es necesario.

La enorme camioneta negra en la que me subí hace un rato atraviesa la puerta y aparca en el hueco que hay a mi lado. No veo al conductor porque los cristales de las ventanas están tintados.

Ahora sí que no entiendo nada. El Barbudo me dijo que me estaba viendo por la ventana, y supuse que se refería a la del edificio. ¿Es que ha estado fuera todo este tiempo? ¿Por qué iba a esperar fuera y no aquí dentro? ¿Y por qué ha entrado ahora? ¿Qué ha estado haciendo todo este tiempo, quedarse en el coche? A lo mejor me tiene miedo. A lo mejor por eso ha tardado tanto en decidirse a entrar. A lo mejor cree que yo soy la mala.

El rugido del motor se corta de golpe y se abre la puerta. Rebota varias veces hasta que finalmente se abre de par en par. Mi cerebro es incapaz de procesar la imagen que veo asomar por ella.

En primer lugar, no hay ni rastro de la barba, y le faltan unos diez centímetros de estatura, además de un palmo de anchura de espaldas. Definitivamente, este no es mi salvador.

El hombre se agacha y se asoma a la ventanilla del copiloto de mi coche.

—Hola —me saluda antes de dedicarme una sonrisa. Una dentadura perfecta. Pues claro. ¿Se puede saber por qué los tipos como este siempre tienen los dientes perfectos? ¿No deberían tener una especie de kriptonita, como manchas de café o los incisivos torcidos?

Vale, pues si este tipo va a matarme, no estoy segura de cómo abordar el asunto. Yo siempre me había imaginado a los asesinos como individuos grandullones, peludos y, básicamente, asquerosos; más o menos como el Barbudo, pero ¿este hombre? Qué va... ¡Pero si podría ser modelo de pasarela! Si intenta matarme, no se lo perdonaré en la vida. Haber estado tan equivocada todos estos años es algo que me pondría furiosa. Los chicos tan guapos como este no deberían ser criminales, eso desestabilizaría el equilibrio del universo o algo.

—Hola —digo, sin estar segura de cuáles son las normas de cortesía cuando se trata de saludar a un extraño en una nave industrial después de haber sobrevivido a un tiroteo en un bar de moteros.

—¿Vas a subir? —me pregunta, señalando las escaleras.

Miro hacia donde me indica y arrugo la frente. ¿Que si quiero subir a su guarida y ofrecirme en bandeja para que me maten? No, me parece que no.

—No, aquí estoy bien, gracias.

Se encoge de hombros y saca una bolsa de lo que parece comida del maletero de la camioneta.

—Como quieras.

Lo observo mientras atraviesa la sala a grandes zancadas en dirección a las escaleras y sube los peldaños de tres en tres. Los *shorts* tipo cargo dejan ver sus

musculosas pantorrillas y le marcan el trasero, lo que me da una ligera idea del aspecto que debe de tener el resto de su cuerpo por debajo de la camiseta. Tiene que ser el que utiliza los aparatos de pesas que he visto.

Felix se queja otra vez.

—Está bien. Te dejaré salir.

Si se hace caca, llevo bolsitas especiales. Tiene que haber una papelera por alguna parte. Abro la puerta a medias y dejo a Felix en el suelo con la esperanza de que se dé por satisfecho solo explorando el terreno.

No le presto mucha atención, así que no me doy cuenta de que me ha dado esquinazo hasta el momento en que tiro de la correa y esta sale volando hacia arriba y aterriza en mi regazo.

—Pero ¿qué? ¡Felix! —lo llamo con tono autoritario pero sin alzar la voz—. ¡Vuelve aquí ahora mismo, gamberro!

Detecto una sombra diminuta correteando por el suelo, alrededor de la pera de boxeo.

—¡Felix! —Me callo, esperando oír unos pasitos diminutos que se acerquen a mí—. ¡Felix! —Lo único que oigo es a un chihuahua explorando un nuevo territorio. Se ha vuelto un perro aventurero en el peor momento posible. Mi pequeñín puede ser muy curioso e inquieto cuando se le mete el ansia de explorador en esa cabeza suya del tamaño de un cacahuete.

Mierda. Ahora no tengo más remedio que bajarme del coche. Si hay algún charco en el suelo con el líquido de los radiadores, Felix creerá que es Gatorade y se beberá hasta la última gota a lametones. Mi hermana dice que es una miniaspiradora. No tiene remedio el pobre.

Se está mucho más fresquito en el edificio que dentro de mi sofocante vehículo, así que empleo unos segundos para despegarme la camisa del cuerpo y sacudírmela un poco. El olor que me da en plena cara no es nada agradable. Genial.

—Felix, vamos, no hagas el tonto.

No me hace ningún caso, claro; es un chihuahua entregado a su misión, y yo solo soy la mujer que le da de comer, lo baña, lo abraza y le hace carantoñas las veinticuatro horas del día.

—Te vas a quedar sin premio, Felix. No vas a tener premios ni chuches una semana entera, te lo digo en serio.

Miro fijamente hacia la triste esquina de la sala, esperando ver asomar el trasero arrepentido del pequeño granuja.

Veo un destello de su pelo color canela cerca de una de las máquinas de pesas y modifico mi trayectoria para interceptar su próximo movimiento. Está abriéndose paso hacia la puerta por la que hemos entrado con el coche. Si sale y

empieza a corretear por el puerto, me echaré a llorar, lo juro. Lloraré como una Magdalena, a moco tendido, como un bebé. Seguro que lo atropella una carretilla elevadora o algún cacharro igual de mortal de los que tienen allí. El puerto no es lugar para cachorrillos de chihuahua de tres kilos de peso.

Está muy ocupado olisqueando la parte de la máquina donde se apilan las pesas negras de metal y sé exactamente lo que está pensando.

—¡No, Felix! ¡No! ¡No te atrevas!

Levanta la pata trasera y se mea en el metal.

Miro por encima del hombro, presa del pánico, convencida de que alguien va a aparecer por las escaleras y a liquidar a mi perro por haber hecho lo peor que puede hacer un chucho en cuanto a comportamiento en sociedad.

Borremos eso. Digamos lo segundo peor que puede hacer un perro: ahora mismo Felix está agachado junto al punto donde acaba de hacer pis. ¡Un dos por uno! ¡Claro que sí, Felix, sí, señor! En cuanto le ponga las manos encima, juro que lo mato.

Vuelvo corriendo al coche por mi bolso y, tras rebuscar en el contenido, encuentro una bolsita y unas toallitas húmedas. Felix está acabando de hacer «sus cositas» cuando llego a la escena del crimen.

Lo atrapo antes de que pueda escaparse y me lo meto en el bolso, que sujeto con fuerza entre mis tobillos mientras me ocupo del desastre que ha dejado en el suelo. Cuando termino, busco una papelera.

Maldita sea, ¿se puede saber dónde tira la basura esta gente? Camino deprisa hacia la puerta automática y dejo la bolsa de plástico en el suelo junto a ella, con el bolso bien agarrado bajo el brazo. Cuando me vaya, me llevaré la bolsa de pruebas conmigo, pero no pienso guardarla en mi coche hasta entonces.

Abro el bolso y vuelvo al coche.

—Fee, se acabó eso de desaparecer en plan Houdini esta noche, ¿me oyes? Tienes que quedarte a mi lado todo el rato. A mi lado. ¡A mi lado he dicho!

Lo fulmino con la mirada.

Me contempla con cara de felicidad e intenta darme un lametón. Odio que haga eso; soy incapaz de estar enfadada mucho tiempo con un chihuahua contento.

Me detengo junto a la portezuela del coche. Con el calorazo que hace aquí, la verdad es que no me apetece nada volver a entrar ahí, pero ¿qué otra cosa puedo hacer? ¿Llamar a la policía? A estas alturas, eso parece un poco absurdo. ¿Dormir en el suelo de cemento? Miro las máquinas de pesas, pero no creo que pudiera dormir en el banco de ninguna de ellas. Me caería rodando al suelo y seguramente me rompería algo, la nariz, por ejemplo. Resulta que le tengo un cariño especial a mi nariz y aspiro a que conserve la misma forma menuda y recta que ha tenido toda mi vida.

Mi reloj dice que son casi las once de la noche. Mis clientes llegarán a las nueve de la mañana a mi estudio, y necesitaré una hora para prepararlo todo. Eso me da un margen de siete horas de sueño, una hora para llegar a casa y ducharme, y luego ir al trabajo. ¿Qué narices voy a hacer siete horas? Porque llegados a este punto, empiezo a sentirme cómoda con la idea de que no voy a morir asesinada en esta nave industrial, aunque el hombre que me disparó todavía podría estar rondando por el vecindario cerca de mi casa. Porque, claro, el Barbudo y Hollywood ya habrían cumplido con su cometido si esa fuese su intención, ¿verdad? Es muy probable que aquí esté a salvo. Estoy un sesenta y cinco por ciento segura de ello.

La puerta gigante de la nave empieza a abrirse de nuevo y me agacho inmediatamente, utilizando el lateral de mi coche como parapeto para esconderme. ¿Quién cojones irá a entrar ahora? ¿Otro guapetón? ¿Otro motero bestia? ¿Otro asesino u otro salvador?

Capítulo 7

Esta vez es un todoterreno negro y con los cristales tintados. Me recuerda a uno de esos coches del FBI que salen en todas las películas. La mitad de las veces llevan dentro a los buenos de la película, pero la otra mitad..., pues no tanto. Levanto un poco la cabeza para intentar ver algo por la ventanilla del Chevy. El todoterreno aparca junto a la camioneta. Tendré que esperar a que la gente salga del coche y se vaya para poder ver algo.

Oigo voces, una masculina y otra femenina.

—Me da igual lo que diga. Yo por ahí no paso —dice la voz masculina.

—Me encantaría ver cómo le dices que no —responde la femenina.

—Pues observa y verás. Observa y aprende, pequeño saltamontes.

La mujer se ríe.

—Sí, está bien. Tengo la batería del teléfono completamente cargada. Grabaré un vídeo para la posteridad.

—Vete a la mierda —le suelta él.

—Ya he estado, ida y vuelta, hasta tengo la camiseta... —dice ella—. Pero no pienso volver. Al menos, no esta noche.

Ambos se echan a reír.

Y entonces la veo. Es una mujer menuda, delgada, con una melena larga y de color negro azabache. No distingo si los pantalones son de cuero o de tela vaquera, pero desde luego, son muy, muy ceñidos. Con la ligera blusa blanca de tirantes y las botas de tacón, parece que tenga diecinueve años. Supongo que, si yo tuviera un cuerpo como ese, también llevaría ropa apretada. No puedo odiarla por sacarle el máximo partido a la moda, aunque sí hace que me sienta un poco vieja y rancia, aquí agazapada y con este conjunto de Ann Taylor.

El hombre camina detrás de ella. También es bastante bajito, con el pelo del mismo color, tal vez un poco más claro, y fornido. Lleva vaqueros y una camisa negra, arremangada hasta los codos. Calza unos zapatos negros, algo que esperarí de un tipo que sale de copas por los clubes nocturnos. Los dos hablan con acento cajún, algo que me chifla. Es parte de lo que me atrajo de Nueva

Orleans cuando me mudé aquí desde Nueva York hace dos años. Eso y mi hermana. Nuestra ciudad de origen en Florida, donde crecí, dejó de interesarme en cuanto me marché de allí al cumplir los dieciocho.

Cuando empiezan a subir las escaleras, me incorporo despacio, para intentar verlos mejor y para que no se me duerman las piernas.

—¿Vienes? —me pregunta el hombre al volverse en mi dirección.

Miro a mi espalda.

No, no hay nadie detrás de mí. Aquí solo estamos Felix y yo, totalmente fuera de lugar.

—¿Quién? ¿Yo? —digo, por si acaso.

—Sí, tú. ¿Con quién si no iba a estar hablando?

Se echa a reír afablemente. Juraría que le brillan los ojos; debe de sonreír muy a menudo.

Me encojo de hombros, sintiéndome tonta de remate. El Barbudo debe de haberlos llamado y se lo habrá contado todo.

Gesticula para indicarme que me sume a ellos.

—Vamos. La cena está lista.

Arrugo la frente. ¿La cena? Mi estómago lanza un rugido como respuesta, recordándome que no he comido nada desde la hora del almuerzo.

La mujer ha llegado a la puerta que hay en lo alto de las escaleras y la ha abierto. El hombre está esperando mi respuesta.

—No, gracias —digo, pues aún no estoy del todo segura de que mi persona no vaya a formar parte del menú de la cena, aunque soy consciente de que la probabilidad de que eso sea así disminuye a medida que se incorpora más gente a la fiesta. Los asesinatos en grupo se pasaron de moda en los setenta, ¿verdad?

—Si cambias de opinión, llama a la puerta, ¿de acuerdo?

Desaparece detrás de la mujer y la pesada puerta se cierra de golpe tras él.

Felix me lanza otro de sus gemidos.

—¿Qué? —le increpo—. ¿Es que quieres subir ahí?

Felix jadea, entusiasmado y con los ojos chispeantes.

—No tienes ni idea de quién es esa gente. Podrían ser criminales. Esto podría ser un cuartel general de la mafia. Si subo y veo más de lo necesario, tendré que unirme a ellos. Entonces me pondrán un apodo tipo *May la Picadillo Wexler*, o me obligarán a usar algún arma supersangrienta en mi iniciación y entonces me la pondrán en el nombre, como *May el Hacha Wexler* o *May la Navajas Wexler*. Sabes que no soporto ver sangre. No funcionará nunca. No superaré ninguna de sus pruebas de ingreso y me enterrarán en los cimientos de un edificio en construcción para ahogarme en cemento fresco. Nunca encontrarán mi cadáver. Jenny morirá de tristeza, y mis sobrinas y mi sobrino no tendrán adónde

ir cuando lleguen a la adolescencia y quieran marcharse de casa.

Felix ladea la cabeza y se me queda mirando unos segundos.

—No me mires así. Podría pasar perfectamente, y no creas que tú no vas a estar ahí también en el cemento fresco, a mi lado, amiguito.

A nuestra espalda, la puerta ha empezado a cerrarse, pero ahora se detiene y se mueve en el sentido contrario. La luz de los faros me anuncia que alguien más está a punto de incorporarse a la fiesta. Porque esto... no puede ser una fiesta asesina, ¿verdad que no?, ¿verdad que no? ¡¿Verdad que no?!

Esta vez ni siquiera corro a agacharme, sino que miro por el espacio entreabierto de la puerta del coche. Desde esta posición podría escapar con mucha facilidad; aún estoy relativamente a salvo del peligro inmediato.

Aparece un vehículo muy viejo al que tendrían que haber llevado al desguace allá por los setenta y avanza deslizándose hasta detenerse junto al todoterreno. Es de color naranja dorado con neumáticos con banda blanca. El conductor lleva el codo apoyado en la ventanilla y me saluda con la mano antes de desaparecer de mi vista.

Los frenos chirrían cuando detiene por completo el vehículo. Aguanto la respiración mientras espero a ver qué sucederá a continuación. ¿Va a ignorarme él también? ¿Será capaz de dirigirse a las escaleras y dejarme con la intriga de qué habrán preparado para cenar? ¿O pasará al ataque, haciéndome salir por detrás del todoterreno? Echo un vistazo para asegurarme, pero ahí detrás no hay nadie.

Se oye el ruido de la puerta de un coche al cerrarse.

Unos pasos rechinan sobre el suelo de cemento.

Y entonces, el hombre más alto que he visto en mi vida asoma por el morro del todoterreno, dirigiéndose en línea recta hacia mí.

Retrocedo un paso, pero no me sirve de nada. No le hacen falta más que tres pasos con esos zancos que tiene por piernas y se planta delante de mí.

—Hola —dice, extendiendo la mano para estrechar la mía—. Soy Devon. Puedes llamarme Dev.

Me quedo mirando fijamente esa manaza gigantesca, del tamaño de una bandeja de horno. Mi intención es contestarle, pero no me salen las palabras. No tiene pelo. Pero es que ni uno, en ningún sitio: ni cejas, ni pestañas, ni barba, ni siquiera una sombra negra en el mentón. ¿Será miembro de alguna secta religiosa? ¿Estarán a punto de captarme los Hare Krishna?

Sonríe y se señala la cabeza.

—Alopecia. No, no me crece ni un solo pelo. No me lo afeito ni me lo arranco, si es eso lo que estabas preguntándote.

Niego con la cabeza, sin estar muy segura de qué es lo que estaba pensando exactamente. Voy y le estrecho la mano tendida, pero porque no hacerlo parece

una grosería ahora que ha compartido su historial médico conmigo.

—¿Vienes a cenar? Hoy toca noche *burgoo*, también conocida como la noche del estofado. No querrás perdértelo, te lo digo yo. Ozzie es el mejor cocinero del mundo, y hoy le toca cocinar a él.

—Creo que no entiendo nada...

Es un alivio poder hacer esa confesión a un extraño.

Me suelta la mano y me hace señas para que lo siga.

—Vamos, te presentaré al grupo.

—¿Al grupo?

—Sí, al grupo. —Al pie de las escaleras, vacila un instante y se vuelve para mirarme—. Ya has conocido a Ozzie, ¿verdad?

—Si te refieres a la bestia gigante de la barba, sí.

Dev abre los ojos como platos.

—Ay, Dios...

Ahora sí que estoy preocupada de verdad...

—¿«Ay, Dios»? ¿Qué se supone que quiere decir eso?

Se ríe y luego vuelve a esbozar una sonrisa.

—Nada, nada en absoluto. Vamos, que no quiero perderme la posibilidad de repetir.

Sube las escaleras de dos en dos, y es evidente que espera que lo siga.

—¿Y qué pasa con Felix?

—¿Quién es Felix? —pregunta, sin mirarnos siquiera.

—Mi perro.

Saco a Felix del bolso y lo sostengo en el aire para enseñárselo.

Dev está en lo alto de la escalera. Pulsa unos números en un teclado y abre la puerta.

—Tráetelo. ¿Le gustan las salchichas?

Avanzo unos pasos y apoyo el pie en el primer peldaño.

—Le gustan las salchichas, pero no estoy segura de que a las salchichas les guste él.

—Ya se nos ocurrirá algo —me asegura Dev—. Su estómago no puede ser tan grande.

—Huy, te sorprenderías... —digo, ya en mitad de la escalera—. Una vez se comió una zapatilla de deporte entera.

—Solo procura que no se acerque a Oz. No es muy fan.

—¿No es muy fan de quién? ¿De Felix?

Me paro en el descansillo junto a Dev. Miro a mi minúsculo perrito y me pregunto cómo podría alguien no enamorarse de él a primera vista.

—De los perros pequeños. A él le gustan los perros más bien grandotes. Ya

verás lo que quiero decir.

Sigo a Dev al otro lado de la puerta preguntándome en qué clase de lío estoy a punto de meterme. La verdad, no tengo ningunas ganas de que me llamen *May la Picadillo* Wexler, y desde luego, yo no me acerco a un machete ni muerta.

Capítulo 8

—¡Uau! Qué machete tan espectacular... —exclamo, entrando en lo que creo que es una especie de sala de estar. Hay sofás, una alfombra y una mesita de centro, pero ahí acaba toda semejanza con el interior de una casa. La pesada puerta de metal se cierra con un ruido estridente a mi espalda.

Hay armas expuestas por todas partes, algunas exhibidas como piezas de anticuario y otras que parecen de uso cotidiano. Me cuesta tragar saliva ahora que el miedo se ha vuelto a apoderar de mí. ¿Quién usa esa clase de armas? ¿Los ninjas? Los buenos de la película seguro que no, estoy segura. Imposible. Aunque no he visto a ningún asiático, así que esto tiene que ser una guarida de la mafia. Vuelvo la cabeza hacia la entrada y veo que hay un teclado digital en la pared, junto a la puerta por la que acabo de pasar. Estoy encerrada aquí dentro. ¡Horror! ¡Atrapada!

Ahora mismo estoy tan sumamente jodida que no tiene ni un pelo de gracia. A lo mejor puedo decir que tengo que ir al baño y enviar un mensaje de SOS a Jenny o a la policía o a la Guardia Nacional.

—No es un machete —aclara Dev—. Es una espada de samurái.

May *la Samurái* Wexler. Mmm... No, sigue sin gustarme la idea de unirme a su banda mafiosa o lo que sea. ¿Puedo irme a mi casa? Me quedo en la entrada del salón con gesto vacilante, tratando de decidir cuál será mi próximo movimiento. No se me ocurre nada. Estoy acojonada con todo esto, bueno, salvo con este tipo de aquí, que hace que me entren ganas de comprarme unas palomitas y ver una peli con él. Parece más del estilo hermano/amigo, que un asesino. Gracias a eso consigo mantener la respiración bajo control.

Por lo visto, Felix se ha cansado de esperar a que yo tome una decisión y decide tomarla él por mí. Sale disparado de mi bolso, echa a correr y desaparece por una esquina para meterse en lo que supongo que solo puede ser otra habitación.

—¡Felix! —grito, temiendo por su diminuta vida.

—Mierda... —exclama Dev. A continuación, hace bocina con las manos y

chilla—: ¡Cuidado! ¡Un chihuahua anda suelto por la casa!

Oigo el ruido de arañazos en los muebles, pequeños ladridos y, a continuación, algo que podrían ser perfectamente las hordas del infierno salidas del inframundo para descargar toda su furia asesina sobre nuestras cabezas. Echo a correr y adelanto a Dev, apartándolo de en medio y haciendo caso omiso de mi propia integridad física mientras me apresuro a salvar la vida de mi precioso pequeñín.

—¡Felix, nooo!

Doblo una esquina, rezando para no ver a mi perro hecho pedacitos desperdigados por todo el suelo. No sé qué se mueve más rápido, si mis piernas o los latidos de mi corazón.

Pero lo que veo cuando entro en la habitación contigua hace que me quede paralizada por completo. Creo que todos están igual de perplejos que yo.

Veo a un perro más grande que cualquier animal domesticado que haya visto en mi vida, en mitad de una cocina que parece recién salida de un anuncio, completamente inmóvil, con la cola tesa y apuntando hacia arriba. Todas las personas a las que he visto llegar antes también están inmóviles, contemplando a los dos perros. Junto al fregadero hay un tipo con las manos extendidas en actitud pacífica y conciliadora, con un paño de cocina sobre el hombro.

Madre mía, está increíblemente bueno. Solo había visto unos músculos tan bien torneados en las revistas de salud y bienestar. Tendré que fijarme mejor luego, cuando haya rescatado a mi perro de cierto peligro.

A Felix le importa bien poco el físico del musculitos. Está dando saltitos alrededor del perro grande, intentando lamerle la cara, las costillas, el trasero... cualquier cosa a la que pueda echarle su minilengua, pero solo llega hasta la parte inferior de las patas, así que muy pronto decide que con eso le basta.

La cola del perro adopta una posición más natural y el animal agacha la cabeza hacia Felix y le da un lametón lo bastante fuerte para que se caiga de lado. Naturalmente, Felix se levanta de un salto y corre a lamerle las patas de nuevo. Lame que te lame, dale que te pego. Ahora está en modo automático; nunca lo había visto lamer unas patas con tanto entusiasmo, la verdad.

—Joder, tío —le dice el conductor del todoterreno al hombre del fregadero—. Tu animal es una nenaza total.

El hombre le tira el paño de cocina a la cara a la velocidad del rayo.

—Como vuelvas a decir eso, te vas a enterar.

El corazón me da un vuelco cuando creo reconocer esa voz.

Lo miro fijamente y me olvido de todo lo que hay a mi alrededor. Tiene que ser familia de mi salvador: la misma voz, los mismos ojos, el mismo cuerpo de gigante..., pero todo lo demás es distinto. Lleva el pelo corto, rapado a cepillo, al

estilo militar. Lleva la cara recién afeitada, las cejas bien cuidadas, y no veo pañuelos de motero ni chaquetas de cuero por ninguna parte. Luce unos vaqueros y una camiseta negra, igual que su amigo, y los bíceps le tiran tanto de las mangas que sufro, no vayan a estallarle las costuras. Lleva un pequeño emblema estampado en la parte izquierda del pecho y unas palabras: «Especialistas en Seguridad BSB».

—Qué perro tan simpático —dice la mujer, mirándome.

Es espectacularmente guapa, como todos los demás, cosa que hace que me arrepienta de no haberme cepillado el pelo al menos antes de salir hoy de casa. Me imagino perfectamente lo que estará pensando esta gente de mí ahora mismo, con mis alpargatas.

—Gracias. —Vuelvo a centrar mi atención en los perros—. Ven aquí, Felix. Deja ya de molestar.

Los latidos de mi corazón se han apaciguado, ahora que ya sé que mi pequeño no va a morir esta noche.

El enorme perrazo dobla las patas delanteras y rueda de costado por el suelo. En ese momento me doy cuenta de que no es un perro, sino una perra. No sé por qué, mi cerebro estaba empeñado en que perro grande equivale a perro macho, cuando yo tengo un chuchó de tres kilos que me cabe dentro del bolso y que, definitivamente, no es ninguna hembra.

Felix se sube encima del tórax de la bestia femenina, da varias vueltas y luego se tumba y apoya la cabeza en las patas. Por lo visto, ha confundido a esta especie de loba gigante comehombres con un almohadón.

—Esto es increíble —dice el cocinero, con voz sinceramente ofendida—. Sahara, ten un poco de orgullo, ¿quieres?

La perra levanta la cabeza para mirarlo, pero luego vuelve a bajarla y suelta un largo y profundo gemido. Pestañea varias veces, pero por lo demás no se mueve. Es como si quisiera que Felix se sintiera cómodo y estuviese dispuesta a que la torturara como parte del trato.

Se me derrite el corazón solo de mirarla. Es evidente que es un animal extraordinario, a pesar de que es probable que sus cacas sean tan grandes como el propio Felix.

—¡A comer! —exclama Dev con entusiasmo.

El cocinero señala los fogones con otro paño.

—Adelante. El pan está en el horno.

Arroja el paño sobre la encimera y sale de la cocina rumbo a otras partes desconocidas de la casa.

Todos se mueven a la vez. Primero se dirigen al fregadero a recoger un plato hondo de la encimera para luego acercarse a la olla que hay en los fogones.

Se forma una cola.

—¿Qué pasa? —pregunto a quienquiera que me responda.

—Hay sopa. *Bon appétit* —dice el hombrecillo de acento cajún con una sonrisa.

Observo a cada uno llenar su plato de sopa, coger un par de rebanadas de la bandeja del horno y luego sentarse a una larga mesa de metal al otro extremo de la cocina.

Cuando están todos sentados, alguien bendice rápidamente la mesa y se lanzan a comer. Es posible que no hayan ingerido nada desde hace horas, porque decir que devoran la sopa con entusiasmo es quedarse bastante corto.

—Mmm... Mmm... Qué buena... —dice Dev, con la boca llena de algo. Aparto la mirada para no tener que ver el contenido exacto.

—Nunca falla —comenta la mujer.

—Yo tengo derecho a repetir —dice el guapo con estilo de actor de Hollywood—. He estado en labores de vigilancia todo el día.

—Esto va por orden de llegada —dice el chico del acento cajún— y la amiga de Ozzie no ha comido todavía.

Creo que están hablando de mí.

—¿Es Ozzie el de la barba horrorosa? —pregunto antes de que se me ocurra otro adjetivo para definir su vello facial. Ay...

—Sí —contesta la mujer—. El único e incomparable.

—Creía que Ozzie era el cocinero —digo, ahora totalmente confusa.

—Lo es. El mejor.

Dev está muy ocupado engullendo la sopa, así que las palabras le salen un poco más aguadas de lo que pretendía, creo.

—Existen unas cosas llamadas servilletas —dice la chica, arrojándole una a Dev a la cara.

Él la atrapa en el aire, justo antes de que le dé en toda la frente, sin interrumpir en ningún momento el contacto visual con su cuchara.

—Me gustaría saborear mi sopa y servilletearme la boca luego, cuando termine.

Nunca había oído a nadie utilizar «servilletear» como verbo, pero entiendo a qué se refiere: va a tener que «servilletearse» a conciencia cuando termine. Creo que ni siquiera respira entre una cucharada y la siguiente. ¿Cómo se las arregla para no atragantarse? Me parece ver una gota de sopa en su mejilla, justo debajo del ojo.

—Será mejor que te sirvas un plato antes de que se acabe —dice el cajún, señalando el fregadero con la cuchara—. Lucky sería capaz de cargarse a su propia abuela por la última cucharada.

Así que deduzco que el actor de Hollywood se llama Lucky. Parece un nombre hecho a medida para un tipo con suerte como él.

Me dirijo despacio al lugar donde están los cuencos para la sopa, con la cabeza hecha un lío. ¿Quién es esta gente? ¿Viven aquí todos juntos? ¿Cómo es posible que Ozzie sea el cocinero y el tipo de la barba a la vez? ¿Y quién era el chico guapo del fregadero, si no era Ozzie? Es evidente que la sopa no está envenenada, porque se la están comiendo todos. ¿Por qué estoy aquí? ¿Por qué no me hacen preguntas? ¿Por qué está Felix durmiendo encima de una loba?

Nada de esto tiene sentido, así que voy y me sirvo un par de cucharones de sopa. Estar confusa y muerta de hambre no es una buena combinación. Aunque al pan ni me acerco. De buena gana me comería un trozo, pero no dejo de imaginarme a alguien atacándome por la espalda, y agacharme para hurgar en el horno me pone en una posición demasiado vulnerable. Ojalá Felix dejara de comportarse con tanta calma y serenidad. Por lo que a mí respecta, esta sigue siendo una situación de semiemergencia.

Me acerco a la mesa con mi plato de sopa y la mente alerta. Hay cuatro asientos vacíos, pero solo uno me procura una buena vía de escape, el más próximo a la puerta. Estoy a punto de sentarme cuando por poco me da un ataque al corazón al oír cómo todos los comensales se ponen a gritar a la vez.

—¡No! ¡Ahí no!

Me levanto y retrocedo de un salto.

—Ese es el sitio de Ozzie. Mejor siéntate aquí.

Lucky da unas palmaditas en el asiento que tiene al lado, lo cual me coloca justo entre él y la chica. Con ella, yo creo que podría. Con él, no estoy tan segura...

—Te prometo que no mordemos —dice ella.

—Mucho —señala Lucky.

Ella suelta un resoplido, pero no discrepa.

Mi estómago decide por mí, rugiendo como una fiera furibunda. Dejo primero el plato en la mesa y luego suelto el bolso.

La chica arruga la nariz cuando dejo el bolso en el suelo.

—Huele a meado de perro. —Se vuelve y fulmina a los chuchos con la mirada—. Se supone que estás entrenada para hacerlo fuera, Sahara.

—No es ella... Soy yo —confieso.

Todos dejan de comer a la vez y me miran con los ojos muy abiertos.

Me pongo roja como un tomate.

—Bueno, quiero decir que es mi bolso, no yo. Felix se hizo pis dentro hace un rato.

La chica me mira de hito en hito durante un par de segundos, con cara de

asco.

—Ah. Eso es mucho mejor; me alivia saber que no has sido tú.

Me quedo boquiabierta: no estoy segura de si quiere hacerse la graciosa o está siendo maleducada aposta.

El cajún me resuelve el misterio.

—No seas tan mala, Toni. Está un poco traumatizada por todo... ¿Acaso no lo estarías tú también?

Menea la cabeza, decepcionado tal vez, y vuelve a concentrarse en la sopa. Emite un fuerte ruido al sorber el líquido de la cuchara para introducirse en la boca.

Toni no dice nada. Se limita a comerse su trozo de pan como si no acabara de provocarme para que la sacuda con mi bolso meado.

Puesto que estoy en clara minoría en esta mesa de forzudos que, sin duda, deben de ser casi como su familia, decido disfrutar al menos de la cena. ¿Quién sabe? Podría ser la última...

Con la primera cucharada entiendo perfectamente por qué Lucky estaría dispuesto a matar a su propia abuela por otro plato de sopa.

—Mmm... —exclamo, saboreando un trozo de carne picante—. Esta sopa está buenísima.

—Te lo dije. —Dev me sonrío—. Espera a probar su jambalaya. Es algo del otro mundo.

El cajún alza los ojos al cielo.

—*Oh là*, la semana que viene haré que me prepare un plato especial, te lo aseguro. —Me guiña un ojo—. Es mi cumpleaños.

Asiento y vuelvo a ocuparme de mi sopa. Después de otras tres cucharadas, adoro aún más al hombre que ha preparado este plato.

—¿Y dónde está Ozzie, por cierto? —pregunto—. ¿Es que no va a comer?

No tengo ni pizca de ganas de volver a ver esa barba en mucho tiempo, pero sí me gustaría darle las gracias. De momento no me ha asesinado, y ahora me ha salvado de un villano y me ha dado de comer. Eso merece cierta gratitud, por lo menos.

—Seguramente él ya ha comido. Normalmente no come con el resto del grupo —dice Lucky.

—¿Y eso?

No dejo de mirar su rebanada de pan, preguntándome si va a comérsela o no. Debería haber cogido una del horno cuando tuve la oportunidad.

Dev se levanta y se dirige a los fogones. Lo oigo servirse otro plato de sopa a mi espalda.

—Tiene un montón de tareas administrativas que hacer —explica Lucky.

—Es un lobo solitario —dice Toni—. En plan exagerado.

—Ah.

No tengo nada que decir a eso; lo único que sé es que es un magnífico cocinero. Aunque espero que no haya ningún pelo de barba ahí dentro.

Dev deja un trozo de pan de ajo en la mesa, junto a mi plato.

—He visto que no le quitabas el ojo de encima al trozo de Lucky y no me gustaría que alguien te arrancara los dedos de un mordisco.

—Cállate, idiota, estoy hambriento. Y tú también lo estarías después de seguir a ese cabrón durante doce horas.

Dev abre la boca para responder, pero lo detiene una voz furibunda que viene de la puerta.

—No quiero oír ni una palabra —dice—. Ella no se queda y punto.

Levanto la vista y veo al hombre que tiró el paño de cocina junto a la puerta de la habitación.

—Vamos, Oz, no seas tan duro de roer —dice el cajún—. Puede quedarse un tiempo. Tú mismo dijiste que podía estar en peligro.

Es en ese momento cuando consigo encajar todas las piezas. Resulta que el pedazo de hombre, el guaperas que está ahí de pie haciendo gala de sus gloriosos músculos, no es el hermano de Ozzie: es Ozzie. Es el mismísimo Barbudo en persona. Es el tipo que me dijo que dejara mi coche aparcado en el bar y luego me guio hasta aquí cuando no quise obedecerlo. Y es el que está más bueno que el pan del horno, tanto que debería ser ilegal estar tan bueno, con unos músculos que se le marcan por debajo de la camisa y una mandíbula que aprieta con fastidio mientras me fulmina con la mirada. Parece alguien totalmente diferente.

—¿Qué le ha pasado a esa barba tan horrorosa que llevabas antes? —pregunto, antes de que me dé tiempo a morderme la lengua.

Capítulo 9

El cajún se ríe, pero no dice nada, y baja la mirada a la sopa mientras remueve el líquido con la cuchara.

Ozzie no me contesta, sino que atraviesa la cocina, coge un plato hondo y lo llena hasta el borde. Lo observo mientras se acerca a la mesa para ocupar su asiento. Nadie parece tener prisa por explicar la absoluta transformación física que Ozzie ha logrado realizar en menos de una hora.

—Buenísimo, Oz —dice Lucky, refiriéndose a la comida—. Has vuelto a superarte a ti mismo.

Ozzie gruñe y da un bocado al pan. No establece contacto visual con nadie.

—Oye, tío, sobre lo de hoy... —empieza a decir Dev.

Ozzie suelta la cuchara acompañando el movimiento de un estruendo metálico contra el plato.

—Déjalo por el momento.

Mira al centro de la mesa, haciendo un esfuerzo evidente por contenerse.

—Solo quiero que sepas que mi intención era estar ahí.

—Ya, claro —dice Lucky. No sé distinguir si lo dice con sorna o no—. Igual que la semana pasada era estar en el Roscoe's y en Beat Street la semana anterior.

—Eh, tíos, sabéis que tengo responsabilidades...

Ozzie levanta la vista al fin.

—Todos tenemos responsabilidades, Dev. Todos nosotros. Solo que las tuyas se interponen entre tu trabajo y tú mucho más a menudo de lo deseable.

La tensión que se respira en el ambiente de esta mesa es demasiado para mí. No puedo soportarlo.

—Bueno, ¿y a qué os dedicáis exactamente? —Intento utilizar un tono despreocupado, pero no me acaba de salir bien. La voz es demasiado chillona, demasiado forzada.

Todos me miran, incluido Ozzie, esperando que me explique mejor.

—Bueno, que he visto vuestras tarjetas de visita, así que es evidente que no

sois asesinos. O al menos espero que no lo seáis. Quiero decir que no me estaríais dando de comer si lo fuerais, ¿no?

Nadie responde, sino que se limitan a mirarme sin más.

—No sois de la mafia, supongo. Porque yo no soy ninguna amenaza, ¿vale? No pienso decir una palabra a nadie sobre vuestra guarida.

—¿Nuestra guarida? —pregunta Toni.

Miro alrededor.

—Sí. La Batcueva o como llaméis a este sitio.

El cajún se ríe en voz baja.

—Cállate, Thibault.

Ozzie vuelve a estar de mal humor, al parecer.

Lanzo un suspiro.

—En serio, ¿podría alguien explicarme dónde estoy? ¿Quiénes sois? Porque tengo una imaginación desbordante, y eso no es bueno...

—¿Qué crees que somos? —pregunta Lucky, soltando su cuchara y repantigándose en la silla para mirarme.

Miro a mi alrededor. El emblema de la camiseta de Ozzie atrae de nuevo mi atención.

—Supongo que, si descartamos la idea de los asesinos en grupo, diría que o bien sois una empresa de seguridad privada o sois muy fans de alguna.

O son traficantes de droga y usan esas camisetas y las tarjetas de visita para disimular, como tapadera; aunque no pienso decir eso en voz alta.

Lucky me guiña un ojo.

—Tienes buena vista. —Hace un ademán con la mandíbula para animarme a continuar—. ¿Qué más ves?

Me siento como si estuviera en un concurso de preguntas y respuestas de la tele. Dejo la cuchara y miro alrededor con más atención, haciendo uso de mi ojo de fotógrafa profesional para absorber todos los detalles. Es más fácil ahora que no me siento tan amenazada. De momento nadie me ha apuntado con un arma ni con una navaja, y todo indica que por aquí debe de haber un amplio surtido de ambas cosas.

—Pues veo a un grupo de gente que se comporta como si fueran una familia, pero no lo son, salvo por vosotros dos tal vez. —Señalo a Toni y al cajún, que deduzco que se llama Thibault. Este asiente con la cabeza, confirmando mis sospechas—. Es evidente que sois un grupo... mmm... preocupado por el bienestar físico y la vida saludable. Supongo que, si os dedicáis a cosas de seguridad, eso debe de ser importante. —Miro a la perra—. Tenéis una perra guardiana que supuestamente debería dar mucho miedo, pero que en realidad no es tan fiera. De hecho, a mí me parece muy dócil.

Felix se despereza y ella no mueve un solo pelo de su cuerpo más que para pestañear.

Un par de los allí presentes sueltan unas risitas, pero cuando levanto la vista para ver quién ha sido, todos disimulan. Ozzie tiene la cara encendida, a punto de estallar en cólera.

—Hay cámaras en todos los rincones, aquí y en el garaje, así que o bien guardáis algo de valor aquí dentro u os preocupa que alguien venga por vosotros. He visto taquillas en cuyo interior podría haber algo valioso: armas, tal vez, porque me he fijado en que una de ellas bien podría albergar un arsenal. Y mientras subía me ha parecido que aquí arriba también tenéis toda una colección.

Caigo en la cuenta de que esa descripción podría encajar tanto con una empresa de seguridad como con el cuartel general de una banda de narcotraficantes.

Advierto que seguramente he hablado más de la cuenta cuando veo que el lugar que deberían ocupar las cejas de Dev se mueve de golpe. El hecho de que no tenga ni un pelo no impide que el ceño se desplace hacia lo que sería el nacimiento del cabello en alguien que no tuviese alopecia.

—Y bueno... veo que tenéis espadas por todas partes, así que imagino que alguno de vosotros es un fan de los ninjas.

Thibault se echa a reír y se lleva la mano al estómago.

—Dios, no puedo más...

Se levanta y rodea la mesa con el plato de sopa en la mano para llevarlo al fregadero.

—¿Qué? —pregunto, mirando alrededor—. ¿Qué he dicho?

—Es muy observadora —señala Lucky, encogiéndose de hombros—. Casi nadie se percata de lo de las cámaras.

Sonrío.

—Bueno, soy fotógrafa, así que suelo poner el foco en esa clase de cosas.

—¿«Poner el foco», eh? ¿Siempre hablas así o ha sido sin querer? —pregunta Toni. Cuesta interpretar la expresión de su rostro, pero pienso que podría ser una sonrisa. En ese momento decido que siempre me lo pensaré dos veces antes de golpearla con un bolso meado.

Me pongo roja como un tomate.

—Sí, ha sido sin querer. —Junto las manos en el regazo—. Bueno, Ozzie, ¿vas a decirme qué ha pasado con esa maraña selvática de pelo que llevabas en la cara?

Alguien deja escapar un silbido, creo que Lucky.

Miro alrededor.

—¿Qué pasa? ¿He dicho algo malo?

Es imposible que a Ozzie le gustara llevar esa cosa asquerosa, ¿no?

Las no cejas de Dev siguen pegadas a su cuero cabelludo.

Arrugo la frente, inquieta por haber molestado al gran jefe.

—Ah, ¿su vello facial es un tema peliagudo? —Miro a Ozzie, que sigue con una expresión inescrutable en la cara—. ¿Le tenías mucho cariño? Lo siento, no era mi intención ofenderte. Pero es que era un poco demasiado... peluda, ¿no? Y... ¿abundante?

—Esa barba era la responsable de que estuviese en ese bar con esa gente.

Sonrío.

—Ah, vale. Pues entonces, de nada.

—No, no te estoy dando las gracias.

Me lanza una mirada asesina.

—Ah. —Mi sonrisa se esfuma de golpe—. ¿Así que perder de vista la barba y a esa gente es algo malo?

Miro a Toni, que me contesta con un movimiento afirmativo con la cabeza. Asiente varias veces. Ahora sí que no entiendo nada: cualquier mujer del mundo habría opinado lo mismo que yo de esa mata salvaje de pelo: que era asquerosa, antihigiénica y... en fin, asquerosa. Y en cuanto a la gente de ese bar... bueno, uno de ellos nos disparó, así que no entiendo por qué perder su amistad supone un drama tan grande.

—Perder la barba significa perder mi tapadera y varios meses de trabajo. Ahora hemos vuelto a la casilla de salida con el Ala Sexta.

Y de pronto, ¡zas! Otra vez me invade el pánico absoluto.

—¿El Ala Sexta? ¿Quieres decir el Ala Sexta del Bloque D? ¿Eso no es una banda de criminales muy violentos...? —Se me apaga la voz al llegar al final de la frase. Recuerdo perfectamente haber leído algo sobre una serie de asesinatos atribuidos a esa misma banda no hace mucho tiempo.

—Solo es la más violenta de todo Nueva Orleans —dice Dev mientras se levanta con el plato en la mano. Parece bastante orgulloso de ese hecho.

Me hundo despacio en la silla.

—Mierda... Sabía que esto era una guarida...

Espero a que dicten mi sentencia. Miro el plato de sopa y me viene a la cabeza un disparatado pensamiento: al menos he disfrutado de una última comida decente.

—No es ninguna guarida —dice Ozzie, cogiendo su rebanada de pan—. Es nuestra sede. Y no somos miembros de ninguna banda, sino una empresa de seguridad privada. Eso es todo lo que necesitas saber.

Da un bocado al pan, arrancando un mordisco mucho mayor de lo que habría creído posible.

—¿Trabajas alguna vez como *freelance*? —me pregunta Thibault, sentándose de nuevo en la mesa.

—Es lo que hago siempre —digo—. Trabajo por cuenta propia.

—Mmm. —Asiente con la cabeza y mira un segundo a Ozzie antes de continuar—. ¿Has realizado alguna vez labores de vigilancia?

Abro la boca para contestar, pero Ozzie me interrumpe.

—No. Nunca ha hecho ninguna labor de vigilancia y no va a empezar ahora. Enderezo la espalda en el asiento.

—Perdonad, pero para vuestra información, sí he hecho alguna vez algún trabajo de vigilancia.

Vale, estoy exagerando un poco, pero no tienen por qué saberlo.

—¿De verdad? —dice Thibault—. ¿Qué clase de vigilancia?

Ahora todos en la mesa clavan la mirada en mí.

Vuelvo a ponerme colorada.

—Pues yo... Mmm... Saqué unas fotos de un hombre que engañaba a su mujer. —Acto seguido, me apresuro a añadir—: En el parque. —Para que no piensen que estaba en plan pervertida dentro del armario de un dormitorio o algo igual de desagradable.

—¿Lo pillaste? —pregunta Toni, como si tuviera un interés personal en mi respuesta.

—Pues sí, la verdad es que sí, lo pillé in fraganti. Saqué unas fotos muy buenas. Lo pillé con las manos en la masa, como se suele decir...

Sonrío con orgullo. Sí, fue un encargo embarazoso, pero a veces, cuando los reportajes de bodas y los retratos familiares son escasos y cada vez más esporádicos, no me queda más remedio que ser menos tiquismiquis con la clase de trabajos que hago. No les pienso contar lo del ama de casa sexi que hice el invierno pasado. Seguro que eso no les despierta tanto entusiasmo, y yo aún no consigo borrar algunas de aquellas imágenes de la cabeza. Lo último que quiero es empezar a remover esos recuerdos.

—¿Y no se dieron cuenta? —pregunta Lucky.

—Me cuesta trabajo creerlo —comenta Ozzie, sin darme siquiera ocasión a contestar.

Junto las cejas de nuevo mientras fulmino con la mirada al cocinero.

—De hecho, conseguí sacar las fotos justo delante de sus narices. —Levanto la barbilla con orgullo—. Fingí estar fotografiando los parterres de flores que había alrededor del hombre, y no se enteró de nada.

Lucky me señala con el pan.

—Si llevaba ese disfraz de pastorcilla inocente estilo Little Bo Peep que lleva ahora, yo tampoco sospecharía nada de nada. Ya sabes que ese es nuestro

mayor problema fichando gente, Ozzie. No tenemos a una sola pastorcilla inocente en el grupo que haga de espía.

Me sonrío, pero yo no le devuelvo la sonrisa.

—¿Qué se supone que significa eso?

Ozzie se levanta y el estruendo de su voz retumba en toda la mesa.

—Significa que aquí tú no pintas nada. Es hora de que te vayas.

Todos lo miran. Dev parece especialmente confuso.

—¿Adónde va a ir? Dijiste que iba a tener que quedarse aquí una temporada.

—He cambiado de opinión. —Ozzie lleva su plato medio vacío al fregadero y miro al resto de comensales—. No se puede quedar aquí.

—¿Qué pasa? —Mi voz es poco más que un susurro. Nadie me contesta. Todos miran a Thibault.

—Es el momento de votar —dice Thibault con tono de resignación.

—¿Qué es lo que vamos a votar exactamente? —pregunta Toni, que me mira antes de volver a centrar su atención en el tipo que parece su hermano.

Este me señala con la barbilla.

—Vamos a votar qué pasa con ella: ¿se queda o se va?

Tengo dificultad para tragar saliva cuando me doy cuenta de que podría estar presenciando el momento en que alguien se dispone a dictar mi propia sentencia de muerte.

Capítulo 10

—No hace falta que votemos, porque yo digo que se va y punto.

Ozzie ha vuelto a la cabecera de la mesa, pero no se sienta, sino que se queda de pie allí.

—Vaya, colega, parece que le tenías más cariño a ese vello facial de lo que parecía, ¿eh? —dice Toni, lanzándole una sonrisa burlona.

Su hermano la fulmina con la mirada, pero ella finge que le trae sin cuidado, encogiéndose de hombros y dándole la espalda para mirar a Ozzie.

—Sabes tan bien como todos los demás el tiempo que me costó trabajarme esos contactos, y ahora toda esa inversión de tiempo se ha echado a perder por culpa de la «pastorcilla inocente», como la llamáis vosotros, y estamos de nuevo como al principio. ¿Queréis decirme cómo voy a conseguir esa lista ahora?

—¿Qué lista? —pregunto. Cuanto más hablan, más interesante se pone la cosa. ¿Así que no son los malos y, encima, están intentando infiltrarse en una banda criminal? ¿Y eso cómo se hace?

—No es asunto tuyo —dice Ozzie, lanzándome una mirada feroz.

No tengo ni idea de por qué, pero cuando me mira así, me dan ganas de sonreír. En vez de callarme y contenerme, se me escapa una sonrisa de oreja a oreja. Me recuerda a su perra, con ese aire tan fiero y fanfarrón por fuera cuando, a la hora de la verdad, en el fondo es un almohadón gigante y mullido para un chucho más pequeño que ella. Apostaría cualquier cosa a que el abdomen de este tipo sería un magnífico reposacabezas cuando estuviésemos viendo una película en el sofá...

¿Cómo? ¿De verdad acabo de pensar semejante cosa?

Creo que empiezo a estar mal de la cabeza. Seguramente es por la falta de calorías, así que me llevo a la boca una buena cucharada de sopa, por si acaso.

—Es una lista de todos los miembros de la banda, con sus datos de contacto y sus estadísticas —explica Dev.

—¿Sus estadísticas?

Miro a mi alrededor tratando de descifrar el lenguaje corporal de alguien

que me permita entender esa información, pero nadie me ayuda. Todos empiezan a intercambiar miradas, pero ninguno me mira a mí. Lo único que me viene a la cabeza cuando alguien menciona la palabra «estadística» es la liga de béisbol y el promedio de bateo de los jugadores. ¿Acaso los mafiosos se evalúan unos a otros?

—Sí, estadísticas —dice Lucky—. Como la cifra de muertes, kilos transportados, número de personas en las calles moviendo el producto y esas cosas.

Niego con la cabeza, sintiéndome un poco perdida con toda esa jerga.

—No tengo ni idea de a qué te refieres. —Un escalofrío me recorre el cuerpo—. Espero que no te refieras a muertes..., muertes, como asesinatos reales de gente y esas cosas... —Tomo otra cucharada de sopa—. ¿Quién iba a llevar una estadística de eso?

La sala se queda en completo silencio y levanto la vista justo en el momento en que Thibault y Lucky intercambian una elocuente mirada.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—¿Buscas trabajo? —dice Thibault.

—¡No! —grita Ozzie antes de que pueda abrir la boca siquiera.

—Tiene experiencia —aduce Lucky, dirigiéndose al hombre que deduzco que debe de ser el jefe, ahora que lo veo reprender a los demás—. De acuerdo, no es mucha experiencia, eso es verdad, pero es fotógrafa profesional, y puede mezclarse entre la gente sin despertar sospechas. —Me señala con la mano—. Mírala.

—Sacar fotos en un parque a un imbécil que engaña a su mujer no es tener experiencia en labores de vigilancia.

Parece que a Ozzie está a punto de estallarle la cabeza.

No es que me interese trabajar haciendo tareas de vigilancia exactamente, pero me parece un poco ofensiva la forma en que no deja de lanzarme todas esas indirectas a la cara. Este tío es demasiado prepotente y autoritario. Seguro que hacer labores de vigilancia se me daría de maravilla: soy discreta, una fotógrafa excelente y tengo el equipo necesario, al menos para la parte de sacar fotos y vídeos. Adelanto un poco la mandíbula a medida que la expresión del rostro de Ozzie va ensombreciéndose.

Dev señala de nuevo hacia mí.

—Pasaría totalmente desapercibida entre la multitud. No como Toni.

—¡Eh! ¡Cuidado con lo que dices! —exclama Toni, arrojándole una cuchara.

Él la atrapa en el aire sin pestañear, ahorrándose así un golpetazo en plena frente.

—¿Estás diciendo que soy normalita, una chica del montón? —pregunto, segura de que debería sentirme ofendida. Ya sé que no soy ninguna supermodelo, pero yo no llegaría al extremo de decir que soy fea o vulgar.

—Es todo lo contrario a una chica normalita: ¡miradla! —Ozzie me señala y de pronto parecemos dos actores en el escenario—. Es como si llevara carteles de neón diciendo: «¡Miradme todos ahora mismo!».

Los demás giran la cabeza en mi dirección y luego se miran entre ellos, a todas luces perplejos.

—Lo siento, Oz, pero yo no lo veo así —dice Lucky. Se inclina hacia mí y rodea el respaldo de mi silla con el brazo para hablarme al oído—. ¿Te apetece ganarte un dinero sacando fotos? Pagamos al momento de recibir la factura.

Lo tengo demasiado cerca y eso me pone incómoda, así que me alejo todo lo posible sin caerme de la silla ni tumbarme en el regazo de Toni.

—Eso depende de qué fotos sean.

Lucky se ríe, irguiendo la espalda de nuevo antes de devolverme mi espacio.

—Me gusta tu estilo.

Vuelvo a enderezar la espalda yo también, sin saber si debo tomarme eso como un cumplido.

—Bueno, pues a mí no, y aquí lo que vale es lo que yo diga.

Ozzie se cruza de brazos, de modo que los músculos se le marcan aún más. Parece como si a sus pechos, que sobresalen apoyados encima de sus antebrazos, les hiciese falta un sujetador, literalmente.

Dev sonrío y señala los pectorales de Ozzie, hablando en voz tan baja que solo nosotros lo oímos.

—Mirad. Los niños.

Lucky trata de contener una sonrisa y mira al techo en vez de mirar a Ozzie.

Me parece que están hablando de los pectorales de Ozzie. La verdad es que son impresionantes. Entonces recuerdo nuestra conversación en los mensajes de texto y las cosas empiezan a cobrar más sentido. Cuando le mencioné a los niños, yo me refería a mis sobrinos; mientras que, por lo visto, él creía que le estaba hablando de sus tetas, en esa especie de lenguaje en clave que usan para referirse a ellas. Con razón se lo tomó tan mal... Intento reprimir una sonrisa yo también.

—Esto no es una dictadura —dice Thibault con tranquilidad—. Aquí las cosas se someten a votación. Ese fue el trato cuando empezamos hace cinco años y sigue siendo el mismo trato hoy. —Apoya los puños en la mesa con suavidad—. Lo primero es lo primero: ¿qué hacemos con ella? —Me señala con el dedo—. ¿Dejamos que se quede o hacemos que se vaya?

—Me parece que, si no es mucha molestia, quizá deberíais preguntarme

primero a mí qué quiero hacer. —Me cuesta suprimir el sarcasmo de mi tono de voz.

Thibault arquea las cejas.

—¿Quieres volver a tu casa y esperar sentada a que un narcotraficante te pegue un tiro en la cabeza?

Me pongo muy pálida.

—Mmm... No. No quiero eso.

—Eso mismo pensábamos nosotros. —Mira a su alrededor—. ¿Votos a favor de que se quede aquí? —dice levantando la mano.

Los miro uno por uno mientras todos levantan la mano... Todos salvo Ozzie, naturalmente. Y Toni. Tiene la mirada fija en la mesa, como si ni siquiera se percatara de lo que pasa a su alrededor.

La reacción de Ozzie me enfurece de verdad.

—¿Quieres que me peguen un tiro en la cabeza?

Lo cierto es que me duele que Ozzie me haya nominado para abandonar la isla. Por un momento, en ese callejón, juntos los dos, me había parecido que habíamos congeniado. Él me salvó la vida... Yo estaba agradecida por que me hubiera salvado la vida... Eso significa algo, ¿no? Joder, si hasta llamó a un taxi y lo pagó, así que, ¿por qué me da una patada ahora?

Su cara adopta de pronto una expresión de disgusto.

—Pues claro que no quiero que te peguen un tiro en la cabeza...

Dev lo interrumpe antes de que pueda terminar.

—¡Genial! Pues no se hable más, se queda aquí. Y ahora vamos a someter a votación si le ofrecemos trabajo.

Ozzie y yo extendemos las manos hacia delante para indicarle que pare.

—Espera un segundo... —dice.

—Un momento... —digo yo.

Los dos nos callamos y nos miramos. Él me fulmina con la mirada y yo entrecierro los ojos.

—Muy bien. Adelante, votad —digo, levantando las manos en el aire como si me pareciera estupendo todo lo que está pasando en estos momentos—. No me vendría mal algún trabajo extra. No es que haya muchas bodas últimamente.

En parte lo digo en serio, y en parte, movida por el ansia de fastidiar a Ozzie. Estaría bien ganar algo más de dinero, pero no estoy segura de que sacar fotos de narcotraficantes sea el mejor impulso para mi carrera profesional.

Ozzie me mira fijamente, relajando y apretando la mandíbula. Por alguna razón, me pone de buen humor ver cómo le disgusta tenerme aquí. ¿Acaso le doy miedo? ¡Ajá! Seguro que sí. Lo cierto es que se me dio muy bien esquivar a ese tipo que intentó matarme, antes incluso de que Ozzie me ayudara. Hay quienes

hasta me llamarían valiente. La verdad es que lo conduje a una calle sin salida.

O tal vez le ha dolido lo que dije sobre su barba. Mi sonrisa se desvanece. Supongo que, como voy a quedarme en la sede de su empresa, no estaría mal que le pidiera perdón por eso.

—Oye, Ozzie, siento mucho los comentarios tan horribles que he hecho sobre tu barba. Es que era... mucho más espesa y poblada de lo que debería ser una barba. No he podido evitarlo.

Thibault decide intervenir en ese momento, riéndose de mí.

—Ay, Dios... Todos los que estén a favor de contratar a la Pastorcilla en período de prueba, que digan «sí». —Sigue sonriéndome.

—¡Sí!

Oigo la palabra tres veces. A continuación sigue un largo silencio. Hago caso omiso de Toni y me vuelvo hacia Ozzie, sonriendo antes de decir yo también:

—Sí.

Parece a punto de decir algo, pero no lo hace, sino que sale disparado de la habitación y grita:

—¡Sahara!

La gigantesca perra se levanta y sale de la cocina, con Felix pegado a sus talones.

Capítulo 11

Me dan una cama plegable, un saco de dormir y la esquina de la cocina, toda para mí. Puedo elegir entre eso o irme a casa y arriesgarme a que me vea el tipo que me estaba siguiendo por todo el vecindario. Examino mi rincón de dormir preguntándome si de verdad voy a poder conciliar el sueño esta noche, porque lo cierto es que no es muy prometedor. Tengo que confesar que la acampada libre no es lo mío. De hecho, a mí lo que me va son las habitaciones cómodas con piscina y servicio de habitaciones. Me muero de ganas de llamar a mi hermana, pero sé que se va a poner histérica si lo hago. No es de las que se quedan satisfechas con explicaciones y excusas a medias. No tengo más remedio que esperar a sentarme con ella y contárselo todo con pelos y señales.

—¿Dormirás bien? —pregunta Lucky. No parece muy preocupado; en realidad, es como si todo esto le hiciese mucha gracia.

—Supongo. —Miro alrededor. Aparte de Ozzie, que aún no se ha asomado por allí desde que salió disparado, Lucky es el único que se queda en el piso conmigo, pero ahora se dirige a la puerta—. ¿Es que tú no te quedas?

No consigo disimular el tono de súplica. Este sitio está lleno de espadas samuráis. ¿Y si me tropiezo con una en plena noche y me corto una pierna o un brazo? Necesito todos mis brazos y mis piernas, los cuatro enteritos.

—No. Tengo que ir a dar de comer a mis peces. Nos vemos mañana.

Se dirige a la puerta que lleva a la sala ninja.

—¿Y se va a quedar alguien aquí esta noche o voy a estar sola?

—Oz estará aquí. Nunca sale salvo para ir a trabajar. Su dormitorio está al final de ese pasillo de allí. —Señala en la dirección en que Ozzie desapareció hace media hora—. Si necesitas cualquier cosa, grita.

Recojo el saco de dormir y lo abrazo, suspirando.

—De acuerdo, gracias.

—De nada. Bienvenida al hotelito de los Bourbon Street Boys.

Me guiña un ojo y abandona la habitación, apagando la luz al salir. Oigo su risa y los pitidos del teclado digital, seguidos por el ruido de la pesada puerta

metálica al cerrarse.

—Los Bourbon Street Boys —murmuro en voz baja mientras intento desplegar el saco sobre el catre guiando mis movimientos con la ayuda de la luz del extractor de la cocina—. ¿Qué clase de nombre es ese para una empresa de seguridad? La dirección ni siquiera es Bourbon Street; esa calle está a kilómetros de aquí.

Miro hacia el pasillo donde está el dormitorio de Ozzie. Felix no ha reaparecido todavía y empiezo a preocuparme. ¿Debería preocuparme? Sí, debería. Felix podría hacerse pis en cualquier momento. Su vejiga es del tamaño de una uva. Conviene que lo tenga cerca para poder interpretar las señales que emite antes de que sea demasiado tarde.

—Felix —susurro lo más alto que puedo.

No hay respuesta. No se oye ni un solo golpeteo de sus patitas sobre el suelo de baldosas.

—¡Felix! —lo llamo de nuevo, más alto esta vez, aguzando el oído y centrando toda mi atención en captar los posibles ruidos de un chihuahua en movimiento.

Nada.

—¡Maldita sea, Felix! ¡Ven aquí! —El grito me sale más fuerte de lo que pretendía.

Al principio no hay respuesta, pero entonces oigo una maldición.

—Uy... —Me siento al borde de la cama plegable y espero a que el malvado lobo de Ozzie aparezca y me regañe por haberlo despertado de su sueño reparador.

Suelto un resoplido solo de pensarlo. Antes, cuando llevaba esa horrible barba, habría dicho que necesitaba seis meses de sueño reparador para que esa cara luciera un aspecto mínimamente decente, pero ahora pienso que debería tener prohibido dormir en varias semanas. Meses, tal vez. Es más guapo de lo que debería estarle permitido a alguien con ese cuerpazo. A pesar de su semblante huraño y furioso de esta noche, me basta esa cara para fantasear con pensamientos que no debería tener. Siempre he sentido debilidad por los pómulos marcados y una mandíbula bien dibujada. Hasta la cicatriz que tiene en la mejilla derecha le da un aire duro que lo vuelve aún más atractivo. Mierda. Solo pensar en él hace que la temperatura de la habitación suba ya varios grados.

Nunca en toda mi vida habría dicho que la bestia que conocí en el Frankie's podría haber resultado ser el verdadero Ozzie que se ocultaba debajo. Menuda tapadera más brillante... Entiendo perfectamente que esté cabreado por haber tenido que renunciar a ella, porque lo cierto es que ahora no pasa desapercibido, sino todo lo contrario. Antes solo era otro motero grandote y peludo, pero ahora

es un sueño hecho realidad. Uno de estos días le preguntaré si era una barba postiza o si se la dejó crecer de verdad y luego tuvo que afeitársela.

De pronto, aparece en la entrada de la cocina y me mira con cara de enfado.

—¿Me llamabas?

—No, a menos que te llames Felix.

—¿Quién es Felix?

Muevo la cabeza con exasperación.

—Para ser un profesional de la seguridad, no eres muy observador que digamos. Por tercera vez, Felix es mi perro. Ya sabes..., la mezcla de chihuahua que seguramente está durmiendo en tu cama ahora mismo.

Se cruza de brazos. Aunque no resulta en absoluto intimidatorio, dicho sea de paso. Los niños. Casi me echo a reír.

—No dejo que los perros duerman en mi cama —dice.

—Eso díselo a Felix. Créeme, él siempre encuentra una manera.

Hace ya tiempo que me rendí y dejé de intentar echarlo de mi cama. Además, en invierno es un calentapiés fantástico, porque prefiere dormir bajo las mantas a los pies de la cama que en cualquier otra parte. No sé de dónde saca el oxígeno suficiente para sobrevivir, pero se despierta fresco como una rosa a la mañana siguiente.

Ozzie desaparece y, al cabo de unos segundos, oigo unos gritos.

—¡Será hijo de puta! ¡Sal de mi cama, chucho!

Luego se oye un gruñido grave y escalofriante que no sabía que pudiese salir de los pulmones de mi pequeñín.

Ozzie parece claramente ofendido.

—No puede ser..., me tomas el pelo. ¡Eh, tú! ¡Chica! ¡Ven aquí, ¿quieres?!

Supongo que se refiere a mí. Chica. May *la Chica* Wexler. Lanzo un suspiro.

—¡Pastorcilla! ¡Necesito que vengas un segundo!

Creo que prefiero «Chica» a ese apodo.

Me levanto y tomo el pasillo en dirección al dormitorio, pasando junto a unas fotografías enmarcadas de las personas con las que he cenado antes y también de unas cartas protegidas por un cristal. Me detengo a leer una de ellas; es una nota de agradecimiento del jefe de policía de Nueva Orleans a los Bourbon Street Boys por ayudarlos a atrapar a un delincuente.

Mmm... Más pruebas que confirman que estoy en casa de los buenos de la película. Qué bien. Esto es una Batcueva en toda regla. Me quedo más tranquila; ahora creo que sí podré cerrar los ojos y conciliar el sueño esta noche. Puede que incluso me libre de las ojeras durante mi sesión de fotos de mañana. Al fin y al cabo, soñar es gratis...

Llego a una habitación que tiene la puerta abierta y luz en su interior. Con

dos pasos más, veo el interior del dormitorio de Ozzie. Es tal y como cabría esperar de un tipo como él: fría, aséptica, con una decoración metálica y una pantalla plana en la pared junto con varios altavoces gigantes, un ordenador en un escritorio de cristal y un cargador de teléfono. Las sábanas de la cama son negras. El hecho de que sean de satén hace que me entre un calorcito hartito agradable. Eso sí que no me lo esperaba. Hace que me pregunte cuántas mujeres habrán disfrutado de esas sábanas con él. Entonces me pongo roja al darme cuenta de que la siguiente escena en la película de mis fantasías incluye verlo a él desnudo.

¡Oye! Vale, párate ahí ahora mismo, cerebro.

—¿Qué pasa? —pregunto mientras me asomo por la puerta como si nada, aparentando la mayor naturalidad del mundo y como si la idea de estar cerca de su cama con sábanas negras de satén no me acalorara en absoluto. Ay, esos músculos... ¡lo que hacen conmigo!

Ozzie señala el colchón.

—Tu perro está en mi cama.

Me encojo de hombros. Felix es muy atrevido. De hecho, ahora mismo le tengo un poquito de envidia. Yo también quiero estar entre esas sábanas de satén, rodando por ellas, deslizándome por encima de esa cama...

¡Ay! ¡Para ya, cerebro! ¡Deja de pensar eso ya de una vez!

—¿Y? —Vuelvo a encogerme de hombros. Como si tal cosa. Como si todo ese satén no me afectara lo más mínimo—. Sácalo de ahí.

—Ya lo he intentado.

Me fulmina con la mirada un segundo antes de dirigirse a la cama.

Una enorme cabeza anaranjada emerge del suelo, junto al colchón. Es Sahara. Gruñe y, al hacerlo, se parece de verdad a uno de esos perros del Averno, estilo Cerbero. Se me ponen los pelos de punta.

—Lo que me faltaba... —Ozzie parece hecho polvo.

Pobrecillo Ozzie. Me imagino qué sentiría yo si mi pequeño Felix se volviera contra mí. Y en parte es culpa mía que suceda todo esto; o es culpa de Felix, por ser tan adorable, así que soy su cómplice por haberlo traído aquí, para empezar.

Esto no puede ser. No puedo soportar la responsabilidad de interponerme entre un hombre y su perro, así que una poderosa y justificada indignación se apodera de mi cuerpo y de mi buen carácter.

Niego con la cabeza y entro en la habitación.

—Se acabó. —Empleo un tono de voz firme, sin dirigirle la palabra a la enorme perra—. Felix, saca tu culo peludo de esa cama ahora mismo.

Felix agacha la cabeza y me mira con sus ojillos castaños, sabiendo que ha obrado mal y echando mano de su maniobra de manipulación conocida como «soy

demasiado adorable para que me castigues».

Sahara sigue gruñendo.

—¡Silencio! —le grito a ella.

Se calla al instante y baja la cabeza. Vaya. Me va a costar trabajo castigarla a ella también. Se pone muy graciosa cuando se siente culpable.

—Si no lo veo no lo creo... —masculla Ozzie.

Arranco a Felix de lo alto de la cama y lo sujeto bajo el brazo.

—Ya te dije que le gusta dormir en la cama. Deberías escucharme más a menudo. Suelo tener razón, ¿sabes? —Me callo cuando me doy cuenta de que parezco lo que Jenny llama una «sabihonda». No sé por qué, pero que Ozzie me considere una sabihonda no me hace nada de gracia, y eso me tiene un poco confusa. ¿Qué más me da lo que piense de mí? Es hora de abandonar el barco.

Asiento y zanjo la cuestión por el momento.

—Buenas noches.

Cruzo la puerta del dormitorio sin mirar atrás y negándome a ceder al impulso de salir corriendo.

Capítulo 12

Cuando tengo a Felix instalado a los pies de la cama plegable, hago lo que puedo por ponerme cómoda. Meto los zapatos debajo de la cama y la diadema para el pelo bajo la minúscula almohada que me han dado. Me acuesto de espaldas, me tapo con el saco de dormir y miro al techo, dispuesta a reflexionar sobre mi situación.

Seguramente debería estar más asustada de lo que estoy, pero, por lo visto, no tengo adrenalina en las venas ni soy capaz de reaccionar con alguna respuesta automática ante el miedo. A lo mejor mi organismo no funciona bien. Lo cierto es que esta noche, durante una hora o dos, sí que me he cagado de miedo, así que lo más probable es que haya agotado todas mis reservas. Ahora lo único que me queda es la capacidad de análisis, así que eso es lo que voy a hacer: analizar la situación.

Me muerdo una zona reseca del labio y repaso todos los datos: estos chicos trabajan con la policía, así que son los buenos; están de mi parte. Si tienen armas aquí dentro, seguramente es para poder hacer su trabajo. Yo era el objetivo perfecto si lo suyo es matar a mujeres inocentes, pero en vez de pegarme un tiro, congelar mi cadáver y meterlo en una trituradora, me han dado sopa de cenar. Y no una sopa cualquiera, sino una sopa riquísima.

Eso, ¿y la sopa? ¿Es que Ozzie es un chef profesional? Ja. No lo habría imaginado ni en un millón de años. Sonrío al pensar en todas las cosas de ese tipo que no tienen pies ni cabeza. Es un pedazo de bestia de hombre, pero nadie le tiene miedo, ni siquiera cuando grita. Todos lo respetan, eso sí, pero no porque le tengan miedo. Ahora que lo pienso, supongo que yo también lo respeto. A pesar de que está claro que no quiere tener nada que ver conmigo, me salvó la vida. No solo una vez, sino dos; y ahora ha dejado que me quede a dormir aquí, así que puedo volver a casa a plena luz del día sin tener que preocuparme por que un indeseable me siga en su coche. Porque los malos se esconden durante el día, ¿verdad? Supongo que ir a buscarme será mucho más arriesgado para ellos cuando puede verlos alguien. Tal vez peque de ingenua, pero lo que más miedo

me da es la oscuridad y la protección que les brinda esta.

¡Qué narices! Tal vez hasta podría hacer que alguno de estos Bourbon Street Boys vaya a inspeccionar mi casa antes de entrar yo mañana, para asegurarme de que puedo hacerlo sin peligro. La idea me produce una oleada de calor y cansancio a la vez. Seguridad. Hombretones grandotes y musculosos para protegerme... Qué maravilla... Tienen que ser las doce de la noche pasadas y el ambiente en la habitación es asombrosamente agradable. El aire acondicionado funciona de maravilla: lo bastante fresco para eliminar la humedad, pero no tan frío para impedirme dormir como si fuera un bebé en brazos de su mami...

Empiezo a quedarme dormida cuando percibo el olor.

—Madre mía... —murmuro, inhalando el aire para asegurarme de que no es el efecto de ninguna pesadilla—. Felix, ¿has sido tú?

Abro los ojos de golpe.

Cuando oigo un gemido, un movimiento en el suelo y un gruñido, advierto que Felix y yo no estamos solos en la habitación. Al volver la cabeza, veo a la bestia gigante —la novia de Felix— tumbada junto a mi cama plegable.

—Joder, Sahara, ¿tiene tu dueño máscaras antigás por aquí en alguna parte? Porque debería. Qué asco... —Me tapo la cara con el saco de dormir e intento respirar.

Nada de cómoda ni de oleadas de calor y cansancio; ahora estoy completamente despierta, viviendo en la pesadilla que son los gases intestinales de un perro del Averno.

—Dios, pero ¿se puede saber qué te dan de comer?

Oigo otro ruido y vuelvo la cabeza hacia la puerta. La penumbra de la cocina ilumina la cabeza y los hombros de Ozzie.

—¿Necesitas algo? —pregunto desde debajo del saco de dormir que hace las veces de careta antigás no demasiado eficaz. Solo espero que no crea que ese olor proviene de mi persona.

Suspira con resignación.

—Ven a mi cama.

Pestañeo varias veces, sin estar segura de haberlo oído bien. La peste es tan fuerte que podría estar afectando a mi capacidad auditiva... Me ha parecido oír de sus labios una invitación al cielo, pero eso no puede ser verdad.

—¿Cómo dices?

—Quiero decir que te vayas a dormir a mi cama. No puedo dejar que duermas ahí en ese camastro.

Los destellos de esas sábanas de satén hacen que me entren sudores fríos.

—Mmm..., no, gracias.

Ni hablar. No soy ninguna ninfómana, pero tengo mis limitaciones. Estar ahí

en su cama, en esas sábanas, con él ahí de pie con esos pectorales y esos brazos... No. Es que... no puedo.

—Yo dormiré en el catre —insiste, como el persistente salvador que es.

En mi esfuerzo por aparentar indiferencia, me sale voz de pito.

—No, no pasa nada. A mí me encanta ir de camping. Esta cama plegable es estupenda, de verdad. Quédate en tu cama. Yo aquí dormiré perfectamente.

Sigue avanzando por la cocina.

—Thibault me pondrá la cabeza como un bombo si te dejo dormir aquí. Vamos, prometo que no te molestaré. Vete a dormir allí, las sábanas están lavadas de hoy.

Trago saliva con dificultad. Me vienen a la cabeza imágenes de su cuerpo desnudo, y el hecho de que lleve esa camiseta ajustada no ayuda a borrar esas imágenes. A veces me da mucha rabia ser fotógrafa; solo me hace falta el contorno de unos músculos y mi cerebro se encarga del resto.

—Ya le diré a Thibault que fui yo la que se negó. No te preocupes.

Imagino que Ozzie se irá después de mi comentario; llegados a este punto, prácticamente le he servido una invitación en bandeja para que no insista más.

Ladea la cabeza y su expresión me recuerda a un perrito confuso.

—No lo entiendo.

—¿No entiendes el qué?

Deslizo el saco de dormir unos centímetros, apartándolo de mi cara, y compruebo que ha pasado el peligro y puedo volver a respirar, lo cual es genial, porque empezaba a asfixiarme ahí dentro.

—Te ofrezco dormir en una cama de verdad con una puerta que puedes cerrar con pestillo y ¿me dices que prefieres dormir en ese plegatín aquí en la cocina? —Olisquea el aire—. Aquí huele a salchichas.

Suspiro, a sabiendas de que, pese a lo difícil que me resulte suministrarla, una pequeña dosis de sinceridad va a ser muy eficaz para conseguir que este hombre se vaya. Empiezo a tener la sensación de que el tal Ozzie es un hueso duro de roer, así que allá voy...

—Verás, Ozzie, te agradezco la hospitalidad, pero no voy a dormir en tu cama. Mi negativa no es por el hecho de que las sábanas estén sucias o no, ni depende de si esta cama plegable es cómoda o incómoda, ¿de acuerdo? Es que son de satén. Y son tuyas, así que vete a la cama, ¿vale? Y llévate a tu apestosa perra de aquí, porque eso que hueles no son salchichas: tiene gases.

Se queda ahí plantado, mirándome. El calor de su mirada empieza a derretirme los huesos. Ya no estoy a tiempo de ofrecer más sinceridad, ahora solo tengo que librarme de él.

—En serio, Ozzie, me estás asustando...

—¿Es por la barba?

El tono con que lo dice lo hace parecer tan vulnerable que no puedo impedir que se me escape la risa. Me parece que le toqué la fibra con ese insulto en particular. Ay...

—No, no es por la barba, ¿de acuerdo? Tu barba era horrorosa, pero no daba miedo. Eso no me impediría meterme en tu cama.

Mierda. No me puedo creer que haya dicho eso. Tengo las orejas ardiendo. ¡Sinceridad, esfúmate!

—Siento haber sido tan brusco contigo antes.

Menos mal que no ha captado el doble sentido de mi último comentario. Ahora ya puedo volver a respirar con normalidad. Bueno, casi con normalidad.

—No has sido brusco. Bueno, puede que sí fueras un poco brusco, pero no me ha molestado.

—¿Por qué no?

Me encojo de hombros, porque no lo sé ni yo.

—Pues no sé. Simplemente, no me ha molestado.

Hace otra larga pausa antes de hablar.

—No eres como esperaba que fueras.

—¿Ah, no? —Bostezo con mucha exageración y se me cierran los ojos. Hace rato que pasó mi hora de irme a la cama y ahora Ozzie está siendo caballeroso. Me dan ganas de acurrucarme en su cama y dormirme. Mañana ya tendré energía para seguir lidiando con él—. Seguramente porque soy como una pastorcilla inocente, como dicen ellos. Sé pasar desapercibida entre la multitud.

En ese momento me acuerdo del día que le saqué las fotos al pervertido donjuán del parque y sonrío en mi estado semicatatónico. ¡Vaya si lo pillé! Le saqué más de cincuenta fotos abrazado a esa chica a la que le doblaba la edad, besándole el cuello y dándole un regalo dentro de un estuche de joyería. Tal vez fuera el tipo que disparó a mi coche esta noche. Arrugo la frente al pensar en esa pesadilla potencial.

—Puede que sea cierto que pasas desapercibida entre una multitud —dice una voz grave a mi derecha.

Estoy demasiado cansada para localizar de dónde viene.

—Cuenta tus ovejas entonces, Pastorcilla —dice la voz, con un timbre y un tono relajante y sosegado—. Te veré por la mañana.

Me imagino un rebaño de dulces y esponjosas ovejitas saltando por encima de una valla. ¡Boing, boing, boing! Qué paz... Qué bonitas... Qué cansancio... Pero en ese momento, una de ellas, gigantesca y de color negro, con unos cuernos curvados en la cabeza, se acerca a la valla y se queda ahí plantada, mirándome.

—¿Y? —murmuro, molesta porque no me deja dormir—. Venga, adelante.

Salta de una vez, bestia peluda.

Oigo una risa.

Y eso es lo último que recuerdo antes de despertarme en la cocina, totalmente confusa y leyendo el mensaje de que mi hermana, que me ha despertado de un largo y profundo sueño.

Hermana: Si no me llamas dentro de diez minutos, voy a la poli. Lo digo en serio. Llámame. Ahora mismo.

Capítulo 13

—Hola, Jenny.

El teléfono está frío al contacto con mi mejilla.

—Sí, hola. ¿Dónde estabas? Llevo llamándote toda la mañana.

Bostezo e intento estirar un poco la espalda. Dormir en la cama plegable no ha sido una buena idea, me duelen hasta los sitios más insospechados de mi cuerpo.

—No me creerías si te lo contara. ¿Qué hora es?

Miro al reloj digital entrecerrando los ojos, pero no veo nada desde aquí.

—Son las nueve menos cuarto. ¿Hoy no tenías sesión de fotos? ¿Dónde estás? ¿En casa?

—¡Mierda! No, no estoy en casa. Ni siquiera estoy cerca de casa.

Me levanto de un salto y giro rápidamente sobre mí misma, tratando de localizar mis zapatos. Los encuentro metidos debajo de la cama plegable, en el fondo de todo.

—Vaya. ¿Quieres que me adelante y vaya a recibir a tus clientes?

—¡¡Sí!! ¡Ve ahora mismo! Llegaré... No sé. Pronto.

Estoy intentando ubicar dónde estoy exactamente. El puerto. Sí. Ahora me acuerdo.

—Llegaré dentro de veinte minutos.

Mi hermana se ríe.

—Las historias de una noche son una putada, ¿verdad?

—Te equivocas, no es eso. —Pierdo el equilibrio al intentar ponerme los zapatos a la pata coja. Las palabras me salen como gruñidos—. Oye, y tú ¿por qué no estás hoy en el trabajo, codificando programas informáticos hasta que se te caigan los dedos?

—Son *apps*, May, *apps*. Y tengo este fin de semana libre. Además, Sammy está enfermo. No podría mandarlo a la guardería aunque quisiera.

Me siento en la cama para no hacerme daño y deslizo los pies en los zapatos con la ayuda del dedo índice.

—Muy bien, pues ve al estudio y entreténlos.

—Que los entretenga. Vale. ¿Y cómo hago eso exactamente?

—Pues no sé, lánzales alguna indirecta de que van muy despeinados o algo. Hazlos pasar al vestuario y diles que he ido a recoger una lente nueva y que llegaré a las nueve y media.

—De acuerdo. Y quiero una explicación detallada de lo que hiciste anoche cuando termines la sesión.

—Trato hecho. Con todos los detalles escabrosos, te lo prometo. Nos vemos dentro de media hora.

—Hasta luego.

Mi hermana cuelga el teléfono y yo arrojo el mío sobre la cama.

—¡Felix!

Siento despertarte, Ozzie, pero tengo que irme ahora mismo.

Ya tengo los zapatos y la diadema puestos y el saco de dormir doblado y colocado encima de la cama plegable cuando me doy cuenta de que nadie responde a mi llamada.

—¡Felix! ¡Vamos, pequeñín, es hora de irnos!

Nada.

Miro hacia el pasillo que lleva al dormitorio de Ozzie. ¿Debería ir allí? ¿Y si está desnudo?

Mis pies se mueven sin que haya habido una voluntad consciente por mi parte. Estoy junto a mi cama plegable cuando, de pronto, me sorprendo de pie en la puerta de su dormitorio, pero no hay indicios de desnudez por ninguna parte. Mierda. La cama ya está hecha, con las sábanas tan lisas y tirantes que hasta podría hacer rebotar una moneda sobre ellas, y tampoco hay rastro de ningún ser humano ni animal.

Tras una rápida excursión al cuarto de baño, vuelvo a la cocina, donde encuentro una nota en la encimera.

«He sacado a los chuchos a pasear. Volveré pronto. Te acompañaré a casa.»

Miro al reloj de la cocina. Son casi las nueve. No voy a llegar a tiempo al estudio si tengo que esperar a Felix, y no puedo permitirme el lujo de perder este encargo.

—¡Mierda!

Saco el teléfono y envío un mensaje a Ozzie, pero el sonido de la recepción del mensaje resuena en el dormitorio, por lo que deduzco que ha salido sin su teléfono.

—¡Doble mierda!

Con el bolígrafo que ha usado para dejarme la nota, escribo una respuesta en el dorso del papel.

«He tenido que irme, unos clientes me esperan en el estudio. La dirección es 1001 Vet. Mem. Blvd. Te agradecería si pudieses llevarme a Felix, pero puedo pasar a recogerlo luego si es necesario. Gracias por la hospitalidad. He intentado enviarte un mensaje, pero te has dejado aquí el teléfono».

Esperaba que Ozzie volviera mientras estaba escribiéndole el mensaje, pero no ha habido suerte. Estoy a punto de marcharme cuando algo me hace volver sobre mis pasos y añadir algo más en mi nota. No quiero que me guarde rencor por lo que dije anoche, sobre todo mientras hace de niñera de mi bolita de pelo, Felix.

«Perdona por lo que dije de la barba. No es que fuese horrenda del todo, pero estás mucho más guapo sin ella».

Ya está. Eso debería eliminar cualquier resto de rencor. Sonrío mientras cruzo la sala ninja como una exhalación y sigo sonriendo cuando veo que ha dejado la puerta entreabierta para que pueda salir. No me hace falta ningún código digital para abrirla. La puerta del garaje también está abierta, así que solo me paro un segundo a echar un vistazo al agujero de bala en la puerta del copiloto antes de subirme al Sonic y salir a toda prisa del puerto como si me persiguiera un narcotraficante.

Capítulo 14

No han pasado ni treinta segundos desde que la familia feliz del maravilloso retrato ha salido por la puerta cuando Jenny se me echa encima reclamándome todos los detalles.

—Muy bien, suéltalo, hermanita. Quiero que me lo cuentes todo, desde el principio hasta el final. Y no te dejes nada.

Me siento en el taburete y abro una botella de agua de la mininevera que tengo allí. Lanzo un suspiro mientras desenroscó el tapón.

—Fue una locura. Una locura total.

Me bebo media botella mientras mi hermana asimila mi introducción.

Mi sobrino Sammy asoma la cabeza desde el rincón de jugar, en la esquina.

—Una *locuda* total.

Sus hermanas están en una fiesta de cumpleaños, y menos mal, porque él solito ya te hace ir de cabeza. Por suerte, durante la sesión de fotos le tocaba su siesta; si no, Jenny y yo estaríamos destrozadas ahora mismo.

Bajo la voz, sabiendo que cualquier cosa que diga podría ser repetida delante de su padre.

—¿Te acuerdas de que ayer fuiste a comprarte un teléfono nuevo?

—Sí. —Lo sostiene en el aire y me lo enseña—. ¿Te gusta?

—Sí.

Pongo cara de resignación al ver la funda rojo púrpura. A mi hermana le chifla ese color, siempre le ha gustado.

—El caso es que ayer por la noche recibí un mensaje de texto y creí que era de tu teléfono nuevo.

Baja la vista y lo mira.

—Bueno, es que te mandé un mensaje.

—Lo sé. Pero también me escribió otra persona. —Me saco el teléfono del bolsillo y se lo enseño—. ¿Lo ves? Mira.

Frunce el ceño mientras lee los mensajes.

—No lo entiendo.

—Creí que la que me escribía esos mensajes eras tú. Pensaba que te habían dado un número provisional. Así que cuando supuse que me habías dicho que fuese al Frankie's, fui. Pensaba que estabas ahí con los niños, que habías perdido la cabeza o algo.

Espero a que asimile esa información mientras sigue leyendo.

—Ah. Vaya.

—Sí.

Me mira.

—¿Y qué pasó? Fuiste al Frankie's y no estaba allí, obviamente. Y por cierto, no puedo creer que pensaras que sería capaz de ir al Frankie's, con los niños. Ese sitio es un antro.

—¡Yo *quiedo* ir al *Fankis*! —grita Sammy.

Está demasiado ocupado arrancándole la cabeza a una Barbie para mirarnos, pero eso no significa que sus oídos no capten todo lo que decimos.

—Ay, Dios. —Mi hermana cierra los ojos e inspira profundamente, dejando escapar el aire muy despacio mientras relaja todo el cuerpo. Está haciendo los ejercicios de relajación que impiden que se ponga hecha una furia. Antes los hacía una vez al día, pero ahora los hace al menos una vez cada hora.

—No hemos dicho «Frankie's», hemos dicho «McDonald's» —digo en voz alta, guiñando un ojo a Jenny, que pone los ojos en blanco cuando Sammy se levanta y echa a correr por todo el estudio.

—¡*McDonas, McDonas!* ¡Qué bien! ¡Vamos al *McDonas!*

—Genial. —Lanza la mano que le queda libre al aire—. Vamos a inflar al niño a grasas trans y a sal. Un plan fantástico, May. —Cierra los ojos y sacude la cabeza.

Le doy unas palmaditas en la pierna.

—No importa. Puede esperar. Además, no puedo ir a ninguna parte hasta que me traigan a Felix.

Jenny mira al suelo alrededor.

—¿Por qué acabo de darme cuenta de que no está aquí? —Levanta la cabeza de golpe—. ¿Dónde está?

—Está donde estaba yo anoche.

Un brillo vuelve a asomar a los ojos de Jenny.

—¿Y dónde es eso?

Señalo los mensajes de mi teléfono.

—Fui a ese sitio que hemos dicho y que no es el McDonald's, y mientras estaba buscándote en la sala del fondo, ocurrió algo, un tiroteo o algo parecido, y un tipo grande y peludo, un motero, me sacó a empujones por la puerta hasta un callejón.

—¡¡¿Quéee?! —Jenny me agarra del brazo y me zarandea—. ¡¡¿Estás bien??!!

Pega la cara a dos centímetros de la mía, con los ojos anegados en preocupación fraternal.

Me quito su mano de encima.

—Estoy bien, como puedes ver. —Procuro alisar las arrugas de mi camisa mientras termino de contarle la historia—. El caso es que intenté irme a casa, pero entonces, cuando me di cuenta de que alguien me estaba siguiendo con el coche desde el bar, di un rodeo y lo esquivé. Y luego el tipo con el que estaba intercambiando mensajes de texto me dio instrucciones para llegar a la dirección de una empresa de seguridad y pasé la noche allí.

Me mira entrecerrando los ojos.

—¿Y por qué tengo la impresión de que solo me estás contando una parte de la historia?

Sonrío.

—Pues ¿porque así es...?

Me da un golpe en el brazo.

—¡Cuéntamelo! Ya sabes lo aburrida que es mi vida.

Mira a su hijo, que ahora intenta ponerse un vestido con dificultad. Ya lleva unos zapatos de tacón rosa. Mi estudio es un lugar fabuloso para jugar a los disfraces.

—Supongo que me metí en medio de alguna operación policial o con infiltrados y quienquiera que estuviese pegando tiros pensó que merecía la pena seguirme.

—Dios mío, ¡qué horror! —Se le humedecen los ojos.

—No, no pasa nada.

No sé por qué pienso que va a creerme, porque ni yo misma me lo creo. El que me disparó no va a desaparecer por arte de magia, pero, por suerte, no sabe dónde vivo.

—Pues claro que pasa. —Me mira atentamente—. ¿Te hirieron?

—No, ni un solo rasguño.

Me señala la cara.

—Pus yo sí veo algún rasguño.

—Bueno, sí, alguno pequeñito, pero eso fue por unas astillas de madera.

Espera a que continúe hablando, pero no digo nada.

—Unas astillas de madera —repite.

—Sí, unas astillas de madera. Saltaron y me dieron en la cara. No tiene importancia.

—No entiendo cómo es posible que estuvieras en un bar y acabaras con eso

en la cara.

Ahora se está enfadando. O se lo cuento todo, o respondo enfadándome yo también como estrategia de huida.

—Cuéntamelo. —Lanza un profundo suspiro—. Sabes que no tengo vida. Sabes que, si te pasa algo, seré yo quien se encargue de recoger los pedazos.

—Pues la verdad es que esas son dos razones muy poderosas para no contarte nada.

—Muy bien, ¿quieres hacer esto por las malas? Pues hagámoslo por las malas, a ver qué te parece esto: o me lo cuentas todo o me voy una semana a la cabaña del bosque y te dejo sola con mis hijos.

El miedo me encoge el corazón.

—Está bien. De acuerdo, te lo contaré. Pero no porque no quiera a mis sobrinos, ¿eh?

Esboza una sonrisa cómplice.

—Lo sé.

—Bueno, pues fui al bar y tuve que salir corriendo a un callejón después de que una bala destrozara una mesa que estaba a mi lado...

—¿Una bala?!

Mi hermana me agarra del brazo y me hinca las uñas.

Levanto la mano que tengo libre para pedirle que se calme.

—Espera, no te pongas nerviosa y guarda las preguntas para el final.

—May, Dios mío..., ¿te dispararon? ¿Cómo quieres que no me ponga nerviosa?

Aparto su mano con cuidado de mi brazo.

—Pues... deja que te cuente toda la historia y luego puedes ponerte todo lo nerviosa que quieras.

—De acuerdo, pero me reservo el derecho de ponerme completamente histérica cuando acabes, ¿eh?

Cuando acabo de contárselo con todo lujo de detalles, Jenny se limita a mirarme fijamente. Yo me quedo callada, dándole tiempo a asimilarlo todo. Luego desplaza la mirada a algún punto por encima de mi hombro.

—Madre del amor hermoso... —dice al fin, casi sin aliento. Está mirando por los cristales de las ventanas de la parte delantera de mi estudio.

—Madre *del amoroso*... —repite Sammy.

De pronto, suena el timbre de la puerta. Me levanto y, cuando veo quién es, me pongo muy nerviosa. Me tiro del botón de la blusa de algodón para tratar de alisar las arrugas.

—Hola —dice Ozzie, examinando el lugar con la mirada mientras su cuerpo ocupa todo el hueco de la puerta.

Capítulo 15

Jenny corre a ponerse a mi lado.

—Hola —dice ella antes de que yo pueda responder. Se baja la camisa para disimular sus michelines y, con nerviosismo, se limpia las manos en el trasero—. ¿Y tú quién eres? ¿El canguro del perro?

Ozzie la mira y arruga la frente un momento antes de mirarme a mí.

—Te traigo al perro.

—A ver, ¿cómo se llama? —pregunto, bromeando para aliviar la ligera tensión del momento.

—Chucho. —Ozzie pone cara de póquer, pero juraría ver un destello de sonrisa en sus ojos.

Deja a Felix en el suelo y se levanta de nuevo. Felix echa a correr hacia Sammy.

—¡Fee, Fee! —grita el pequeño, agachándose para achuchar al animal. Sabe que no debe cogerlo en brazos, pero esa regla no prohíbe los abrazos sofocantes. Felix cumple con su deber y acepta las muestras de cariño sin morder.

—No se llama Chucho, sino Felix. —Señalo a Jenny—. Y esta es mi hermana, Jennifer, y su hijo, Sammy. Jenny, te presento a Ozzie.

Todos miramos a la vez cuando Sammy mete a Felix en un bolso de lentejuelas y se lo cuelga del hombro. El trasero y las patas de Felix asoman por el borde, pero no hay ni rastro de su cabeza.

Corro para intervenir mientras mi hermana asume el control de la conversación.

—Deja que lo adivine... Tú eres el chico que rescató a mi hermana ayer por la noche, ¿correcto?

—Bueno, le ofrecí un techo bajo el que dormir.

Jenny se cruza de brazos y asiente despacio.

—Y, además, has cuidado de su perro todo el día.

—De hecho, saqué a pasear a su perro y ella se fue antes de que volviésemos.

Regreso con los adultos.

—Lo siento mucho, de verdad. Tenía una sesión de fotos ya programada y no podía faltar. No sabía adónde habías ido con los perros.

—¡Dios santo! —grita Jenny horrorizada mientras retrocede varios pasos con la mirada fija de nuevo en los ventanales.

Una enorme cabeza anaranjada y una mancha de babas aparecen en la puerta principal de mi estudio.

—¡Sahara! —grita Ozzie—. ¡Se suponía que tenías que quedarte en el coche!

Jenny corre junto a Sammy para protegerlo entre sus brazos.

—¡Eh! ¡Bájame, mami! ¡Quiero *jugal*! —El pequeño intenta alcanzar el suelo, pero su madre lo retiene con fuerza.

—¿Qué es esa cosa? —pregunta, aterrorizada.

Me dirijo a la puerta y la abro.

—Esa cosa es Sahara, la nueva novia de Felix.

La perra gigante entra con toda naturalidad en el estudio y mira alrededor hasta que sorprende a Felix lamiéndose sus partes delante del telón de fondo del prado que había preparado para la sesión de fotos del retrato de familia.

—Ay, Dios. Pues mirándolo bien, es un perro adorable. —Jenny desliza despacio a Sammy por su pierna—. ¿No muerde? —Mira a Ozzie—. ¿Le gustan los niños?

—No es macho, sino hembra —digo—. Y creo que la respuesta es sí.

Ozzie está demasiado ocupado frunciendo el ceño para confirmar o desmentir mis palabras. Tengo la impresión de que preferiría decir que es un monstruo que se come a los niños, pero seguro que Sahara se tiraría un pedo y lo dejaría en evidencia, así que no dice nada. Un tipo listo.

Ozzie suspira con aire de derrota.

—Vamos, Sahara, es hora de irnos.

Cojo la cámara y me acerco a donde están los perros. Están demasiado graciosos como para no sacarles un par de fotos ahora que tengo la ocasión. Felix da vueltas sobre sí mismo junto al estómago de Sahara, intentando hacerse una cama perfecta. Cuando acaba y se acomoda, le doy al disparador, haciendo funcionar el obturador automático varias veces.

—¿Quieres que encienda las luces? —pregunta Jenny.

—Sí. —Me desplazo para conseguir un mejor ángulo. La expresión en la cara de Sahara es impagable. Está enamorada.

—No, tenemos que irnos —dice Ozzie.

—Solo será un segundo —dice Jenny en voz baja—. Espera y verás. Mi hermana es un genio con la cámara.

Aplasto el pómulo y la nariz contra la parte posterior de mi Canon.

—Me encanta que hayas puntualizado lo de la cámara. —Se me escapa un resoplido burlón.

—Bueno, es que la física se te daba fatal. Creo que, para ser un genio de verdad, tienes que hacerlo mejor.

—Eso fue en el instituto, y saqué un aprobado justito, pero nunca suspendí la asignatura. —Aparto la cámara y cambio de posición antes de volver a acercar el ojo al visor—. Saqué un sobresaliente en la universidad, así que déjalo ya.

Nunca permitiré que me olvide de la única nota mala que he sacado en mi vida.

Miro la pantalla de la cámara y me desplazo por las últimas fotos. Uau. Podría hacer un calendario con ellas. Definitivamente, irán directas a mi *web*.

—No te importa si uso estas fotos con fines publicitarios, ¿verdad, Ozzie?

No me contesta, pero sigo disparando. Las luces se encienden y el resultado es aún mejor.

—Dios, esto es la perfección absoluta...

De pronto, una enorme mancha negra aparece en el encuadre, se activa el autofocus y me doy cuenta de que es un trasero. Un trasero muy atractivo, dicho sea de paso. Saco un par de fotos solo por gusto. Ozzie está agachado, tratando de convencer a su perra de que es hora de irse.

—Arriba, Sahara, levanta.

Le tira del collar, pero el animal no se mueve.

—Date la vuelta un segundo, ¿quieres?

Ozzie se levanta para protestar y lo capto bajo la luz perfecta, así que saco unas cuantas fotos antes de que abandone el encuadre.

Aparto la cámara.

—¿Qué pasa?

—No he venido aquí a que me saquen fotos, ¡he venido a devolverte a tu perro y a acompañarte a tu casa!

Se hace un silencio en la habitación.

—El caballero de brillante armadura, a su pesar. Me gusta. —Jenny sonrío de oreja a oreja.

Los dos la miramos frunciendo el ceño; yo, porque hace que parezca que babeo por él o algo así, y él, pues no lo sé. Tal vez está enfadado porque todavía tiene que aguantarme.

Jenny realiza el primer movimiento.

—Bueno, que lo paséis bien, chicos. Yo tengo que dar a Sammy algo de comer antes de que se ponga hipoglucémico perdido.

Lo levanta del suelo —con vestido, tacones y lote completo— y se

encamina a la puerta. Se cuelga el bolso antes de salir.

—¡Creía que íbamos a almorzar juntas! —le grito cuando ya está en la puerta.

—Será mejor que te lleve tu escolta. Yo tengo recados que hacer. ¡Chao!

Estoy a punto de abrir la boca para responder al disgusto más que evidente de Ozzie por tener que acudir de nuevo en mi rescate, cuando la cierro de golpe al percibir aquel olor.

—Ay, Dios...

Agarro una camisa que Sammy ha arrancado del perchero de la ropa y me tapo la nariz con ella.

Ozzie arruga la suya al percatarse de lo ocurrido.

—¡Oh, por el amor de Dios, Sahara! ¿Se puede saber qué te pasa?

—Si tuviera que adivinarlo, yo diría que son salchichas... —digo, guiñando un ojo a Ozzie por encima de la camisa.

Intenta conservar su gesto de enfado, pero no puede. Se pone un pelín rojo y su expresión se relaja.

—Es imposible aguantar el tipo cuando hace eso.

Le doy un golpecito juguetón en el brazo.

—No te preocupes por tener que aguantar el tipo conmigo. Hace falta mucho más que un pedo de perro para que me tiemblen las piernas.

Se me paraliza todo el cuerpo al darme cuenta de lo que acabo de decir. A Ozzie. Con todos sus músculos. Y su camiseta negra y sus pantalones ceñidos. Ay. Dios. Mío.

Solo cuando lo veo echar la cabeza hacia atrás y soltar una sonora carcajada consigo volver a respirar de nuevo.

Capítulo 16

—Así que vives aquí.

Ozzie atraviesa el recibidor de mi casa adosada y entra en el salón examinándolo todo con atención. No sé si le gusta o no lo que ve, porque su expresión es completamente neutra. Su ofrecimiento para comprobar que no había nada sospechoso en mi casa era demasiado tentador. Voy a fingir que dije que sí porque me preocupaba mi seguridad y no porque quería ver cómo esos músculos que Dios le dio estiraban su camiseta.

—Sí. Hogar, dulce hogar.

Cruzo el salón y me dirijo a la cocina para sacar la comida para perros de uno de los armarios de arriba y lleno dos boles, uno grande y uno muy pequeño. Sahara engulle su porción en cinco segundos y suelta un largo eructo después de desplomarse en el suelo. Felix atrapa unos cuantos trozos con la boca, se los lleva al otro lado de la cocina y se los come en un rincón antes de volver por más.

—¿Qué hace? —pregunta Ozzie, mirando a Felix con expresión divertida.

Lo observamos juntos, fascinados por las monerías que hace mi pequeñín.

—Lo llamamos su «comida para llevar». Felix nunca come en su plato. Le parece una ordinariez.

Sahara se incorpora sobre sus cuartos traseros y observa desfilar a Felix, de un lado a otro, una y otra vez. Resulta cómico el modo en que mueve la cabeza, como si estuviera siguiendo un partido de tenis a cámara lenta.

Ozzie se vuelve a examinar la habitación.

—¿Te has fijado en si todo está en su sitio?

Tardo varios segundos en captar el verdadero significado de sus palabras.

—¿Qué? ¿Por qué no iba a estarlo?

Si hace unos segundos estaba babeando con nuestros adorables compañeros caninos, ahora estoy muerta de miedo. Me vienen a la mente los acontecimientos de la noche anterior.

Se encoge de hombros.

—Nunca se sabe. Solo como precaución.

Apoyo la mano en la encimera para no caerme. Estoy un poco mareada.

—¿Estás diciendo que la persona que intentó dispararme podría haber entrado en mi casa?

Ozzie sale de la cocina y se dirige a la escalera.

—Solo voy a echar un vistazo, si no te importa.

—No, por supuesto. Mira lo que quieras.

Mi cerebro trabaja a toda velocidad. Anoche no volví aquí, así que, ¿cómo iba a saber el pistolero dónde vivo? No puede saberlo, ¿a que no? No llevo ningún anuncio publicitario de mi empresa en el coche. Al principio quise poner una pegatina o algo, pero luego no podía soportar la idea de tapar la pintura roja brillante. Supuse que, cuando me cansase del coche, pondría algún cartel. Ahora me alegro de no haberlo hecho. El anonimato tiene sus ventajas, sobre todo a la hora de despistar a los asesinos.

Unos pasos resuenan por encima de mi cabeza.

—¡¿Va todo bien por ahí arriba?! —grito.

—Eso creo. No veo a ningún extraño merodeando por aquí.

—¡Ja, ja, ja!

Eso no ha tenido ninguna gracia. Ya debería saber que no puede bromear con la posibilidad de que alguien me ataque en mi propia casa. Además, ¿qué clase de experto en seguridad es, si puede saberse?

Subo las escaleras a toda prisa, preguntándome si me acordé de hacer la cama antes de salir. Aunque resulte difícil de creer, el miedo a que descubra lo mal que se me dan las tareas domésticas supera a mi miedo a ser perseguida por un asesino, sobre todo después de ver lo inmaculada que estaba la casa de Ozzie. Sí, tengo problemas, es evidente. Voy a echarle la culpa a los músculos de Ozzie: vuelve a llevar otra de esas camisetas ajustadas de Seguridad BSB. ¿Es que no las fabrican de su talla?

Cuando entro en mi dormitorio, me llevo un buen chasco. Pues claro que no hice la cama. Ahora ya sabe que soy desordenada, y que duermo en sábanas con estampados de flores. Seguro que le parecen horrendas, teniendo en cuenta que lo suyo son las sábanas negras de satén. Por alguna razón, eso me molesta, y entonces descubro por qué: quiero que le guste todo de mí, hasta mis sábanas. Estoy loca, o al menos estoy tan falta de sexo que me he vuelto completamente irracional.

Sale del baño contiguo a mi dormitorio y se detiene en la puerta.

—Te has dejado unos pendientes de diamantes en la superficie del lavabo y, por mi experiencia, alguien que no sea exactamente un ladrón pero que entre en una casa con malas intenciones, se llevaría una joya como esa, así que mi conclusión es que estás perfectamente a salvo.

La respiración que he estado aguantando se me escapa en un prolongado suspiro de aire.

—Gracias a Dios...

Frunce el ceño.

—¿De verdad estás tan preocupada?

—¿Tú no lo estarías?

Se encoge de hombros.

—No, pero vivo en un búnker. —Mira a su alrededor en el dormitorio—. Tu aquí no tienes alarmas ni ningún dispositivo de seguridad, ¿verdad que no?

Niego con la cabeza. Ahora mismo mi decisión de ahorrar dinero me parece sumamente estúpida.

—Enviaré a alguien.

Sale de mi habitación sin hacer un solo comentario más.

Voy corriendo tras él, con miedo de que desaparezca tan pronto.

—¿A alguien? ¿A quién? ¿Por qué?

Baja las escaleras prácticamente a todo correr.

—A Thibault. A Toni tal vez. Te conectarán un par de cosas muy básicas, solo para que estés tranquila. —Al llegar al pie de las escaleras, mira hacia la cocina—. ¡Sahara! ¡Vámonos!

Ozzie y yo estamos en el recibidor. Las palabras «tensa incomodidad» se quedan muy cortas para describir el ambiente. Ha visto mi dormitorio, ha visto mis sábanas, ha entrado en el baño y seguro que ha visto la caja de tampones ahí encima. Va a enviarme a alguien a conectarme «cosas». Está tan bueno que siento punzadas en los lugares más oscuros de mi cuerpo. Ay.

La perra sale de la cocina y atraviesa el salón para reunirse con su dueño en la puerta principal.

—¿Necesitas algo más? —pregunta Ozzie, y por primera vez, me mira directamente a los ojos, esperando mi respuesta. El tiempo se detiene mientras caigo sumida en el trance que crean sus chispeantes ojos verdes. Me empieza a hervir la sangre, pero no de ira, sino de algo totalmente distinto...

«Sí, Ozzie —me digo—, necesito algo. Algo que hace mucho, muchísimo tiempo que no me da nadie. Sexo, mucho sexo.»

Ozzie ladea la cabeza.

—¿Estás bien?

Sacudo la cabeza, tratando de volver al mundo real.

—Mmm, sí, estoy bien. De verdad.

Apoyo la mano en su brazo en un esfuerzo por tranquilizarme y distraerlo de mi absurda reacción a una simple pregunta.

Huy. Craso error.

Siento el calor que emana su cuerpo y el movimiento de sus músculos bajo la piel. Tengo que aclararme la garganta para poder hablar con normalidad. Funciona solo en parte.

—Gracias por todo, Ozzie. De verdad. Eres un tesoro y todo un caballero.

No se aparta de mí. Debería, pero no lo hace. El calor aumenta de intensidad en el punto en que nuestra piel se toca.

—Es lo que suelo hacer.

Río y le lanzo una sonrisa.

—¿Rescatar a damiselas en apuros?

—No, lo correcto. Siempre hago lo correcto, aunque a veces me duela tener que hacerlo.

Ay. Menuda ducha fría me acaba de echar... Caramba, ¿he interpretado mal las señales?

Aparto la mano de su brazo y sufro el dolor de la vergüenza.

—Siento haberte causado tantas molestias.

Por un segundo, su rostro refleja confusión y luego alarga la mano gigantesca para tomar la mía. El calor regresa de nuevo, multiplicado por dos. ¡Me ha cogido de la mano! ¡Vuelvo a ser una adolescente de dieciséis años!

—No, no, no he querido decir que fueras una molestia. —Niega con la cabeza y me mueve un poco la mano—. Maldita sea, lo estoy estropeando todo. —Suspira profundamente y empieza de nuevo—. Lo que intento decir es que asegurarme de que llegaras a tu casa sana y salva era lo correcto. Y aunque ahora mismo debería estar haciendo otras diez cosas más, me alegro de estar aquí comprobando que tu casa es segura.

Sonrío. No es una propuesta de matrimonio, pero tampoco es lo que busco.

—Vaya, Ozzie. Eso casi ha sido hasta tierno.

Me suelta la mano y frunce el ceño.

—Llámame si tienes algún problema.

Se vuelve y abre la puerta sin añadir una sola palabra.

Me entra el pánico, pensando que no voy a volver a verlo nunca más. ¡Rápido, cerebro! ¡Haz que se te ocurra algo inteligente, ingenioso e interesante!

—¿Es por las sábanas de flores?

No tengo ni idea de por qué esas palabras han salido de mi boca. La falta de sueño. Es terrible. Horrible, terrible, ¡el horror!

Se detiene en los escalones de la entrada y se vuelve despacio.

—¿Sábanas de flores?

—¿Por eso te vas corriendo? ¿Por qué mis sábanas de flores son horrendas?

¡Sí! ¡Esa soy yo! Siempre sigo hablando cuando lo que debería hacer es meterme un zapato en la boca. Me pongo roja como un tomate cuando me doy

cuenta de que no hay vuelta atrás. Es como si nunca en mi vida hubiese tenido a un hombre delante. Porque, ¿cuánto tiempo hace que no me voy a la cama con nadie?

—Pues la verdad es que sí me han gustado las sábanas. —Sonríe con aire incómodo, tan confuso como yo con todo este tema de las sábanas. Como si no fuera consciente de que acaba de seducirme por completo al ahorrarse mencionar lo rematadamente loca que estoy.

Baja los escalones y pisa las baldosas del camino de entrada sin añadir nada más. Sahara por poco me tira al suelo al pasar junto a mí corriendo para alcanzarlo.

Lo veo subirse a su camioneta y alejarse marcha atrás una vez que Sahara está cómodamente instalada en su sitio y me pregunto si volveré a verlo algún día, esperando con toda mi alma que así sea.

Capítulo 17

Tengo maíz para hacer palomitas en el fuego cuando llaman al timbre.

—¡Está abierto! —grito entre un chasquido y otro de las palomitas al estallar.

La puerta se cierra y oigo unos pasos. En cuanto percibo que son unas pisadas enérgicas y pesadas caigo en la cuenta de que no debería dejar mi puerta abierta ni decir a la gente que pase cuando podría haber un asesino suelto. Saco un cuchillo del bloque de madera y me vuelvo dispuesta a enfrentarme a mi visitante.

—Huele muy bien. —Cuando Thibault entra y se fija en mi cuchillo, se detiene—. ¡Vaya! —Levanta las manos en señal de rendición—. Vengo en son de paz.

Mi corazón acelerado se calma en segundos.

—Ah, hola. Eres tú.

Bajo el cuchillo a la altura de la cintura.

—Sí, soy yo. ¿A quién esperabas? ¿A Ozzie? —Se ríe de su propio chiste, pero no sé si insinúa que me gusta Ozzie y que esperaba que viniese a verme o que quiero acuchillarlo. Devuelvo el arma a su sitio antes de responder.

—No sabía a quién debía esperar. ¿Te apetecen palomitas?

—Por supuesto. Pero después de trabajar. Primero el trabajo y luego el placer. —Mira alrededor en la cocina—. ¿Te importa si echo un vistazo?

—No. Como si estuvieras en tu casa. Yo estaré con el ordenador en el salón, trabajando con algunas fotografías. Llámame si me necesitas.

Esta vez no me preocupan los juicios ajenos; me encargué de hacer la cama y despejar la superficie del lavabo cuando Ozzie se marchó.

—Voy a contabilizar todos los puntos de acceso a la casa y ver lo que necesitaremos para asegurarlos y tenerlos conectados a la red.

—¿La red? —Me muerdo el labio, preguntándome cuánto me va a costar todo esto. No me quedan muchos ahorros. Mi último período de sequía en cuanto a ingresos se va pareciendo cada vez más a un clima eternamente desértico.

—Es un sistema de vigilancia. Si salta la alarma, alguien se pondrá en contacto contigo por teléfono en veinte segundos. Es lo último de lo último. Inalámbrico. Puedes usar tu teléfono para controlarlo y cambiar los ajustes si quieres.

—Genial.

Mi tono no es tan entusiasta como debería, pero Thibault no se da cuenta. Deja el salón para subir las escaleras mientras yo tomo un bol pequeño y lo lleno de palomitas. Cuando me entra el pánico, como palomitas. Me meto un puñado entero en la boca y algunas salen volando disparadas.

Vuelvo a sentarme al ordenador y trato de concentrarme en borrar con el Photoshop algunos pelos y granos sueltos de los retratos de familia que he hecho hoy, pero no puedo. Mi cerebro no para de pensar en el sistema de alarma que estoy a punto de instalar. No siquiera estoy segura de quererlo. ¿Lo necesito? El asesino ha tenido múltiples oportunidades de venir por mí y he estado a salvo toda la tarde.

Pese a que es un pensamiento perfectamente lógico y racional, esa idea no hace que me sienta más segura. En las películas, los asesinos son siempre muy pacientes cuando acechan a sus posibles víctimas.

Me recuesto en la silla y miro al techo. Dinero, dinero, dinero. Necesito más dinero. Cuando estalla una crisis económica, los fotógrafos somos los primeros en notar sus efectos. A la gente le trae sin cuidado captar para siempre sus preciados momentos cuando esos momentos son una mierda. ¡Mirad! ¡Este es papá con el pelo canoso por haber perdido su trabajo! ¡Y ahí está mamá con diez kilos de más por toda la comida que engulló por la ansiedad!

No. El negocio de los retratos de familia se va al carajo cuando la economía no funciona, y tarda mucho tiempo en recuperarse. Mientras tanto, tengo que optar por soluciones imaginativas, pero de momento no he encontrado grandes soluciones para tapan los agujeros de mis maltrechas finanzas. Hasta los reportajes de bodas son cada vez más escasos.

Fuera, un movimiento capta mi atención. Ladeo la cabeza y observo mientras un coche desfila despacio por la calle, pasando por delante de mi casa. Enderezo la espalda. ¿No es ese el tipo que me seguía anoche?

El pánico se apodera de todo mi cuerpo. Me levanto rápidamente y me alejo de la ventana. El conductor sigue adelante, pero es evidente que busca algo, porque mueve la cabeza a un lado y a otro. Se detiene al mirar en mi dirección y aguanto la respiración. ¡No, no, no, no, no! ¡No dispires a mi casa!

Cuando pasa de largo, respiro aliviada. Por suerte, hoy he aparcado el coche en el garaje. Suelo dejarlo en la calle, delante de casa, pero me preocupaba que quien viniese a ayudarme con el sistema de seguridad no tuviese sitio para

aparcar. Empiezo a pensar que nunca volveré a sentirme segura aparcando ahí fuera.

Me llevo un buen susto cuando Thibault aparece de pronto bajando las escaleras.

—¡Qué nerviosa estás! —Se acerca y se pone a mi lado para asomarse a la ventana—. ¿Has visto algo raro ahí fuera?

—No estoy segura. —Me acerco a él—. Me ha parecido ver el coche que me siguió anoche, pero supongo que no lo era.

—¿Marca y modelo?

Arrugo la frente tratando de recordar.

—¿Grande? ¿Ford? ¿Cadillac? ¿Buick? —Lo miro—. Lo siento. No entiendo nada de coches antiguos. Pregúntame lo que quieras de los modelos económicos de 2014, eso sí.

—¿Es un hobby especial que tienes? —dice, sonriendo.

—No, es que tuve que comprarme un coche hace un tiempo. Tuve que hacer mucha labor de investigación antes de tomar mi decisión.

—Ah, una entusiasta de los coches.

—No, más bien una entusiasta de no pasarme del presupuesto: quería sacarle el máximo partido a mis ahorros.

Me siento de nuevo frente al ordenador. El carácter afable de Thibault ha reducido mis niveles de estrés. Además, el coche de antes ha desaparecido y la calle vuelve a estar vacía.

—Te lo digo en serio, nos vendría muy bien que trabajaras para nosotros, si es que te interesa. —Se acerca y se coloca a mi lado para verme manipular una fotografía en el ordenador—. Se me da muy bien montar dispositivos, pero soy un negado para cualquier cosa que requiera mirar a través de una lente.

Lo miro y sonrío.

—No creo que los trabajos de vigilancia requieran demasiado talento artístico.

—Te sorprenderías. —Señala la pantalla—. ¿Utilizas algún programa para retocar las fotos?

—Sí, uso Photoshop. —Elimino rápidamente un pelo que sobresale de la cabeza de la madre.

—No sabes la de veces que sacamos una foto a alguien y la luz es tan mala que luego, cuando la revelamos, no se ve nada. Tú podrías arreglar eso, ¿verdad?

Me encojo de hombros.

—Hasta cierto punto. Puedo aclarar u oscurecer la imagen, eliminar y añadir cosas, pero no puedo arreglarlo todo. Si no sacas la foto desde el ángulo adecuado, yo no puedo hacer gran cosa.

—Ese es el tema. Nos falta alguien con esa capacidad; lo tenemos casi todo cubierto, pero esa parte no.

Aparto la mano del ratón y giro un poco la silla para mirarlo de frente.

—¿A qué te refieres con «casi todo»?

Thibault saca una silla de la mesa del comedor y la arrastra por el suelo para sentarse a mi lado. Empieza a contar con los dedos.

—A ver..., tenemos a Dev en artes marciales. Él se encarga de todos nuestros entrenamientos físicos, con la ayuda de Toni. Lucky es el de los números. Puede analizar cualquier tema financiero y destapar lo que sea que alguien esté intentando esconder. Además, tiene buena puntería. Yo me encargo de la seguridad y Ozzie es el cerebro que está detrás de todo. También es la imagen pública de la empresa. Trabaja con la policía o con quienquiera que contrate nuestros servicios para planificar el alcance de la misión y hacer encajar todas las piezas. Además, redacta el informe al final. Odia esa parte, pero como nadie más quiere ocuparse de eso, tiene que hacerlo él.

Casi se me escapa que a mí me encanta redactar informes y esas cosas, pero al final me lo guardo para mí. A él no le interesa. En vez de eso, decido preguntarle sobre algo que advertí anoche y en lo que he vuelto a pensar hoy.

—Tengo la impresión de que os conocéis de hace tiempo.

Paso el brazo por detrás del respaldo de la silla y me apoyo en la mano, esperando su respuesta.

—Crecimos juntos. De vez en cuando nos metíamos en algún que otro lío en el barrio, en Bourbon Street, cuando éramos jóvenes. —Sonríe—. Ozzie entró en el ejército y, cuando salió, nos reunió a todos y nos hizo una propuesta que no pudimos rechazar.

—¿Y en qué consistía esa propuesta?

—O nos subíamos a bordo con él o nos daba una paliza. Eso hizo que la decisión fuese realmente fácil de tomar.

Sonrío al imaginar esas palabras exactas saliendo de la boca de Ozzie.

—Siempre intentando hacerse el duro.

—¿Intentando? —Thibault arquea las cejas—. ¿Y crees que no lo consigue?

Me encojo de hombros mientras se me nubla la vista al recordar la cara de Ozzie de nuevo, intentando conservar el gesto serio, pero sonriendo cuando su perra hace alguna tontería.

—No sé. Supongo, pero a mí no me parece que dé tanto miedo como pretende dar.

—Pues la mayoría de la gente piensa que es el tipo más malo y cabrón del mundo.

Suelto un bufido burlón.

—¿En serio? Qué tontería.

Thibault se me queda mirando con el esbozo de una sonrisa en los labios.

—¿Qué pasa? —No sé si tengo restos de alguna palomita en la cara o algo.

—Nada. —Desvía su atención inmediatamente al papel que ha dejado en la mesa después de inspeccionar la casa—. Bueno, aquí lo tienes: mi informe sobre tus necesidades en materia de seguridad.

Me inclino para ver lo que ha escrito, pero su letra es ilegible. Espero a que me la traduzca.

—Tienes cinco ventanas en la segunda planta, dos en cada dormitorio y una en el baño. Hay tres ventanas más abajo y dos entradas, una en la parte delantera y otra en la trasera, además de la del garaje. Eso suma un total de once puntos de acceso que hay que solucionar.

—¿Solucionar?

—Solucionar colocando dispositivos de seguridad. También recomendaría un sensor de rotura de cristales en estos ventanales delanteros y en las puertas correderas del patio trasero, sensores de movimiento en el pasillo y en esta sala. Además, necesitas inmunidad para mascotas.

Anota algo en su libreta.

—¿Y eso qué es?

—Es un dispositivo para asegurarnos de que tu perro no active los detectores de movimiento. —Levanta la vista y me ve la cara—. ¿Qué pasa?

Bajo la mirada al suelo para ocultar la vergüenza que siento.

—No, es que me preocupa un poco cuánto va a costarme todo esto.

Me da una palmadita en la espalda, desplazándome unos centímetros hacia delante.

—¡Nada!

Se levanta y coge la silla para devolverla a su sitio.

—¿Qué?

Me levanto sin saber muy bien qué quiere decir.

—No te va a costar nada. Es un extra.

—¿Un extra? ¿Un extra de qué?

—Cualquiera que trabaje para Seguridad Bourbon Street Boys recibe un paquete doméstico de seguridad como parte del trato.

—Vaya. Eso es muy... generoso, supongo.

No recuerdo haber dicho que iba a trabajar para ellos, aunque supongo que defendí de forma bastante vehemente que estaba capacitada para el puesto. ¿Por qué narices hice eso?

—No, no es generoso. Es inteligente. En nuestra profesión, toda precaución es poca.

Se me cae el alma a los pies.

—No es la mejor forma de convencerme de que trabaje para vosotros, ¿sabes?

Se rasca la cabeza.

—No, puede que no, pero ¿sacar fotos? Eso no es nada. Prácticamente no hay ningún riesgo. Ninguna de las personas con las que tratamos llegará a verte en ningún momento. Serás como el hombre invisible.

—El hombre invisible... —Estoy calculando el riesgo que puede correr el hombre invisible cuando Thibault interrumpe mis pensamientos.

—Pagamos trescientos pavos la hora, gastos aparte. La mayoría de los encargos requieren un mínimo de cinco horas de vigilancia, más o menos, y aceptamos una media de cinco encargos al mes. Al menos eso es lo que dice Lucky.

Por poco se me salen los ojos de las órbitas. Todavía estoy procesando la primera parte de su frase. Seguro que he oído mal.

—¿Cómo has dicho?

Sonríe.

—Trescientos pavos, gastos aparte.

—¿Y quieres que me crea que no se corre ningún riesgo?

La tensión arterial me sube por momentos. Trescientos pavos la hora me vendrían fenomenal, aunque solo fuese una hora al mes, pero no si me matan en el intento, claro.

—No, el equipo de vigilancia no corre ningún riesgo, pero tiene un papel fundamental. Sin ellos, es como si no tuviéramos ojos ni oídos. Cobramos mucho dinero al cliente cuando la vigilancia forma parte del trabajo. —Se dirige hacia la puerta—. Deberías venir a ver el material que tenemos, para comprobar si necesitas pedir algo más.

—¿Pedir algo más? ¿Qué quieres decir?

—Si vas a hacer el trabajo, necesitarás el equipo adecuado, ¿verdad?

—Ya tengo cámaras.

—Ozzie quiere que la empresa sea la dueña de todo el equipo, así que, si no tiene lo que necesitas, lo comprará.

Me quedo en la puerta mientras Thibault baja los escalones en dirección a su coche.

—¿Está esperando que lo llame o algo así?

—Tal vez.

Thibault abre la puerta trasera y saca una bolsa gigante. Luego saca otra más. Las deja en el suelo y vuelve a meter la mano en el coche para sacar una caja grande de cartón.

Corro a ayudarlo.

—¿Qué es todo esto? —pregunto, echándome una de las pesadas bolsas al hombro.

—Los cacharros que necesito para instalarte el sistema de seguridad.

—Pero todavía no he dicho que sí.

—Lo dirás, créeme. Nadie dice «no» a Ozzie.

Capítulo 18

Recibo un mensaje en el teléfono. Estoy junto al panel de la alarma de la puerta principal, intentando recordar todas las instrucciones que me dio Thibault hace una hora. Si alguien se planta en la puerta e insiste en que desconecte la alarma para poder robarme o matarme, ¿cuáles eran los cuatro números que se suponía que tenía que marcar?

Ozzie: ¿Te importa si me paso sobre las siete?

Supongo que esta noche planea hacerme esa propuesta que no podré rechazar. Aunque yo ya me he decidido: no pienso trabajar con ellos. No soy ninguna espía, solo soy una simple fotógrafa con un talento especial para inmortalizar momentos. Además, no me hace ni pizca de gracia eso de correr peligro. Con la persecución en coche y tener que dormir en una nave industrial ya he tenido bastante, sinceramente.

Yo: Como quieras. Pero no quiero hacerte perder el tiempo.

Ozzie: Nos vemos a las 7.

No ha captado la indirecta. Suspiro. Miro alrededor y decido que, puesto que va a venir de todos modos, más me vale que recoja un poco. Como los calcetines que dejé en el suelo junto a mi escritorio, por ejemplo. También debería comprar una botella de vino. No es que vayamos a cenar a la luz de las velas, pero sería de mala educación no ofrecerle algo de beber, ¿no? Me lanzo a la puerta, me pongo las sandalias y recojo el bolso del suelo del recibidor.

La puerta emite unos pitidos que me recuerdan que tengo que poner la alarma. Vuelvo a cerrar la puerta y me quedo mirando el teclado numérico. Thibault utilizó la fecha de su propio cumpleaños como clave, para que no se me

olvidara ninguna de las dos cosas. «Solo falta una semana», dijo.

Introduzco los cuatro números que creo recordar y salgo de casa tras cerrar la puerta a mi espalda. Espero unos segundos y no oigo nada, así que deduzco que puedo irme tranquilamente.

La tienda de la esquina no dispone de la mejor selección de vinos del mundo, pero no tengo tiempo para ir a ningún otro sitio. El supermercado estará demasiado lleno y no podré entrar y salir en menos de quince minutos.

Empiezo con una botella de merlot y luego decido que es mejor comprar dos, por si acaso. ¿Por si acaso qué? No tengo ni idea. Por si acaso se trae a un amigo, por ejemplo. No es que espere que se quede y nos bebamos las dos botellas.

Eso sugeriría que estoy pensando en emborracharme un poquitín y, por tanto, desinhibirme... Y no pienso hacer nada de eso, claro. Ni hablar. La sola idea me pone muy ansiosa en el sentido más sexi de la palabra.

Aparco el coche en el garaje y entro en casa por la puerta lateral. Inmediatamente, la alarma empieza a emitir pitidos. Sé que dispongo de unos pocos segundos para apagarla, pero ¿eso impide que entre en pánico? Pues claro que no. Siento como si acabase de allanar mi propia casa.

—¿Cuál era el código? —murmuro, mirando el teclado. El estridente pitido es demasiado irritante. ¡No me acuerdo! Saco el teléfono del bolso y pulso el icono del calendario—. ¡¿Cuándo es tu cumpleaños, Thibault?!

Miro los días de la semana, pero no me acuerdo de si es el sábado o el domingo. Me la juego y tecleo los números.

Empieza a sonar la sirena de la alarma.

—¡Mierda!

Felix asoma corriendo por la esquina, ladrando como un poseso. Más vale tarde que nunca, supongo.

De pronto, una voz me habla a través de algún altavoz.

—Seguridad BSB. Por favor, introduzca su clave de acceso.

—¡No me acuerdo de mi clave de acceso! —grito.

Me suena el teléfono.

—¡Diga! —grito para que me oigan pese a la sirena.

—Hola, soy Amy, del centro de control de Seguridad Bourbon Street Boys. ¿Con quién hablo, por favor?

—Me llamo May. Soy May, la dueña de esta casa.

Aprieto más botones del teclado para probar con otra fecha, pero no pasa nada. Me duelen los tímpanos por culpa de la sirena y de los ladridos histéricos de Felix.

—¿Está usted bien?

—¡Estoy perfectamente! El problema es que no me acuerdo del maldito código para parar esta cosa, ¡mierda!

—¿Recuerda usted la contraseña que debe darme por teléfono?

Mi cerebro trabaja a mil por hora. Thibault me dijo que no utilizara el nombre del perro. Demasiado fácil de adivinar, dijo. Podía ser el nombre de una mascota anterior o de algún amigo. Los personajes de Disney también eran muy populares como contraseña. ¿Cuál elegí? Sé que pensé en muchas opciones cuando él estaba aquí, pero ahora no me acuerdo de por cuál me decidí...

—¡Sahara! —grito—. ¡Sahara es la palabra clave!

—Perfecto. Ahora voy a desconectar la sirena y cancelar la llamada a la policía.

La sirena se apaga y me apoyo en la pared.

—¿Necesita algo más? —pregunta Amy.

—Sí, un trago de tequila.

Se ríe.

—Tal vez un té sea una mejor opción.

—Si usted lo dice... Gracias.

—De nada. Muy buenas noches.

—Igualmente. Adiós.

Cuelgo y guardo el teléfono en el bolso antes de agacharme a recoger a Felix y calmarlo. Está rebosante de energía.

Cuando lo beso en la cabeza, se vuelve para intentar lamermme.

—Tranquilo, pequeñín. No pasa nada. Esta noche no va a entrar ningún ladrón en la casa.

Ahora que he visto el sistema en acción, estoy impresionada. No es que crea que hay un asesino suelto buscándome, pero aun así... más vale prevenir, ¿no? Al menos esa sirena lo dejaría sordo.

Suena el timbre de la puerta y Felix se pone como loco, así que lo bajo al suelo para que pueda correr a la puerta y asustar a quienquiera que esté allí. Miro el reloj. Seguramente es Ozzie, aunque aún faltan diez minutos para las siete.

Dejo las botellas de vino en la encimera y voy a abrir la puerta. Confirmo por la mirilla que mi visitante llega antes de tiempo. Descorro el pestillo y abro.

—Hola.

—Hola —dice.

Lleva dos bolsas de papel en brazos. Sahara se abre paso entre ambos y va directa al salón, moviendo la cola. Felix comienza su danza de «bienvenida a mi pisito de soltero» mientras ella gira en círculos, tratando de olisquearle el trasero.

—Has traído regalos —digo, intentando curiosear en la bolsa que tengo más

cerca.

—He traído la cena. Espero que tengas hambre.

Le aguanto la puerta para que entre y luego la cierro. Pasa al salón y luego a la cocina, como si estuviera en su casa.

Mmm... No sé muy bien cómo tomarme lo de la cena improvisada. ¿Lo mencionó en su mensaje de texto? Compruebo que no lo hizo.

—¿Qué tal el sistema de seguridad? —pregunta, vaciando el contenido de las bolsas. Son cajas blancas de distintos tamaños que va depositando en la encimera.

Tenemos a los dos perros a nuestros pies, a la espera de que les caiga algo.

—Muy bien. Ya he tenido el primer incidente.

Se para y me mira.

—¿Incidente? ¿Alguien ha entrado en tu casa?

Me río, un poco avergonzada.

—No, a no ser que cuente el intentar entrar en mi propia casa y olvidarme del código de la alarma.

Su gesto se ensombrece.

—Se suponía que tenías que elegir un código que pudieses recordar fácilmente.

—Y era fácil. Más o menos.

—¿Cuál era?

—El cumpleaños de Thibault.

Ozzie lanza un suspiro de fastidio.

—Números.

Sigue abriendo las cajas. En un momento dado, mira a Sahara fijamente y señala el rincón de la sala.

—Túmbate.

Ella lo obedece inmediatamente y Felix la sigue y se acurruca a su lado.

Me asombra no solo el control que ejerce sobre nuestros perros, sino también la cantidad de comida que ha traído. ¿Es que también va a cenar con nosotros el resto del equipo?

—Escoge cuatro números que te resulten fáciles de recordar y esta noche te reprogramaré la alarma.

Me entra la vena descarada o algo, porque le respondo:

—¿Y qué te hace pensar que quiero que sepas cuál es mi clave secreta?

Él sigue manipulando las cajas sin pestañear siquiera.

—No soy ninguna amenaza para ti.

—Ya, y yo me lo creo...

Se me ha escapado antes de darme cuenta. Estaba imaginándome sus manos

recorriendo mi cuerpo y cómo perdería el control por completo si eso sucediera, pero por suerte, eso él no lo sabe.

Saca la última caja y aplasta la bolsa para quitarla de en medio.

—¿Qué quieres decir con eso?

Me encojo de hombros.

—Nada.

Lo que quería decir es que es una amenaza potencial para mi sensatez, pero si quiere interpretar que lo considero peligroso, no voy a contradecirle. Tal vez eso alimente su ego. Además, no pienso admitir que me gusta cuando está visto que a él no le intereso lo más mínimo.

Se vuelve para mirarme de frente y parece como si le resultara difícil encontrar las palabras adecuadas. Abre la boca, pero no dice nada. Mira alrededor y lo intenta de nuevo.

—Yo... Mmm. Pues... Quería decir que...

Cojo una botella de vino de la encimera y la pongo entre los dos.

—¿Una copa de vino?

—Sí, perfecto. Una. —Parece aliviado.

¿Quién es el superhéroe ahora? Sonrío mientras abro la botella, saco dos copas y las lleno hasta la mitad.

—No puedo prometer que sea bueno, pero tiene alcohol.

Le doy una copa y levanto la mía.

Hace una pausa y me mira. Luego alza su copa y la hace chocar con la mía.

—Salud.

No se me ocurre nada más ocurrente, así que hago lo que se espera de mí.

—Salud.

Tomo un buen trago, apurando la mitad de mi copa de una sola vez, y giro la cabeza para que no vea cómo me arden los ojos cuando noto la quemazón del alcohol en la garganta.

—¿Platos? —pregunta.

Abro un armario y saco dos. Luego me paro un momento antes de cerrar la puerta.

—¿Cuántos seremos a cenar?

—Solo nosotros dos. Nadie más. —Habla con voz áspera.

El corazón me late desbocado. No sé cómo, consigo colocar la cantidad correcta de cubiertos y servilletas, a pesar de que tengo la cabeza en otra parte. Pongo la mesa en mi diminuta cocina en modo piloto automático.

¿Por qué ha traído la cena? ¿Es una cita o solo me está engatusando para que acepte el trabajo? No pienso aceptar el empleo, ni por todos los gatos del mundo...

—Espero que te guste la langosta —dice.

—Pero ¿qué narices...?

Suelto el último cubierto en la mesa con un fuerte estrépito.

Deja la mano paralizada sobre una de las cajas.

—¿Tienes alergia?

—No, no tengo alergia. Lo que tengo es un cabreo monumental.

Da un paso atrás, alejándose de la comida, y deja caer los brazos a los lados. Casi me lo imagino vestido de uniforme y a punto de hacer el saludo militar.

—Estás enfadada.

Pongo cara de enfado. Esa langosta me llama con todo su poder engatusador.

—No, no estoy enfadada. Frustrada, más bien. Me has hecho una jugada maestra.

—¿Una jugada maestra?

—Sí, como en el ajedrez. Me has puesto en jaque.

Se le escapa un amago de sonrisa.

—Deduzco que te gusta la langosta, entonces.

—No es que me guste la langosta, bobo... Me encanta. Comería langosta todos los días si tuviese dinero. —Me desplomo en la silla—. Pero no voy a trabajar para vosotros. No importa cuántas langostas me sirvas para cenar.

Y eso que hay mucha langosta, pero ¿qué cojones? ¿Espera que trabaje para ellos solo porque me trae langosta? Podría ser un trabajo peligroso. Para eso es el sistema de seguridad, ¿no?

Lleva las cajas a la mesa y empieza a abrirlas.

—También he traído limón.

—Ya me lo imaginaba...

Se ríe.

—Creo que es la primera vez que ahuyento a una mujer por invitarla a cenar langosta.

Mezcla un poco de arroz pilaf antes de servir una ración en sendos platos.

—No sé por qué estás tan contento —murmuro.

—Ni yo tampoco.

Aparece una langosta enorme que acaba en lo alto de mi plato. Su cáscara de color rojo vivo aún reluce después de haber pasado por el vapor. Felix abandona su puesto junto a Sahara y se acomoda a mis pies. El pequeñajo me conoce muy bien: acabará probando todo lo que pase por mi plato, pero no porque le vaya a dar de comer a propósito, sino porque tengo cierta tendencia a que se me caigan las cosas.

—¿De dónde has sacado a estos pedazo de bichos? —pregunto cuando saca la segunda langosta, que aterriza en su plato.

—Los encargo de vez en cuando y me los traen en avión desde Maine. Tengo un amigo allí.

—Vaya. Qué buen amigo.

Doy otro largo trago a mi copa de vino. Está casi vacía, así que me sirvo un poco más.

—Me debe algún favor.

Me pregunto qué me pediría a mí si le debiera un favor... La sola idea hace que vuelva a ponerme ansiosa otra vez. Sé perfectamente lo que me gustaría ofrecerle.

¡Aaah! ¡Contrólate un poco, loca! Si acaba de entrar por la puerta... Dios...

Ozzie se sienta y acerca la silla a la mesa.

—Buen provecho.

Arranca una pata de la langosta antes de que me dé tiempo a agarrar el tenedor.

Capítulo 19

Comemos en plácido silencio unos minutos, el tiempo suficiente para que pueda mojar la langosta en mantequilla y cerrar los ojos, suspirando de felicidad. Hacía muuucho tiempo que no saboreaba esta exquisitez. Creo que la última vez que comí langosta fue cuando salía con un abogado que se llamaba Alfred. Era un imbécil, pero le encantaba ir a restaurantes buenos. Aunque tuve que romper con él cuando se negó a probar mis macarrones al horno. En mi casa practico la tolerancia cero con el esnobismo en la comida. Que se lo pregunten a Felix.

La voz de Ozzie interrumpe mis pensamientos.

—Dice Thibault que habéis hablado hoy. Sobre el trabajo.

Me atraganto con el último bocado de langosta. Tengo que tragarme el resto del vino a toda prisa para conseguir que me baje por el esófago.

—Sí —digo con la voz tensa. Estoy sudando. Maldita sea. Demasiado nerviosa para decirle a bocajarro que no me interesa.

Ozzie me llena la copa con más vino tinto. Me mareo solo de ver cómo me sirve el líquido. Tal vez si bebo más será más fácil decirle que no. No volver a verlo nunca más. Ay... ¿A quién quiero engañar? Sé que no va a ser nada fácil hacer eso.

—Dice que te preocupa tu seguridad personal.

Asiento. Esta es fácil. Cualquiera estaría preocupado en mi situación. Es algo completamente normal.

—Sí. Mucho. No quiero morir al menos hasta los ochenta, si puedo evitarlo. Sobre todo, no quiero morir con el cuerpo agujereado de balas.

Se bebe el vino y me observa por encima del borde de su copa.

—¿Qué pasa? —Vuelvo a ponerme paranoica—. ¿Es que tengo algo en la cara?

Alarga el brazo sujetando una servilleta.

—Solo un poco de mantequilla debajo de la boca.

Me limpia antes de que pueda apartarme. A pesar de que había un trozo de tela entre su mano y mi cara, siento el calor abrasador. ¿A que soy patética?

Me invade un sentimiento de indignación. Será cosa del vino.

—¡Eh! No deberías hacer eso.

—¿Hacer qué? —pregunta.

—Decir que tengo algo en la cara.

Me limpio la barbilla varias veces, hasta que me arde. Qué vergüenza. ¿Cuánto tiempo llevaba con la barbilla manchada? Qué torpe...

Se encoge de hombros.

—De acuerdo.

—De acuerdo, ¿qué?

Su dócil complacencia me saca de quicio. No me parece una reacción normal en él. ¿Se está burlando de mí o qué?

—De acuerdo, no te avisaré cuando tengas algo, como por ejemplo arroz, en la cara.

—¿Arroz también?!

¡Argh! Me limpio la barbilla de lado a lado, rezando para que el grano de arroz no esté más arriba. ¿Qué pasa? ¿Es que ahora también me echo comida en las cejas?

Se ha echado a reír.

—Eres un imbécil.

Le tiro la servilleta. Entonces veo la langosta de nuevo y decido que prefiero comérmela a estar preocupándome por si tengo un grano de arroz en el labio o no. Soy muy torpe cuando estoy con él, no pasa nada. Total, no va a volver aquí nunca más, y esta langosta está demasiado buena para desperdiciarla.

Vuelve a comer él también con una sonrisa en los labios.

Me entusiasmo con los *muffins* de maíz que descubro en otra de las cajas. Qué maravilla...

—Escucha —dice al cabo de un par de minutos—, sé que fui muy insolente al principio, cuando dije que no te quería en el equipo, pero he cambiado de opinión. Quiero que trabajes para nosotros. —Hace una pausa—. Puedo garantizar tu seguridad personal.

—¿Por qué yo? ¿Y a qué viene ese cambio ahora?

Doy un mordisco al *muffin* y mastico mientras lo observo, escrutando su cara en busca de alguna señal de engaño. Sin embargo, me distraigo inmediatamente cuando paladeo un nuevo sabor. Dios... Alguien ha puesto cebollino en la masa. ¡Es una genialidad! Madre mía. Mastico el doble de rápido, ansiosa por volver a dar otro bocado. Puede que incluso esté canturreando de alegría.

—He visto tu trabajo en internet. He hecho averiguaciones, he buscado información sobre ti y esas cosas. Y después de hablar con Thibault, en cuya

opinión confío más que en la de cualquier otro, creo que tiene razón: serías muy positiva para el equipo. Tendría que someterte a un período de prueba, pero no debería ser difícil. Seguro que puedes con ello.

El *muffin* se me cae de la mano y aterriza con un ruido metálico sobre el tenedor y el plato.

—¿Seguro que puedo con ello? —Unas cuantas migas se me escapan volando de la boca y necesito masticar y comer rápidamente antes de terminar—. Pues claro que puedo con ello; la cuestión es si quiero o no.

Tengo trozos de masa de maíz por toda la boca; intento no parecer una psicópata total tratando de acorralarlos con la lengua.

—Bueno, necesitarás un poco de formación primero. No puedes empezar mañana sin más, pero aprenderás muy rápido.

Me mira de arriba abajo, inclinándose para ver la mitad inferior de mi cuerpo por debajo de la mesa.

Me reclino hacia atrás y apoyo las manos en el regazo con nerviosismo.

—¿Se puede saber qué miras?

—Tu físico.

—¿Y qué tiene que ver mi físico con todo esto?

Noto que me arden las orejas. Estiro los brazos y me aliso el pelo, pero luego dejo de hacerlo inmediatamente. No está repasando mi peinado, por el amor de Dios. ¿Se puede saber qué me pasa? ¿Desde cuándo me pongo tan nerviosa?

—Todos los miembros del equipo están en forma, siempre. No aceptamos débiles.

Me limpio las manos encima del plato para deshacerme de las migas.

—¿Y «en forma» significa...?

—Significa que te entrenará Dev, como al resto de nosotros.

—Claro, porque estar sentada en un coche sacando fotos requiere mucha resistencia física...

No admito delante de él que, de hecho, es difícil estar todo el día de pie sacando fotos de gente a la que a veces querrías dar un bofetón. No quiero que piense que soy una floja.

—Es que no estarás sentada en un coche.

Suelta el tenedor, se limpia la boca con la servilleta y la deja en la mesa.

—El trabajo incluye seguro médico privado, plan de pensiones, seguridad doméstica, coche de empresa, el equipo que necesites y referencias si quieres hacer otros trabajos en paralelo.

Trago saliva con dificultad. Ya ha dicho las palabras mágicas, pero no ha terminado todavía.

—Costeamos una revisión médica completa anual, tres semanas de

vacaciones, gastos de desplazamiento y dietas cuando el trabajo es fuera de la zona, y servicio de guardería para los niños.

—¿Y para los perros?

Levanta una ceja.

—Podemos negociarlo.

Me muerdo el labio mientras valoro la oferta. La verdad es que es una tontería dilatar el momento cuando sé perfectamente cuál va a ser mi respuesta.

—Bueno, ¿qué te parece? —dice—. ¿Quieres venir a trabajar con nosotros en Seguridad Bourbon Street Boys?

Alzo la copa y sonrío.

—Me has convencido en cuanto has dicho «seguro médico privado».

Capítulo 20

Cuando terminamos la cena y el postre, ya me he bebido un par de copas de vino de más. Intento levantarme y la habitación se inclina a un lado. Por suerte, Ozzie está en el fregadero de la cocina enjuagando los platos, así que no me ve tambalearme borracha.

—Ahora mismo vuelvo —digo, procurando por todos los medios caminar en línea recta hasta el baño. Felix me sigue y logra colarse por la puerta antes de que pueda echarlo de allí.

Miro mi imagen en el espejo y apoyo las manos en la encimera.

—Joder, May Wexler, guarda la compostura, ¿quieres? —Me mojo la cara con agua y me da un ataque al ver como se me corre el rímel, que me deja un reguero negro por la mejilla—. ¡Aaargh! ¡Para!

Felix gime y apoya las patitas en mi pierna.

Llaman a la puerta.

—¿Estás bien?

¡Dios! ¡Dios! ¡Ahora cree que necesito que me saque del baño!

—¡Estoy bien! —contesto con voz de falsete—. ¡No podría estar mejor! —«¡Cállate ya, tonta!»—. ¡Salgo enseguida!

Felix ladra y me agacho a acariciarle la cabecita, las orejas y el cuello. Entra en un trance de felicidad mientras yo intento meter en cintura a mi cerebro. Necesito tener una charla muy seria conmigo misma antes de salir del baño y enfrentarme a Ozzie otra vez.

—Respira, May. Tú respira. Ahora es tu jefe, así que tienes que dejar de pensar en bajarte las bragas cada vez que lo miras. Eso haría las labores de vigilancia muy incómodas, la verdad.

Me incorporo de golpe y hablo en murmullos:

—¿Labores de vigilancia? —Al menos a mí me parece un murmullo—. ¿Vamos a montar dispositivos de vigilancia juntos?

Hago pis muy rápido, me lavo las manos y me limpio los restos de rímel de la cara antes de salir del baño. Encuentro a Ozzie en el salón, mirando unas fotos

de familia que saqué antes de que muriera mi abuela.

—¿Voy a hacer labores de vigilancia? —pregunto.

—Puede ser.

—¡Qué bien! ¿Con quién? —Espero impresionarlo con mi dominio de las frases exclamativas e interrogativas. A pesar de que la habitación me da vueltas, aún consigo colocar los pronombres interrogativos en su sitio.

—Pues depende. Todos nos turnamos.

Asiento como si supiera de qué me habla. La verdad es que no. No tengo ni la menor idea. Ya no me acuerdo de por qué he aceptado su oferta de trabajo. Creo que ha sido por los músculos.

—¿Vives sola? —pregunta.

Me sonrojo como una colegiala.

—Si lo que me preguntas es si salgo con alguien, la respuesta es no.

Se vuelve a mirarme.

—Te preguntaba si tienes compañero o compañera de piso, si compartes la casa con alguien.

—Ah. —Tengo que apartar la vista para poder sacar la pata que acabo de meter. He vuelto a hacerlo: dar por sentado que la atracción es recíproca. Menuda idiota—. En ese caso, la respuesta es no. Vivo sola.

Me vuelvo hacia las ventanas para que no vea la expresión de mi cara, cuya mejor descripción sería «humillada».

De pronto, percibo su voz más cerca.

—¿Y sales con alguien?

Me quedo paralizada, de espaldas a él. ¿Está detrás de mí? ¿Va a tocarme? ¿A besarme? ¿Quiere abalanzarse a devorar mi cuerpo?

—No. —Mi voz apenas es un susurro.

—Bien. —Por el volumen de su voz calculo que ahora está cerca de la puerta principal—. Eso lo hace más fácil.

Me doy media vuelta para mirarlo, sin perder el equilibrio del todo, pero casi.

—¿Qué es lo que hace más fácil?

Abre la puerta y hace tintinear las llaves en la mano.

—Exigirte que trabajes más horas. A veces nos quedamos trabajando hasta muy tarde.

Él y Sahara ya han cruzado el umbral de la puerta y están bajando los escalones cuando me doy cuenta de lo que pasa.

¡Se va! ¡¿Por qué tan pronto?! ¡Yo todavía estoy al rojo vivo! ¡Pero si la fiesta acaba de empezar, hombre...!

Voy corriendo a la puerta y la abro de par en par.

—¡Eh, tú! No puedes invitarme a langosta en una cena breve y no... y no... —¡Dios mío! ¡¿De verdad he estado a punto de decir «hacerme un sesenta y nueve»?! ¡Aaargh! ¡Emergencias! ¡Que llamen a los bomberos! ¡Mi cuerpo está en llamas!

—¿Y no qué?

Está junto a la puerta del coche, sonriéndome. Sahara ya se ha subido en la parte de atrás.

—¡Despedirte como es debido! —grito antes de cerrar dando un portazo. Mierda.

Vuelvo corriendo al salón y me tiro de los pelos.

—¡Ay, Dios! ¡¿Qué acabo de hacer?!

Arranco uno de los cojines del sofá y lo lanzo al otro lado de la habitación. Pero con uno no basta para aplacar la vergüenza que siento. Cojo otro, y luego otro, y los tiro todo lo rápido que puedo. Felix corre a buscar refugio y se esconde bajo la mesita de centro.

Luego les toca el turno a los cojines que forman el asiento y el respaldo del sofá, así que los saco violentamente de su sitio y los pongo de lado, furiosa. Bah, no es tan reconfortante como lanzar cojines por los aires. Me dan ganas de romper algo, pero odio romper cosas porque luego tengo que recogerlas, así que me limito a revolverme el pelo. Cuando acabo, estoy segura de que parece recién salido de una batidora. Ufff... La verdad es que emplear toda esa energía para destrozarme el peinado y todo cuanto me rodea sí ha contribuido a calmarme un poco.

—Muy bien. Todo va bien. No ha pasado nada grave —intento convencerme mientras respiro como un toro bravo—. No he dicho «hacerme un sesenta y nueve», he dicho «despedirte como es debido». Algo bastante razonable. Lógico y normal, ¿no? Las personas deberían despedirse bien cuando acaban de compartir una langosta y unas copas de vino. Cenar, beber vino, despedirse como es debido... Es de buena educación.

El timbre me saca de mi razonamiento lógico. Voy al recibidor y tropiezo con uno de mis cojines. Aterrizo en la puerta y a duras penas consigo abrirla. Doblada sobre mi estómago, aspiro el aire y resoplo como si acabara de correr una maratón. Cuando veo quién es, abro la puerta de par en par.

Es Ozzie, hecho una montaña de músculos y sangre fría. Arquea una ceja al ver mi aspecto.

Me incorporo y levanto la barbilla. Tengo que intentar recuperar el poco orgullo que me queda haciendo gala de una falsa fanfarronería.

—¿Se te ha olvidado algo?

Me mira el pelo y luego la boca.

—Sí, se me ha olvidado despedirme.

Y entonces pasa algo alucinante.

Alarga los brazos y me toma de la cintura para atraerme hacia él.

Separo los labios a medida que su cara se acerca a la mía. No puedo respirar. No puedo hablar. No puedo ni pensar.

—Adiós —me susurra en la boca justo antes de presionar sus labios sobre los míos.

Me derrito. Me derrito como la mantequilla de la langosta de antes, en sus brazos, en el interior de mi propio cuerpo. Todo arde en mi interior y se funde.

Él, en cambio, está sólido como una roca. En todas partes.

¡¿Qué pasa ahora?!

Apenas si lo he probado todavía y ya se está apartando.

Cuando me doy cuenta de que parezco demasiado borracha, recupero la compostura y me pongo completamente erguida. Él aparta las manos y me dan ganas de llorar de soledad. Menuda borrachera me espera...

Me tiemblan las manos cuando me toco el pelo para apartármelo de la cara. Puedo comportarme con naturalidad. Puedo manejar la situación... sea cual sea. Tal vez besa a todos sus nuevos empleados. No seré yo la primera en darle demasiada importancia, si ese es el caso.

—Bueno, pues... adiós —digo, con la mirada fija en su hombro. Soy incapaz de mirar más arriba.

Retrocede dos pasos antes de darse media vuelta y dirigirse a su camioneta.

—Ya nos veremos, Pastorcilla.

Se sube al vehículo, cierra la puerta y sale marcha atrás del camino de entrada en cuestión de segundos.

Espero hasta que desaparece de mi vista antes de cerrar la puerta y caer resbalando al suelo en un charco de empalagosa sensiblería.

—¡Ay, Dios mío...! ¡¡Me ha besado!!

Capítulo 21

Tras recibir instrucciones de Ozzie por medio de un nuevo mensaje de texto, aparezco en la nave industrial al cabo de dos días, el lunes, para mi primer día de trabajo, después de dejar a Felix que se apañe solo en casa. Ya está acostumbrado. Me he quedado trabajando muchas horas en el estudio otras veces. Estoy segura de que se pasa todo el tiempo durmiendo durante mi ausencia.

Me sorprende un poco ser capaz de encontrar la nave, a pesar de que no hace tanto que estuve ahí. Es como si todo hubiese pasado en una especie de sueño. Ya he superado totalmente lo del beso de Ozzie. Tomé demasiado vino, eso es todo. Ni siquiera voy a sentirme incómoda cuando lo vuelva a ver. Ahora es mi jefe, y como es mi jefe, nunca más volveré a tocar sus labios ni su glorioso cuerpo.

Cuando paro el coche frente a la nave industrial, Thibault me hace señas para que aparque dentro. Todos los demás han aparcado fuera.

—¿Pasa algo? —pregunto, bajando la ventanilla.

—Es solo para ayudarte a pasar desapercibida. Apárcalo ahí. —Señala un rincón oscuro al fondo a la derecha. Ni siquiera me había percatado de que hubiese un hueco ahí antes. Este sitio es enorme.

Cuando me bajo del coche, todos menos Ozzie están en mitad del inmenso espacio. No hay ni rastro de él. La luz del sol se refleja en una de las paredes, pero va desapareciendo a medida que se cierra la enorme puerta del garaje.

—Bienvenidos —dice Thibault—. Hoy es el primer día de May, así que he pensado que podríamos hacerle una especie de resumen de nuestra labor antes de celebrar la reunión de la mañana.

Los saludo a todos con la cabeza y ellos me responden del mismo modo. Dev me dedica una sonrisa, igual que Lucky. Toni está más seria, y creo que la respeto por eso. Parece muy profesional y, por lo que veo, le va muy bien en un mundo prácticamente dominado por hombres. Me pregunto hasta dónde alcanzan sus patadas con esas botas tan altas que lleva.

—¿Quién empieza? —dice Dev.

—Tú. —Thibault lo señala—. Enséñale lo básico.

Dev se frota las manos.

—Está bien, allá voy. —Inclina la cabeza rápidamente—. Considérame tu profesor de educación física.

Sonrío al recordar al hombre calvo y regordete que siempre llevaba unos pantalones de chándal anchos y una pelota de baloncesto bajo el brazo en mi instituto. El señor Pritchard era muy simpático.

La expresión de Dev se hace más sombría.

—Solo que no me parezco a ninguno de los profesores de educación física que hayas tenido antes.

—Y que lo digas —murmura Toni.

—Vamos a ver lo que sabes hacer. —Me indica que me acerque—. Ven y pégame.

Me río un segundo antes de darme cuenta de que lo dice en serio. Y los demás también.

—¿Pegarte? —Me abrazo al bolso con fuerza, alegrándome de haber dejado a Felix en casa. A Felix no le gusta la violencia de ninguna clase, y no lo culpo, la verdad.

—Sí. Pégame. —Se señala el pecho—. Todo lo fuerte que puedas.

Arrugo la frente.

—No voy a pegarte.

—¿Por qué no? —Se agacha un poco para ponerse a mi altura.

—Porque... no me gusta pegar a la gente.

—¿Y qué me dices de cuando la gente quiere pegarte a ti? —Se acerca a una mesa y coge un palo que hay allí—. ¿Te gusta pegar entonces?

—Si me pegas con ese palo, te vas a arrepentir.

Deslizo la mano despacio en el interior del bolso. No tengo miedo porque estoy segura de que Dev es un buen tipo y solo está bromeando, pero eso no significa que no vaya a darle con la Taser en el culo si me arrea con esa arma. ¿Qué clase de comité de bienvenida es este? Esperaba café y donuts, no tarados con un palo.

Sonríe.

—Bien. Tiene carácter. Me gusta. —Da un paso adelante.

—No lo digo en broma, Dev.

Doy un paso atrás. Parece que va en serio, pero no puede ser, ¿no? Miro a los demás, que nos observan con mucha atención. La situación no parece preocupar ni hacer gracia a ninguno. Para ellos esto es trabajo y punto.

Se mueve más rápido de lo que esperaba, así que en dos zancadas se me planta delante. Levanta el palo en el aire.

Encojo el cuerpo cuando veo que empieza a bajarlo y cierro los ojos, preparándome para recibir el impacto. «Por favor, no me pegues. Por favor, no me pegues. Por favor, no me pegues».

Se detiene justo junto a mi brazo y abro un ojo para asegurarme de que estoy bien.

—No te has movido —dice. Parece frustrado.

Abro los dos ojos y me pongo derecha.

—No, no me he movido. Espero que esto acabe pronto.

Toni suelta un bufido.

Veo la expresión burlona en su rostro y me enciendo inmediatamente.

A la mierda este teatro del León Cobarde. No he venido aquí a que me peguen con un palo. ¿Quién se ha creído que es, amenazándome así? ¿Sabe que hace dos noches cené langosta con el jefe y nos dimos un tórrido beso en la puerta de mi casa?

Dev se acerca un poco más.

—Esto no va a acabar hasta que te des cuenta de lo en serio que vamos.

—De acuerdo.

Lo miro a los ojos mientras retiro con el dedo el seguro de la pistola Taser que llevo en el bolso. Será cabrón... Mira que hacerme usar mi Taser... Esos cartuchos son muy caros; lo sé porque una vez tuve que cambiar uno, cuando me disparé en el pie sin querer. Además, duele un montón, así que seguro que luego no estará muy contento conmigo.

—Escucha, Pastorcilla... Voy a pegarte con este palo a menos que hagas algo para defenderte. —Me mira con lástima. Todos los demás guardan silencio —. Esto no es ningún juego. El objetivo es la supervivencia. Así es como funciona. Los débiles siempre salen malheridos, y no pienso permitir que eso suceda mientras yo esté al mando.

—Preferiría que no lo hicieras, de verdad —digo, con la voz más débil del mundo. En parte es puro teatro y en parte es como me siento realmente. Actuar con arrogancia nunca ha sido lo mío. Odio que me obliguen a hacer esto. ¿Por qué tiene que ser así mi primer día? Es la peor sesión de formación que he tenido en mi vida.

—Intentaré no dejarte un morado demasiado grande.

Levanta el palo en el aire, casi por encima de su cabeza, y empieza a bajarlo. Estoy segura de que esta vez no va a detenerse.

Saco la mano del bolso y empujo la Taser contra su pecho. Una especie de grito de guerra me sale de la garganta mientras encojo el cuerpo para prepararme a encajar el dolor del golpe.

—¡¡Uaaah!!

Tenso todo el cuerpo y aprieto el gatillo de la Taser. Los dientes de la punta disparan la descarga eléctrica y se arma la de Dios.

A Dev se le salen los ojos de las órbitas. Suelta el palo y este sale repiqueteando por el suelo.

La sucesión de zumbidos de varios voltios de electricidad resuena al compás de las convulsiones que empiezan a estremecer su cuerpo al cabo de unos segundos.

—¿Qué cojones está pasando aquí? —grita Ozzie desde lo alto de la escalera.

—Joder, ¡le ha disparado con una Taser! —Lucky está perplejo.

Dev gruñe, pone los ojos en blanco y empieza a caer resbalando hacia el suelo.

Me aparto a un lado de un salto para que no me aplaste y los cables de alambre que salen del extremo de mi Taser acompañan mi recorrido, alargándose.

Lucky se agacha y sujeta a Dev del brazo para ralentizar su caída.

Los dos caen al suelo, Dev en lo alto del maldito palo y Lucky encima de Dev, que gime como un elefante herido, y mis cables se enredan con los dos.

Abrazo el bolso contra el pecho, sujetando la Taser con una mano y las llaves con la otra.

—¡Dios, no me lo puedo creer! ¡La tía lo ha noqueado con la Taser! —Toni empieza a reírse.

—No tiene ni pizca de gracia. —Thibault niega con la cabeza, mirando primero a Dev y luego a mí.

—Lo siento. Lo siento mucho. —Apenas puedo hablar de lo avergonzada que estoy. Qué bochorno—. El gatillo era más sensible de lo que pensaba.

Debería llevarlo a reparar: dos descargas involuntarias es demasiada casualidad. Juro que no pensaba dispararle de verdad, solo pretendía intimidarlo un poco y asustarlo para que no me pegara con el palo. Mierda.

Lucky se levanta y pone a Dev boca arriba. Los alambres aún lo tienen conectado a mi arma. Sí, definitivamente, tiene los dardos clavados en la piel, no solo en la ropa. Ay...

—¿Qué coño hace Dev tirado en el suelo con dardos de Taser en el pecho? —Ozzie está plantado a un par de metros de distancia, con los brazos en jarras.

—Estábamos dando a May una sesión preparatoria —dice Toni—, como nos dijiste.

—Estoy seguro de que no os dije que la pusierais tan nerviosa como para que acabara disparándole a Dev. —Se rasca la cabeza—. ¿Estás bien, colega?

Dev intenta responder, pero solo le salen nuevos gruñidos y gemidos.

Vuelve a poner los ojos en blanco.

—Ozzie, lo siento. —Puedo mirarlo a la barbilla. A los ojos no, pero a la barbilla sí. Confío en que los demás no noten que soy una cobarde—. No era mi intención hacerle daño.

Sus palabras salen en forma de gruñido.

—No eres tú quien debe disculparse. —Fulmina a Thibault con la mirada—. Eres tú el que tiene que dar explicaciones.

—Está bien, de acuerdo. Asumo toda la responsabilidad. —Thibault levanta las manos a modo de rendición—. Estuvimos hablando antes de que llegara May y decidimos ponerla a prueba y ver si tenía instinto de autodefensa.

—¿Y a qué conclusión habéis llegado después de vuestro pequeño experimento?

Ozzie los mira uno por uno.

Toni se encoge de hombros.

—Yo diría que ha superado la prueba.

Aparta la cara para que Ozzie no la vea sonreír.

—No sé, creo que deberíamos haberlo enfocado de otra manera —dice Lucky.

—Ah, ¿tú crees? —Ozzie señala a Dev—. Levántalo y sácale esos malditos dardos del pecho. Y si se queja, dale en la cabeza.

—Entendido, jefe.

Lucky ancla bien las piernas para ayudar a Dev a levantarse. Luego pasa el brazo por debajo del hombro de Dev para que se apoye en él y al final, con cierta dificultad, logran incorporarse los dos. En cuanto retiro el cartucho de la Taser y se lo doy a Lucky, empiezan a alejarse, pero se paran al cabo de unos pasos. Dev vuelve la cabeza y habla por encima del hombro, arrastrando un poco las palabras al hablar.

—Quiero la rrevancha. Me ha engañoñado.

Ozzie suelta un gruñido.

—Tonterías, no te ha engañado: te ha ganado. Hay una gran diferencia.

Juraría que detecto un deje de orgullo en la voz de Ozzie, pero no pienso dejar que se me suba a la cabeza. Me siento muy culpable. No se me ocurre peor forma de empezar en mi trabajo nuevo. Dev no me lo va a perdonar en la vida.

Ozzie amenaza apuntando con el pulgar hacia las escaleras.

—Cuando acabéis de hacer el tonto aquí abajo, os quiero arriba para la reunión.

—Entonces, no hay tiempo que perder. —Toni levanta la mano al pasar por mi lado—. Choca esos cinco, colega. Bien jugado.

Levanto la mano y se la choco con delicadeza. No quiero transmitir

demasiado entusiasmo por haber electrocutado a Dev con todos esos voltios.

Thibault se acerca y se para delante de mí.

—¿Te importa si me quedo yo con eso?

Extiende la mano y mira mi arma desprovista de cartucho.

Deposita la pistola en la palma de su mano.

—Claro. Siento haber disparado a tu amigo.

Thibault sonrío.

—No te disculpes. Se ha llevado su merecido. La próxima vez se lo pensará dos veces antes de amenazarte con un palo.

—Espero que no haya próxima vez.

—Huy, sí la habrá... No tengas la menor duda.

Se va hacia las escaleras.

Pero ¿qué demonios...? ¿Va a intentar pegarme otra vez? Pues entonces tendré que recuperar mi Taser. Me pregunto si esos cartuchos cuentan como gastos de empresa. No creo que deba pagar de mi bolsillo las medidas de protección contra mis propios compañeros perturbados.

Ozzie y yo nos quedamos solos en la planta baja, separados por apenas unos metros.

—Supongo que ahora es cuando te doy la bienvenida a Bourbon Street Boys y te digo dónde puedes colgar el abrigo.

Me hace reír.

—Y creo que ahora es cuando se supone que digo que me alegro de estar aquí y que me muero de ganas de empezar.

Sonríe.

—¿Y si empezamos de cero y arrancamos con buen pie esta vez?

—Me parece una idea estupenda.

Señala las máquinas de ejercicio.

—Puedes colgar el abrigo por allí, donde encuentres una percha. Bienvenida a Seguridad Bourbon Street Boys. Acompáñame. Tenemos una reunión dentro de cinco minutos.

Camino detrás de él, con la cara encendida. Se muestra amable y no se ha enfadado conmigo por haber electrocutado a su empleado. A lo mejor no va a ser tan mal día después de todo.

—Me alegro mucho de estar aquí. Me muero de ganas de empezar a trabajar.

Se ríe, pero no dice nada. Subimos las escaleras y entramos juntos en la sala llena de espadas ninja.

Capítulo 22

Todos se han sentado a la misma mesa en la que cenamos la otra noche, y delante de cada uno de ellos hay una carpeta con documentos. Me han guardado un sitio. En el centro de la mesa hay una jarra de agua con hielo. Compruebo que mi vaso ya está lleno, por cortesía de Dev.

—Es para que firmemos la paz —dice, dándome el vaso y guiñándome un ojo.

—Firmemos la paz, entonces —digo.

Luego doy un sorbo y le respondo con otro guiño. Mi nivel de estrés se reduce considerablemente. Tal vez no me guarde rencor, después de todo.

—Bien, echemos un vistazo al caso Harley —dice Ozzie, abriendo la carpeta que tiene delante.

Abro la mía yo también y veo una circular. Una lectura rápida me informa de que el Departamento de Policía de Nueva Orleans ha contratado a su empresa, Seguridad Bourbon Street Boys, para ayudarlos a infiltrarse en una banda criminal local con el fin de recopilar datos que puedan conducir a detenciones efectivas. El operativo se llama «Operación Harley», porque ese era el apodo de Ozzie cuando llevaba barba y chaqueta de cuero.

Tengo que morderme el labio para no reírme. Esa barba era horrenda. Lo miro a hurtadillas para ver si me lo imagino con la barba de nuevo, pero no puedo. Ahora es demasiado guapo para volver a ser la horrenda bestia que me salvó la vida la semana pasada.

—Como todos sabéis, debido a un imprevisto... —Me miran todos menos Ozzie—. Debido a un imprevisto tuve que descubrir mi tapadera. Thibault y yo hemos hablado de cancelar la operación por completo, pero hemos decidido que tal vez no sea necesario. —Levanta la vista—. Si pudiéramos salvar el operativo, me gustaría intentarlo. Hemos invertido mucho.

Tengo que acordarme de preguntarle a alguien cómo conseguí fastidiar la operación exactamente. ¿Por el mero hecho de estar en ese bar? Lo dudo. Seguro que fue por culpa de esa barba. Hasta los criminales saben que una cosa tan fea

no puede ser normal.

Lucky interviene entonces.

—Pero no tenemos a nadie dentro. ¿Cómo vamos a conseguir información?

Ozzie cierra la carpeta y me mira, apoyando las palmas de las manos en la mesa, delante de él.

—Esperaba poder recabar información mediante un dispositivo de vigilancia. Ya sé que los inspectores del caso ya lo intentaron, pero creo que deberíamos destinar parte de nuestro propio presupuesto a eso ahora.

Ay, mierda... Creo que ahí es donde entro yo. ¿Va a ser esa mi penitencia por cargarme su estúpido disfraz de la barba? Me retuerzo incómoda en la silla al ver que todos concentran sus miradas en mí.

—Es posible —dice Lucky—. ¿Qué tienes pensado?

—La noche que se suponía que tenías que aparecer para prestarme apoyo logístico —expone Ozzie, fulminando a Dev con la mirada—, descubrí la ubicación de uno de sus principales correos. Está en Burgundy. Lo estuve observando este fin de semana. Hay posibilidades.

—¿Estás pensando en fotos o en vídeo? —pregunta Thibault.

—Las dos cosas. Y puede que alguna escucha también. Ya veremos. Necesito la opinión de Toni.

La chica asiente con la cabeza.

—De acuerdo. ¿Cuándo?

—Pastorcilla y tú podéis pasaros por allí hoy mismo, si puede ser. —Mira a Toni, sin mirarme a mí.

Levanto la mano.

Todos me contemplan como si estuviera loca.

—¿Quieres añadir algo? —pregunta Ozzie.

—Bueno, es que tengo una pregunta. Y puedes llamarme May, por cierto. —Sonrío—. Me preguntaba..., si vais a mandarme allí con Toni, ¿qué se supone que debo hacer?

Dibujo una eme invisible en la superficie de la mesa, delante de mí, tratando de aparentar la mayor naturalidad del mundo. Si eso implica que debo llevar un arma encima, no pienso hacer lo que él diga que tengo que hacer, sea lo que sea.

—Solo tenemos que echar un vistazo rápido desde el coche —dice Toni—. No es nada. Es para tantear el terreno, ver qué clase de sitio es, dónde es mejor colocar los dispositivos de vigilancia..., esa clase de cosas.

—¿Y cuando dices «echar un vistazo rápido desde el coche» quieres decir...?

Dibujo una a y una y griega invisibles para complementar mi aire de

despreocupación absoluta. No pienso ponerme nerviosa ni roja como un tomate.

Toni se encoge de hombros.

—Pues lo que veamos. Si tienen alguna visita, algún negocio en marcha, si están celebrando una fiesta de cumpleaños... Lo que sea.

Asiento con la cabeza, preguntándome si está evitando a propósito las situaciones más peligrosas o si, simplemente, no hay ningún peligro. Parece algo bastante inocente, la verdad. Pasar con el coche a echar un vistazo. ¿Cuánto se tarda en hacer eso? ¿Cinco segundos?

—Supongo que eso puedo hacerlo —digo, asintiendo con seguridad.

Ozzie desliza una segunda carpeta que está debajo de la primera.

—Bien, pues pasemos al siguiente asunto. Tenemos un nuevo proyecto, este de un cliente privado. Es la carpeta de la Operación Blue Marine, que tenéis delante. Lucky, voy a ponerte a ti al frente, de momento. Dime si crees que vamos a necesitar contratar a externos.

—¿Externos? —pregunto.

—Personas con habilidades que no tenemos nosotros —explica Thibault.

—¿Como por ejemplo?

—Expertos en informática, básicamente —dice Lucky—. Yo puedo encargarme de la parte de contabilidad y finanzas, pero cuando se trata de... penetrar en el interior de algún sistema... —dice, arqueando las cejas—, soy un auténtico negado.

Asiento con la cabeza. Mi hermana es una gurú de la informática, pero tiene tantísimo trabajo que nunca le queda tiempo para hacer encargos aparte. Siempre está amenazando con dejar su empresa y establecerse como *freelance*, pero sé que no lo hará nunca porque le da demasiado miedo no ganar dinero suficiente para mantener a los niños. No siempre puede contar con su ex para que pague su parte de las facturas, y no porque no viva en la ciudad, sino porque es un caradura y un cabrón que prefiere gastarse el dinero en su nueva novia que en su exmujer y sus hijos.

—¿En qué consiste el encargo? —pregunta Dev.

—Fraude contable. Es una empresa de accesorios y material naval. No parece que manejen grandes cantidades de dinero, pero nunca se sabe.

Todos asienten, como si ese comentario escondiese algo más que ellos ya saben de otras veces.

—¿Algo más? —pregunta Thibault, empujando su silla.

—La Pastorcilla. Ya sabéis a quién me refiero. Está en un período de prueba de noventa días, así que aseguraos de hacer todo lo posible para que se ponga al día cuanto antes.

—Le enseñaré el material —dice Toni, haciéndome una seña con la cabeza.

Le respondo con otro gesto afirmativo, dejando el comentario sobre «la Pastorcilla» para más tarde. La verdad es que creo que preferiría May *la Picadillo* Wexler. Es menos insultante. Supongo...

Todos se levantan y yo hago lo mismo.

Ozzie habla de nuevo.

—May, quédate un momento.

—De acuerdo.

Y no, no me tiemblan las piernas por quedarme a solas a con él aquí arriba mientras todos los demás se van y desaparecen por las escaleras.

Mientras el resto del equipo va desfilando, me comporto como si ordenar mis carpetas de forma simétrica fuese un asunto de vital importancia. Thibault es el último en marcharse y cierra la puerta de la cocina tras él.

Ozzie se aclara la garganta, así que levanto la vista.

—Oye, no quiero entretenerte, solo quería... mmm... disculparme.

Se arrepiente de lo que hizo. Lo sabía. Un dolor punzante me atraviesa el corazón. Ay.

—¿Disculparte? —Hablo con un tono totalmente despreocupado—. ¿Por qué?

—Por lo de la otra noche.

Su expresión es más severa de lo que me gustaría. Dios, cómo duele...

—No digas tonterías, no tienes por qué disculparte.

Muevo la mano rápidamente y arrugo la frente, como si le quitara importancia.

—Mi comportamiento estuvo fuera de lugar, y no debería haber hecho lo que hice.

—La verdad es que te pasaste un poco con la langosta, pero te perdono. Y ahora, ¿puedo irme ya? Me muero de ganas de hacer esa excursión en coche con Toni. Me parece que ella y yo vamos a hacer muy buenas migas.

Dejo mis carpetas encima de la mesa y me encamino a la puerta. Me guardaré mis lágrimas de autocompasión para la noche, cuando me ponga a beber a solas en casa.

—No me refiero a la langosta.

—Langosta, vino, despedida con beso incluida... lo que sea. Para mí es lo mismo.

Cruzo la puerta y la cierro a mi espalda antes de que pueda verme la cara.

Cuando llego junto al teclado digital, ya casi me he recuperado por completo. Ya he pasado antes por esto, cuando un tipo tontea conmigo y luego se arrepiente. Supongo que a veces soy irresistible y este es el precio que tengo que pagar. Maldita sea. Lo cierto es que me gustaba de verdad.

La puerta se abre antes de que me entre el pánico por no saberme el código de acceso.

Dev aparece ante mí, sorprendido de verme aquí.

—No irás a dispararme otra vez, ¿verdad?

—No, a no ser que intentes pegarme con un palo. —Señalo la cerradura de la puerta—. ¿Me diréis cuál es el código?

—Ah, sí claro, perdona. Necesitas este y otro para abrirla desde fuera. Y también necesitarás códigos para la puerta del garaje, el depósito de armas y el armario de las cámaras.

Hurgo en mi bolso buscando un bolígrafo.

—No puedes apuntarlos. Tienes que memorizarlos. —Señala el teclado digital—. Esta es mi puerta porque soy yo quien recoge las espadas que ves en esta habitación, así que el código de la puerta es D-E-V-1. Las letras están en las teclas numéricas. —Cierra la puerta y señala el teclado—. Adelante, inténtalo tú.

Pulso las teclas y la puerta se abre.

Me da una palmadita en la espalda, empujándome hacia delante.

—Buen trabajo, Pastorcilla. El otro lado de la puerta es el dominio de Thibault. El código de la sala principal de la nave es T-B-O-1. ¿Lo pillas?

Asiento. Salimos y la puerta se cierra a nuestra espalda.

—Prueba tú —me ordena Dev.

Tecleo T-B-O-1 y la cerradura emite un clic.

—Estás en racha. —Dev abre la puerta, pero deja que se cierre. Luego señala otro teclado que hay junto a la enorme puerta por la que pasan los coches—. El teclado de ahí abajo es de Toni. ¿Por qué? No lo sé, pero el código es T-O-N-1. Puedes cerrar cuando salgas. Los demás tenemos mandos automáticos. No te daremos uno hasta que acabes el período de prueba.

—¿Y qué hay del depósito de armas y los otros sitios? —pregunto mientras bajamos.

—Toni te los dará. Yo he de irme ahora mismo.

—¿Tienes que darle a alguien con un palo en la cabeza? —Me río de mi propio chiste malo.

—Sí, a mi hijo. Hoy mi madre solo podía quedarse dos horas con él, así que debo ir a recogerlo.

Me paro, sorprendida por su respuesta.

—¿Tienes un hijo? ¿Cuántos años tiene?

—Cuatro, y da muchísima guerra. —Sonríe con orgullo—. Pero lo adoro igualmente.

Se me enciende una bombilla en el cerebro. Así que a eso se refería cuando le dijo a Ozzie que él tenía responsabilidades. Que yo recuerde, Ozzie no se

mostró muy comprensivo con él. Seguro que sabe que Dev se refería a su hijo...

—Buena suerte ahí fuera.

Dev levanta la mano e intento chocársela, pero no acierto. Me da dos golpecitos en el brazo.

—Dos por no acertar. Inténtalo otra vez.

Esta vez lo hago mejor y me guiña un ojo.

—Ya te saldrá algún día. —Echa a correr antes de darme tiempo a responder.

—¡No me hagas volver a dispararte con la Taser!

Se ríe y se sube al coche, y yo sonrío todo el camino hasta la esquina donde Toni me espera con cara de pocos amigos.

Capítulo 23

—Cuando acabes de tontear con el personal, puedo enseñarte las taquillas a las que necesitarás tener acceso.

Estoy demasiado perpleja para responder. Creía que íbamos a ser amigas, pero supongo que me equivocaba. Mierda. Odio la rivalidad femenina, especialmente en el trabajo.

Señala la taquilla con las armas en que me fijé la última vez que estuve aquí.

—Aquí guardamos las armas que utilizamos de vez en cuando. Yo no suelo ir armada, pero cuando necesito una, la saco de aquí. El código es C-O-L-T-4-5.

—Qué original.

Estoy demasiado malhumorada para hacerme la simpática. ¿Por qué acaba de ser tan insolente conmigo? ¿Antes solo ha sido amable porque estaban todos delante? Pues vamos a tener problemas, si ese es el caso. Estoy a punto de subirme a un coche y quedarme encerrada con ella sabe Dios cuánto tiempo. Demasiado, seguramente.

Abre la puerta de la taquilla y veo más armas juntas de las que he visto en toda mi vida, como no sea en una peli de acción.

—Vaya. Menudo arsenal...

Las señala una a una, dándome una clase magistral.

—Las pistolas son estas de aquí; las escopetas y los rifles, allí. Esa de ahí no es del todo legal, así que no la saques antes de hablar con Ozzie.

—Huy, no te preocupes. No voy a sacar ninguna nunca.

—Pues claro que sí. Aquí todos recibimos entrenamiento con armas de fuego. Practicamos tiro una vez al mes después de sacarnos el certificado.

—¿El certificado?

—El certificado de tirador experto. Ozzie insiste en eso. No quiere que erremos el tiro al disparar.

Casi no tengo energía para hablar.

—Ah, pues qué bien... Supongo.

—Las granadas están ahí... No se activan hasta que se retira la argolla de seguridad, pero te aconsejo que no las toques.

—Descuida, ni me acercaré.

Estoy alucinando. Esta gente está loca. A ver, que alguien me lo recuerde: ¿por qué estoy aquí exactamente? Ah, sí: por el dinero.

—Las balas están aquí. Las cajas tienen una etiqueta, así que asegúrate de escoger la caja adecuada para el arma adecuada.

—Sí, de acuerdo.

Todo esto es de risa... Como si fuera a saber cuál es la bala adecuada para cada pistola. Ja. Eso es imposible. Lo único que pienso disparar es mi cámara.

—Los cuchillos, nunchakus y bastones de combate están aquí, y los puños de acero están en el cajón pequeño. —Se vuelve a mirarme—. ¿Alguna pregunta?

—Sí. ¿Dónde están los lanzacohetes?

—Esos los guardamos en otro sitio.

Me deja boquiabierto, plantada como una idiota, mientras ella sigue hablando y andando. No sé si me lo ha dicho en serio o no.

—Tenemos más material en estos armarios de aquí. —Abre la puerta de uno de ellos—. Máscaras antigás, chalecos de Kevlar, guantes, cascos, botas. —Cierra esa puerta y abre otra—. Material de acampada para las tareas de vigilancia fuera de la ciudad. —Cierra esa puerta y se dirige a otro armario cerrado—. Y aquí dentro está tu especialidad. Lucky ya ha cambiado el código. —Señala la cerradura y esboza una sonrisa maliciosa—. Adivina cuál es.

Me acerco despacio, mirando fijamente la cerradura y preguntándome dónde está la gracia.

—¿Cuántos dígitos?

—Cinco.

Lanzo un profundo suspiro. Su cara es un libro abierto. Pulso las teclas de una en una: E-S-P-Í-A. La puerta se abre y Toni se lleva un chasco.

—Ja, ja, muy gracioso.

Abro la puerta y doy un respingo al ver el contenido.

—¿Qué te parece? —pregunta. Ya está sonriendo otra vez.

—Me encanta. —Alargo el brazo y escojo una cámara que me gustaría haber comprado hace cinco años pero que nunca he podido permitirme—. La madre de todas las cámaras.

—Sí. Ozzie no escatima en gastos. Dice que somos eficientes gracias a nuestras herramientas.

Sonrío al pensar en Dev.

—Entonces, ¿a qué viene el coche de Dev?

—¿El Phoenix? —Sonríe—. Puedes meter diez cadáveres en el maletero.

Lo hemos usado un montón desde que lo compró el año pasado.

Por poco se me cae la cámara al suelo.

La rescata de mis manos con cuidado y la devuelve a su sitio en la estantería.

—Tranquila, Pastorcilla, era una broma. Más o menos. —Cierra la puerta y se asegura de activar el código de cierre—. Ya te dejaré jugar con eso más tarde. Ahora tenemos que irnos, antes de que se despierten todos los malos.

Me deja de pie junto a la taquilla.

—¿Los malos?

Se sube al todoterreno de Thibault y espera que me monte yo también. El motor ya está en marcha.

—¿No deberíamos llevar una cámara o algo?

—No —me contesta por la ventanilla abierta—. Solo es un reconocimiento visual, nada más.

Me agarro al asidero de encima de la puerta para subirme. El todoterreno es más alto de lo que parece.

—Reconocimiento visual. Reconocimiento visual.

Repito la expresión para poder usarla luego en una conversación. Empieza a molestarme de verdad el hecho de parecer tan tonta en este grupo, exactamente como una pastorcilla ingenua. Al ver todas esas cámaras y equipo de vídeo me han entrado ganas de ponerme seria.

—Abróchate el cinturón —dice, ajustando el retrovisor.

Acabo de abrochármelo cuando pone marcha atrás y sale a toda pastilla de la nave industrial. Lo único que me impide salir disparada y caer directa en su regazo es el asidero de la puerta.

—Joder, ¿por qué tanta prisa?

Los neumáticos chirrían cuando gira el coche para ir hacia delante.

—Ninguna prisa, lo que pasa es que no veo la necesidad de conducir como una abuela.

Arrugo la frente mientras me hundo en el asiento. Genial. Ahora, además de una pastorcilla, también soy una abuela. ¿Puede alguien estar todavía más fuera de su elemento?

Capítulo 24

Efectivamente: se puede estar todavía más fuera. Pasar media jornada junto a Toni puede hacer que me sienta muy, muy lejos de mi elemento.

Empezamos el día en una zona de dudosa reputación a la que no quiero volver en mi vida y terminamos en un sitio aún peor. ¿Cómo se puede llamar un lugar en que la gente trafica con drogas a plena luz del día? ¿El infierno?

Pues, aunque parezca increíble, ese es el lugar que se supone que debo vigilar —con ayuda de Toni— para poder recabar información sobre los personajes que viven aquí. O que trafican aquí con su *crack* o lo que sea que hagan. ¡Ja! ¡Qué locura de ciudad! Lo único que sé es que hoy he visto demasiados pantalones caídos en demasiados culos. ¿Es que estos tíos no usan cinturón?

—Bueno, ¿qué te parece? —pregunta Toni cuando volvemos a la sede de BSB, recorriendo las calles del puerto y el laberinto de edificios comerciales y naves industriales—. ¿Es factible?

Me encojo de hombros.

—Supongo que sí. No he acabado de ver el equipo que tenéis, pero en teoría sí, se puede hacer.

En teoría, cualquier sitio puede ser fotografiado, vigilado, espiado. Hacerlo sin que te pillen ni te maten es otra cosa. Tengo mis dudas sobre los lugares concretos que hemos localizado hoy, pero Ozzie ha garantizado mi seguridad, así que voy a concentrarme en eso y no en las pistolas que he visto.

—Espera a ver nuestra furgoneta. —Toni sonrío y aprieta con fuerza el volante. Al cabo de dos segundos, da un volantazo brusco a la derecha y doblamos una esquina demasiado rápido. Las ruedas protestan... otra vez. Por la forma en que se deja la goma de los neumáticos en el suelo, seguro que tiene que cambiarlos cada dos por tres.

—¿Qué furgoneta? —pregunto.

—En realidad es como si fueran ojos sobre ruedas. Es desde donde vigilamos todo lo que no podemos vigilar sobre el terreno.

—¿Sobre el terreno?

Se para delante de la puerta del garaje y saca un pequeño mando a distancia de color negro en el que teclea un número.

—Cuando vamos a pie, y no en la furgoneta —dice, lanzando un suspiro, como si estuviera cansada de tener que explicárselo todo a la más lenta de la clase.

Es muy frustrante saber que soy una decepción para ella. Estoy segura de que hoy no he pasado la prueba, aunque dice mucho de Toni que haya ganado un punto por haber electrocutado a su amigo y lo haya perdido por no conducir como una loca ni tener deseos de morir. Creo que no debería pasar mucho tiempo con ella...

—¿Y quién hace ese trabajo? —pregunto, tratando de seguir con el tema—. ¿Lo de ir a pie? —No veo a nadie en el interior del edificio y de pronto me temo que vamos a tener que aguantarnos la una a la otra dos horas más. Habrá que reavivar la conversación.

—A veces Thibault, a veces yo. Puede que tú, algún día.

—¿Yo? —No logro disimular el pánico de mi voz.

—Todavía no. Cuando ya hayas recibido entrenamiento formal. —Entra con el coche en el garaje, aparca y apaga el motor—. Tal vez dentro de seis meses ya estés lista.

Abre su puerta y se baja.

—¿Seis meses? —Me bajo yo también, un poco ofendida—. Tampoco estoy en tan baja forma.

Me pellizco el costado solo para asegurarme. No creo que me sobren más de un par de centímetros en la cintura. Puede que tres, depende de las tarrinas de helado de Ben & Jerry's que haya devorado últimamente.

Toni sube las escaleras.

—No sabrás si estás en forma o no hasta que empieces a trabajar con Dev, créeme. Ninguno de nosotros lo supo hasta entonces.

Flexiono el bíceps y sonrío con orgullo al ver el bultito que asoma a saludar. Toni no tiene ni idea de lo que dice. Me paso el día levantando y sosteniendo cámaras, sin protestar siquiera. Paso un montón de horas de pie al día. Tres meses. Eso es lo máximo que necesito para convertirme en una máquina de matar. Cuidado, delincuentes y mafiosos: ¡allá voy!

¿Una máquina de matar? ¿De dónde he sacado eso? No quiero ser ninguna máquina de matar, ¿no? Dejo caer el brazo mientras recuerdo la imagen del hombre que me perseguía en el coche, tratando de dispararme otra vez, y asiento con la cabeza. Sí, ya lo creo: quiero convertirme en una máquina de matar. Quiero ser alguien que no tiene miedo cuando sale por la puerta de su casa, cuando ve

pasar despacio un coche por delante de su ventana, joder. Quiero ser la clase de máquina de matar que a Ozzie le parece atractiva.

—Ay, Dios —me digo en voz alta—. En serio, May, necesitas echar un polvo.

—¿Cómo dices? —pregunta una voz a mi derecha.

Pero yo miro a mi izquierda. No. No pienso mirar a la cara a la persona que podría haberme oído decir esas últimas palabras. Esto no está pasando.

—¿Hablabas conmigo?

Ozzie emerge de entre las sombras y echa a andar en mi dirección.

Ladeo la cabeza para mirarlo.

—¿Quién? ¿Yo? No, no he dicho nada. Solo estaba recordándome unos recados que tengo pendientes...

Como por ejemplo, hablar con algún psicólogo, porque estoy loca de remate.

—Creía haberte oído decir que necesitas comprarte un Volvo.

Lo señalo con el dedo inmediatamente.

—¡Eso he dicho! Necesito cambiar de coche, sí. Caramba, qué oído tan fino tienes...

¡Gracias, Dios!

—Pues para empezar a cobrar el dinero con el que comprártelo, tienes que rellenar un formulario con todos tus datos, y luego Lucky te incluirá en la nómina oficial de la empresa. Acuérdate de guardar todos los recibos. Él te enseñará cómo debes presentarlos en la contabilidad a final de mes.

Asiento con la cabeza, con mi expresión más seria. Si conservo una actitud profesional conseguiré eliminar todos esos pensamientos tan tórridos que me siguen revoloteando por la cabeza cada vez que Ozzie hace acto de presencia.

La poeta que llevo dentro decide inspirarse en ese momento: «Músculos, musculitos, pectorales y firme culito, ¿por qué aguantarme las ganas de darle un pico?» ¡Aaargh! ¡Desapareced de una vez, pensamientos eróticos!

—¿Cómo te ha ido el primer día? —me pregunta.

Eso está muy bien. A centrarse en el trabajo.

—Bien, supongo. ¿Ya he acabado por hoy?

Solo llevo aquí un total de tres horas, no creo que él considere eso una jornada completa.

—Solo te queda una cosa por hacer y luego ya puedes irte.

Me ajusto la correa del bolso en el hombro.

—Ah, estupendo. ¿Y qué es eso?

—Ejercicio.

—¿Te refieres a ejercicio... como en el gimnasio?

Ozzie señala las máquinas y el equipo de pesas en el otro extremo de la sala.

—Nuestro gimnasio, sí.

—Ah, vale. —Me froto las manos y miro alrededor—. ¿Dónde está Dev? Porque él es mi entrenador, ¿verdad?

—Normalmente sí, pero hoy se está recuperando de un ataque con Taser.

—Ah.

Y claaaro, ya me siento culpable otra vez.

—Así que hoy seré yo tu entrenador.

Y claaaro, ya vuelvo a tener pensamientos eróticos.

Se quita la sudadera y deja al descubierto una camiseta sin mangas muy ceñida. Le sienta de maravilla con esos pantaloncitos de gimnasia tan reveladores.

¡Rápido! ¡Necesito una táctica de evasión ahora mismo!

—Mmm... Es que no he traído ropa deportiva.

—No pasa nada. Aquí tenemos de sobra. —Señala un vestuario—. Entra ahí y cámbiate, que vuelvo dentro de cinco minutos.

Y dicho eso, me deja sola en el edificio en pleno ataque de pánico. No sé cómo lo voy a hacer para ver esos pedazo de músculos en movimiento y contener las ganas de abalanzarme sobre él. Esto va a ser una prueba de resistencia en toda regla.

Capítulo 25

Al final resulta que mantener las manos alejadas del cuerpo de Ozzie mientras entrenamos no es una prueba de resistencia tan dura como yo imaginaba. En cuanto empieza a hacerme sudar y gruñir mientras empujo cosas con las piernas y levanto unas estúpidas pesas en el aire, sus cualidades más atractivas desaparecen y aparece el ogro militar que lleva dentro. Me sorprende que no se haya cambiado la barba por un pequeño bigote cuadrado.

—¡Una más! —grita—. ¡Vamos! ¡Empuja!

—¡Aaargh!

Ya sé de alguien a quien no voy a invitar al parto de mi primogénito. ¿Empujar? ¡Sí, claro!

—Una más. Vamos, puedes hacerlo. ¡Empuja!

—¡Ya he hecho una más!

Resoplo una y otra vez mientras las pesas me cuelgan de los brazos flácidos. Me quema todo el cuerpo. Enterito. Hasta mis nalgas están ardiendo.

—Todavía no has terminado. Vamos, todavía eres capaz de una más, lo veo en tus ojos. Levanta.

—Lo que ves en mis ojos es una amenaza de muerte.

Intento subir las pesas de todos modos, básicamente porque acaba de abrirse la puerta de lo alto de la escalera y Dev ha empezado a bajar por ella. Tengo miedo de que, si ve debilidad en mí, me machaque el doble cuando se recupere, algo que, según los rumores, sucederá mañana. Decididamente, camina con mucho brío.

—¡Vamos, levanta! —me grita Ozzie a la cara.

—¡Apártate de mí! —replico con un gruñido mientras intento subir los brazos. Le daría una patada si pudiera, pero necesito centrar toda mi energía en los bíceps. Mi cuerpo se dobla lentamente hacia atrás tratando de compensar la falta de fuerza en los brazos.

—¡Mala técnica! ¡Los brazos rectos!

Más gotas de sudor me resbalan por la cara cuando deo de doblarme hacia

atrás e intento utilizar solo los brazos para levantar los nueve kilos por encima del ombligo.

—No puedo... No puedo...

Coloca un dedo debajo de cada pesa.

—Venga, que te ayudo.

Me dan ganas de chillar ante su ridículo ofrecimiento de ayuda, pero no puedo, no me quedan fuerzas para nada. Me aterroriza la idea de que se me escape un pedo, así que aprieto las nalgas con todas mis fuerzas, pero eso deja muy poca fuerza para levantar estas pesas de nueve kilos hasta la altura de los hombros por décima vez.

—¡Aargh!

—¡Ya está! —grita—. ¡Ya lo tienes!

Dev se para al llegar junto a Ozzie y asiente.

—Ya lo tienes. Lo tienes.

Mis músculos gritan de dolor, suplicándome que pare, pero los obligo a seguir trabajando de todos modos, porque si no lo hago, la vergüenza será terrible. Sé que los miembros de BSB lo dan absolutamente todo cuando están entrenando, y yo no puedo consentir seguir siendo la Pastorcilla para siempre. Me tiemblan los brazos por el esfuerzo. Por favor, que no se me escape un pedo, por favor...

Las pesas obedecen mis órdenes por fin y alcanzan el vértice del triángulo superior. Ozzie me las quita de las manos como si estuvieran hechas de plumas y me libera de la cárcel que ha sido su sesión de ejercicio. Es como si mis brazos fueran a salir flotando al espacio exterior, del inmenso alivio de desprenderse de todo ese peso, pero luego, cuando los dejo caer a los costados, es como si llevase pesas de veinte kilos en las muñecas.

—Está muy bien para ser tu primer día —señala, colocando las pesas en un soporte con otras de distintos tamaños.

Por suerte, ya puedo aflojar los glúteos, ahora que la amenaza de pedo accidental ha pasado. Me agacho y apoyo las manos en las rodillas. El sudor sigue la ley de la gravedad y me resbala por la cara y se me mete en los ojos. Ay, eso duele... Me levanto e intento pestañear. Seguro que parece que estoy llorando, pero el cansancio me impide secarme el sudor con las manos.

—¿Un entrenamiento duro? —pregunta Dev. Es como si estuviera a punto de escapársele la risa.

—Muy duro —digo, encogiéndome de hombros, y entonces soy consciente del esfuerzo que conlleva mover unos hombros a los que ya no les quedan fuerzas.

Dirijo la vista hacia mi coche, preguntándome si voy a poder conducirlo. La palanca del cambio de marchas va a ser un problema, lo sé. Tal vez pueda llamar

a un taxi sin que nadie se dé cuenta. Ojalá no hubiese comprado un coche de un color tan llamativo. Es imposible que no se den cuenta de que lo he dejado toda la noche aparcado en un rincón de la nave.

Ozzie me da una palmadita en el hombro.

—Te dejaremos un día de descanso y empezaremos otra vez el miércoles.

Me limpio el sudor de la sien con un dedo tembloroso.

—No hace falta esperar. Puedo volver a entrenar mañana.

Esta actitud arrogante nace de las entrañas de mi ser más primitivo. Estoy segura de que ahora mismo hay litros de adrenalina bombeando por mis venas, adrenalina liberada por la sensación de que iba a morir de tanto levantar pesas hace unos minutos.

—Ya veremos cómo te encuentras mañana.

Dev me da unas palmaditas en la espalda y aparta la mano con cara de asco al ver lo mojada que la tengo.

Ozzie vuelve a asumir su actitud profesional de siempre.

—Mañana necesito que acompañes a Toni y Thibault en la furgoneta y veas qué puedes hacer para instalar tu equipo ahí.

—¿Operación Barba Asquerosa? —pregunto.

La risa de Dev se corta inmediatamente cuando Ozzie lo fulmina con la mirada.

—Harley —dice Ozzie—. Es Operación Harley, no Barba Asquerosa.

Mascullo entre dientes mientras recojo mi toalla sudada:

—Pues habría sido un nombre apropiado.

—Ay, Dios... —Dev sonríe, frotándose las manos—. Me muero de ganas de que llegue nuestro próximo entrenamiento.

Su alegría es contagiosa.

—¿Ah, sí? —Me limpio la cara y el cuello con la toalla, intentando no estremecerme de asco por lo sucia que está. Huele a metal—. ¿Y eso?

—Porque eres muy chulita. Creo que me voy a divertir destrozándote.

Suelto un resoplido burlón.

—Bueno, eso habrá que verlo.

Me hago la dura, pero en realidad estoy al borde de las lágrimas. ¿Por qué me presento como un reto al entrenador personal del equipo? Nunca me he considerado una masoquista, pero empiezo a preguntarme si de verdad me conozco a mí misma. O este sitio ha revelado mi auténtico yo o me ha convertido en otra persona. En un solo día. Qué cojones...

Mi teléfono emite un pitido y lo levanto para ver quién es. Jenny. Me ha enviado un mensaje de texto que no puedo ignorar.

Hermana: Llámame enseguida, porfa. Sammy enfermo y yo jodida.

Tratándose de ella, «jodida» podría querer decir cualquier cosa: conociendo a mi hermana, podría significar que se ha quedado sin niñera o que se ha quedado encerrada en el baño.

—¿He acabado ya o necesitáis que haga algo más? —le pregunto a Ozzie.

—No, puedes irte. Pero vuelve mañana a las siete si puedes. Necesitas tiempo para revisar el equipo antes de que os vayáis.

Asiento con la esperanza de que, si llego temprano, también pueda irme temprano. Aunque no protestaré si no es así. Este sitio no se parece a ninguno de mis anteriores trabajos. Es demasiado... diferente. Para nada formal. En cierto modo, es como si estuviera en familia, aunque sea una familia un poco loca. Una familia a la que le gusta hacer ejercicio y practicar la lucha cuerpo a cuerpo. Sí, es gente un poco chalada. Y acabo de descubrir que me gusta la gente así.

—¿Puedo hablar contigo un momento? —me pide Dev cuando nos encaminamos a las escaleras.

—Claro, ¿qué pasa?

Se detiene y espera a que Ozzie se adelante unos metros. Luego me mira de frente y baja el volumen de la voz.

—Oye, me consta que lo has dado todo en el entrenamiento de hoy, así que, si no estás en condiciones de entrenar hasta al cabo de unos días, solo tienes que decirlo. No vas a perder la credibilidad ante nosotros. Vemos lo mucho que te estás esforzando.

Arrugo el entrecejo, preguntándome si no será una trampa.

—De acuerdo.

—Mañana vas a tener agujetas. Asegúrate de hacer unos cuantos estiramientos ahora y luego unos pocos más por la noche, y también mañana por la mañana. ¿Por casualidad practicas yoga?

Niego con la cabeza.

—Eso es la especialidad de mi hermana, no la mía.

—Deberías empezar. Te ayudaría a tener más flexibilidad. A lo mejor puedo enseñarte alguna de las posturas.

—Está bien, me lo apunto. Estiramientos y yoga.

Dev se para junto a la mesa de madera y ordena algunas de las armas que hay encima. Ahora mismo, ni siquiera me preocupa si decide utilizar alguna conmigo, porque si lo hace, me estiraré en el suelo y me echaré una buena siesta. El mero hecho de seguir de pie está agotando la poca energía que me queda.

Nunca he sido muy amiga de ir al gimnasio, así que tener a alguien que me obligue a hacer ejercicio seguramente es algo positivo. Supongo que no me iría mal tener un poco más de flexibilidad; pronto cumpliré los treinta y mi hermana me ha dicho cientos de veces que a los treinta fue cuando su cuerpo empezó a desmoronarse.

Al pensar en ella me acuerdo de su mensaje y le escribo una respuesta rápidamente.

Yo: Voy de camino.

—¿Nos vemos mañana? —me pregunta Dev, levantando la mano.

Le choco los cinco con movimiento decidido y firme. Esta vez no me da dos golpecitos por no acertar a la primera.

—Sí. Hasta mañana.

—Bienvenida al equipo —dice, dirigiéndose a las escaleras; se agarra a la barandilla y sube de golpe los tres primeros peldaños.

—Gracias. Me alegro de estar aquí.

Entra por la puerta y, en ese momento, sale Ozzie. Me dirijo a mi coche muy despacio por si quiere despedirse. Me siento y finjo tener que organizar la guantera, cuando oigo su voz junto a mi ventanilla.

Se inclina un poco y sonrío.

—¿Has tenido un buen primer día?

Sonrío, nerviosa de improviso. Ha desaparecido el ogro militar y en su lugar aparece el encantador Ozzie, a escasos centímetros de mi sudoroso cuerpo. El hombre que me salvó la vida y me ofreció un trabajo bastante guay. Me invade una cálida sensación al recordar los acontecimientos que me han llevado hasta aquí. Tal vez el hecho de que me dispararan no haya sido lo peor que me ha pasado en la vida.

—No irás a dejarlo, ¿no? —me pregunta.

—¿Estás de broma? ¿Justo cuando la cosa se pone interesante? —No era mi intención que mis palabras tuviesen un doble sentido, pero el leve arqueado de su ceja derecha hace que me dé cuenta de que así ha sido.

—¿Tienes algún plan esta noche? —pregunta con tono despreocupado.

—Me parece que sí.

Miro el teléfono con fastidio, lamentando que mi hermana tenga problemas. Tal vez Ozzie quería invitarme a salir.

—Me alegro. Conduce con cuidado. —Da un par de golpecitos al coche y se aparta.

Lo observo alejarse y me pregunto si no debería explicarle cuál es ese plan. ¿Demasiado desesperada? ¡Ozzie, no te preocupes! ¡Mi plan no incluye ningún hombre! Ay, Dios... Sí, totalmente desesperada. Tal vez sea mejor dejar que piense lo que quiera. Más vale hacerse la difícil, ¿no? ¿Y desde cuándo importa eso? ¡Es mi jefe! ¡No voy a acostarme con él, maldita sea!

Introduzco la llave de contacto con más fuerza de la que pretendía y me rompo una uña. Me succiono el dedo un par de segundos antes de meter la primera. Odio ser una esclava de mi libido.

Ozzie me observa como un halcón mientras doy la vuelta dentro del enorme espacio y me dirijo con el morro del coche hacia la puerta abierta.

—Hasta mañana —digo al pasar, con toda la naturalidad del mundo.

—Hasta mañana. —Camina junto a mi coche mientras avanzo y me devuelve la Taser—. Esta noche aparca dentro del garaje.

Meto la Taser en el bolso mientras me despido con la mano y cruzo la puerta. El coche empieza a dar sacudidas cuando no consigo pisar el embrague a tiempo. Reacciono rápidamente pisando a fondo y agarro la palanca de cambios para intentar pasar a segunda. Todo se soluciona al cabo de un par de segundos, pero no sin antes haber hecho el ridículo delante de la única persona que quiero que piense que lo hago todo bien. Típico. No sé ni por qué lo intento.

Dejo escapar un largo suspiro mientras cambio otra vez de marcha al pasar por la puerta del garaje. Adiós, Bourbon Street Boys y hola, noche de Nueva Orleans.

Capítulo 26

Oigo los gritos antes incluso de entrar en la casa, lo que hace que me pregunte si no debería haber ido directa allí en lugar de pasar a recoger a Felix. Arrugo la frente cuando la puerta de mi hermana se abre sin que tenga que utilizar la llave extra que llevo en el bolso. Debería ser más cuidadosa con la seguridad. Tomo nota mentalmente de revisar cuántos accesos tiene; tal vez pueda permitirme la instalación de un sistema de seguridad para ella uno de estos días. Tal vez BSB tiene alguna especie de descuento familiar.

Felix sale disparado hacia la parte posterior de la casa mientras la voz de mi hermana me perfora los tímpanos, con cierto deje trastornado en la entonación de sus frases.

—¡Vuelve a sentarte en ese váter y no vuelvas a levantar el culo hasta que hayas hecho caca de una vez! ¡Lo digo en serio! ¡Tengo que hacer la cena y acabar un trabajo!

Se oye un gemido de protesta. No sé si es una de las niñas o Sammy, pero apuesto a que ha sido él: no sé cómo, pero ser el benjamín y el único chico de la casa le da licencia para pasarse todo el santo día gimiendo y protestando. Básicamente yo he aprendido a hacer oídos sordos, pero a mi hermana le salen canas nuevas cada vez que lo oye.

Me asomo al interior del cuarto de baño y compruebo que, efectivamente, es Sammy el que está ahí sentado en el adaptador para el retrete mientras las dos niñas se bañan juntas en la bañera. Hay montañas de espuma y burbujas multicolores rodeadas de juguetes flotantes.

Jenny tiene las manos metidas en los bolsillos traseros y el pelo hecho un desastre. Lleva mal abrochados todos los botones de la blusa, por lo que una mitad delantera le cuelga por debajo de la otra. Lleva manchurroneos en ambas piernas y solo un calcetín. El otro pie luce una laca de uñas que estoy segura de que se pintó hace al menos seis meses.

—Has tardado lo tuyo —dice, apartándose el flequillo de los ojos para lanzarme una mirada asesina.

Lo peor que se puede hacer en esta clase de situaciones es responder a su actitud hostil con otra actitud también hostil. Lo sé por experiencias previas, así que le respondo con calma y con palabras sencillas.

—Estaba trabajando. ¿Qué pasa?

—¿Trabajando? ¿Trabajando en qué? Te llamé al estudio y no me has respondido al teléfono.

—Mi nuevo trabajo.

Me acerco por detrás de ella y me agacho a jugar con las niñas. Hundo la cabeza entre los hombros a la espera de que empiecen los gritos.

Sophie y Melody me miran con los ojos como platos. Ellas también los esperan.

—¿Tu nuevo trabajo? ¿Qué nuevo trabajo? ¿Qué narices pasa, May? ¿Es que ahora tienes una doble vida y me ocultas información?

Y ahora ya sabemos por qué he esperado para decírselo. Vuelvo la cabeza y la miro, antes de dirigirme a ella con mi voz de psicóloga conciliadora.

—Has tenido un mal día, Jenny. Sírvete una copa de vino y ve a sentarte al sofá. Yo bañaré a las niñas, convenceré a Sammy de que se entregue a la causa del váter y luego, mientras se comen la cena que voy a prepararles, me sentaré contigo en el sofá. Considera esta tu noche libre.

Me mira con furia durante medio segundo antes de ablandar el gesto.

—Está bien —dice débilmente y sale del baño antes de que alguien la vea llorar.

Odio verla arrastrar los pies, que apenas levanta del suelo. Ya está que se cae, y eso que ni siquiera ha tomado una gota de alcohol. Quiero a mis sobrinos más que a nada en el mundo, pero son el método anticonceptivo más eficaz del mundo. Deberían obligar a todas las quinceañeras de los institutos a hacer de niñeras antes de salir por primera vez con chicos.

—¿Qué le pasa a mamá? —pregunta Melody, la mediana, cuando su madre desaparece. A veces la llamamos Melody «la de en medio». A sus seis años, aún es lo bastante pequeña para no enfadarse.

—¡Chsss! —Sophie, con casi diez años, interviene antes de darme tiempo a responder—. Está estresada. Pórtate bien hasta que se encuentre mejor. Luego ya puedes volver a portarte mal.

Melody salpica de agua a su hermana.

—¡Yo no me porto mal!

—¡Eh! —Les hago una señal para que paren, pero no logro mantenerla más de dos segundos por culpa de los músculos de mis brazos, que parecen de mantequilla—. Tranquilizaos las dos. ¿No veis que el pobre Sammy está sufriendo?

Las tres lo miramos a él, con su cara de tristeza.

—¿Estreñado otra vez? —pregunto.

Asiente.

—*Eztenido* otra vez. Me duele la barriga y el culete.

—No hagas fuerza. Relájate y ya está.

—Sí, relájate —dice Melody, riéndose.

—Eh, tú, cuidado. —La amenazo con el dedo—. No te rías de tu hermano. Ir estreñado es un rollo.

—Sí, ir *eztenido* es un bollo.

Sammy coge un cepillo de dientes del mueble del lavabo y se lo tira a su hermana.

Me levanto lo más deprisa posible para intentar distraer a Melody para que no tome represalias.

—¡Muy bien, enanos, escuchad!

Los tres niños ladean la cabeza para mirarme. El silencio en el baño es lo bastante duradero para que todos oigamos el sonido del tapón de una botella al descorcharse en la cocina.

Con los brazos doloridos, hago un gesto que abarca mi cuerpo.

—¡La tía May está aquí! —Bajo los brazos para poder contar con los dedos. Es mucho más fácil para mis músculos—. Y eso significa que nada de tirar cosas, nada de escupitajos, nada de palabrotas, nada de pedos, nada de insultos, nada de vómitos y nada de protestar por la cena, ¿entendido?

Los miro uno por uno y vuelvo a sentarme, porque los músculos de mis piernas no están muy contentos ahora mismo.

Ellos intercambian unas miradas elocuentes.

Se oye un chirrido procedente de la taza del váter y Sammy intenta contener la risa cuando le lanzo una mirada llena de furia.

—Huy. Me tirado un *peo*. Lo *ziento*...

Todos se ríen.

Melody señala a su hermano.

—¡No te ha hecho caso con lo del pedo!

Se aprieta los codos contra las costillas, hace fuerza y consigue que tres burbujas suban hasta la superficie del agua.

Sophie la mira horrorizada.

—¡Tú también te acabas de tirar un pedo! ¡Puaj! ¡Dentro de la bañera!

Se levanta de un salto e intenta salir de la bañera, pero tiene demasiada espuma en el cuerpo para conseguirlo. Vuelve a meterse de golpe en el agua con un remolino de brazos, piernas, codos y rodillas, y el agua jabonosa sale despedida por todas partes.

Para cuando vuelvo a ver algo otra vez, los tres niños están riéndose como locos.

—¡Tía May, tienes espuma en la cabeza! —grita Melody.

—¡Ay! ¡Ahora tengo un morado en la rodilla...! —protesta Sophie.

—¡Eh! ¡¿A que no *zabéiz* qué?! —chilla Sammy.

Todos lo miramos a la espera de oír la gran noticia.

—¡He hecho caca!

Capítulo 27

Los niños se están comiendo la cena en la mesa de la cocina y Felix está debajo, esperando a que le caiga algo. Están todos muy calladitos porque quieren helado de postre, y yo aprovecho para servirme una copa de vino de la botella que mi hermana ya casi se ha terminado.

Cuando me desplomo en el sillón que hay junto al sofá, me mira por encima del borde de su copa.

Le devuelvo la mirada mientras tomo un sorbo.

—¿Y bien? ¿Piensas contarme lo de ese trabajo nuevo o qué?

Me dispongo a flexionar las piernas y sentarme encima de ellas, pero cuando lo intento me duele demasiado, así que las bajo al suelo.

—No es nada importante, de verdad. Solo tengo que sacar fotos de unas personas.

—¿Y por qué me da la impresión de que se trata de mucho más que de sacar unas simples fotos? ¿Tiene algo que ver con pornografía? —Mira por encima del hombro hacia la cocina y baja la voz—. Ya sabes que no puedes trabajar en la industria del porno. ¡Te ficharán para que actúes en las películas!

Me río a carcajadas. Es maravilloso estar ahí sentada en el salón con ella. Adoro a mi hermana y su cabeza loca.

—Estás chalada, pero puedes estar tranquila, porque no tiene nada que ver con la industria del porno. Es una empresa de seguridad.

Suena mucho más seguro así explicado. Ningún riesgo. Es mejor que se lo presente así a mi hermana. De lo contrario, se pondrá en plan gallina clueca conmigo y me hará dudar.

Pestañea varias veces mientras le da vueltas en la cabeza.

—¿Te acuerdas de ese tipo que me ayudó cuando acabé sin querer en el bar Frankie's?

—¿El musculitos? —Sonríe por primera vez desde que he llegado.

—Sí, ese. Me ha ofrecido trabajo. —Intento contener la sonrisa, pero me cuesta.

—¿Así que trabaja en una empresa de seguridad y te ha ofrecido un trabajo que consiste en sacar fotos? ¿De qué?

Me encojo de hombros mientras pienso en un modo de minimizar los peligros. Jenny siempre se ha autoerigido en mi protectora personal.

—Pues no sé. De gente. De lugares. De cosas...

—Un trabajo de nombres comunes. —Me mira entrecerrando los ojos—. No juegues conmigo, hermanita. ¿Qué es lo que no me estás contando?

Jugueteo con un hilo suelto de mis nuevos *shorts* para entrenar.

—No es nada. Básicamente es que... Bueno, es un poco difícil de explicar.

Toma un largo trago de vino y por poco apura la copa.

Corro a coger la botella con la esperanza de que eso la distraiga y olvide mis patéticos intentos de quitar importancia a la parte negativa de mi trabajo.

—Eres la peor mentirosa que hay sobre la faz de la Tierra —dice, riéndose en la copa mientras se la acaba.

—Más vale eso que ser la mejor mentirosa, ¿no?

Me acerco a llenarle la copa y lleno también la mía ya de paso, antes de dejar la botella en la mesita de centro.

—Tal vez sí. Bueno, ¿y de qué va esto, entonces? Desembucha. Cuéntamelo todo. Prometo no enfadarme.

—¿«Desembucha»? Está bien. Es un trabajo de vigilancia. Saco fotos de tipos malos haciendo cosas malas.

Dirige la mirada al techo y deja escapar un largo gruñido gutural.

—¡Aaargh! —Luego me mira con furia—. May, ¡cómo has podido?!

—¿Cómo he podido qué? —Me hago la inocente—. ¿Buscarme un trabajo para pagar las facturas?

—¿Cuántas veces te he pedido que te vengas a vivir conmigo? Las dos podríamos ahorrar un montón de dinero. —Tiene los ojos llorosos.

—Ay, Jenny... —Me levanto y me siento junto a ella en el sofá, después de dejar la copa de vino en la mesa—. Sabes que no puedo hacer so. Necesito mi espacio, y vosotros necesitáis el vuestro para poder ser una familia. No quiero que los niños se enfaden conmigo porque me pongo gruñona a todas horas.

—Tú no te pones gruñona a todas horas. —Ahora está llorando—. Tú siempre estás contenta.

—Eso es porque vivo sola.

—¿Estás diciendo que vivir en mi casa o conmigo te haría desgraciada?

Es una pregunta lícita. Llevo más o menos un año diciendo eso mismo.

—No, lo que digo es que soy una mujer joven y soltera a la que le gusta ir desnuda por su casa a veces y darse largos baños relajantes con una copa de vino de vez en cuando.

Jenny lanza un suspiro y apoya la cabeza en la mía.

—Eso suena muy bien, ahora que lo dices.

—Cada vez que necesites algo así, llámame. O envíame un mensaje, como has hecho hoy, y acudiré corriendo. Estoy a tu lado para lo que necesites, ya lo sabes.

—Lo sé. —Me da una palmadita en la pierna y sigue bebiendo vino—. Solo estoy autocompadeciéndome, no me hagas caso.

—¿Qué ha pasado? ¿Ha sido Miles?

Su ex. El imbécil arrogante que se niega a estar a la altura y ser un verdadero padre para estos niños.

—Pues claro que ha sido Miles, ¿quién si no? Me han devuelto el cheque de la manutención, otra vez, así que ahora no me van a aceptar otros pagos que hice en otros sitios.

Me muerdo el labio, consciente de que me adentro en terreno peligroso. Si me fuera a vivir con ella se acabarían muchos de sus problemas, pero también me preocupa que, si lo hiciera, Miles dejara de hacer lo poco que hace. Me vería como una especie de sustituto de padre para los niños y se marcharía para siempre. Se acabarían los problemas de los cheques devueltos, sí, pero entraríamos en trescientos sesenta y cinco días de cuidado continuo y exclusivo por parte de mi hermana y esta dejaría de tener las dos semanas de vacaciones de las que disfruta cuando él se los lleva parte del verano y el fin de semana al mes que consigue encajar en su agenda.

No. No puedo irme a vivir con Jenny. Por muchos problemas que eso pudiese resolver, estoy segura de que crearía otros peores. Lo último que deseo es que haya desavenencias entre nosotras. Los quiero demasiado a ella y a sus hijos para eso.

—Me pagan muy bien en el nuevo trabajo. A lo mejor puedo ayudarte con algunas facturas.

—Eso no es justo para ti. —Se sorbe la nariz y me sonrío—. ¿Cómo ibas a permitirte si no todos esos baños de espuma?

Le doy un golpecito con el codo.

—Puedo fabricar mi propia espuma. Haré correr el agua del grifo de la bañera sobre una pastilla de jabón.

Suelta un resoplido burlón.

—Sí, claro. —Se aparta un poco de mí para mirarme—. Bueno, hálbame de ese tipo.

—¿Qué tipo? —Hago como si de verdad no tuviera ni idea de qué me está hablando, pero, por su expresión, veo que no se lo ha tragado.

—Ya. Vamos, sabes perfectamente a quién me refiero. Alto, moreno y fuerte

como un tanque.

—¿Quién, Ozzie?

—No me obligues a retorcerte el cuello. Estoy lo bastante furiosa con Miles como para desquitarme con una espectadora inocente.

—Está bien. Ozzie es el hombre que me salvó la vida, básicamente. —Vuelvo a tirarme del hilo de los *shorts*—. Y, como recordarás, cuidó de Felix aquel día y luego me lo devolvió, lo cual fue todo un detalle. —Tomo un sorbo de vino mientras recuerdo aquel beso—. El caso es que no hay nada entre nosotros. Es mi nuevo jefe, eso es todo.

—Ajá... —Jenny bebe más vino—. Y el hecho de que te hayas puesto roja como un tomate y de que te estés destrozando esos *shorts* significa... ¿qué? ¿Que acabas de pillar la gripe? ¿Que tienes fiebre?

Cierro los ojos y recuesto la cabeza hacia atrás en el sofá.

—Nos besamos, ¿vale? Nos besamos.

Me da un golpe en el hombro.

—¿Cuándo?! —De pronto parece muy contenta.

—El sábado por la noche. En mi casa. Cuando trajo la cena.

—¡Dios! Todo eso pasó el sábado por la noche... ¡¿y no me has dicho nada hasta ahora?! Ahora ya entiendo por qué no te quieres venir a vivir aquí.

—Cállate. —La miro sin levantar la cabeza del sofá—. No puede pasar nada más. Ahora trabajamos juntos. Es mi jefe. Me pidió disculpas.

—Ay.

—Sí. Ay. O sea que no es nada, ¿de acuerdo? Así que... déjalo.

—¿Te resulta difícil trabajar con él?

Suspiro y pienso en lo ocurrido en el día.

—No, la verdad es que no. Claro que estoy pendiente de él todo el día, pero me parece que no se da cuenta.

—Sí, claro —dice con su tono burlón—, porque se te da tan bien disimular...

No me queda más remedio que sonreír. Me conoce demasiado bien.

—Intento llevarlo como puedo, ¿vale? Y hoy ha sido mucho más fácil cuando le ha tocado supervisar mi estúpida sesión de ejercicio.

—¿Ejercicio? ¿Es una palabra en clave o algo?

—No. Es como en el gimnasio: ejercicio físico. He pasado una hora levantando pesas con todos los músculos del cuerpo.

Alarga el brazo y me toca el bíceps.

—¡Ay! —Me estremezco de dolor y me doy cuenta de que no me puedo mover. Cuanto más tiempo esté sentada en su sofá, más rígido tendré el cuerpo.

—Necesitas hacer estiramientos.

—Eso es lo que ha dicho Dev.

—¿Dev?

—Un compañero de trabajo. El entrenador.

—Creía que habías dicho que te ha entrenado Ozzie.

—Y así es, pero la próxima vez se encargará Dev.

—Así que tu nuevo trabajo consiste en sudar rodeada de hombres. ¿Dev es tan sexi como Ozzie?

Me río.

—Eres una pervertida. No es nada de eso.

—Déjame soñar. ¿Es tan sexi?

—Si te gustan los hombres que miden casi dos metros y están completamente calvos, entonces sí. No está mal.

—Lo dices de broma.

—No, créeme. Hablo en serio.

—Mmm... —Acaricia el borde de su copa—. A lo mejor llego a conocerlo algún día.

—A lo mejor. —Me incorporo y lanzo un gemido cuando mis músculos protestan.

—¿Estás bien? —pregunta Jenny, apoyando la mano en mi espalda.

—Tengo agujetas. —Respiro con dificultad por el dolor.

—Será mejor que te vayas a casa y te des uno de esos baños de espuma de los que hablabas.

Giro un poco el cuerpo para mirarla.

—¿Vas a estar bien? —Miro a la cocina, donde oigo los cuchicheos de los niños. Seguro que están tramando alguna ocupación o un golpe de estado.

—Sí, estaremos bien. El vino ha sido de gran ayuda.

—Les prometí un helado.

—Sí, ya lo he oído. No te preocupes, yo me encargo.

Se pone de pie y me tiende una mano para ayudarme. La cojo y me levanto con dificultad.

—Gracias por venir y salvarme de la locura.

La abrazo y le doy un beso en la mejilla.

—Cuando quieras. Estoy aquí para lo que necesites.

—Lo mismo digo, ya lo sabes. —Me da una palmada en la espalda—. Si alguna vez me necesitas, yo también estoy aquí para lo que sea.

—Lo sé.

Me aparto y rodeo los muebles con cuidado. Si doy un solo paso en falso, podría tropezarme, y si acabo en el suelo, seguramente tendría que quedarme aquí toda la noche. Tengo la energía justa para volver a mi casa y poco más.

—Llámame mañana después del trabajo para contarme todos los detalles.
Jenny me abre la puerta principal.

—Lo haré. —Levanto la barbilla y hablo más fuerte—. ¡Hasta luego, niños!

—¡Adiós, tía May! —responde el coro de vocecitas.

—¡*Gacias* por el helado! —añade Sammy.

—¡Dale las gracias a vuestra madre! —respondo antes de salir.

Cojo a Felix y lo sujeto con el brazo. Es una noche muy agradable, con el punto justo de humedad para hacer que la camiseta se me pegue al cuerpo de nuevo.

—El tiempo que tenemos en Nueva Orleans es algo único —comenta Jenny, señalando con la copa hacia el cielo como si brindara a la noche.

—No hay lugar mejor en el mundo.

Le lanzo un beso, me subo al coche e instalo a Felix en el asiento del copiloto antes de poner la marcha atrás con suavidad y dejar a mi hermana y a los locuelos de sus hijos. Estoy agotada, pero feliz. Más feliz de lo que recuerdo haber sido en mucho tiempo. Tengo un trabajo nuevo, una familia estupenda, un perro adorable y un grupo de gente que se hace llamar «equipo» y que me ha acogido con los brazos abiertos. La vida es maravillosa.

Capítulo 28

Mi vida es una mierda. Tengo el cuerpo destrozado. Es martes por la mañana y ha sonado la alarma, así que debería levantarme y meterme en la ducha, pero en vez de eso sigo en la cama, paralizada. Felix me lame la mejilla y no tengo fuerzas para detenerlo.

Lanzo un gemido cuando intento rodar sobre la cama para alcanzar el teléfono. Felix me sigue, a sabiendas de que no tengo una sola gota de fuerza, y ahora me lame la oreja.

—Jodeer..., ¡qué daaaño...!

Me duelen todos los músculos del cuerpo; creo que me los he desgarrado todos. Esto no puede ser un dolor muscular normal, es demasiado fuerte.

Lo único que no me duele es el pulgar. Cuando consigo apartar a Felix, lo uso para escribir un mensaje de texto, apoyando el teléfono en el colchón para no tener que emplear los músculos del brazo para sostenerlo.

Yo: Ozzie, me muero.

Al cabo de unos segundos, me llaman por teléfono.

—¿Sí? —contesto con un gemido, al tiempo que me acerco el teléfono a la oreja llena de lametones de perro.

—¿Qué pasa? Dímelo. —Ozzie va directo al grano. ¿Sabe que solo son las seis de la mañana?

—Me duele todo. Creo que me estoy muriendo.

Un largo resoplido me alcanza el oído antes de que vuelva a hablar.

—¿Te estás muriendo por la sesión de ejercicio de ayer o porque te han disparado?

Aparto el teléfono y me lo quedo mirando. Supongo que las seis de la mañana es la hora de decir disparates.

—No, no digas tonterías. ¿Quién iba a dispararme en mi propia casa?

—¡¿Y cómo quieres que sepa que estás en tu casa?! —Me grita como si

estuviera enfadado conmigo de verdad.

—¡Usted perdona, señor Malas Pulgas, pero pensaba que tendrías un localizador de llamadas o un cacharro así!

Ahora yo también estoy enfadada. ¿Esto qué es? Esperaba un poco de compasión y resulta que me echa una reprimenda. ¿A qué viene esto?

—¡Cacharro que no activo a menos que crea que alguien tiene problemas, May!

Pestañeo varias veces mientras asimilo ese último dato. Tiene sentido ahora que llevo despierta más de tres minutos.

—Está bien. Perdona si te he puesto nervioso por decirte que me estaba muriendo...

No dice nada durante un rato.

—¿Ozzie? ¿Sigues ahí?

—Sí, dame un minuto.

Conforme pasan los segundos, cada vez estoy más convencida de que no debería haber contestado al teléfono esta mañana. No es mi novio; es mi jefe. No quiere saber nada de mis agujetas; solo quiere que vaya al trabajo a las siete y me ponga en marcha con el encargo. ¿Por qué me empeño en asignarle el papel de novio? ¿Qué narices le pasa a mi cerebro?

—Oye, ¿quieres tomarte el día libre? ¿Tanto te duele?

Me incorporo con dificultad.

—No. —La palabra sale de mi boca como si la dijera una anciana de ochenta años—. No. —La segunda vez ya está mejor. Me siento más fuerte. La humillación me da alas—. No quiero tomarme el día libre, no digas tonterías. Solo es mi segundo día.

Felix se sube a mi regazo y juego distraídamente con sus orejas.

—Pero si tanto te duele...

—No, no me duele tanto. Estoy perfectamente. Te veo dentro de una hora. Siento haberte llamado. No volverá a pasar.

No dice nada.

—Está bien. Nos vemos luego, adiós.

—Hasta luego... —Hace una pausa—. Pastorcilla.

Pulso el botón rojo y lanzo el teléfono a la colcha.

—Pastorcilla, Pastorcilla... Te voy a dar yo a ti Pastorcilla.

Me quito a Felix de encima y bajo las piernas de la cama, sin dejar de gemir durante todo el proceso. No sabía cuántos músculos abdominales, de la espalda, los brazos y el cuello eran necesarios para completar ese pequeño movimiento. Aaay.

Una ducha de diez minutos y un masaje con una generosa cantidad de loción

para el cuerpo contribuyen en gran medida a que recupere la movilidad. Ahora hasta puedo caminar con apenas una leve cojera. Sin embargo, al bajar la escalera de mi casa, cada sucesivo peldaño hace aflorar un gemido a mis labios. Cuando llego al pie, prácticamente lo hago rodando cuesta abajo, así que me agarro a la barandilla para no caerme al suelo. Felix corre a mi lado, creo que preocupado por mi integridad física. No deja de mirarme y gemir.

—No te preocupes, Fee. Hoy no voy a morirme.

Le abro la puerta del pequeño jardín para que haga sus cosas, le lleno el bol de comida y lo dejo tranquilo.

Cuando llego al edificio, media hora más tarde, cuatro antiinflamatorios consiguen que entre cantando como si estuviera en un musical. Se me pasa un poco el buen humor cuando veo a Dev en mitad de la sala con un bastón de combate en la mano. Sobre todo cuando me mira a los ojos, esboza una sonrisa maligna y palmea el bastón.

Muy bien. ¿Quiere empezar de buena mañana? Pues muy bien. Mejor que bien. Aparco en un rincón de la nave, saco la Taser del bolso y salgo del coche. Empiezo a andar hacia él antes de cerrar la puerta del todo.

—Como se te ocurra tocarme siquiera con ese bastón, te enchufaré tanta electricidad que vas a poder iluminar la manzana entera con solo meter el dedo en un enchufe.

Me planto delante de él y lo apunto sujetando la Taser con las dos manos, porque con solo un brazo es imposible. Seguro que parezco una máquina de matar del FBI.

Todos se echan a reír, incluido Dev.

Deja el bastón en la mesa y abre los brazos.

—Calma, Pastorcilla. Ven con papá... Sabía que eras dura de pelar.

Suspiro de alivio y bajo el arma, cojeando para reunirme con mi equipo.

Capítulo 29

—Tengo que felicitarte —dice Toni, girando el volante despacio para poder aparcar en el lateral de la calle, a una manzana de nuestro objetivo de vigilancia—. Esta mañana has estado genial con Dev.

—No me ha dejado alternativa.

Me coloco el pelo por detrás de la oreja y me giro en el asiento para verla trastear en la parte de atrás de la furgoneta. Es un pequeño centro de control, con dos taburetes delante de un banco de pantallas y dos portátiles en un escritorio muy estrecho integrado en el lateral del vehículo. Fue un alivio para mí descubrir que toda la estructura está hecha a prueba de balas.

—Tenías varias alternativas. Yo había apostado a que ibas a darte media vuelta y a largarte.

Mi sonrisa se desvanece.

—Ah.

—Peero... te alegrará saber que todos los demás pensaban que aguantarías el tipo.

Está tocando unos cables debajo del escritorio y arruga la frente al detectar que algo no funciona como debería.

No quiero torturarme con su falta de fe en mí, así que cambio de tema.

—¿Qué haces ahí abajo?

—Intento... —dice, haciendo una mueca—... encontrar... el suministro eléctrico... —Tira de unos cables con fuerza y un cable sale volando y le golpea en la cabeza—. Para los equipos.

Se levanta y mira el cable con una sonrisa en la boca.

—Ya te tengo. Puedes correr, pero no puedes esconderte, cabroncete.

Enchufa los portátiles y abre el que tiene delante.

—¿Y qué hacemos hoy aquí exactamente? —Me muevo en mi asiento para que no se me agarroten las piernas, pero no hay ninguna postura en la que me sienta cómoda. Tengo el cuerpo totalmente fuera de servicio.

—Primero debemos determinar qué tipo de vigilancia necesitamos para esta

calle y luego hay que montar el dispositivo. La fecha límite para terminar es... hoy. —Mira por el parabrisas—. Deberías venirte aquí atrás conmigo y echar las cortinas —dice, señalando un lugar detrás de los asientos delanteros.

Me traslado a la parte de atrás de la furgoneta y desato la cortina que hay detrás del asiento del copiloto, que se desplaza de derecha a izquierda por un riel metálico incrustado en el techo. Una vez en su sitio, todo queda a oscuras salvo por la pantalla del portátil. Toni se agacha, presiona un botón en el panel que tiene delante y se enciende una tenue luz en el techo.

—Esto es de peli de espías total —murmuro.

—Si tú lo dices... —Está demasiado ocupada tecleando en su portátil para mirarme.

Miro atrás y me acerco el maletín de plástico con todo el equipo.

—Bueno, supongo que puedo echarle un vistazo a esto.

—Buena idea. Prueba un par de objetivos, a ver si el alcance de alguno llega hasta el interior de la casa. —Hace una pausa y alarga el brazo para tocar la cortina—. Puedes bajar esta solapa de aquí y meter el objetivo por ahí. Procura no bajarla hasta que estés lista para llenar el agujero con el objetivo.

La cortina negra tiene una mirilla para la cámara. Qué genial...

El primer objetivo que escojo cumple su cometido; bueno, como el objetivo de cualquier cámara, vaya. Cuando la acerco al agujero de la cortina, el objetivo capta el pequeño buzón de la puerta principal. En la placa descolorida con el nombre se lee «Juárez». Parece que nuestros sujetos no han limpiado los cristales desde que se construyó la casa en los sesenta, así que ver el interior va a ser un problema.

—No sé si voy a poder ver gran cosa a través de esas ventanas tan sucias —digo—. Me recuerda a *Mi primo Vinny*.

Toni me sorprende con su reacción entusiasta.

—Me encanta esa peli. Es una de mis favoritas. Vinny Gambini... —Se ríe, meneando la cabeza y lanzando un suspiro.

Procuro no emocionarme demasiado por el hecho de que compartamos los mismos gustos cinéfilos. Cada vez que empiezo a pensar que ella y yo podemos ser amigas, se pone impertinente. Como cuando ha apostado en mi contra esta mañana. Me pregunto qué tendré que hacer para ganarme su respeto; espero que no sea que me peguen un tiro.

De pronto se abre la puerta de la casa.

—¡Sale alguien!

Se me acelera el pulso y, de repente, me cuesta respirar. Estoy entusiasmada y muerta de miedo al mismo tiempo. ¿Y si nos ven? ¿Y si resulta que saben exactamente lo que estamos haciendo? ¿Una furgoneta a prueba de balas significa

que también está hecha a prueba de bombas?

—¡Saca fotos!

—Ah, claro.

Aprieto el botón del disparador. Enfoco al sujeto rápidamente y hago todo lo posible por capturarlo de perfil y también de frente. Camina en nuestra dirección para dirigirse a su coche, aparcado a escasos vehículos de donde estamos.

—¡Estoy sacando unas fotos buenísimas!

—Saca todas las que puedas, nunca están de más.

—Menos mal que existe la fotografía digital, ¿verdad?

—Sí.

Toni se mueve a mi espalda, pero no puedo parar a ver qué hace.

—Oye, si se acerca más, deberías apartarte de la cortina y cerrarla.

—¿Cómo de cerca? —Aún sigo sacando fotos.

—A menos de tres metros.

Saco unas fotos más y me aparto de la cortina. Retiro la cámara del agujero y cierro la solapa.

El interior de la furgoneta se queda completamente a oscuras. Toni debe de haber apagado la luz mientras yo estaba ocupada sacando un centenar de fotos en diez segundos.

—La próxima vez, avísame antes de hacer eso —dice Toni.

—¿Por qué?

—Porque es mejor si aquí dentro está a oscuras cuando apartas la cámara, para que no vean ningún recuadro de luz en la cortina.

—Ah. Perdón.

—No pasa nada. Ya suponía que estabas a punto de hacerlo, así que apagué la luz antes. La próxima vez, hazme la señal, ¿de acuerdo?

—¿Cuál es la señal?

—Luces.

—Ah. Eso es fácil.

—Intentamos mantener las cosas lo más simples posible, para que no se nos olviden con el estrés del momento.

—Es un buen plan.

Me imagino perfectamente olvidándome de una palabra en clave más complicada que «luces». La verdad es que siento una secreta admiración por el genio que hay detrás de las contraseñas y las señales, sea quien sea. ¿Será Ozzie? Podría ser, desde luego. Me parece una persona ingeniosa y práctica a la vez.

—¿Has sacado algunas buenas? —pregunta.

Ajusto la cámara en posición de «play» y me desplazo por las fotografías.

—Sí. Varias. —Le acerco la cámara—. ¿Conoces a este tipo?

—No, pero eso no significa nada. Las introduciremos en el programa de reconocimiento facial y veremos lo que sale.

—¿Tenéis eso? Ese programa, quiero decir...

—Sí. —Parece ponerse a la defensiva.

—Perdona, es que... me cuesta un poco creer que tengáis algo tan sofisticado en una empresa de seguridad. No es que seáis la policía ni nada así...

—Para empezar, no somos una empresa de seguridad cualquiera. Ozzie solo acepta operaciones de alto nivel. En segundo lugar, colaboramos con el Departamento de Policía. Nos dan acceso completo a toda clase de bases de datos. No podemos hacer bien nuestro trabajo sin eso.

Asiento con la cabeza mientras reflexiono sobre lo que acaba de decirme.

—Tiene sentido.

Ahora aún estoy más impresionada que antes con Ozzie. Como no vaya con cuidado, pronto empezaré a babear cada vez que lo vea asomar por la habitación.

—Esto es interesante —dice Toni, mirando su pantalla.

—¿Qué pasa?

Se inclina un poco a la derecha para que pueda ver la pantalla de su portátil. Es una fotografía aérea de un vecindario en la que aparecen casas, caminos de entrada e incluso coches.

—¿Qué pasa?

—Estamos justo aquí —dice, señalando un punto en el mapa.

—No veo nuestra furgoneta.

—Esta foto se sacó hace algún tiempo. No son imágenes en directo. Bueno, ¿ves eso de ahí? —Señala una casa detrás de la que hemos estado vigilando.

—Sí.

—¿Te pareció deshabitada ayer cuando pasamos por delante con el coche?

—No lo sé. No me acuerdo.

—Se supone que tienes que acordarte de estas cosas.

Cierra el portátil y empieza a pasar por encima de mí.

—Creo que no entiendo... —Me parece que he vuelto a suspender otra prueba con ella.

Toni se asoma por la esquina de la cortina unos segundos antes de recorrerla y ocupar el asiento del conductor.

—Vamos a echar un vistazo.

—¿Puedo ponerme ahí delante contigo?

—Si quieres.

Enciende el motor y sale del aparcamiento.

Me pongo delante con ella y me abrocho el cinturón.

—¿Qué querías decir con eso de que se supone que tengo que acordarme de esa otra casa?

—Tu trabajo cuando estamos de vigilancia consiste en fijarte en los detalles y archivarlos en tu cerebro para usarlos en el futuro.

—Ah. ¿Y qué detalles tengo que archivar y cuáles puedo desechar?

—No deseches nada.

No contesto con la respuesta obvia a eso, que es: «Ah, pues tendré que echar mano de mi memoria fotográfica».

—Si no se te da bien fijarte en los detalles, será mejor que saques muchas fotos —añade.

Busco en la parte de atrás y saco una cámara más pequeña con un objetivo más manejable del maletín que contiene todo el equipo que se supone que debo utilizar.

—Está bien. Puedo sacar fotos.

No pasa nada. Eso no va a ser nada sospechoso, qué va. Una mujer subida a una furgoneta sacando fotos a diestro y siniestro de todo lo que pilla.

—Al final acabarás aprendiendo qué cosas son importantes y cuáles no. — Dobla la calle que recorre la parte de atrás de la casa que tenemos como objetivo —. Por ejemplo, fotos de esta calle desde este ángulo, de las casas contiguas a la casa que es nuestro objetivo, cosas extrañas que parecen fuera de lugar...

—¿Como por ejemplo?

—Como una mujer sentada en el porche de su casa. Eso no se ve muy a menudo por aquí, pero cuando se ve, significa que o se trata de una abuelita de la vieja escuela que quiere echar un ojo a lo que hacen sus vecinos o tienes a alguien a sueldo de un traficante para que vigile por si viene la poli.

—¿Las abuelas hacen eso?

—Las abuelas también tienen que comer. —Toni reduce la velocidad al acercarse a la casa que señaló en la foto por satélite—. Eso me había parecido — dice, sonriendo.

Saco algunas fotos, aunque no sé muy bien por qué.

—¿Qué pasa? —pregunto, acercándome a la ventanilla para ver mejor la casa al pasar.

—Está vacía, estoy segura. Y parte de la valla conecta con la de nuestro objetivo. Podríamos poner vigilancia en la parte de atrás del objetivo si pudiéramos acceder a ese jardín trasero.

—¿Y vale la pena el riesgo?

—Juraría que sí. Vamos. Tenemos que comprobarlo.

Ahora entiendo la utilidad de nuestros monos azules descoloridos.

—¿Quieres decir que tenemos que salir de la furgoneta?

—Sí. Recógete el pelo y ponte la gorra. Las gafas de sol son opcionales.

Estoy demasiado conmocionada para protestar. Me llevo las manos al pelo y sigo sus instrucciones, con ayuda de la goma elástica que llevo en la muñeca. Tengo miedo, pero puedo hacerlo. No quiero sentir el rechazo de Toni por mi cobardía, aunque sé que el temor es lo que impide que tenga problemas con la gente equivocada.

Ego. A veces es algo terrible.

Me pongo la gorra de béisbol mientras Toni se baja de la furgoneta. Tengo que contar hasta diez hasta que consigo que mis dedos agarren el tirador de la puerta y la abran. Mis músculos protestan de dolor cuando bajo al suelo desde el elevado asiento del copiloto.

—Tráete la cámara, pero mantenla escondida.

Me llevo el equipo conmigo, pero lo guardo en los espaciosos bolsillos de mi mono, que cierro con las tiras de velcro.

—Ten, llévate esto también. —Toni me da una caja de herramientas.

—¿Qué hay dentro?

—Nada de lo que tengas que preocuparte. Compórtate con normalidad, como si tuvieras que estar aquí, y todo irá bien.

Ya estoy sudando. Todavía no hace mucho calor, pero ¿acaso importa eso? No. Porque este mono, convertido en una sauna diseñada para que mi cuerpo se ase en ella, no da calor por culpa de la temperatura exterior: tengo calor porque me está entrando el pánico. ¡Yo no estoy hecha a prueba de balas!

—Iremos por la parte de atrás. Somos operarios de la compañía de la luz.

—Ah. Vale. Somos operarios de la compañía de la luz.

No hay nada sospechoso en dos operarios de la compañía de la luz del sexo femenino. Ja.

Sigo a Toni por el lateral de la casa y advierto que aquí las ventanas están rotas o al menos resquebrajadas. Huele mucho a moho. Me pregunto si será una de esas casas que nunca llegó a repararse después del huracán Katrina. He oído que aún quedan algunas por reconstruir.

Toni pasa junto al contador de la luz y yo la sigo de cerca. La caja que llevo me golpea la pierna y oigo que algo pesado y metálico resuena en su interior.

—No hacer ruido es una muy buena idea ahora mismo —dice Toni en voz baja.

Se me acelera el corazón. Intento caminar de puntillas sobre la hierba, pero es inútil.

Toni se detiene en la esquina izquierda del jardín trasero de la casa. Cuando llego a su lado me doy cuenta de que también estamos en la valla trasera de la casa que es nuestro objetivo. Me parece que me voy a mear encima.

Capítulo 30

Toni se agacha y abre la caja de herramientas que llevaba bajo el brazo. Dentro hay un taladro y varias brocas, además de otras herramientas.

—Abre la tuya —dice, sacando el taladro. Desenrosca el extremo e introduce una broca, volviendo a enroscarla cuando la tiene donde quería.

Abro el cierre de mi caja de herramientas y se me encoge el corazón cuando veo que dentro hay una pistola.

—Ay, Dios mío... —susurro.

Toni alarga la mano y saca el arma para, acto seguido, depositarla en la hierba a sus pies. A continuación, saca una cajita negra de la caja de herramientas.

—¿Qué es eso? —le pregunto en un susurro.

—Mira y aprende, Pastorcilla.

Perfora con el taladro un agujero al pie de la valla que separa las dos propiedades. Aunque el taladro es muy silencioso —porque lleva una especie de silenciador superprofesional, como los de las películas— y ella agujerea la valla tan despacio que la madera apenas si emite algún ruido, el sudor me cae a chorros por la cara. Intento decidir si debería recoger el arma del suelo y tenerla lista para Toni por si la necesita, porque lo que es yo, no pienso utilizar ese cacharro, ni hablar.

La caja negra queda adherida a la valla de madera mediante cuatro tornillos diminutos. Toni los enrosca manualmente. Aprieta un botón en la caja y aparece una lucecita verde.

—Búscame algo de cobertura.

Pestañeo varias veces seguidas, sin saber de qué demonios está hablando.

—Algo de hierba o de basura o algo, para tapar esta cosa.

Se me enciende la bombilla y rápidamente empiezo a recoger restos de basura y malas hierbas. Toni las reúne y las añade al montón que ha acumulado ella para cubrir la cámara, hasta que ni el aparato ni la luz verde son visibles.

—Muy bien. —Toni se levanta y sonrío—. ¿Estás lista para que nos

vayamos de aquí?

—Sí.

Estoy muy orgullosa de mí misma por no haber perdido los nervios. En realidad, me muero de ganas de salir corriendo hacia la furgoneta, pero sigo los pasos despreocupados de Toni y me estremezco al notar el reguero de sudor que me recorre la espalda.

Cuando estamos dentro de la furgoneta de nuevo, Toni se va a la parte de atrás y enciende el portátil. Teclea un momento y luego dirige la pantalla hacia mí.

—Veo, veo. —Está sonriendo.

La cámara del interior de la caja negra dispone de un objetivo de ojo de pez, por lo que abarca casi la totalidad de la parte de atrás de la casa y el jardín. Lo único que no vemos es el jardín de la parte norte y el rincón del fondo, paralelo a la cámara.

—No está mal. —Asiento con admiración—. ¿Qué autonomía tiene la batería de la cámara?

—Cuarenta y ocho horas, más o menos.

—Caramba. Es impresionante.

—Batería de iones de litio. Y sumergible. Me encantan los cachivaches.

Cierra el portátil y se levanta para ir a la parte delantera del vehículo. Giro el cuerpo hacia delante para que no tenga que pasar por encima de mis piernas.

—¿Y ahora qué? —pregunto.

—La última parte, y es mi favorita, por cierto.

—Casi me da miedo preguntar.

Se ríe.

—Te va a encantar, te lo prometo.

Sale del camino de entrada de la casa abandonada y vuelve a la otra calle donde estábamos antes. Se detiene en la esquina y aparca en el arcén, detrás de otro coche.

Cuando termina de aparcar, con el motor ya apagado, se traslada a la parte de atrás. Se va al fondo de todo, de manera que no veo lo que hace.

Su voz llega como amortiguada.

—Sal a jugar, Polly. Polly, ¿quieres una galleta?

—Por favor, no me digas que tienes un loro ahí detrás. —Estiro el cuerpo para ver mejor.

—Ah, pues sí tengo un loro. —Se ríe con la risa de un científico loco.

Se traslada a la parte delantera de la furgoneta con algo negro en la mano.

—Te presento a Polly.

—¿Qué es eso?

Parece una pequeña equis negra con palas de helicóptero en cuatro sitios.

—Es mi dron, de la marca Parrot, como «loro» en inglés —aclara, soltando una carcajada—. Y hoy va a ir a sentarse sobre un poste y espiar para nosotras.

Alargo la mano para tocarlo, pero Toni me detiene con un manotazo.

—¡Ay!

—No lo toques. Es mío.

Arqueo una ceja.

—Va equipado con una cámara. Creo que eso también lo convierte en mío.

Toni entrecierra los ojos.

—Mantén tus manos lejos de él, te lo advierto.

Me quedo patidifusa. ¿Me está amenazando?

Luego la expresión de su cara se transforma y sonrío.

—¡Te lo has creído! —Me hace señas para que la acompañe—. Ven aquí conmigo y ayúdame a echar a volar este cacharro.

Me siento como una niña en una juguetería; estoy a punto de dar saltos de entusiasmo. Siempre me ha encantado que me regalen cachivaches en Navidad y por mi cumpleaños, y este trasto es totalmente alucinante. Nunca había visto nada igual; creía que todas esas historias que salen en las noticias sobre los drones eran pura ciencia ficción.

Toni activa un programa en su ordenador y se abre una ventana de color negro. Pulsa un botón del dron y, al cabo de dos segundos, la ventana del ordenador empieza a parpadear. Apenas distingo el interior de la furgoneta, donde está enfocando el dron.

—¡Vaya!

Me lo da.

—Toma. Ten cuidado. Dentro de un momento te enviaré fuera con él.

Parte de mi entusiasmo se evapora con la realidad de nuestra situación.

—¿Quieres decir fuera de la furgoneta?

Deja de teclear un momento para mirarme.

—¿Y qué otra cosa iba a querer decir? —Sacude la cabeza con gesto de decepción y empieza a teclear de nuevo—. En cuanto programe esto, saldrás de la furgoneta y dejarás el dron en el suelo. Yo lo pilotaré, y mi objetivo es colocarlo en ese poste de la luz que hay justo detrás de la furgoneta.

—¿Para qué?

—Pues porque la vista de pájaro o vista aérea va genial para registrar la actividad diaria y los vehículos, y a veces también la gente. —Frunce el ceño—. No siempre capta bien las caras, pero aun así, es una información valiosa que merece la pena registrar.

Se agacha y agarra una enorme caja negra, con dispositivos de control

remoto, palancas y botones. Acciona un interruptor y el aparato se enciende.

—Está bien, tienes que sostener el dron por la parte de abajo y mantenerlo alejado de tu cara. Voy a comprobar las hélices.

Hago lo que me dice y sujeto el cacharro lo más lejos posible de mí. Los músculos del brazo me duelen del esfuerzo, a pesar de que el aparato pesa poco más que una pluma.

Empieza vibrar cuando las hélices se ponen en marcha; giran tan deprisa que se convierten en una mancha borrosa.

—Muy bien. Ya está listo. Sal y déjalo en la acera, detrás de la furgoneta. Llévate esto también. —Me da un *walkie-talkie*—. Quiero que me informes de cualquier problema que detectes.

—¿Problema? —Ya estoy imaginándome a una panda de criminales con pistolas.

—Sí, como cables del tendido eléctrico que no veo en la pantalla o cosas así.

—Ah, vale. Eso está hecho. —O eso creo. Estar a casi una manzana de distancia de la casa hace que me sienta un poco más segura que cuando estaba en el jardín trasero de los vecinos, pero no mucho más.

—Vamos. Tenemos que volver pronto.

Un vistazo a mi reloj me dice que el tiempo vuela cuando estás cagada de miedo de que te descubran en una misión de vigilancia, pero eso no me desagrada: mejor así que si fuera al revés y el tiempo pasase muy despacio.

Salgo de la furgoneta con el dron en una mano y el *walkie-talkie* en la otra. Me sitúo detrás del vehículo en dos segundos y dejo el dron en la acera.

Oigo una voz procedente del aparato de radio, tan baja que apenas entiendo lo que dice.

—¿Todo bien? —pregunta Toni.

Examino el aparato buscando un botón y aprieto uno en el lateral por probar. El ruido de las interferencias desaparece.

—Mmm..., sí. Todo bien. —Suelto el botón.

—Bien. Ahora apártate un poco; no quiero darte con esta cosa.

Retrocedo un par de pasos, pero no es suficiente: el dron despega y sube en vertical unos treinta centímetros y luego vira hacia un lado y me golpea en el muslo.

—¡Ay! ¡Mierda! Qué daño me... —Salto a la pata coja intentando reprimir el grito que me sale de los pulmones.

—¿Qué ha pasado? —dice la voz del radiotransmisor.

Lo agarro y pulso el botón.

—¡Me has dado en la pierna con el cacharro!

Ahora me va a salir un morado, lo sé.

—Vaya. Lo siento. Vamos a intentarlo otra vez.

—¿Otra vez?! ¿Qué pasa, que ahora soy un maniquí de esos de las pruebas de choque? —murmuro para mis adentros mientras recojo el dron, que se ha caído de lado en la calle. Vuelvo a depositarlo en la acera y rodeo la furgoneta hasta alcanzar el lateral contrario. Así podré observar por la esquina desde una distancia segura.

Las hélices se ponen en movimiento de nuevo y el aparato se mueve atrás y adelante. Se levanta despacio del suelo y se queda suspendido en el aire cerca de la parte posterior del vehículo. Me alejo un poco más. Ahora lo oigo pero no lo veo. El zumbido de los rotores es como un susurro. Estoy segura de que ninguno de los vecinos se va a enterar de nada.

De pronto, asoma por el lateral de la furgoneta.

—¡Aaargh!

Echo a correr de espaldas, pero me sigue.

Busco desesperadamente el *walkie-talkie*.

—¡Deja de perseguirme con ese cacharro!

El trasto se abalanza sobre mí y entonces, en el último segundo, va hacia atrás y luego hacia el lado y se estrella contra el lateral de la furgoneta antes de caer estrepitosamente al suelo.

Casi me he quedado sin aliento después del ataque del dron. Pulso el botón de la radio.

—¿Qué coño es esto, Toni? ¿Una especie de rito de iniciación?

Su voz es una especie de gruñido.

—Recoge el maldito cacharro y sube a la furgoneta, anda.

Me acerco al dron con mucho cuidado y le doy un golpecito con el pie primero. No se mueve. Le doy la vuelta y me agacho a recogerlo. Emite un zumbido, pero lo zarandeo con fuerza y se queda en silencio.

—Esta vez no, Polly.

Me subo a la furgoneta lo más rápido posible, sujetando el dron bien lejos de mi cuerpo.

Toni parece furiosa en el asiento del conductor, mirando por el parabrisas. Confío en que me dé alguna explicación, pero, por lo visto, ella no siente la necesidad de hacerlo. En vez de eso, hace girar la llave de contacto y empieza a maniobrar para salir del aparcamiento en paralelo.

—¿Qué coño ha sido eso, Toni?

—¿Qué coño ha sido qué? —Mete primera.

—Creía que íbamos a instalar el cacharro en el poste de la luz.

—Sí, y yo también, pero no ha funcionado, ¿verdad que no?

Me mira con furia un segundo antes de volver a concentrarse en la palanca de cambios.

Pongo la mano encima de la suya para detenerla. Acabo de percibir una vulnerabilidad en ella que no había visto hasta ahora.

—¿Qué pasa?

Inspira aire profundamente y luego lo deja escapar despacio.

—Soy una negada total para pilotar ese cacharro.

Miro el dron, que aún sostengo en la mano, y arrugo la frente.

—No eres una negada total; has conseguido que despegue.

—Hacer que despegue no tiene nada que ver con instalarlo en un sitio.

—Tal vez deberíamos practicar en otro lugar y volver luego.

Se incorpora a la calzada.

—Ozzie querrá que volvamos pronto para darle nuestro informe.

—Seguro que no tardamos más de media hora. —Consulto el reloj—.

Tenemos tiempo.

Se muerde el labio mientras conduce hacia la siguiente manzana.

—¿Dónde?

Señalo un solar con pinta de estar abandonado, un terreno que, a todas luces, la comunidad local utiliza como vertedero, a juzgar por las botellas vacías y las bolsas de plástico desparramadas por todas partes.

—Ahí.

Se sube a la acera y la furgoneta da una sacudida de lado a lado cuando vuelve a bajar las ruedas a la calzada.

—Qué maniobra de aparcamiento más elegante...

—Cállate. —Echa el freno de mano y apaga el motor. Me mira con gesto extrañamente inexpresivo—. ¿Estás segura de que quieres hacer esto? Por poco te corto la pierna con ese cacharro hace un rato.

Sonrío.

—De eso nada; tengo los reflejos de un guerrero ninja.

Suelta un bufido desdeñoso.

—Ten —digo, dándole el dron—. Sal a poner a Polly en el suelo y yo intentaré pilotarlo.

Se queda mirando el dron en la mano.

—¿Crees que podrás?

—He manejado juguetes teledirigidos muchas veces. Tampoco puede ser tan difícil, ¿no?

—Díselo a tu pierna. —Señala mi mono con el dedo; hay una mancha roja en el punto en que el dron me golpeó la pierna.

—Dios mío... ¡Me has hecho un corte!

Sonríe, pero con cierto remordimiento.

—Ya te dije que soy una negada.

Abro la puerta.

—Vamos. Dame el mando a distancia. Voy a conseguir que vuele.

Toni me acompaña fuera y nos plantamos en el borde del solar.

Capítulo 31

—Eres una cabrona, lo sabes, ¿verdad?

Toni me lanza una mirada asesina mientras se cruza de brazos.

Dirijo el dron para que se coloque a la altura de sus ojos, a poco menos de un metro de distancia.

—Dilo otra vez y ya verás lo que pasa —digo, soltando una risa diabólica.

—¿Cómo es que tú puedes controlar esa cosa con solo diez minutos de práctica y lo único que consigo yo es cortar a la gente después de montones de horas?

—Soy una piloto ninja. Tendrás que aceptarlo. —Bajo el dron y hago que se pose con suavidad en el suelo, a sus pies—. ¿Podemos irnos ya? Me muero de hambre.

Son casi las tres y no he comido nada desde el *bagel* con queso de untar que nos dio nuestro jefe esta mañana.

—Sí, podremos irnos cuando instales el dron en el poste.

Toda mi fanfarronería desaparece como por arte de magia.

—¿Instalarlo? ¿De verdad crees que puedo hacerlo?

—Bueno, o lo consigues o estrellarás uno de nuestros mejores dispositivos de vigilancia y lo romperás —dice riéndose.

—Cuánta presión...

—Oye, si quieres que Thibault venga y haga nuestro trabajo por nosotras, adelante. No pasa nada; lo llamo y punto. —Saca el teléfono.

—¡No! No lo llames. Podemos hacerlo. —Me subo a la furgoneta a su lado—. El poder de las mujeres y todo eso, ¿verdad?

—Sí, claro —contesta mientras arranca el motor y se incorpora a la calzada—. Lo que tú digas.

No cabe duda: su tono es de frialdad total. Me mordisqueo el labio mientras recorremos el camino de vuelta a nuestro objetivo, preguntándome si no debería decir algo. Mis reparos ante cuál puede ser su reacción me duran unos tres segundos.

—Oye, ¿qué pasa, Toni? ¿He hecho algo que te haya cabreado o es que no te caigo bien, así, por principio?

No me responde enseguida. Espera tanto para contestarme que estoy segura de que, simplemente, piensa ignorar mi pregunta. Y no es nada incómodo, qué va. Justo cuando estoy a punto de disculparme, me responde.

—No es que me caigas mal, para nada. Es que no soy una persona... efusiva ni cariñosa.

—Ah.

—No me llevo bien con las mujeres en general.

Reflexiono sobre eso unos segundos.

—¿Tienes hermanas?

—No. Tres hermanos. Thibault es uno de ellos.

—¿Y primas?

—No. Trece primos.

—Caramba. Eso es mucha testosterona.

Se encoge de hombros.

—Estoy acostumbrada. Nunca he jugado con muñecas, siempre con soldados. Prefiero las botas a las sandalias.

La miro y sonrío. Es una mujer menuda de rasgos delicados que encajarían a la perfección en una muñeca de porcelana.

—¿Qué pasa? —Me mira antes de volver a mirar al frente, a la carretera—. ¿Qué miras?

—Estoy mirando a una marimacho que tiene la cara de una muñequita.

Suelta una carcajada.

—Sí, claro. De muñequita. Eso ya es el colmo.

—Llevas tacones. Las botas que llevabas el primer día eran de tacón.

—Van muy bien para hacerles agujeros a los criminales.

Hago una mueca de dolor.

—Puaj, qué asco...

—Y me estilizan las piernas. Odio ser tan bajita.

Con mi estatura, no puedo decirle nada que le sirva de consuelo.

—En este trabajo hay que ser dura si quieres ganarte el respeto de los demás.

Frunzo el ceño. Eso no son muy buenas noticias para mí ahora mismo.

Me mira y me guiña un ojo.

—No te preocupes, Pastorcilla. No tienes que ponerte botas si no quieres.

Levanto la barbilla.

—Tengo botas.

No menciono la parte de que son botas con lentejuelas.

No dice nada y seguimos conduciendo. El corazón se me acelera cuando llegamos a nuestro destino. La casa. Todas esas peliagudas maniobras que hacía antes con el dron adquieren ahora un nuevo significado.

—¿Estás lista? —me pregunta. Permanece inmóvil en su asiento, aguardando mi respuesta.

—Supongo que sí.

Abre la boca para decir algo, pero entonces niega con la cabeza y empieza a empujar la puerta.

—¿Qué pasa? —Apoyo la mano en su brazo para detenerla—. Ibas a decir algo.

Lanza un suspiro y me habla sin mirarme a la cara.

—Iba a decir que todo irá bien, tranquila. Y que me alegro de que estés aquí conmigo; de que formes parte del equipo.

Le doy un golpe en el brazo, consciente del esfuerzo que le ha costado decir esas palabras, y también de que cualquier gesto un poco más afectuoso, como un abrazo, la haría salir corriendo.

—Yo también —contesto, y lo digo de corazón—. Venga, vamos a montar este cacharro sobre ese poste.

Se baja de la furgoneta, pero veo su sonrisa por el espejo retrovisor. El corazón me da saltos de alegría con la idea de que tal vez acabe de ganarme a una amiga con mis magníficas habilidades como piloto de drones.

Me traslado al asiento de atrás y tomo posiciones delante del equipo, con el mando de control remoto en el regazo.

—Muy bien —dice, hablándome por el *walkie-talkie*—. Primero, lo fácil. ¿Ves las imágenes a través de la cámara del dron?

—Sí.

Suelto la radio para poder tener libres las dos manos. Miro la pantalla del ordenador que tengo delante. El dron dispone de una cámara delantera que capta el espacio circundante casi en un radio de trescientos sesenta grados. Es impresionante.

—Despegue completado —anuncia mientras elevo el dron por encima de la furgoneta.

—Espacio, espacio —murmuro para mí.

Veo el poste.

—Cuidado con el tendido eléctrico a tu izquierda.

Ya me imagino el enfado de Ozzie si su dron se electrocutara por mi culpa. A partir de entonces me llamarían «la Verdugo de los Drones», estoy segura. Y aunque me gustaría mucho librarme del apodo de la Pastorcilla, preferiría que fuese algo menos... gráfico. Tendría que haber algo a medio camino entre un

personaje de cancionero infantil y una asesina pura y dura, ¿no?

—Muy bien, a la derecha, ¿ves esa plataforma de ahí? Puedes hacer que aterrice ahí y echar los ganchos.

El dron va equipado con unos ganchos para que el aparato se agarre a cosas como ese poste e impedir que se lo lleve el viento.

Coloco el dron en la plataforma con una maniobra que resulta ser un poco peliaguda en el diminuto espacio. Estoy buscando el botón para activar los ganchos cuando oigo la voz de Toni por el radiotransmisor.

—Vaya.

—¿Vaya qué? —pregunto de espaldas a ella. No puedo volverme y hablarle directamente porque estoy concentrada con las dos manos en el dron.

—Potencial sospechoso acercándose a las doce en punto. Actúa con naturalidad.

Pulso el botón para enganchar el dron al poste y me recuesto hacia atrás, escondiéndome detrás del asiento delantero, aunque no es que lo necesite por razones de seguridad, porque la cortina está echada. ¿De qué está hablando?

Entonces miro la pantalla del ordenador y el dron me enseña a qué se refiere exactamente. Un hombre camina por la acera en dirección a la furgoneta, tirando de una correa en cuyo extremo hay un pit bull. ¿Ha salido de la casa? Intento tragar saliva, pero me resulta difícil por culpa del nudo que tengo en la garganta.

Oigo sus voces a través de la puerta trasera de la furgoneta.

—Hola, ¿qué hay? —dice el tipo.

—Hola. Nada, aquí estamos. Bonito perro.

—Gracias. Es la hora del paseo. ¿Qué hacéis aquí? —Señala el poste—. ¿Sois de la compañía eléctrica?

Nuestra furgoneta no tiene ningún letrero permanente, pero sí un cartel magnético que, según me han informado, utilizan los operarios de las compañías telefónicas.

—No, de la telefónica. —Toni señala una cajetilla cercana—. Estamos conectando unas líneas nuevas. Parece que la economía se va animando.

—Buenas noticias.

—Pues sí. Bueno, esto ya está. Que tenga un buen día.

Toni se despide con la mano y rodea el lateral de la furgoneta para montarse.

—No te muevas —dice en voz baja.

Sigo mirando la pantalla mientras arrancamos y nos vamos. El hombre se vuelve a observarnos mientras nos alejamos calle abajo.

—Me parece que nos ha descubierto —dice.

Observo mientras el hombre nos da la espalda y sigue andando, alejándose de la casa.

—No lo creo. Sigue paseando al perro y no está mirando al dron.

Toni deja escapar un suspiro de alivio.

—Gracias a Dios...

El corazón se me llena de orgullo.

—Lo hemos conseguido.

—Sí, señora.

Las dos estamos exultantes de alegría todo el camino hasta la nave industrial. Cuando llegamos, Thibault nos espera con los brazos en jarras.

—¿Y bien? —pregunta, antes incluso de que apaguemos el motor.

Toni y yo salimos de la furgoneta y ella se acerca a chocar los cinco con él.

—Misión cumplida, gracias a la Pastorcilla.

Me acerco, un poco avergonzada por llevarme todo el mérito.

—Yo no he hecho nada, de verdad. Toni colocó la cámara en su sitio para poder ver toda la parte de atrás de la casa.

—Y ella dirigió el dron para que volara hasta el poste y lo fijó allí —añade Toni.

—¿En serio? —Thibault me mira con aire de interrogación—. ¿Y eso cómo ha sido?

—Pues... —Miro a Toni, que tiene la vista fija en el suelo—. Porque quería probarlo. Me gustan mucho los juguetes teledirigidos, así que pensé que lo del dron podía ser divertido.

—¿Qué te ha pasado en la pierna? —pregunta, señalando la mancha de sangre encima de la rodilla.

Bajo la vista.

—Ah, pues no sé.

Ni yo misma me creo mis palabras. Es evidente que tengo que practicar mi habilidad para decir mentiras.

Thibault sonrío.

—¿No te habrás peleado con un dron, por casualidad?

—Vamos, por el amor de Dios, Thibault, ¿ya empiezas con esas?! —explota Toni, gritando tan fuerte que la oyen hasta en el puerto—. Solo fue una vez, ¿vale? ¡Una vez te di con el dron!

No puedo contener la risa cuando levanta la pierna y me enseña una pequeña cicatriz en la pantorrilla.

—Me dio de lleno. Se pone como una loca con ese maldito cacharro.

Yo también levanto la pierna y le enseño el corte en el muslo.

—¡Qué me vas a decir a mí...!

Thibault echa la cabeza hacia atrás y se ríe a carcajadas.

Capítulo 32

—¿Qué es eso que os hace tanta gracia? —pregunta Ozzie, saliendo de entre las sombras de las máquinas de pesas. Ay, madre mía.... Sahara aparece andando detrás de él y parece tan desmayada como me siento yo. ¿Es que la ha obligado a hacer ejercicio a ella también? No me extrañaría nada.

—Toni ha intentado cargársela con el dron.

Thibault me señala la pierna mientras yo dejo caer la pernera del pantalón.

—¿Otra vez? —Ozzie menea la cabeza—. Esa mujer es peligrosa con ese cacharro.

—Pero la Pastorcilla ha conseguido colocar el dron en posición. La chica tiene cualidades, eso no se puede negar.

Ozzie me mira con una intensidad que hace que se me enciendan las mejillas.

—Deja que eche un vistazo a ese corte antes de que subas —dice.

—Bah, no es nada, de verdad. Apenas me ha tocado.

—Da igual... Ven aquí a la mesa. Ahora mismo estoy contigo.

Voy renqueando hasta la silla, pero no a causa del accidente con el dron, sino porque ahora que toda la adrenalina que circulaba por mi cuerpo se está diluyendo, noto que me vuelven a doler los músculos. Joder, ¿cuándo voy a recuperar la normalidad?

Sahara y Thibault suben juntos las escaleras y desaparecen en la sala de los samuráis. Aprovecho esos minutos a solas para masajearme los brazos y las piernas mientras espero a que Ozzie venga a examinarme la herida o lo que sea que vaya a hacer.

Intento impedir que mi cerebro imagine que su preocupación por mi cuerpo es algo más que el interés de un jefe por la salud de su empleada, pero pierdo esa batalla cuando baja las escaleras, se sienta a mi lado y empieza a arremangarme poco a poco la pernera del pantalón y me sube la pierna para que la apoye en su muslo.

—¿Te duele?

Está preocupado, es evidente por la gravedad de su expresión, por no hablar de su tono de voz. Palpa la piel alrededor de la herida con sumo cuidado. Ojalá dejase de andarse con tantos miramientos y me pusiese esas manazas suyas en los pechos ahora mismo.

Ay, Dios... ¿De verdad acabo de pensar eso?!

—No tanto como el resto del cuerpo —bromeo, tratando de actuar con una naturalidad que no siento.

Me mira, confuso. Es la primera vez que me fijo en las motas de color ámbar en el verde de sus ojos. Intento no mirarlo fijamente como una loca, pero son muy bonitos.

—Aún tengo agujetas después de la sesión de ejercicio.

—Vaya, lo siento. —Desenrosca el tapón de un antiséptico y humedece una bola de algodón con él—. Creo que me pasé un poco.

—No, no pasa nada. No quiero que me dispenses un trato especial ni nada de eso. Trátame igual que a todos los demás.

Me aplica el algodón en la herida de la pierna.

—Ya sabes que eso no va a ser posible, ¿verdad?

No me mira, pero ¿acaso impide eso que mi presión arterial se ponga por las nubes? No, claro que no. Todo mi cuerpo se enciende con esa sola frase.

Aunque no debería dar por sentado que ha querido decir algo especial con eso, claro. Estoy segura de que solo se refiere a que yo soy más débil que los demás miembros del equipo, así que voy a necesitar un programa especial, un poco más relajado, para ponerme en forma.

—¿Por qué no puedes tratarme como a los demás? —le pregunto—. Te prometo que me esforzaré al máximo para estar a la altura.

Después de lo de hoy estoy segura de que quiero pertenecer a este equipo. Quiero ser parte de la familia Bourbon Street Boys. Nunca en toda mi vida lo había pasado tan bien en un trabajo. Y además, está Ozzie. Verlo a él en el trabajo es como cobrar la paga extra de Navidad todos los días.

—No me cabe la menor duda. Ya has dado el ciento diez por cien; no puedo pedirte que des aún más.

—Entonces, ¿cuál es el problema? —Aguanto la respiración mientras espero su respuesta.

Se queda mirando mi pierna, recorre con la mano la línea entre el tobillo y mi rodilla mientras se inclina para examinar el corte más minuciosamente.

Basta ese movimiento, el tacto de sus dedos sobre mi piel sensible, para ponerme al rojo vivo. Me ladea la pierna a izquierda y derecha, inspeccionando la herida, pero la delicadeza de sus dedos no es normal para alguien que simplemente interpreta el papel del jefe atento y preocupado. No pueden ser

imaginaciones mías, ¿no?

Me mira a la cara, con los ojos más oscuros que antes.

—No puedo tratarte como a los demás porque tú no eres como los demás.

¿Quiere decir...? No. Por supuesto que no. Quiere decir que soy débil. Y más vale que lo admita: al lado de Toni, lo soy.

—Estás diciendo que soy una debilucha, ¿verdad? La Pastorcilla. Una chica que se pasea con un bastón detrás de sus ovejas todo el día.

Me doy asco a mí misma. ¿Por qué no he ido nunca al gimnasio? ¿Por qué como tanta tarta de queso?

Su sonrisa apenas es un esbozo, pero ahí está.

—No, no es eso lo que estoy diciendo.

Levanta la mano y me aprieta el bíceps.

Intento no estremecerme, pero lo consigo solo en parte. Ay, cómo me duelen esos músculos.

—Estás fuerte. Solo tenemos que mejorar aún más tus fortalezas. Sé que vas a ser la persona idónea. De lo contrario, no te habría elegido.

—¿De verdad? —Se me ocurren tantos significados alternativos para nuestras palabras ahora mismo... ¿Estamos hablando de que soy una buena elección como empleada o una mujer por la que siento algo? Porque yo sé que siento algo por él; no puedo seguir negándolo. Cada vez que estoy con él, me siento más cerca, quiero llegar a conocerlo mejor. Me pregunto si eso es posible, porque parece tan reservado...

Se encoge de hombros y se incorpora.

—No sé.

—¿No sabes?

¿Qué? ¿Qué acaba de pasar? Hace un momento se ha puesto de lo más tierno y ahora, de pronto, es el Ozzie de siempre. ¿Se estará arrepintiendo de haberme pedido que trabaje para él?

—No, no lo sé. —Me sujeta la pierna por el tobillo y la baja poco a poco hasta el suelo. Cuando se incorpora de nuevo, suspira, se recuesta hacia atrás y apoya las manos en los muslos—. Admito que me siento un poco confuso en lo que a ti respecta.

Sonrío. Ahora por fin siento que los dos estamos al mismo nivel. Tal vez.

—Pareces contenta —dice, arrugando la frente.

—Y lo estoy, porque ahora no soy la única.

—¿Te sientes... confusa con respecto a mí?

—Podría decirse.

No pienso ser la primera en admitir que podría haber cierta química entre nosotros, ni de broma. ¿Y si Ozzie está hablando de algo totalmente distinto?

—Así que los dos estamos confusos con respecto al otro —dice. Una sonrisa asoma a las comisuras de su boca.

Le doy un golpecito con el pie.

—Déjalo ya.

—¿Que deje el qué?

—De sonreír.

Arquea las cejas.

—¿Que deje de sonreír?

Estoy muy acalorada.

—Sí. Me estás poniendo nerviosa.

Su sonrisa se vuelve decididamente maliciosa.

—¿Nerviosa? ¿Nerviosa por qué?

Vuelvo a darle un golpe en la bota, más fuerte esta vez.

—En serio. Para ya.

Me levanto, incapaz de soportar la tensión por más tiempo.

Me toma de la mano y me mira.

—¿Adónde vas?

Tiene los dedos muy cálidos, demasiado cálidos. Dios...

—Tengo que... irme... Yo... no sé cómo llevar esto... sea lo que sea.

Ozzie espera que añada algo más.

¡Aaargh! ¡No puedo soportarlo! Nunca se me han dado bien estas cosas. Es el momento de sincerarse. Alguien tiene que romper el hielo, ¿no?

—Es que... hace mucho tiempo que yo no... y nunca he tenido mucha experiencia, de todos modos...

Me encojo de hombros y clavo la mirada en el suelo.

Él no contesta, así que levanto la vista para mirarlo.

Está frunciendo el ceño.

—¿Se puede saber de qué estás hablando?

Suelto un enorme resoplido de pura frustración y dejo que las palabras se me escapen de la boca. Ya no puedo seguir conteniéndolas.

—Pues... De sexo. ¿Tú de qué estás hablando?

Se levanta sin soltarme la mano.

—Yo hablaba de tu entrenamiento físico.

Me pongo blanca como el papel y, de pronto, noto que me cuesta respirar. La voz me sale en una especie de graznido.

—¡Qué vergüenza, por Dios...! Tengo que irme.

Intento arrancar mi mano de la suya y rodearlo para irme, pero no me deja.

Está sonriendo otra vez.

¡¿Qué cojones le pasa?! ¡¿Por qué sonrío así?!

—¿Quieres dejar de hacer eso?!

Su sonrisa se transforma en una carcajada.

Lo miro fijamente y me doy cuenta de que ha estado tomándose el pelo. Todo este tiempo. Tal vez desde el momento en que lo conocí.

—Dios mío..., eres maligno.

Noto cómo me voy poniendo roja por momentos, cómo el rubor me sube por el pecho, luego por el cuello, hasta que me llega a la frente. Nunca un hombre había hecho que me sonrojara de esta manera.

—¿De verdad? —dice, acercándose.

—Llevas tomándose el pelo desde el principio. —No sé si saltar de alegría o darle una patada en la entrepierna. Todavía no sé qué pasa exactamente, pero al menos ahora sé que hay química entre nosotros, por ambas partes. Es imposible que sean imaginaciones mías.

—No te enfades. —Ahora se pone tierno.

—¿Enfadarme? ¿Yo? Anda... —Me aparto de él para poner un poco de distancia entre los dos, pero sobre todo porque pienso mejor cuando no lo tengo tan cerca—. Hace falta mucho más que eso para sacarme de mis casillas.

Echo a andar para alejarme.

—¿Adónde vas? —pregunta, soltándose la mano.

—A comer algo.

Se adelanta, me coge de la mano y tira de mí, pillándose desprevenida. Tropiezo y me atrapa en sus brazos como si estuviéramos bailando *swing*.

—Se te ha olvidado despedirte.

Se inclina sobre mí, con un brillo travieso en los ojos.

Capítulo 33

En ese momento vuelven de repente los recuerdos de nuestra cena a base de langosta y de él en mi puerta despidiéndose con un beso. ¡A él también le gustó! ¡Quiere repetir, igual que yo! ¡Me va a dar un ataque al corazón aquí mismo, en el trabajo!

De pronto, se abre la puerta de arriba. Me entra el pánico y me incorporo rápidamente, zafándome de sus brazos. Un beso robado de vez en cuando es una cosa, pero que los demás empleados sepan que hay algo entre nosotros es muy distinto. Ni hablar. Perdería hasta la última pizca de credibilidad que tengo con mis compañeros, y cuando ese respeto se reparte con cuentagotas, cada una de ellas cuenta.

—Adiós, Ozzie. Que pases una buena tarde.

Me alejo con la cabeza bien alta y las mejillas encendidas, echándome el pelo por encima del hombro al andar. Soy perfectamente capaz de hacer esto: comportarme como si tal cosa cuando, por dentro, me derrito cual tableta de chocolate bajo el sol abrasador del verano de Luisiana.

Lucky está bajando las escaleras en mi dirección cuando llego al primer peldaño. Lleva un bastón de combate en la mano derecha.

—Me han dicho que estás en la lista de heridos —dice, deteniéndose cuando estamos al mismo nivel. Lleva el arma colgando. Ni siquiera se comporta como si la llevara allí, sino como si formara parte de su atuendo, como un cinturón o un reloj.

Mmm..., qué raro. ¿Las usarán arriba? Deben de usarlas, porque si no, no la llevaría, ¿no? No digo nada porque tal vez sea normal para ellos. O tal vez se pasean con armas encima solo por gusto.

—No, nada de lista de heridos —contesto, haciendo caso omiso del dolor que me lacera cada músculo—. Estoy bien.

—¿Y habéis instalado el equipo de vigilancia?

—Sí, lo hemos hecho.

Sonrío con orgullo, alegrándome de poder hablar de otra cosa que no sean

mis heridas o mis carencias sexuales y las ganas de compensarlas con Ozzie.

—Buen trabajo. —Chocamos los puños. Creo que es la primera vez que alguien me hace eso—. ¿Nos vemos mañana?

—¿Ya has terminado por hoy?

—Tengo que ir a comisaría a hablar con algunos de los inspectores, así que me voy a perder la tarde de emociones.

Miro por encima del hombro. Ozzie nos está observando.

—¿De emociones? —Vuelvo a mirar a Lucky, sin estar segura de haberlo entendido. Creía que tenía que subir a una reunión. La última fue interesante, pero yo no la calificaría de emocionante, precisamente.

Lucky mira a Ozzie y arruga la frente un segundo antes de volver a mirarme.

—Sí. El informe sobre los avances. Normalmente los hacemos cada dos días o así.

Asiento con la cabeza.

—Ah. Muy bien. Entonces, supongo que nos veremos mañana.

—Una cosa, ¿te importaría...? —Me tiende el bastón de combate.

—¿El qué...?

—Llevar esto arriba por mí. Quería dejarlo en su sitio, pero me habré distraído y me lo he llevado sin querer.

Sonrío.

—Sí, claro. Ningún problema. ¿Dónde quieres que lo deje?

Empieza a esbozar una sonrisa, pero se contiene.

—Dáselo a Dev.

—Ah, vaaale.

Lo miro entrecerrando los ojos e intento descifrar por qué se esfuerza tanto en aparentar seriedad cuando salta a la vista que tiene ganas de sonreír. No llego a ninguna conclusión examinando el bastón; tiene el mismo aspecto de siempre: casi un metro de largo y dos dedos de diámetro, más grueso por el extremo en que Lucky lo estaba sujetando. Descubro que se sostiene mejor si lo sujeto por ese extremo. Pesa bastante, pero no tanto como para no poder blandirlo. Tal vez le pregunte luego a Ozzie cómo se usa.

Baja los últimos escalones de un salto.

—Hasta luego.

—Venga, hasta luego.

Sigo subiendo las escaleras y me detengo junto al teclado digital de la puerta. ¿Qué nombre había que introducir a este lado? ¿Era Toni? Pulso T-O-N-1, pero no pasa nada. Muy bien, o sea que no es la puerta de Toni. Entonces... ¿es la puerta de Thibault? Pulso T-B-O-1 y oigo un clic. Aunque me consta que Ozzie me está viendo meter la pata desde ahí abajo, sonrío. Al final lo he conseguido,

¿no? No soy un caso perdido con esto de la seguridad.

Abro la puerta y el destello de un movimiento capta mi atención.

—¡Aaargh! —grita una voz. Claramente, es un grito de guerra.

Un rayo plateado relampaguea delante de mi cara y una bestia blanca se abalanza sobre mí.

Me pongo a gritar como una histérica, doy un salto hacia atrás cerrando los ojos, y empuño hacia delante el bastón de combate mientras lo sujeto con todas mis aterrorizadas fuerzas, pese a las agujetas. Hago impacto con algo sólido.

—¡Aaay! —exclama una voz cuando el bastón alcanza su objetivo.

Abro los ojos y veo a Dev doblado sobre el estómago, abrazándose con una mano. Con la otra sostiene una enorme espada que ahora le cuelga junto a la pierna.

—¿Me has...? ¿Me has...? —Ni siquiera puedo procesar lo que ven mis ojos. Luego lo consigo y me cabreo profundamente—. ¡¿Me has atacado con una espada samurái?!

—Lo he intentado —responde, hablando entre dientes.

Levanto el bastón y lo golpeo en la espalda con él.

—¡Aaay! ¡Mierda! —grita—. ¡¿Por qué has hecho eso?!

Arquea la espalda y la retuerce en diagonal por el dolor.

—¡Eso es por darme un susto de muerte, pedazo de idiota! —Suelto el bastón a sus pies con gran estrépito y lo aparto a él de un empujón—. Ten tu maldito bastón, imbécil. ¡Y no vuelvas a hacerme eso nunca más!

Se cae hacia la derecha cuando lo empujo y se da contra el montante de la puerta antes de caer resbalando al suelo.

—Tienes mejores reflejos de lo que creía —dice gruñendo, con la voz impregnada de dolor.

Ya casi he cruzado la habitación y estoy a punto de entrar en la cocina cuando le contesto.

—Acaba de apalearte alguien a quien te gusta llamar «la Pastorcilla». Yo que tú me plantearía mi habilidad para sacar conclusiones sobre la gente.

Cuando llego a la cocina, Toni y Thibault están sentados a la mesa, sonriendo de oreja a oreja.

—Lo has dejado fuera de combate, ¿verdad? —pregunta Toni. Sigue sonriendo mientras da un mordisco a un sándwich.

—No. Solo le he dado un golpe.

—Pues ha sonado más fuerte que un simple golpe.

Dev entra cojeando en la cocina, sin camisa. Lleva un verdugón rojo en el estómago.

—¿Tengo un morado? —pregunta, volviéndose de espaldas a la mesa.

Tomo asiento, intentando no sentirme culpable por ese otro golpe. Decididamente, le va a doler durante una buena temporada.

—Todavía no, pero te saldrá —dice Thibault—. Ya te dije que no la atacarás por sorpresa.

Sus palabras me llenan de orgullo. ¿A Thibault no le parece buena idea atacarme por sorpresa con una espada samurái? ¡Qué bien! Tal vez sí sea una máquina de matar, después de todo. Tomo una servilleta y elijo un sándwich de una bandeja que hay en la mesa. No tengo ni idea de qué es, pero voy a comérmelo igualmente. Me muero de hambre. Supongo que tiene que ver con haber sobrevivido a un intento de agresión con espada; seguro que eso le abriría el apetito a cualquiera.

—Necesita entrenamiento —dice Dev.

—Sugiero que practiques otra clase de entrenamiento —digo, dando un mordisco a lo que sin duda es un sándwich de pavo—. Nada de ataques sorpresa.

—Es para que no pierdas los reflejos.

Dev se sienta y se sirve seis sándwiches. Nadie se inmuta ante su voraz apetito.

—Pues parece que tus reflejos están un poco oxidados... —señala Thibault.

—Qué va. Llevaba una espada. No quería hacerle daño con ella. No está lista.

Me trago un trozo de sándwich que prácticamente se ha transformado en serrín en mi boca al oír sus palabras.

—¿Lista? ¿Piensas de verdad que algún día estaré lista para que alguien me ataque con una espada?

—Si hago bien mi trabajo, sí. —Dev me guiña un ojo, con la boca llena—. Te defenderás perfectamente; confía en el proceso.

Niego con la cabeza mientras doy otro bocado.

—Estás loco. —Soy una maleducada por hablar mientras mastico un tomate, pero no me importa. Cualquiera que me ataque por sorpresa no merece que lo trate con buenos modales, aunque tengo que admitir que siento cierto entusiasmo ante la idea de que me entrenen hasta alcanzar ese nivel. De todos modos, no quiero enfrentarme a ninguna espada, de eso nada. Me incorporé a este equipo para sacar fotos, no para luchar contra ninjas, por el amor de Dios.

Ozzie entra en la habitación y se sienta en su sitio, en la cabecera de la mesa.

—¿Cómo ha ido hoy?

Lo dice mirando a Toni, así que mantengo la boca cerrada. Me alegro de que se centre en ella, porque me inquieta un poco que se dirija a mí directamente; me da miedo derretirme y comérmelo con los ojos.

—Bien —responde ella, ajena a mi incomodidad—. Hemos instalado una cámara en la parte de atrás de la casa. Tendremos que cambiarle la batería dentro de un par de días. El Parrot está en el poste, así que también tenemos vista aérea. La Pastorcilla sacó unas fotos de alguien que salió de la casa mientras estábamos allí.

Dejo de masticar. Debería haberme subido la cámara a la reunión para que vieses las fotos que he sacado. Maldita sea. El típico error de novata. Grrr, lo odio.

—Puedo enseñaros las fotos si queréis. Solo tengo que bajar y...

Ozzie me interrumpe con la mano.

—Luego. ¿Qué pasó con el tipo?

Toni se encoge de hombros.

—Estaba paseando al perro.

—¿A quién vio? ¿Os vio a las dos?

—No, solo a mí.

—De acuerdo. En ese caso, no quiero que vuelvas a asomarte por allí por el momento.

Toni suelta el sándwich.

—Pero ¿qué dices, tío? No me descubrió.

Ozzie se pone rígido.

—Hemos perdido a Harley. No está totalmente confirmado que me hayan descubierto, pero si lo han hecho, no podemos dejar que vean a la misma persona dos veces en el mismo vecindario, ¿entiendes?

Toni frunce el ceño, pero asiente de todos modos.

—Sí, lo entiendo.

—Puedes echar un vistazo a las imágenes cuando lleguen y ver si hay algo interesante.

Asiente otra vez y sigue comiéndose su sándwich. No está contenta en absoluto.

—¿Tú qué opinas? —me pregunta, mirándome.

Examino las caras que aguardan mi respuesta con expectación, esperando captar en ellas alguna señal sobre lo que debo decir, pero no veo nada. Lanzo un suspiro de derrota. El sitio de la novata. Ya odio estar sentada aquí, y eso que solo llevo dos días.

Capítulo 34

—¿Qué opino sobre qué? —pregunto. Odio que me pongan en el punto de mira. No estoy preparada. ¿Y si mi respuesta les parece estúpida? Todavía no he recibido formación propiamente dicha como espía. Ni siquiera conozco la jerga.

—¿Qué opinas sobre el trabajo que hiciste hoy? —explica Ozzie—. ¿Alguna reflexión?

—Pues... —Me quedo pensativa unos segundos antes de continuar—. Fue bien, supongo. Nos vio una persona, pero pensó que éramos de la compañía eléctrica. Toni le dijo que éramos operarios de telefonía. Lo observamos y vigilamos sus pasos, pero no miró hacia el dron en ningún momento.

—Muy bien. ¿Algo más?

—Mmm... Pues estaba pensando..., no tiene nada que ver con lo que hemos hecho hoy, pero ¿cómo descubrieron tu identidad como Harley? En el bar, cuando estuve allí con Felix. Dijiste que había sido culpa mía.

—El hombre que nos disparó formaba parte de su banda. Si me disparó a mí, significa que sabía que había algo turbio relacionado conmigo. No me queda más remedio que suponer que fue porque te vio entrar con tu perro metido en ese bolso, ya que antes de eso, todo iba bien. Puede que me equivoque, pero yo estaba mirándote, y cuando él se dio cuenta, sospechó algo. Cuando acudí en tu ayuda, eso solo hizo que confirmarle que yo no era quien decía ser. No eres exactamente el tipo de mujer que Harley defendería.

—Lo que quiere decir es que estaba actuando como uno de los buenos, y no de los malos —aclara Toni al ver la expresión de confusión en mi rostro.

—Sí. —Ozzie asiente—. Exacto. No actué como lo habría hecho el personaje que estaba representando. Una mala idea en un bar con gente como esa; suelen ser bastante paranoicos.

Intento imaginarme la escena. No me acuerdo del hombre con el que estaba Harley. ¿Fue el que nos disparó?

—¿Te refieres al hombre calvo de bigote con el lunar gigante en la mejilla?

—¿Te fijaste en todo eso? —Ozzie vuelve a mirarme con toda su intensidad.

Dios, su humor cambia como el viento.

—Sí. Me miró directamente después de disparar. Tú estabas intentando sacarme de allí, pero como yo creía que mi hermana estaba dentro, te planté cara durante un rato. Le vi la cara todo el tiempo.

Thibault deja escapar un largo suspiro.

—¿Qué pasa?

Miro alrededor y los veo intercambiar miradas. Es evidente que están preocupados.

—Dijiste que la siguió a su casa —le dice Thibault a Ozzie—. Eso no me gusta nada.

—Pero ahora tengo un sistema de seguridad y alarma, y nadie me ha molestado.

No estoy segura de contra qué estoy protestando, pero salta a la vista que traman algo. Todo el mundo está en el ajo menos yo.

—Debería quedarse aquí —dice Thibault. Entonces da un salto y se vuelve a mirar a su hermana con furia.

La miro, tratando de descifrar el motivo por el que le ha dado una patada a su hermano por debajo de la mesa por decir eso. ¿Es que no me quiere aquí? ¿Le preocupa que Ozzie y yo estemos juntos? ¿Acaso le gusta él? Dios, eso sería horrible... ¡Ahora que Toni y yo empezábamos a hacernos amigas!

Triángulo amoroso. Maldita sea.

Decido vigilarlos más de cerca. Lo último que quiero es pisarle el terreno a otra mujer, aunque sea Ozzie quien esté en juego.

—Tienes razón. —Ozzie me mira con expresión decidida—. Te llevaré a casa para que puedas preparar una maleta.

—¿Necesitas refuerzos? —pregunta Toni, con la barbilla un poco más alta de lo normal.

—No, no es necesario.

Levanto un dedo.

Ozzie arquea una ceja.

—¿Sí? ¿Tienes alguna pregunta?

Sonrío educadamente, bajando el brazo.

—Más bien un comentario. No quiero dormir aquí.

—No le gusta el catre —dice Thibault—. Deberías dejarle tu cama.

—No es por el catre. —Las palabras me salen precipitadamente en un intento de poner fin a ese tema de conversación lo antes posible. La sola idea de dormir en la cama de Ozzie hace que empiecen a entrarme sudores—. Es que no puedo dejar a Felix solo, y es mi casa, y tengo todas mis cosas ahí.

Suena a excusa barata, incluso para mí.

—Es como si te fueras de vacaciones —dice Toni con indiferencia—. Tu casa puede sobrevivir unos días sin ti hasta que determinemos el grado de amenaza. ¿Qué te preocupa? ¿Tus plantas?

—Pues ahora que lo dices, me gustan mucho mis plantas, sí.

Aunque no es que vayan a echarme de menos. Solo hay que regarlas una vez a la semana porque todas están en la sombra. Solo me preocupa la sarta de estupideces que diré y que estaré tentada de hacer si vivo con Ozzie durante varios días seguidos. Mi fuerza de voluntad tiene un límite.

—Nosotros nos encargaremos de las plantas si es necesario.

Ozzie hace señas a Thibault para que le dé algo y este le entrega una carpeta.

—Pero...

Ozzie levanta la vista del archivo que estaba abriendo.

—Eres una empleada de esta empresa y no puedo enviarte a tu casa si esta es un peligro para ti. Lo siento. Con un poco de suerte, neutralizaremos la amenaza en cuestión de días y tus plantas no tendrán tiempo de marchitarse.

Me quedo boquiabierta. Me siento avasallada, y aunque la idea de vivir con Ozzie no me disgusta del todo, me molesta la sensación de que no tengo voz ni voto en todo esto.

—Agradezco lo que has dicho y la preocupación, pero me temo que voy a tener que declinar tu oferta.

Asiento con la cabeza para que vean que hablo en serio. Dormiré con la puerta cerrada con llave y un cuchillo debajo de la almohada. Estaré perfectamente. Tal vez Dev me preste ese bastón de combate; parece que tengo mucha maña con él.

Thibault y Toni miran a Ozzie y este les hace una señal. Se levantan y abandonan la mesa en dirección a la sala de las espadas. Los oigo cerrar la puerta principal a su espalda. Supongo que esa seña de Ozzie era el mensaje en clave para decir: «Marchaos, que ya me encargo yo de convencerla».

—No voy a quedarme aquí, Ozzie; es mi última palabra.

Me mira con dureza, pero su expresión sigue impasible.

—Me iré a otro sitio si mi presencia te resulta tan incómoda.

—No es eso.

Me muerdo el labio cuando la mentira abandona mis labios. No se me ocurre ninguna excusa que tenga sentido. ¿«Me gusta ducharme en mi propia ducha»? ¿«Tu perra tiene gases»? ¿«Echaré de menos mi hibisco»?

—Sea lo que sea, estoy seguro de que podremos solucionarlo.

—¡Está bien! —exclamo, demasiado fuerte—. ¡Eres tú! Ya está, ya lo he dicho. ¿Contento?

—No.

No estoy segura, pero por la expresión de su rostro parece como si acabara de herir sus sentimientos. Opto por la súplica en lugar de la frustración.

—Vamos, Ozzie, tienes que entender lo difícil que es esto para mí.

—No, la verdad es que no lo entiendo. Explícamelo.

—No hace ni una semana que te conocí, y llevabas la barba más espantosa del mundo.

—No estaba tan mal.

—Sí, era horrenda. Seguramente hasta había unos pajaritos que habían hecho su nido ahí dentro. Pero entonces me salvaste la vida y te afeitaste la barba y preparaste una cena deliciosa y... ¡me besaste! Y no soy inmune a esos encantos, ¿sabes? No lo soy. Y como para mi bochorno he admitido ante ti hace un rato, hacía mucho que no me sentía así. Creo que estoy a punto de perder la cabeza por ti, algo que no es muy aconsejable cuando te tengo durmiendo al fondo del pasillo...

Se queda mirándome durante una eternidad. Me está poniendo de los nervios, pero me niego a decir una sola palabra más hasta que lo haga él. Nadie es tan testaruda como yo cuando me empeño. Además, ya me he humillado lo suficiente para un día.

—Así que, si te he entendido bien, lo que dices es que... soy irresistible. — Su expresión sigue siendo impasible.

—Lo has dicho tú, no yo.

—Si te prometo darte tu propio espacio, donde puedas cerrar la puerta con llave y estar tranquila, a tu aire, ¿te sentirás más cómoda?

—No, yo no he dicho eso. He dicho que quiero dormir en mi propia cama, en mi propia casa.

—¿Y arriesgarte a que alguien te haga una visita para asegurarse de que no puedas identificarlo y describirlo físicamente a la policía?

Dicho así, me resulta más difícil encontrar una respuesta, pero lo hago igualmente.

—Sí, correré el riesgo.

Se encoge de hombros.

—Muy bien. Tienes dos dormitorios. Me mudaré a tu casa y dormiré en el cuarto de invitados.

—¡No!

—Está bien, pues entonces le diré a Thibault que se quede él contigo.

—¡No, Thibault no!

Esto va cada vez peor. ¿Desde cuándo soy tan mala negociadora?

—¿Lucky? Podría llevarse sus peces de colores a tu casa sin problemas.

—No, rotundamente no.

No puedo molestar a mis compañeros de esa manera. ¡Qué vergüenza! Nunca me van a quitar ese apodo si necesito una niñera la primera semana. Además, no creo que corra peligro real, de verdad. Si ese tipo fuese por mí, ya habría hecho algo.

—Dev no puede —explica Ozzie—, y estoy segura de que Toni estaría protestando todo el día, así que eso me deja a mí como la única alternativa posible.

Alzo la barbilla.

—Me quedo con Toni.

No me importaría tanto si fuera una mujer quien se quedara conmigo en lugar de uno de los chicos. No sé por qué, porque hacer de niñera es hacer de niñera, da lo mismo quién sea, pero al menos con una mujer sentiría que se trata más bien de una compañera de piso temporal y no un guardaespaldas.

—¿Prefieres a Toni para que te proteja en lugar de a mí?

¿Son imaginaciones mías o parece dolido? Tal vez se haya ofendido; Toni es bastante enclenque.

—No, no es eso. Sencillamente, con Toni puedo ser yo misma. Y quiero ser yo misma cuando estoy en mi casa. —Ahora le hablo en tono suplicante—. Lo entiendes, ¿verdad?

Creo que casi lo he convencido. Lo tengo contra las cuerdas. Está a punto de dar su brazo a torcer, lo sé...

—No —dice—. Eso no tiene ningún sentido. Me quedaré contigo esta noche y en el futuro inmediato hasta que hayamos evaluado el riesgo y determinado que ya no existe o lo hayamos eliminado.

Me pongo de pie.

—¿Y si digo que no?

—Sé cuál es el código de la alarma de tu casa. —Parece a punto de sonreír, pero por suerte para él, es lo bastante listo para contenerse.

—No, no lo sabes.

No llegó a cambiarlo cuando estuvo en mi casa.

—Es el cumpleaños de Thibault.

La derrota después de una victoria que ya estaba cantada me desinfla como un globo.

—Maldita sea.

Él también parece un poco derrotado.

—¿De verdad sería tan malo tenerme en tu casa después del trabajo?

Me cruzo de brazos.

—No lo sé. ¿Serás capaz de tener las manos quietecitas?

Se encoge de hombros.

—Si tú eres capaz...

Me saca de mis casillas.

—Por favor... Anda y deja tu ego en la puerta, guapo, porque no pienso caer víctima de esos encantos que vas desplegando por ahí como la cola de un pavo real.

Suelta una carcajada.

—Conque la cola de un pavo real, ¿eh?

Le tiro un lápiz.

—Para.

Consciente de que cualquier cosa que diga a partir de ahora va a sonar a actitud defensiva y a estupidez, salgo de la habitación. Su voz me sigue afuera.

—¡No te marches sin mí!

—¡Me voy dentro de cinco minutos, así que más vale que estés listo! —Lo digo en serio. Me largo tanto si está listo como si no. No puede hacerme esperar. Estúpido, egoísta, autoritario... jefe.

Mis pies avanzan muy despacio, a pesar de que me digo a mí misma que tengo que darme prisa e irme. Tardo siglos en llegar al coche. Odio cuando mi cuerpo contradice así a mi cerebro. Parece que tener a Ozzie cerca me supone un grave problema, así que ¿cómo narices voy a hacer caso a mi cerebro cuando me diga que me mantenga alejada de él cuando mi cuerpo se muere de ganas de alargar la mano y tocar esos gloriosos músculos?

¡Argh, esto es un error...! Va a ser horrible.

Capítulo 35

Ah, pues la cosa no está yendo tan mal. Ozzie me sigue en su camioneta, con Sahara en la parte de atrás, pero me llama al teléfono y me dice que pare en un centro comercial por el camino. Cuando aparcamos el uno junto al otro, me comenta que allí hay una tienda de productos ecológicos muy buena con los ingredientes que necesita para hacer un pollo al curry para esta noche. Cuando le he dicho que no quería que se quedara en casa conmigo, se me había olvidado por un momento lo bien que cocina.

Hora y media más tarde estoy comiendo el último bocado de la cena más deliciosa que he probado en mi vida. Me duele el estómago de tanto exceso culinario, pero no me arrepiento de haber ingerido hasta la última caloría.

—¿Estaba bueno? —pregunta, bebiendo una cerveza. Es la segunda. Yo he optado por el agua, porque no confío en mi capacidad para no hacer el idiota en su presencia. Seguir estando sobria es mi única esperanza.

—¿Bueno? No. Bueno, no, lo siguiente. Excelente. Alucinante. Delicioso. —Me froto la barriga—. Puedes cocinar para mí cuando quieras.

—Entonces, ¿no te importa que esté aquí?

La pregunta es un desafío en toda regla. Me levanto y recojo los platos, preguntándome si debería lanzarme de cabeza a participar en el juego o ser directa. Voto a favor de la sinceridad y de llamar a las cosas por su nombre. Jugar con Ozzie puede ser peligroso. Tengo la impresión de que la que saldría perdiendo soy yo.

—Creo que en realidad no es que me importe que estés aquí, no es eso. Simplemente, no me gusta que me consideren débil.

—El hecho de que alguien pueda haberte convertido en su objetivo no te convierte en una persona débil. En tu caso, es una cuestión de estar en el lugar equivocado en el momento equivocado. Eso no refleja de ninguna manera quién eres ni si eres una persona fuerte o no.

Aclaro los restos de la cena bajo el chorro del agua del grifo mientras reflexiono sobre lo que acaba de decir.

—No sé... —A veces veo las cosas con mucha claridad mientras que otras veces todo lo veo turbio. Esta es una de esas situaciones no tan claras. Cada vez que los Hados parecen intervenir en mi vida, me pregunto si en realidad ejerzo algún control sobre ella—. Mmm..., supongo que me cuesta asimilar esas palabras y ver cómo cuadran con lo que ha pasado.

Es como una confesión por mi parte.

—¿En qué sentido?

—Bueno, empecé a hablar contigo porque te equivocaste de número.

—Otra de esas situaciones equivocadas en el momento equivocado —dice.

—No, en realidad, no.

Recoge unos platos de la mesa y me acompaña a la cocina. Se planta junto al lavavajillas y me quita algunos de los cubiertos de las manos para depositarlos en el lugar correspondiente del electrodoméstico.

—Estaba pensando que, aunque al principio parecía una equivocación y tú también parecías el hombre equivocado, con esa barba tan horrible y todo eso, pensándolo mejor y en retrospectiva, las cosas han salido bastante bien.

—Quieres decir que te alegras de que me equivocara de número.

—Sí. Número equivocado, hombre perfecto. —Sonrío—. Eres un jefe estupendo.

Lanza un gruñido mientras se agacha junto al lavavajillas para colocar un plato en la parte de atrás.

—¿Tú crees?

—Sí, lo creo. Ofreces un buen lugar de trabajo a tus empleados, los compensas generosamente con complementos salariales y te preocupas por su seguridad. De hecho, estás aquí en mi casa, asegurándote de que no me pase nada malo. Eso no lo hacen muchos jefes.

Se incorpora y me quita el siguiente plato, pero no se agacha para introducirlo en el lavavajillas.

—Tienes razón. No lo hacen muchos jefes.

Sonrío.

—¿Lo ves? Eres un jefe estupendo.

Me mira con aire socarrón.

—Aunque si te soy sincero, no creo que lo hiciera por Lucky y sus peces de colores.

Obligo a las mariposas a emigrar para que no se me instalen en el pecho ni en el estómago. Solo se está haciendo el gracioso.

—Bueno, es que él es un hombre. Y está muy preparado físicamente.

Le quito el plato a Ozzie y lo coloco en el lavavajillas yo misma. No pienso tolerar que esto se convierta en un flirteo. Podemos ser dos adultos que comparten

el mismo espacio sin que las cosas se compliquen.

—Tampoco estoy seguro de que lo hiciese por Toni —dice.

Ahora ya no estoy tan segura de que no esté hablando con segundas sobre nosotros dos. Intento quitarle hierro igualmente.

—Ella también está muy preparada físicamente.

—Sí, sí que lo está.

Deja el siguiente plato en el lavavajillas. A continuación, se agacha para recoger la bayeta del borde del fregadero y sale de la cocina para limpiar la mesa. El olor de su cuerpo permanece a mi lado y lo inhalo con fuerza.

Es una lástima que haya dejado la conversación, pero me alegro de tener un momento a solas para recomponerme. Madre mía. Está diciendo que soy especial. No ha llegado hasta el extremo de decir que le gusto, pero tengo esa impresión, cada vez más.

Entonces, ¿qué hago? ¿No darme por enterada? ¿Seguir el juego? ¿Enviarle señales de que no me interesa? ¿Enviarle señales de que sí me interesa? Necesito hablar con mi hermana urgentemente. Ella sabrá qué hacer.

—¿Te importa si subo un momento a la habitación para hablar por teléfono? —le digo, secándome las manos con un trapo de cocina—. Mi hermana se pone un poco nerviosa si no la llamo cada noche.

—Sí, claro. Ya acabo yo de recoger. Luego me pondré con el ordenador en el salón, si te parece bien.

Lo invito a hacerlo con un gesto.

—Sí, claro, ningún problema. Mi contraseña está en un papel pegado junto a la ventana, frente al ordenador. Haz lo que quieras.

Suelto el trapo de cocina y voy hacia la escalera con paso fingidamente despreocupado cuando, en realidad, me muero de ganas de salir corriendo a marcar el número de mi hermana y contarle con pelos y señales todo lo que ha pasado durante el día con el entusiasmo de una colegiala. Sin embargo, tengo que comportarme como la adulta que soy y ejercer un poco de autocontrol. Tampoco pasa nada del otro mundo si Ozzie quiere acostarse conmigo. Los dos somos mayores de edad. No es que vaya a enamorarme de él...

Cierro la puerta del dormitorio y pongo música, para que no oiga lo que digo si por casualidad se acerca a la puerta. Mi hermana responde al tercer tono.

Capítulo 36

—Esperaba tu llamada mucho antes —me regaña.

—Lo sé, pero es que tenía mucho trabajo.

Felix se sube a la cama y se acurruca en mi regazo. Le acaricio la cabecita y las orejas con aire ausente mientras me concentro en mi hermana.

—Supongo que eso son buenas noticias. Hablas de tu nuevo empleo, ¿verdad?

—Sí. ¿Cómo están los niños? —Necesito tiempo para ver cómo le planteo a Jenny que Ozzie se ha venido a vivir conmigo una temporada. La distraeré hablando de los niños mientras pienso.

—Bien. —Lanza un suspiro—. Miles vendrá a recogerlos el fin de semana, o al menos eso dice.

—Eso te irá muy bien.

—Si de verdad aparece.

—¿Y qué vas a hacer con dos días enteros para ti sola?

—Pues no sé. Darme un baño de espuma con una botella de vino. Ver una peli. Hacerme la manicura. Dormir doce horas seguidas.

—Llámame si necesitas compañía. Salvo para lo del baño. Se acabó lo de bañarme contigo.

—Podrías sentarte en el váter y rellenarme la copa de vino.

—Sí, supongo. —Sonrío. No me importaría nada ir sirviéndole vino mientras se baña. Es lo menos que puedo hacer por la persona que me enseñó a ir en bicicleta y a atarme los cordones de los zapatos.

—Bueno, ¿y tú qué tal? —pregunta—. ¿Cómo va el nuevo trabajo?

—Muy bien. Estoy recibiendo formación. —Decido no contarle los detalles sobre las labores de vigilancia, se preocuparía demasiado—. He sacado unas fotos y he hecho un poco de combate cuerpo a cuerpo. —Ay, debería haberme callado eso también.

—¿Qué? ¿Qué has dicho de un combate?

Me río al recordar la imagen de Dev doblado sobre su estómago. Espero

que reírme de eso no me convierta en una sádica.

—Sí, uno de los chicos, Dev, ya te he hablado antes de él, el alto... Hoy intentó atacarme por sorpresa, pero yo ya llevaba un arma preparada, así que perdió y acabó en el suelo.

Jenny tarda mucho tiempo en responder.

—Cariño, estoy preocupada.

Me da un vuelco el corazón.

—¿Por qué?

—La verdad, no estoy segura de si debería inquietarme más el hecho de que tus compañeros te ataquen o que a ti te parezca lo más normal del mundo. Ambas son situaciones bastante extrañas para una persona normal. Tú antes eras normal. ¿Qué te ha pasado en ese sitio?

Visualizo la imagen de Ozzie de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho. «Ozzie me ha pasado, hermanita. Es Ozzie», pienso.

—Estoy perfectamente, de verdad, te lo prometo. Aunque necesito tu consejo con respecto a una cosa.

—¿Tiene algo que ver con ese trabajo tan raro?

Ahora estoy nerviosa. Tal vez llamarla haya sido un error. Ya está juzgándome.

—Pues... sí...

—Te escucho.

Es demasiado tarde para otra cosa que no sea confesar. Intento hablar en tono despreocupado para que no le entre el pánico.

—Ozzie se ha venido a vivir a mi casa unos días. —¡Sí, señora! ¡Así se hace! Directa al meollo, sin paños calientes.

—¡Dios mío! ¡¿Lo dices en serio?!

Al menos no parece muy enfadada.

—Es un poco complicado.

—¿Te gusta? ¿Le gustas a él? ¿Ya os habéis acostado?

—¡No! ¡Para! Escúchame.

—Muy bien, te escucho. Pero acuérdate de que no tengo vida, así que sea lo que sea, me va a parecer mucho más emocionante de lo que es en realidad.

Me río.

—Ah, muy bien. Gracias por la advertencia de no tomarme tu entusiasmo muy a pecho.

—No he querido decir eso, pero adelante. Me muero de ganas de oírlo todo, con pelos y señales.

—¿Te acuerdas de la noche que le estaba enviando mensajes de texto pensando que eras tú?

—Sí.

—Bueno, pues el hombre que nos disparó en el bar... Resulta que puedo identificarlo. Y a Ozzie le da miedo que el hombre averigüe quién soy, así que se ha venido aquí conmigo hasta que puedan valorar el riesgo.

—O sea que tu vida corre peligro.

—No lo digas de esa manera, Jen. De verdad, no es nada.

—Pues yo estoy bastaaante segura de que sí es algo, la verdad.

—No, no lo es. Te lo prometo. Tengo una alarma y un sistema de seguridad estupendos, tengo a Ozzie y a su perra gigante aquí conmigo, tengo a Felix...

—Que sería una gran ayuda para hacerle cosquillas en los tobillos a un asesino, siempre y cuando este no lo estampe antes contra una pared.

—Eres mala.

—No soy mala, May, estoy preocupada por mi hermana. Y como te he dicho antes, creo que tu nuevo trabajo te ha distorsionado el sentido de la realidad. Cuando un hombre armado va por ti, te mata. Usa balas. No se presenta en tu puerta, llama al timbre y mantiene una conversación contigo primero. Puede dispararte incluso a través de una ventana o una pared. Es verdad. Lo he visto en los programas sobre crímenes reales.

Su voz me recuerda a mi conciencia. Hasta hablan con el mismo tono.

—Bueno, esta es mi vida, Jenny. Vi lo que vi cuando salí a rescataros a ti y a los niños y ahora no puedo dar marcha atrás a eso.

—¡Es totalmente injusto culparme de esto a mí!

—No te estoy culpando de nada. —Inspiro hondo para calmarme—. O no es esa mi intención. Lo único que digo es que ha sido el destino: el hecho de recibir aquel mensaje de texto en mi teléfono cuando tú pensabas comprarte un teléfono nuevo, ir al Frankie's justo cuando Ozzie estaba allí de infiltrado, la casualidad de que sea fotógrafa cuando precisamente necesitan una fotógrafa... es todo obra del destino. Tenía que suceder.

—¿Y crees que el hecho de tener a Ozzie durmiendo en tu casa ahora mismo también es cosa del destino?

—No lo sé. Por eso te he llamado.

—¿Quieres que te diga si tener a Ozzie ahí es obra del destino o no?

—Más o menos.

—Estás pensando en acostarte con él, ¿verdad? —Su tono de voz pierde el deje de enfado—. Eres una golfa...

—Para. No tiene gracia.

—No, tienes razón, no tiene gracia. Es tu jefe. Está ahí para asegurarse de que nadie te haga daño.

—Entonces estás diciendo que no debería acostarme con él.

—No, no estoy diciendo eso. Solo estoy diciendo lo que estoy diciendo.

—Estás diciendo lo que estás diciendo. Eso no tiene ningún sentido.

—Estoy diciendo que es complicado.

Levanto la mano bruscamente en el aire.

—¡Por eso precisamente te he llamado!

Felix me mira, lleno de inquietud. Le doy una palmadita en el lomo y vuelve a dormirar, con la cabeza apoyada en mi muslo.

—Bien. Analicemos la situación.

—Sí. —Siento un enorme alivio—. Vamos a analizar la situación.

—Es tu jefe.

Miro al techo con impaciencia.

—Eso ya lo hemos hablado.

—Es muy, muy guapo.

—Mucho. —Sonrío. Es taaan tierno... Si tuviese dieciséis años otra vez, escribiría su nombre en todas mis carpetas.

—Y él está dispuesto, supongo...

—Ya me ha besado dos veces. O una y la segunda a medias.

—¿Quién frustró el segundo intento?

—Yo.

—Muy bien.

—¿Y eso por qué es bueno?

—Te da ventaja mental sobre él. Muy bien, ¿qué más?

—No sé. —Ahora me entra la depre. Todo esto es muy complicado—. No pienso con claridad cuando lo tengo cerca. Sí, es mi jefe, y sí, está aquí por razones profesionales, y no, no quiero que me rompan el corazón. Eso es lo único que pienso.

—¿Y el sexo? ¿Has pensado en eso?

—La verdad es que no. —Me pongo roja solo de pensarlo—. A ver, siento una atracción muy, muy bestia, pero cada vez que estoy cerca de él, me pongo tan nerviosa que solo digo estupideces, y luego tengo que alejarme para poder volver a pensar con claridad.

—Caramba. Vaya, vaya... Pues sí que te ha dado fuerte.

—¡Ya lo sé! —protesto con un gemido, desplomándome hacia atrás en la cama. Me quedo mirando el techo mientras Felix se sube a tumbarse sobre mi pecho—. Es inteligente, duro, fuerte y sexi, y cocina como un chef profesional, y...

—Y es tu jefe.

Caigo de las nubes de repente y me doy de bruces con la realidad.

—Sí. Es mi jefe.

—¿Y qué es lo peor que podría suceder? Si te acostaras con él, quiero decir.

Lo pienso durante unos segundos.

—Supongo que podría no funcionar y entonces la situación sería muy incómoda y acabaría teniendo que renunciar a mi nuevo trabajo.

—Y estarías justo como estabas al principio y aquí no ha pasado nada.

—Pero es que me gusta mi nuevo trabajo.

—Sí, ya lo sé, pero solo digo que, en el peor de los casos, no estarías peor que antes de conocerlo.

—Salvo por la parte del corazón roto.

—Bah, los corazones rotos se curan. Te lo digo yo.

—También podría perder el respeto de mis compañeros de trabajo.

—A quienes ni siquiera conoces realmente, y en cuanto te conozcan a ti un poco mejor, te perdonarán. Además, a lo mejor les gustaría que su jefe tuviera una relación amorosa.

—¿Qué quieres decir?

—Todo el mundo sabe que los jefes que follan con regularidad son mucho más razonables.

—¿Todo el mundo sabe eso?

—Sí.

—Pues yo no lo sabía.

—Bueno, porque eres joven.

—¡Y tú solo tienes treinta y dos años!

—Pero soy más sabia de lo que corresponde a mi edad.

—Está bien. Así que ¿crees que debería irme a la cama con él, entonces?

—Creo que deberías hacer lo que te dicte el corazón, porque si la cosa no funciona, estarás bien, y si la cosa funciona, estarás aún mejor.

Sonrío de oreja a oreja.

—Te quiero, Jenny. Eres tan lista...

Lanza un suspiro.

—Pensabas acostarte con él de todos modos; daba igual lo que yo dijera.

—Eso no es verdad. Valoro mucho tu opinión.

—Sí, pero estás loquita por él. No hay sentido común en el mundo capaz de poner freno a ese tren cuando se trata de sexo. Hazlo y punto. Preveo que vas a alegrarte de haberlo hecho.

De pronto siento unas ganas incontenibles de ver a Ozzie.

—Vale. Tengo que colgar.

Se ríe.

—¿Tan rápido? ¿No quieres hablar del nuevo programa informático que

estoy diseñando? Es muy interesante.

—Seguro que sí. —Trabaja para una empresa que hace aplicaciones de recuento de calorías para el teléfono—. Ya me lo contarás este fin de semana.

—¿Te veremos este fin de semana? ¿Estás segura de que no estarás ocupada practicando toda clase de posturas sexuales con tu nuevo novio?

—No es mi novio.

—Todavía no.

—¡Jen, para! ¡Ahora me estás agobiando!

—Está bien, ya paro. Te quiero. No hagas nada que no haría yo.

—Pero si tú eres una golfa total.

—¡Hace mucho tiempo, sí! ¡Pásalo bien! —grita entusiasmada colgar.

Suspiro de felicidad mientras dejo el teléfono a mi lado en la cama. Mi hermana ha dado luz verde a este *affaire*. Mi hermana y los Hados han hablado. Ha llegado el momento de decirle a Ozzie lo que siento.

Capítulo 37

Encuentro a Ozzie en la sala de estar, tecleando en su ordenador. Ha tapado las ventanas con uno de mis cubresofás. Sahara está durmiendo en el pasillo. Felix se reúne con ella allí y busca acomodo en sus patas. La perra le hace sitio para que se instale y siento un cariño aún más intenso hacia ella. A partir de ahora tiene permitido tirarse ventosidades en mi sala de estar.

—¿Qué pasa? —pregunto, sentándome cerca de Ozzie.

Cojo una revista para demostrar lo tranquila y relajada que estoy. No puede saber que toda yo estoy ardiendo por dentro, imaginándome cómo le digo que quiero su cuerpo contra el mío. Odio que Britney Spears esté cantando en mi cabeza ahora mismo.

Para entretener mi cerebro hiperactivo, practico distintas frases picantes mientras espero su respuesta:

«Parece que tienes calor con esa camisa. Tal vez deberías quitártela».

«¿Tienes novia? ¿Te gustaría tenerla?».

«Estaba equivocada, Ozzie. Muy equivocada. Métete conmigo en la cama ahora mismo».

«¿Vienes mucho por aquí?».

«Sexo. Quiero sexo. Ya».

—No mucho —dice, ajeno a mis fantasías—. Solo estoy revisando unas cámaras que tenemos instaladas por la ciudad. —Gira el portátil en mi dirección. Hay varias ventanas abiertas en la pantalla. Cuando reconozco las casas en una de ellas, señalo con el dedo.

—¡Eh! ¡Ese es nuestro objetivo de hoy!

—Sí. —Amplía el tamaño de la ventana—. Parece que hay actividad.

Veo dos coches aparcados fuera, y otro que acaba de llegar. La calidad de las imágenes no es muy buena, y los sujetos que caminan por la calle solo están iluminados por la luz de las farolas, pero sí me permiten fijarme en una cosa.

—¡Es ese tipo! —exclamo, levantándome para poder colocarme junto al ordenador—. Justo ahí. Es el calvo.

Señalo la pantalla.

—Sí, es verdad —dice Ozzie, escribiendo muy rápido en el teclado.

La imagen se amplía, como si la cámara del dron estuviera haciendo *zoom*.

—¡Caramba! —exclamo—. Eso es alucinante.

—No tanto como lo que estás a punto de ver.

Me dedica una sonrisa exultante y luego pasa a otra pantalla. A su derecha, en mi escritorio, hay un mando de control remoto en el que no había reparado hasta ahora, conectado al puerto USB de su ordenador.

Escribe con los dedos de la mano izquierda en el teclado mientras sujeta el mando con la derecha. De repente vemos otra vista de la casa, pero la imagen se está moviendo, y va mucho más rápido que el Parrot que he tenido hoy en mis manos.

Siento una especie de mareo, desde esta perspectiva.

—¿Qué está pasando?

Es como si hubiera arrancado al dron del poste y lo estuviera pilotando.

—Es otra escucha que tenemos.

—¿Otra escucha?

—Dispositivos profesionales de escucha. Aparatos electrónicos para captar conversaciones y esas cosas. —Habla distraídamente mientras se concentra en lo que está haciendo. El aparato que se dirigía hacia la casa ahora sobrevuela el lateral.

—¿Adónde va?

—Mira y verás.

Cuando llega a una valla de madera destartada que conduce al jardín trasero, se detiene. Allí hay varios individuos disfrutando de lo que parece una barbacoa. Ozzie presiona una de las teclas de función de su portátil y de repente se oyen unos ruidos que salen de su ordenador. Ruidos de fiesta.

—¡Qué fuerte! ¡Es un micrófono! ¡Como en las películas! —exclamo, aplaudiendo con las manos como una niña pequeña. Cuando me doy cuenta de que parezco Sammy felicitándose a sí mismo en la taza del váter, me callo.

—Sí, solo que este es de verdad. —Presiona otro botón—. Ahora lo grabaremos todo y analizaremos los datos luego.

—¿Puedo ayudar con esa parte?

—Contaba con eso.

Eso me produce una agradable y cálida sensación. Cuenta conmigo. Qué bien. Con un poco de suerte, ese micrófono captará algo importante. Suponiendo que no lo descubran, claro está. Aunque no estoy segura de cómo pueden no verlo, la verdad. Sí, es cierto que están celebrando una fiesta, pero eso no los convierte en ciegos.

—¿Y no van a notar que tienen un dron en la valla?

—Este no. Es del tamaño de una libélula y además parece una de verdad.

—Vaya... Eso da un poco de miedo. —Miro alrededor en el salón, preguntándome si habrá algún micrófono escondido aquí también.

Vuelve la cabeza para mirarme y aparta las manos del mando y del ordenador al mismo tiempo.

—¿Querías decirme algo antes?

De repente, la conversación con mi hermana se hace otra vez presente y paso de la fascinación al nerviosismo absoluto de nuevo.

—Mmm..., eeh... Pues... —¡Argh! ¡Mi cerebro y mi boca no se coordinan!

—¿Estás bien? —pregunta Ozzie, frunciendo el ceño al ver mi expresión.

—Sí, claro, estoy bien.

Ufff, menos mal, el cerebro ha vuelto a conectarse. Ahora, si además mi presión arterial se normalizara, sería estupendo.

Me levanto y me alejo un poco de él, pero me paro cuando me doy con las pantorrillas en el borde de una silla. Me siento en ella con la esperanza de no dejar traslucir los nervios que siento.

—He hablado con mi hermana y luego se me ha ocurrido bajar a ver qué hacías. —Miro el reloj—. Normalmente no me voy a la cama hasta después de las diez.

—Yo tampoco. —Se inclina hacia atrás en la silla de la oficina y la hace chirriar con el ligero movimiento de su balanceo—. Supongo que entonces aún nos quedan un par de horas para matar el tiempo.

Me mira de arriba abajo. Por la forma en que se balancea, parece que esté asintiendo con la cabeza y dándome su aprobación.

Ufff. Qué calor...

No puedo sostenerle la mirada y me paseo con los ojos por la habitación.

—Sí, tenemos un par de horas. Podríamos ver la tele —le propongo, encogiéndome de hombros. Supertranquila. Supernormal. Puedo ver la tele con un hombre guapo y sexi durante dos horas y mantener las manos quietas. Aunque tal vez sea mejor que prepare unas palomitas de maíz. Para tener las manos ocupadas.

—Podríamos. —Asiente despacio con la cabeza. La silla ha dejado de moverse, así que ahora ya sé que lo hace a propósito esta vez. Creo que podría estar conteniendo una sonrisa, pero es difícil saberlo con certeza.

—Podríamos... jugar a las cartas —le propongo.

Deja de asentir.

—Podríamos hacer eso o...

Me encojo de hombros y abro la boca, y ya no puedo contener las palabras, que se desbordan como un río.

—O podríamos irnos a la cama juntos. Zanzar esto de una vez.

¡Dios mío! ¡Acabo de decir eso en voz alta! ¡Socorro! ¡Acabo de hacer el ridículo más espantoso de mi vida!

—Eso siempre es una opción —dice con la misma tranquilidad de antes. Pero ¿a qué coño juega...?

Lo miro directamente y lo pillo sonriendo.

—Deja de mirarme así —digo, casi sin aliento por culpa de los nervios. Además, estoy sudando, por supuesto. Con un poco de suerte, espero que no lo haya notado.

—¿Cómo se supone que debo mirarte? Acabas de insinuar, ¿sabes?

—No, no es verdad.

Frunzo el ceño como si el loco fuera él y no yo. Dudo que sea muy convincente ya que podría decirse que llevo una etiqueta en la que pone: «Hola, me llamo Loca, Loca de Remate». Desvió la mirada como si hubiese algo muy interesante que requiere mi atención inmediata en las estanterías.

—Puede que esté algo oxidado en esa materia, pero estoy bastante seguro de que sí te has insinuado.

—¿En qué materia? —Ahora goza de toda mi atención. ¿Está confesando que él tampoco ha tenido relaciones en mucho tiempo? ¿Igual que yo? ¿Venimos los dos de una larga y desesperante etapa de sequía?

—En materia de mujeres que se arrojan a mis brazos.

Me levanto de golpe, con la indignación rezumando por todos mis poros.

—¡No he hecho tal cosa! ¡Cómo te atreves!

¡Esto es lo más humillante que me ha pasado en la vida! ¡Un auténtico ultraje! ¡Es una pesadilla! ¡Ni en el peor de los casos hubiera imaginado una situación tan desastrosa! ¡Tengo que huir!

Él también se levanta de un salto y me sujeta para abrazarme con fuerza antes de que pueda escapar. Se está riendo, el muy cabrón.

—¡Era broma! ¡Te estaba tomando el pelo! —Entierra la cara en mi cuello mientras trato de escaparme—. Cálmate, Pastorcilla, antes de que le hagas daño a alguien.

—Te voy a hacer daño a ti en cuanto me sueltes. —Poco a poco la indignación va remitiendo y rápidamente siento la agradable calidez del tacto de su piel. Nuestros cuerpos se tocan de la cabeza a los pies. Voy a darle una bofetada de todos modos, por supuesto, pero después podría hacer algo más...

—Bah, pero tú no quieres hacerme daño, ¿a que no?

Dejo de retorcerme entre sus brazos.

—Más o menos.

Me besa la delicada piel del cuello y acaba con mis últimos vestigios de resistencia.

—¿Estás segura? —pregunta en voz baja.

Suspiro con una mezcla de alegría y derrota.

—No estoy segura de nada cuando se trata de ti, Ozzie. Lo digo en serio. Ahora mismo estoy muy confusa.

Es un completo desconocido y, al mismo tiempo, no lo es. Es un leñador tosco y zafio con una barba horrorosa, pero resulta que no. Es peligroso, pero resulta que tampoco. ¡Ay! Será mejor que algo empiece a tener sentido de una vez...

—Bueno. Me gusta la confusión. —Lanza un gruñido y me mordisquea el cuello.

—¡Ay! Ten cuidado —le digo, empujándole el pecho como si quisiera escapar.

Sin embargo, sabe que todo es puro teatro. Los dos lo sabemos. Además, no voy a salir de esta jaula hecha de puro músculo hasta que él quiera soltarme. Con un poco de suerte, eso no sucederá hasta dentro de mucho tiempo. La palabra «siempre» desfila por mi mente.

Me está besando otra vez, succionando despacio el punto donde me había mordido antes. Un escalofrío me recorre la espalda, vértebra a vértebra, y siento como si todo mi cuerpo estuviera en llamas. Mi sistema nervioso se está volviendo loco. Sus besos continúan su recorrido por mi cuello y me lame la piel cerca de la oreja, antes de cambiar de dirección y bajar hasta mi hombro. Se me acelera el pulso y respiro con dificultad. Tengo los pezones erectos bajo el sujetador y siento una quemazón abrasadora en otras zonas de la parte inferior del cuerpo.

Él lanza un gemido.

—Mmm... Qué bien sabes. Me pregunto... ¿saben igual de bien todas las partes de tu cuerpo?

Ahora tengo la entrepierna en llamas. Genial. ¿Cómo voy a decirle que no?

Desliza la mano izquierda por mi espalda y me agarra del trasero, apretándolo con fuerza y utilizándolo para empujarme contra él. Está duro como una roca. Siento su excitación a través de todas las capas de ropa y confirmo que el tamaño de su miembro es igual de grande que el resto de su cuerpo. Dios...

De pronto, oigo un extraño pitido procedente de la zona del receptor.

Ozzie se queda paralizado un par de segundos y luego aparta las manos de mi cuerpo. Retrocede unos pasos, anunciando a voz en grito con cada fibra de su cuerpo que está en posición de alerta.

Me quedo aquí plantada como un maniquí en el escaparate de un *sex-shop*. Dejo los ojos cerrados unos segundos hasta que me doy cuenta de que se está alejando.

—¿Qué...?

—Chissst... —Se lleva un dedo a los labios mientras se dirige al recibidor.

Abandono el papel de maniquí y lo sigo hasta el teclado de la alarma de mi puerta. El número ocho está encendido, con una luz roja. Eso me da mala espina, la verdad. Creo que eso se debe en parte a que Ozzie ha pasado de ser mi potencial amante sexi a convertirse en una especie de miembro de un comando listo para atacar. Verlo entrar en acción resulta aterrador y muy excitante a la vez.

—Quédate aquí —dice Ozzie, tirándome de la muñeca para que vaya al cuarto de baño junto a la puerta principal—. Entra, cierra la puerta y no salgas hasta que te lo diga.

—Pero... —Bueno, la situación ha dejado de ser excitante. Esto me da miedo. No quiero jugar más.

—¿Me oyes? Dime que me has entendido.

Me coge por la barbilla y me sujeta la cara. Me mira con tal intensidad que no tengo más remedio que asentir.

—Te he oído y te he entendido —digo, vocalizando todo lo posible a pesar de que aún me agarra de la mandíbula—. ¿Qué significa esa luz en el teclado?

—Es una posible alerta de intruso.

El corazón me da un vuelco. ¿Van a dispararme? Será mejor que no. Ozzie y yo acabábamos de empezar...

—¿Por qué no ha saltado la alarma? —susurro.

—Porque todavía no han accedido a la casa. La señal indica que alguien ha traspasado los límites de la propiedad.

Entonces me doy cuenta de que se ha encendido una luz exterior en el jardín delantero. ¿Cuándo han instalado eso? No recuerdo que tuviera ese tipo de luz antes.

—¿Cuándo lo habéis...? ¿Desde cuándo tengo...?

—La hemos instalado esta tarde. Le pedí a Thibault que viniera e instalara el sistema. —Se inclina y me besa en la boca antes de soltarme y dejarme sola en el baño.

Me asomo al otro lado de la puerta después de que se haya ido.

—Felix —susurro—. ¡Ven aquí!

Felix se acerca muy obediente y entra en el cuarto de baño. Las diminutas garras de sus patas resuenan en el suelo de baldosas como si fueran zapatos de claqué. Cuando ya he cerrado la puerta y estamos seguros dentro, me hundo en la alfombra del baño y empiezo a sufrir el mayor ataque de pánico de la historia.

Capítulo 38

No oímos nada durante lo que parece una eternidad. Entonces, de pronto, salta la alarma y por poco asfixio a Felix al abrazarlo del susto. Gime de dolor y me muerde en el brazo.

—¡Ay! ¡Serás gamberro!

Lo levanto, me meto en la bañera y cierro la cortina detrás de nosotros. Felix se siente mal por haberme mordido, así que ahora intenta compensármelo dándome un baño de lametones en el brazo. Genial. Lo que me faltaba. Me encojo hasta convertirme en el ser humano más pequeño posible, junto al grifo de la bañera, y rezo para que Ozzie no salga herido mientras intenta salvarnos la vida a mí y a mi pequeña bolita peluda. Oigo las palpitaciones de mi propio corazón. Y el de Felix.

A través de la puerta llegan los poderosos y amenazadores ladridos de Sahara. Felix se anima y comienza a ladrar también. Le cierro el hocico y sus agitados ladridos salen amortiguados.

—¡Guau! ¡Guau! ¡Guau!

El pequeñín está enfadado, pero no pienso dejarlo salir a que lo pateen y lo estampen contra la pared. Jenny tenía razón: Felix atacaría los tobillos y lo pagaría caro.

Un siglo después, el tiempo suficiente para que se me haya empapado la camisa de sudor, se oye la voz de Ozzie entre los estrepitosos ladridos de Sahara. Está diciéndole a alguien de la compañía encargada de la alarma que todo está en orden. Luego se planta junto a la puerta del baño.

—¿Cuál es tu contraseña? —pregunta.

—¿Quién está ahí? —Quiero que Ozzie sepa que al menos preguntaría antes de confiar en una voz que oigo a través de la puerta. Ya soy prácticamente una especialista en seguridad.

—Soy yo, Ozzie. Necesito decirles el código de la alarma o enviarán a la policía.

—¿Estás solo o alguien te está apuntando con una pistola?

—Abre la puerta y compruébalo tú misma.

Ozzie nunca me diría que hiciera eso si hubiese un malo de verdad por ahí. No lo conozco muy bien, pero lo sé. La verdad es que me lo imagino perfectamente sacrificando su propia vida por la de cualquier persona de su equipo, incluida yo. Salgo de la bañera y abro la puerta.

—Es «Sahara» —digo en voz muy baja, pero que le permita oírme a pesar de la alarma.

Ozzie está hablando por mi teléfono.

—Sahara.

Me mira con una expresión muy elocuente en los ojos, pero cuyo significado no acierto a interpretar del todo. Podría ser el estrés de haberse enfrentado a la situación u otra cosa. No lo conozco lo suficiente para saberlo con certeza, y ahora ya no estoy segura de que pueda llegar a conocerlo tan bien.

No se parece a ningún hombre al que haya conocido antes. Hace solo unos minutos, cuando pensaba que había un intruso, no vaciló ni un instante: me hizo encerrarme en el cuarto de baño y fue a ocuparse del intruso. Nunca me he sentido tan segura en toda mi vida, ni tan importante para alguien. Pensaba que la admiración y la atracción que sentía por aquel hombre eran insuperables, pero estaba equivocada: ahora lo adoro aún más. Me lanzaría sobre él en el suelo del baño en este mismo momento si me lo pidiera.

—Bien, gracias —le dice a la persona por teléfono—. Ahora la restablezco. No den por sentado que es una falsa alarma si vuelven a recibir otra llamada esta noche. —Asiente con la cabeza varias veces—. Gracias. Adiós.

Cuelga y me da el teléfono.

—¿Qué demonios ha sido eso? —Salgo de mi escondite con las piernas temblorosas. Felix quiere bajar al suelo, pero no voy a dejarlo todavía. Sahara está a mis pies, olfateando sus patas desde abajo.

—Alguien ha entrado en tu propiedad, pero lo he asustado al activar la alarma.

—¿Has visto a alguien?

—No, pero es lógico suponer que fue el hombre que te vio en el bar.

—¿Por qué? Podría haber sido un gato o un perro o un mapache... —No quiero que sea uno de los malos, quiero que sea una falsa alarma. Estoy segura de que hay una explicación perfectamente razonable para que se haya encendido esa luz.

—¿En este barrio tenéis mapaches que midan un metro veinte? Porque esa es la altura mínima que acciona el dispositivo.

Ahora estamos en medio de la sala de estar. Mi indignación se ha convertido en miedo.

—No.

—La alerta solo se activa cuando un objeto del tamaño de una persona traspasa el borde de tu propiedad. Por desgracia, quienquiera que fuera, si tiene nociones sobre sistemas de seguridad, ahora ya sabe que hay un sistema de alerta de perímetro.

—Y eso es malo porque...

—Porque ahora puede desactivarlo, y entonces no te servirá para nada.

—Pero pensaba que este sistema era lo último en tecnología. —Estoy gimoteando y lloriqueando, como una niña pequeña. No puedo evitarlo.

—Nada es lo último de lo último para alguien bien informado y lo bastante decidido.

Me llevo un chasco.

—Vaya. Qué mierda.

—Creo que lo mejor sería que te vinieras a mi casa, en serio.

Me muerdo el labio, considerando mis opciones:

«Plan A: Quedarme aquí y temer por mi vida y posiblemente poner la vida de Ozzie en peligro también o...

Plan B: Ir a su casa, con esa nave industrial gigante alrededor como protección. Y las armas. Y las espadas. Y los bastones de combate. Y esa cama con las sábanas de satén negro...»

—Está bien. Me iré a tu casa.

Sí, ha sido fácil, la verdad.

—Gracias. —Se acerca y me rodea la cintura con los brazos.

—Con una condición —digo, apoyándole el dedo en el pecho para impedir que se acerque más.

—¿Cuál?

Ni siquiera puedo pensar en una condición. Quiero decirle que la condición es que no puede poner en práctica ninguno de sus trucos para llevarme a la cama, pero entonces me estaría castigando a mí misma en el purgatorio sexual. ¿Ver a Ozzie todos los días, sin poder tocarlo? No, gracias. Además, tampoco necesita ningún truco conmigo para eso. Yo ya se lo he propuesto, como él mismo ha señalado antes de forma tan poco delicada.

—Tendrás que cocinar —digo, consiguiendo en el último momento no quedar como una idiota—. Yo no sé cocinar y a ti se te da muy bien.

—Hecho.

—Y... —Le acerco el dedo a la barbilla.

Le brillan los ojos.

—¿Y...?

—Y... Tendrás que enseñarme a utilizar ese bastón de combate.

—Dev podría enseñarte.

—Pero quiero que lo hagas tú.

—De acuerdo, muy bien. Te enseñaré a usar el bastón de combate.

—Y... —Deposito la mano suavemente en su mejilla.

—¿Y...? —Su voz es poco más que un susurro. Está sonriendo.

—Y no quiero que tengas muchas expectativas.

Ya está. Ya lo he dicho; ya he expresado mi mayor miedo. Soy un desastre en la cama. Me lo han dicho tres hombres diferentes, así que me lo creo. Y nunca he experimentado las sensaciones que describen otras mujeres en las revistas y los *blogs* de sexo, así que está más que confirmado. Algunas mujeres son auténticas tigresas en la cama, pero yo soy más bien como un gatito pequeño y débil. No es que no lo intente, es que fracaso estrepitosamente a pesar de intentarlo.

La verdad es que mi peor pesadilla no es que haya un asesino en potencia buscándome para matarme, sino estar condenada a tener sexo mediocre el resto de mi vida; así que tendré que encontrar a un hombre que se conforme con eso el resto de su vida. Sí, es posible que mis prioridades sean un poco distintas a las habituales, pero ser mala en la cama puede resultar bastante demoledor.

Continúo con mi confesión.

—No soy demasiado buena en la cama, y no quiero que te lleves una decepción, así que te lo digo sin tapujos. Ya está, ya te lo he dicho.

Todavía está sonriendo.

—No es broma, Ozzie. Soy un desastre en la cama. Lo digo en serio. Pero no me penetres así con la mirada...

—De acuerdo, no con la mirada.

Me pongo roja al captar el doble sentido de sus palabras.

—No quiero decir que yo quiera..., literalmente...

Finge una mueca de decepción.

Me río y esa risa parece absurda en mis labios, así que la corto inmediatamente.

—Por supuesto que quiero literalmente... —Me odio a mí misma en cuanto pronuncio esas palabras. Pero ¿tú eres tonta o qué, May? ¡Recupérate! ¡Rápido! —. ¡Ja! Lo que quiero decir es que el sexo no se me da bien. Que no tengo talento en la cama. No soy una experta. Soy más bien regular. Pero lo intento. Lo intento.

Me doy cuenta de que prácticamente acabo de garantizarme una cama vacía para siempre. Es imposible que quiera estar con alguien tan torpe como yo.

Se inclina sin decir nada y me besa.

Despacio al principio, y luego con más urgencia, sus labios se mueven sobre los míos. Por increíble que parezca, encajamos perfectamente. Cuando se

desplaza hacia la derecha para intensificar el contacto, inclino la cabeza hacia la izquierda, y es como si fuese magia. Roza mi lengua con la suya. Es muy grande, igual que todo él. Una lengua caliente y húmeda... Sedosa. Dios...

Unos escalofríos me recorren el cuerpo, como pequeñas descargas eléctricas. Me derrito en sus brazos, con ganas de estar aún más cerca. Me atrae hacia sí y siento el placer de que sus músculos duros presionen las partes más delicadas de mi cuerpo. Esto tenía que suceder. Estaba predestinado que ocurriese. Es demasiado bueno para que no sea cosa del destino.

Desliza las manos hasta mi cintura y las detiene allí un instante mientras jugamos con la lengua del otro. Él atrapa la mía suavemente con los dientes y me río, mordiéndolo yo también. Luego presiona las caderas contra las mías y noto la longitud de su miembro erecto de nuevo. Echa la cabeza hacia atrás y me sonrío.

—Alguien que sabe besar como tú no puede ser un desastre en la cama.

Sonrío tímidamente, regodeándome en la delicadeza y las promesas que veo en sus ojos.

—Solo lo dices por cortesía.

—No, solo lo digo porque estoy muy caliente y me muerdo de ganas de estar dentro de ti. —Me da un fuerte cachete en el trasero y se aparta—. Pero ahora no. Primero el trabajo y luego el placer.

Me quedo allí plantada en medio del salón, aturdida. Tengo las bragas húmedas, el cuerpo electrizado de tensión sexual y el cerebro me va a toda velocidad. ¿Qué es lo que acaba de suceder? ¿Dice que quiere estar dentro de mí? ¡Aleluya, nena, esta noche vas a echar un polvo al fin!

Solo de pensarlo ya me entra el pánico de nuevo.

Él, por supuesto, ni se imagina la angustia mental que siento, porque probablemente no ha sufrido un nanosegundo de inseguridad en su vida.

Le sale la voz de un sargento.

—¡Vamos! ¡Venga! ¡En marcha! ¡Hay que hacer las maletas!

Ya ha subido media escalera.

Miro a los perros. Ambos están durmiendo. Ninguno de los dos sabe que alguien acaba de poner mi mundo patas arriba, alguien que antes lucía la barba más horrible del planeta, pero que ahora parece recién salido de mi sueño más caliente, tórrido y húmedo.

En mi próxima vida, quiero reencarnarme en perro. Creo que así todo sería mucho más simple que las cosas que están pasando en este mundo tan loco en el que vivo ahora mismo.

Suspiro y sigo a Ozzie arriba. Antes de llegar a mi habitación, lo oigo abriendo cajones. Siento que he perdido el control de todo cuando veo una maleta abierta en la cama, llena a medias con mi ropa.

—¿Estás seguro de que hacemos bien? —le pregunto, apoyada en el marco de la puerta. Ahora que no estoy en sus brazos, tengo una mejor perspectiva sobre dónde me estoy metiendo. Esto podría acabar muy mal para los dos. Con este último beso, lo he sentido en mi corazón. Y aunque Jenny tiene razón y los corazones rotos se curan, estoy segura de que duele un horror cuando se rompen.

—Estoy seguro. Recoge lo que necesites del cuarto de baño. Ahora revisaré el armario. Nos iremos después de dejar salir a los perros un rato por el jardín.

Entro en el cuarto de baño con la esperanza de que los Hados lo tengan todo bajo control, porque lo que es yo, seguro que no.

Capítulo 39

El puerto está muy tranquilo, o todo lo tranquilo que puede llegar a estar el puerto de Nueva Orleans. Aun a altas horas de la noche, siempre es un hervidero de actividad, con gente de acá para allá, cargamentos que llegan o salen, o transacciones comerciales que hay que realizar. Entramos en la nave y no salgo del coche hasta que la puerta se cierra a nuestra espalda con un potente y sólido ruido.

Ozzie activa una alarma en un teclado junto a la puerta principal antes de dirigirse a mi coche y descargar las maletas. Hay tres, incluida una bolsa pequeña para los juguetes y los cuencos de Felix. Mi bolita peluda baja del coche de un salto y se reúne con Sahara. Suben las escaleras de la casa de Ozzie delante de nosotros.

—Tú te instalarás en mi dormitorio y yo dormiré en el catre en la cocina.

Suspiro, dándole vueltas al plan. Tener que quedarme aquí realmente complica una situación ya de por sí complicada. Odio que sea culpa mía.

—Deberías quedarte tú en tu cama. No me importa dormir en el catre.

—Lo siento, no puedo. Esta vez me toca a mí decidir.

—¿Esta vez? ¿Es que nos vamos turnando?

Llegamos a lo alto de las escaleras y presiono el código que Ozzie me da para entrar. La puerta hace clic y la abro. Felix y Sahara pasan primero y yo le aguanto la puerta a Ozzie, que carga con todas mis maletas. Esos músculos pueden llegar a ser verdaderamente útiles. Es bastante impresionante comprobar que no están solo para ser exhibidos. Creo que sería capaz de aplastarme. Me fascina la idea de comprobar en qué afecta eso en el dormitorio. El último tipo con el que estuve pesaba casi lo mismo que yo. Jenny lo llamaba «el Enclenque».

—No, no nos turnamos —dice Ozzie, atravesando la sala de las espadas—. Podemos hacer lo que tú decidas todas las veces que quieras, salvo cuando yo decida que necesito salirme con la mía.

Sonrío.

—Me parece bien, supongo. Siempre y cuando no decidas que necesitas

salirte con la tuya más de la mitad de las veces.

Su respuesta es un gruñido.

Cuando avanzo por el pasillo, siento que mis pasos se están ralentizando. Este es su territorio, no el mío: su empresa, su casa, su cocina, incluso. ¿Qué estoy haciendo aquí? ¿Me odiará cuando se despierte con la espalda dolorida después de dormir en ese catre? ¿Me estoy aprovechando de su hospitalidad, de su necesidad de ocuparse del bienestar de sus empleados?

Deja mis maletas en el suelo, junto a la cama.

—Puedo vaciar un par de cajones para que metas tus cosas. —Se dirige a una cómoda—. Sé que dos no son suficientes, pero puedo traerte un perchero para que cuelgues algo de ropa.

Me acerco y le pongo la mano en el brazo.

—Ozzie, para.

Alzo la visa y lo miro con ojos suplicantes.

Deja caer las manos a los costados.

—¿Que pare de qué?

—Que pares... de hacer todo esto. De preocuparte por mí cuando te estoy echando de tu propio cuarto.

Su voz se vuelve delicada, con un tono sereno y tranquilo.

—No voy a parar, May, lo siento. Yo no soy así.

Doy una patada en el suelo de pura frustración.

—¿Por qué? —Esto va a dar al traste con nuestra relación o con cualquier posibilidad de mantener una relación. ¡Es muy injusto!

Me toma los dedos de una mano y la sacude con suavidad.

—Te estás agobiando por nada, en serio. He dormido más noches en el suelo de las que puedo recordar. Ese catre es una mejora increíble. —Mira por encima del hombro hacia la cama—. El colchón de mi cama es demasiado blando de todos modos. Me harás un favor.

—Solo lo dices para convencerme de que duerma ahí.

Se acerca y me abraza, apoyando la barbilla en mi cabeza. Intento rodearle la espalda con los brazos, pero no llego. Es demasiado grande. Me conformo con su cintura, mucho más estrecha. Ahora que ya puedo completar un círculo entero con los brazos alrededor de su cuerpo, me estrecho contra él con todas mis fuerzas.

—Eres demasiado bueno —digo, con la voz teñida de tristeza—. Tengo miedo de que tanta bondad vaya a estropearlo todo.

—No se va a estropear nada porque te trate como te mereces. —Se echa hacia atrás y me mira—. ¿Los hombres te han tratado bien en general o te han dicho alguna vez que no vales nada o algo así?

Niego con la cabeza.

—No. Solo he tenido unos pocos novios y todos fueron bastante buenos conmigo, solo que... —Me encojo de hombros—. Ninguno era el hombre perfecto para mí.

Me abraza de nuevo, como si disfrutase de estar aquí plantado en mitad de su habitación sin hacer nada, solo tratando de hacerme sentir mejor. Me encanta la fuerza que irradia su cuerpo, no solo a través de sus músculos, sino por la forma en que funcionan su cerebro y su corazón. Que su carrera profesional esté orientada a la seguridad tiene toda la lógica del mundo. En sus brazos me siento totalmente segura. Protegida. Querida, incluso.

—No puedo hacerte promesas, salvo la de que conmigo estarás a salvo —dice con voz ronca.

Cree que solo tengo miedo del hombre que trató de dispararnos en el Frankie's. Y tiene razón, ese hombre me da miedo, pero no es eso lo único que me preocupa.

—Pero ¿y si el peligro viene de ti? —le contesto con un susurro. Se me encoge el corazón solo de pensar en enamorarme de él para luego acabar sufriendo un desengaño. Lanzarse de cabeza al compromiso que supone una relación ya es bastante difícil, pero ¿correr el riesgo de que hagan añicos tu corazón? Tendría que irme a vivir con mi hermana para que recogiera los trocitos y cuidara de mí el resto de mi vida. Me quedaría destrozada.

—No tienes nada que temer por mi parte, te lo prometo.

—No tengo miedo de que me hagas daño —digo en voz baja—. Tengo miedo de acabar con una vida destrozada.

Me suelta. Empiezo a notar el dolor de lo que interpreto como su rechazo, pero el dolor remite en cuando me levanta en el aire y me lleva en brazos como si fuera un bebé.

—¿Y si nos vamos a la cama ahora mismo y ya nos preocupamos mañana por todas las cosas que tal vez no lleguen a suceder jamás?

Emplea el codo para apagar la luz. Una lámpara permanece encendida junto a la cama, proyectando un tenue resplandor por toda la habitación. Es ese tipo de iluminación tan sexi que me favorece tanto cuando estoy desnuda, o digamos lo más posible cuando no llevo ropa. Punto a favor.

Me acerco a él y deslizo la mano sobre su pecho.

—Eso suena muy, muy bien.

Levanto la cabeza al tiempo que él baja la suya para que podamos encontrarnos a medio camino con un beso.

Sin embargo, el beso termina mucho antes de lo esperado. No me da tiempo a entender qué pasa porque, para cuando me quiero dar cuenta, me ha lanzado en

el aire en dirección a la cama.

¡Estoy volando! ¡Dios mío! ¿Voy a morir?

¡Plof! Aterrizo de espaldas en el colchón y reboto antes de quedarme inmóvil en el centro del edredón. Me quedo mirando el techo mientras mi cerebro procesa lo que acaba de suceder.

Ay, Dios.... ¡Me ha lanzado a la cama de verdad!

—Espérame. Ahora mismo vuelvo.

Me sonrío y sale corriendo de la habitación.

—¡Ozzie! —grito, tratando de recuperar el aliento tras mi experiencia cercana a la muerte. Giro la cabeza a la derecha y luego a la izquierda. Todavía estoy viva. No me he roto nada. Me había quedado sin aliento hace un instante, pero lo he recuperado. He volado, literalmente, hasta una altura de más de un metro en el aire al rebotar en esa cama tan blanda. Qué pedazo de bestia...

—¡Te mataré por esto! —Busco un arma a mi alrededor en el dormitorio, jurando que la usaré. Puede defenderse y luchar. Si elige dejarme ganar, bueno, ese es su problema.

Su cálida risa viaja por el pasillo desde la cocina y, en lugar de idear planes de venganza, me incorporo a medias y me reclino en los almohadones, preguntándome qué estará haciendo. Tengo la sensación de que me va a gustar mucho, y no puedo evitar sonreír. Estar con él es como estar en un parque de atracciones. Nunca sé lo que va a pasar a continuación, pero siempre es divertido.

Capítulo 40

Oigo el tintineo de una copa antes de que Ozzie asome por la puerta. Lleva una botella en una mano y dos copas altas de champán en la otra.

—Estaba reservando esto para el próximo cumpleaños, pero he pensado que podríamos tomárnoslo ahora.

Me incorporo despacio, un poco aturdida por lo que estoy viendo. Ozzie suele ser muy sobrio y contenido, así que a esta persona feliz y desbordante de entusiasmo no la conozco. Me cuesta creer que alguien más del equipo haya visto esta faceta suya. Pensar que puede actuar así en mi presencia hace que me entre un calor abrasador por todo el cuerpo. Creo que le gusto de verdad. Una sonrisa torpe asoma a mi rostro.

Deja las copas en la mesita de noche y retira el alambre que cubre el corcho.

—Espero que te guste el champán.

Deslizo las piernas hacia abajo hasta que cuelgan del lateral de la cama.

—Me gusta el champán. No lo tomo muy a menudo.

—Un amigo mío tiene un viñedo en Francia. Me envía algunas cajas cada año.

—Un buen amigo.

—Hemos hecho algunos encargos para él.

—¿Qué tipo de encargos necesita el propietario de una bodega de una empresa de seguridad?

—Bueno, tenía no sé qué cosecha extraordinaria que quería enviar al presidente. Nos aseguramos de que llegara en las condiciones adecuadas a su destino.

—¿El presidente? ¿Te refieres al presidente de Estados Unidos?

—El mismo.

—¡Vaya! Eso es... ¡qué fuerte!

El corcho sale despedido al otro lado de la habitación y el movimiento desvía mi atención de la impresionante lista de clientes de Ozzie. Vuelvo a ver el

corcho cuando se estrella contra la pared y cae en el suelo. Felix asoma la cabeza por la puerta y, en cuestión de segundos, capta con los ojos ese corcho en el suelo. Lo agarra y desaparece de nuevo. Eso significa que habrá trozos de tapón de corcho desparramados por toda la casa de Ozzie, restos que habrá que limpiar más tarde. Suspiro. Al menos ese pequeño granuja estará contento y ocupado un buen rato.

Ozzie sirve una copa y me la ofrece cuando la espuma pierde su brío. Cuando llena la segunda copa, deja la botella en la mesita y alza su copa.

—Por los nuevos comienzos.

Levanto mi copa, preguntándome si estamos brindando por mi nuevo empleo o por mi nueva condición de compañera de habitación.

—Por los nuevos comienzos —digo en voz baja, procurando no chocar contra su copa con demasiada fuerza. Con los nervios, sería capaz de romper las dos.

El primer sorbo hace que las burbujas me suban por la nariz. Estornudo, y no con delicadeza precisamente.

Él sonrío.

—Te gusta.

—Sí, desde luego. —Me limpio la nariz para interrumpir el cosquilleo. Se me humedecen los ojos al tratar de contener el siguiente estornudo.

—Este no es muy dulce.

Tomo otro sorbo y asiento con la cabeza.

—No, es seco, pero me gusta. —Ahora que he dejado de estornudar, puedo apreciar el sabor—. Es como beberse un petardo —comento, sonriendo.

—Nunca lo había visto de ese modo. —Apura su copa y retiene el líquido en la boca unos segundos. Inclina la cabeza de izquierda a derecha, traga y hace un movimiento afirmativo—. Tienes razón. Es igual que los petardos.

Bebemos una copa más cada uno, mirando alrededor. Cuanto más tiempo pasa, más se tensa el ambiente entre nosotros.

—Bueno —dice, dejando su copa sobre la mesilla—. ¿Quieres ver la tele?

Por la forma en que lo dice, sé que no me está preguntando si quiero ver la televisión. Me está preguntando si quiero hacer esa otra cosa de la que hablamos antes de que el intruso hiciera saltar la alarma perimetral.

Suelto la copa con cuidado, esperando que el temblor de mi mano no sea tan perceptible para él como lo es para mí.

—No lo sé. Tal vez. ¿Ponen algo bueno?

Sacude la cabeza muy lentamente.

—No. No ponen nada bueno.

—Podríamos alquilar una película —digo, a modo de provocación. Quiero

ver qué va a decir.

—Podríamos. Pero últimamente no hay ninguna peli buena.

—¿Ah, no? —Estoy intentando contener la sonrisa.

—No. Ninguna.

Retrocede un par de metros y se desabrocha el cinturón muy despacio.

El pánico me trepa por el pecho y por la garganta, cortándome la respiración.

—¿Qué haces? —digo en un susurro ahogado. Es lo único que soy capaz de decir.

—Me estoy quitando el cinturón.

—Ah. —Asiento con la cabeza. Por supuesto que está haciendo eso. Qué tonta.

Después de que el cinturón caiga al suelo, se saca la parte inferior de la camisa de los pantalones.

Me trago el nudo en la garganta.

—¿Que haces ahora?

—Me quito la camisa. —Se la quita primero por la cabeza y luego pasa los brazos con movimientos expertos, dejándola luego caer al suelo, junto al cinturón.

Jadeo con admiración al ver todos aquellos músculos. Mierda, esa camisa cubría más de lo que creía posible... Su cuerpo es absolutamente escultural. Es un torso esculpido en toda regla: los abdominales, los pectorales, hasta los músculos que bajan hacia la parte delantera de sus pantalones...

¡Dios mío, se está quitando los pantalones!

—¡Espera! —grito, extendiendo la mano para que se detenga.

Sus manos se detienen en el botón.

—¿Quieres que pare? —Alza la ceja derecha y tuerce la mitad de la boca en una sonrisa tortuosa.

—Sí. Quieto. Alto ahí.

Aparta las manos de los pantalones y las deja caer a los costados. Su sonrisa se desvanece poco a poco.

Junto las manos en mi regazo y presiono los labios. Tengo que asegurarme de decir lo que quiero decir, y de decirlo bien. Tengo que organizarlo todo en mi cabeza antes de empezar. No es que no quiera verlo desnudo; es que no estoy segura de estar lista para hacer algo más que verlo desnudo. Y no me parece justo comérmelo con los ojos para luego no ofrecerle la recompensa.

—¿Voy demasiado deprisa para ti? —pregunta.

—Podría decirse así.

—¿Quieres que vuelva a ponerme la camisa?

—No, la verdad es que no. —Me encojo de hombros ante mi propia

sinceridad. Qué pervertida soy. Soy una mirona.

Él sonríe.

—Pero quieres que me deje puestos los pantalones.

—Por ahora, creo que sería una buena idea.

Asiente con la cabeza.

—Bueno. Lo acepto.

Se dirige a su escritorio.

—¿Qué haces ahora?

Tengo los nervios a flor de piel. Me consume el deseo que siento por Ozzie, pero tengo miedo de irme a la cama con él. Me viene a la cabeza la canción más famosa de Madonna, un poco desafinada. *Like a Virgin...* Sí. Así es como me siento. Como si fuera virgen. ¿Cómo puede ser cuando he tenido relaciones sexuales por lo menos veinte veces, incluso más? No lo sé, pero así es. «*Touched for the very first time...*». Exacto, es como si me tocaran por primera vez...

Abre un cajón del escritorio y saca algo lo bastante pequeño para que le quepa en la mano.

Tiene que ser un condón. ¿Qué otra cosa iba a llevar a la cama, donde estoy esperando como una virgen no virgen?

—No podemos ver la tele, no podemos tener relaciones sexuales, así que podríamos jugar a las cartas —dice, encaramándose a gatas a la cama y deteniéndose cuando llega al centro. Se sienta con las rodillas flexionadas.

Lo miro mientras abre una baraja de cartas y empieza a barajarlas sobre la pierna.

Me entra la risa.

—No puedes hablar en serio.

—¿Por qué no? —Me mira y me guiña un ojo—. ¿Tienes miedo de perder?

—¿Quién? ¿Yo? ¿May *el Terror de las Cartas* Wexler? No lo creo. —Me doy media vuelta y me coloco en el centro de la cama, junto a los almohadones. Me siento sobre las piernas cruzadas. Esto se me da de maravilla—. ¿A qué te apetece jugar? ¿Al póquer? ¿Al blackjack?

—Empezaremos con el póquer.

—Estupendo.

Me froto las manos, agradeciendo que, al menos de momento, se haya aliviado la presión. Tal vez después de jugar un rato y bromear un poco, me sienta más cómoda yéndome a la cama con él.

Su sonrisa es decididamente maliciosa.

—Póquer abierto de siete cartas. Cada vez que pierdas, te quitas una prenda de ropa.

Aaay... Tal vez no me sienta más cómoda, no. Bueno, supongo que estamos

a punto de averiguarlo.

Capítulo 41

Pierdo la primera mano y mis zapatos. Él pierde las siguientes tres manos, lo cual lo deja en calzoncillos. Lleva unos bóxers, negros, por supuesto. Apoya los brazos en las rodillas, con las cartas entre ellas. Me está mirando.

—¿Qué va a ser, May Wexler, *el Terror de las Cartas*? ¿Quieres alguna?

Tengo una pareja de treses. Eso es todo. Estoy sudando, porque si pierdo, me tendré que quitar la parte de arriba o los pantalones. Ya me ha prohibido quitarme los pendientes. Solo ropa, esa es la regla.

—Mmm..., sí. Quiero cuatro.

Se ríe mientras me reparte cuatro cartas de la parte superior de la baraja.

—Vaya, May... Creo que tienes un problema.

Miro las cartas que me ha dado y sonrío.

—Tal vez sí o tal vez no. —Voy totalmente de farol. Sé que con una pareja de treses no voy a hacer nada. Mi única esperanza es conseguir que no vaya. Retirarse está penalizado, pero sin pagar prenda.

—Voy a robar una carta —dice, deshaciéndose de una suya y tomando una nueva de la baraja.

Una carta. Mierda.

—¿Cómo lo ves? —me pregunta—. ¿Estás lista para lo más duro?

Trago saliva y noto que me arde la cara. ¿Para lo más duro? Todavía no.

—Pienso ir, eso seguro. Pero tal vez tú no deberías. Te vas a quedar en pelotas como pierdas otra mano.

—Tal vez sea eso lo que quiero. —Me guiña un ojo.

Arrugo la frente.

—¿Has estado perdiendo a propósito?

—¿Quién, yo? —Frunce el ceño de forma un tanto exagerada—. No seas ridícula. Soy demasiado competitivo para perder a propósito.

O demasiado caballeroso. Trato de reproducir mentalmente las anteriores manos. ¿Renunció a buenas cartas a cambio de otras malas? No presté atención entonces y ahora es demasiado tarde para saberlo. Maldita sea... Yo aquí

pensando que era el terror de las cartas cuando en realidad era una virgen no virgen aspirante a terror de las cartas. Maldita sea otra vez.

Pone sus cartas en la cama.

—Observa y llora.

Tiene un *full*.

Dejo mis cartas en la cama despacio delante de mí.

—Pareja de treses, jugada también conocida como cagada total.

Se inclina y me toca con los dedos el botón superior de la camisa.

—¿Qué estás haciendo?

—Ayudarte.

Me lo desabrocha. Le doy una palmada en la mano.

—¡Eh! ¿Y si pensaba quitarme los pantalones primero? —Creo que está a punto de darme un infarto ahí mismo, sobre esa estúpida baraja de cartas. ¡Nos vamos a quedar desnudos los dos, y no estoy lista!

Se echa hacia atrás.

—Quítate los pantalones entonces, si lo prefieres. —Se recuesta con las manos detrás de la cabeza y sonrío—. Yo me limitaré a esperar aquí. Te toca a ti repartir las cartas, ya lo sabes.

—Lo sé —digo con tono molesto. Me pongo de pie, me abrocho de nuevo los botones de la camisa hasta el cuello, y luego me desabrocho el botón superior de los pantalones.

—¿Estás nerviosa? —pregunta. Ya no sonrío.

—No.

—Mentirosa.

Lanzo un suspiro.

—Sí, estoy mintiendo. Estoy nerviosa. —Me bajo los pantalones hasta los tobillos de todos modos. Un juego es un juego, y yo he perdido la mano.

—Podemos dejarlo cuando quieras. —Se tumba de espaldas sobre la cama y le habla al techo—. La verdad es que estoy un poco cansado de las cartas.

Me quito los pantalones, preguntándome si sigue siendo un caballero o si en realidad no le importa verme desnuda o no. Ese pensamiento debería aliviarme, supongo, pero lo cierto es que me duele. Espero no haberlo fastidiado todo.

—¿Qué quieres hacer en vez de jugar a cartas? —le pregunto.

—Podríamos ver la tele.

—¡Dijiste que no ponen nada bueno!

Me hago la ofendida cuando, en realidad, estoy muy contenta. Me alegro de que quisiera jugar al *strip poker* conmigo. Eso es un cumplido, ¿verdad? Y está sonriendo, así que no puede haber mal ambiente entre nosotros.

—Te mentí. Vamos.

Se levanta de la cama de un salto y sale de la habitación.

—¡Espérame!

Salgo corriendo de la habitación en camisa y ropa interior.

Me está esperando en el sofá, con la televisión ya encendida. Los perros están acurrucados en una cama gigante para perros en el suelo, al otro extremo del sofá. Sahara está roncando. Felix duerme boca arriba, con las patitas en el aire. Siento la tentación de tomarlo en brazos, pero no lo hago. Dormiré así toda la noche, y ahora mismo quiero estar con Ozzie.

—*Modern Family*. Me muero de la risa con ellos.

Apunta con el mando a distancia al televisor colgado en la pared y cambia de canal. Veo las caras familiares de Claire y Phil.

—Nunca hubiera imaginado que te gusta *Modern Family* —digo, acomodándome en el sofá. Estoy cerca del extremo, mientras que él está en el medio. Calculo que en ese sofá caben seis personas.

Se vuelve, se tumba en el sofá y apoya la cabeza en mi regazo como si fuera lo más normal del mundo: estar viendo juntos una serie en la tele, medio desnudos, en la sala de las espadas. Esto es de locos.

En lugar de analizar algo que desafía toda lógica, me siento con aire relajado y veo el episodio. Mis manos serpentean hasta llegar a su cabeza, donde le masajeo el cuero cabelludo, luego le paso los dedos por la sien y la mejilla, y jugueteo con sus orejas. Son suaves, en contraste con otras partes de él, tan duras. Cuando se ríe, todo el sofá se mueve con él. Lo encuentro adorable y encantador viendo esta absurda comedia. Ya es mi nuevo programa favorito.

En algún momento durante la primera mitad del episodio, desplaza una de las manos por debajo de mi muslo. Luego, al cabo de un rato, alarga el otro brazo y me toca por detrás de la espalda. No parece muy cómodo, pero cuando llega la pausa publicitaria, entiendo el porqué de la postura. Se da media vuelta y retira el brazo que tenía bajo mi muslo. Desliza la mano hasta el botón superior de la camisa, el que me abroché antes.

Finjo estar fascinada con las excelentes prestaciones del detergente que están anunciando por la tele mientras él me desabrocha tres botones, dejando al descubierto el ribete de mi sostén. Me río de un anuncio en el que sale un perrito persiguiendo a un gato que le ha quitado su juguete, pero ya no puedo seguir fingiendo cuando tira de mi sujetador hacia abajo con los dedos y me acaricia el pecho.

Inclino la cabeza hacia abajo y lo miro a los ojos. Ahora está muy serio.

—Me gusta verte aquí en mi sofá —dice.

—¿No te preocupa que entre alguien del equipo?

—No. Tengo un buen sistema de seguridad, ¿recuerdas? —Mira por el

pasillo que conduce a la puerta exterior—. He desactivado el cierre de la puerta. No puede entrar nadie.

—¿Ni siquiera con el código?

—Ni siquiera con el código. Podrías pasearte por aquí desnuda, y nadie lo sabría jamás.

La idea hace que me ardan las orejas.

—Tú sí lo sabrías.

—Pero nunca lo contaría.

Me atrae hacia él y me besa en la boca, retozando con mi lengua. No es la postura más cómoda del mundo, pero es muy sexi. Se las ha arreglado para dejarme medio desnuda sin que me sienta avergonzada. Veo su erección en los bóxers, así que sé que, si yo se lo pidiera, se abalanzaría de inmediato sobre mí. Sin embargo, en vez de eso, se aparta y me mira. Me observa a la expectativa.

—No estoy tan nerviosa como antes —digo. Necesito que sepa que aprecio lo que está haciendo.

—Mejor. ¿Quieres palomitas?

Se sienta en el sofá.

Arrugo la frente.

—¿Tú sí?

Se encoge de hombros.

—La verdad es que no. Pero si a ti te apetecen, las haré.

Niego con la cabeza.

—No, es tarde. Creo que paso.

Se sienta con la espalda contra los cojines y me acerca a él. El tacto de la piel de su muslo contra el mío es cálido. Me alegro de haberme depilado hoy. El vello oscuro y rizado de sus piernas me hace cosquillas en mi piel delicada. Me hace imaginarnos a él y a mí en la cama, tocándonos por todas partes, sin ropa que se interponga en el camino.

Me aprieta con fuerza y me besa en la coronilla cuando el episodio empieza de nuevo.

—Ya verás cuando veas esta parte —dice, y se pone de nuevo en su papel de espectador.

Lástima de erección... Lo miro de reajo mientras su miembro viril se reduce a su tamaño habitual, que, dicho sea de paso, sigue siendo grande. Debe de costarle encontrar pantalones que le ajusten bien. Madre del amor hermoso...

Cuanto más tiempo paso con él mientras me acaricia suavemente el brazo con los dedos, o me toca el pelo, o me atrae hacia él, más cómoda me siento. Y con la sensación de comodidad llega la frustración. Estamos a punto de tener relaciones, pero no hay manera de llegar hasta el final. Es un perfecto caballero, y

eso me está sacando de quicio.

Hay que hacer algo al respecto. Hay que hacer algo ahora mismo.

Capítulo 42

Agarro el mando a distancia y apago el televisor.

Ozzie se queda paralizado mientras me acaricia el brazo.

Espero a que sea él quien haga el siguiente movimiento.

—Has apagado la tele.

—Sí, eso he hecho. —El corazón me late desbocado.

—¿Significa que estás lista para irte a la cama?

Tranquila, May, tranquila. Puedes hacerlo.

—No exactamente.

Deja escapar un largo suspiro. Por un segundo, tengo la impresión de que está enfadado, pero entonces habla.

—Levántate, May.

—¿Que me levante? —Estoy confusa.

—Sí, ponte de pie. Aquí, delante de mí.

Se recuesta hacia atrás en los cojines y adelanta un poco el trasero, hundiéndose en el sofá.

No sé qué va a pasar a continuación, pero me levanto de todos modos.

—Mírame.

Me doy la vuelta.

Me toma la mano izquierda y tira de mí hasta que quedo de pie entre sus rodillas.

—Quítate la camisa.

Trago saliva con dificultad. Parece que vamos a hacerlo. Vamos a acostarnos ahora mismo. En esta habitación. En este sofá. Mierda...

Levanto la mano con dedos temblorosos y me desabrocho el resto de los botones, pero solo tengo fuerzas para eso: cuando termino, los brazos me caen desfallecidos a los lados. Ya estoy acobardándome, y eso que ni siquiera estoy desnuda todavía. ¡Me odio a mí misma! Bajo la cabeza.

Ozzie se incorpora y me tira de la manga, haciendo que la camisa me resbale hacia un lado.

—Quítatela —dice con voz pausada. El hecho de que no me hable con enfado ni irritación me está volviendo loca. Es como si volviera a hacer el papel de jefe, como si solo fuera algún tipo de ejercicio de entrenamiento—. Quítate la camisa, May. No me hagas repetírtelo.

Un escalofrío me recorre la espalda de arriba abajo y se detiene justo en el vértice entre mis piernas. Dios...

Hago lo que dice porque no soy idiota.

—Buena chica —dice en voz baja, casi con un deje peligroso.

Allí estoy, con mi conjunto de ropa interior, piezas de lencería en las que tiré la casa por la ventana el año pasado, cuando me llovían los encargos de reportajes fotográficos para bodas. Me alegro en el alma de habérmelo puesto hoy. ¿Sabía que iba a tener que hacer un estriptís delante de Ozzie? Tal vez sí. Supongo que lo esperaba. Dios..., soy una mujer fácil.

—Quítate el sujetador.

Se recuesta de nuevo en el sofá, devorando mi cuerpo con los ojos. Ha vuelto a encender la televisión, pero el sonido está apagado. La luz parpadea detrás de mí. Espero que me favorezca y me dé un aire misterioso y sexi, y no que me haga más gorda.

Me deslizo los tirantes por los hombros primero, entusiasmada al ver movimiento en la protuberancia de sus bóxers. Baja la mano y se aprieta la erección al tiempo que mueve la pelvis hacia arriba. Eso me produce una descarga eléctrica que me atraviesa todo el cuerpo. Nunca pensé que un hombre tocándose pudiese excitarme de ese modo, pero estaba equivocaba. Muy equivocada.

Después de bajarme los tirantes, estiro los brazos por detrás y me desabrocho el cierre. Me cruzo de brazos sobre el pecho y me sujeto la pieza de lencería por delante. Exhibir por completo la parte superior de mi cuerpo mientras él está allí sentado es demasiado para mí. Se necesita mucha más seguridad en una misma de la que siento ahora mismo para hacerlo.

—Vamos, May. Quítatelo.

—No puedo. —Ya estoy temblando otra vez. No estoy segura de si es por miedo o por el ansia que siento.

—Puedes y lo harás.

Niego con la cabeza, pero no logro hablar. El miedo y los nervios me atenazan la lengua, y no la piensan liberar.

Se inclina hacia delante y se acerca para apoyar las manos en mis muslos. Me toca con dedos calientes la piel, que está fría por el aire acondicionado. Los sube deslizándolos lentamente por mis caderas y mi cintura hasta llegar a los codos.

—Entrégate a mí, May.

Las lágrimas hacen que me brillen los ojos.

—No puedo.

—Por supuesto que puedes.

Me toca el contorno del sujetador y tira de él suavemente, por debajo de mis brazos.

Dejo que lo haga porque una parte muy grande de mí quiere hacer esto, quiere estar desnuda delante de él. A una parte más pequeña de mí, en cambio, le da mucha vergüenza y ganas de salir corriendo sin mirar atrás. Caer desde tan alto va a ser muy doloroso, y eso que ni siquiera nos hemos acostado aún.

Ahora lo único que me tapa son mis brazos. ¿Por qué tienen que ser tan delgados? Los pechos se me desparraman por todas partes.

Se reclina de nuevo en el sofá y se lleva el sujetador a la cara. Cierra los ojos mientras lo inhala.

—Huele como tu piel.

Abre los ojos y sonrío. Casi me dan ganas de reír.

—Eres un perverso.

Aparta el sujetador a un lado y se incorpora de nuevo. Empieza a acariciarme las pantorrillas con las manos y va deslizándolas lentamente hacia arriba, con un cosquilleo que me hace estallar en llamas. Se me eriza la piel de todo el cuerpo.

—Me encanta tu olor, el tacto de tu piel, la forma en que me miras con esa arruga entre los ojos...

—¿Arruga? ¿Qué arruga?

Estoy demasiado distraída para darme cuenta de lo que está haciendo hasta que noto sus dedos en el borde de mis bragas.

Me tapo el pecho con una mano, mientras bajo la otra hasta las bragas.

—¿Qué estás haciendo?

—¿Quieres dejártelas puestas? —Se encoge de hombros—. Por mí, bien.

Se inclina y acerca la cara ahí, a mi pubis.

Mierda, ¿qué está haciendo...? Dios mío..., eso es... alucinante...

Mi mano está en medio, pero mueve la cara hasta que consigue introducir la boca por entre mis dedos. Percibo el calor abrasador de su respiración a través de la tela ligera y sedosa, que me calienta mi zona más sensible. Cuando ya creo que no puede haber nada más sexi y excitante que esto, empieza a mover la boca y me doy cuenta de que estaba muuuu equivocada.

Lanzo un gemido cuando las sensaciones hacen que empiece a perder el control. ¿Cómo me está haciendo esto? Él también está gimiendo, mientras mueve la boca y exhala aire caliente sin parar, y hace que sienta como si fuera a tener un

orgasmo en cualquier momento, con las bragas puestas. ¿Qué coño...? Si yo ni siquiera tengo orgasmos... Mi centro de control de orgasmos debe de estar averiado o algo; lo descubrí hace mucho tiempo, y me lo han ido confirmando todos los novios que he tenido. Formo parte del porcentaje de mujeres que no han tenido nunca un orgasmo.

Subo de nuevo hasta el pecho la mano con la que estaba tratando de protegerme de su invasión. Es absurdo fingir que no quiero que haga lo que está haciendo; no sé a quién pretendo engañar...

Aprovecha el momento de mi rendición para tirarme de las bragas y enterrar la cara en mi monte de Venus. Eso sí que no me lo esperaba.

Doy un respingo y bajo las manos; las apoyo primero en su cabeza y luego en sus hombros. Tengo que agarrarme a algo para no caerme. Cuando desliza la lengua por entre mis pliegues calientes y húmedos, me arranca un gemido de puro placer. Tal vez debería darme vergüenza mostrarme tan franca y abierta con él, pero estoy demasiado excitada para preocuparme por eso en este momento.

Noto cómo se mueve mientras sigue lamiéndome, pero no me doy cuenta hasta que tengo sus manos en la cintura de que se ha apartado y se está quitando los bóxers y poniéndose protección.

Bajo la mirada y veo su erección apuntando en ángulo hacia arriba. Tengo las bragas a la altura de los muslos. Me mira con la boca recubierta de humedad. Dejo que mis bragas caigan al suelo y me aparto de ellas.

—Ven aquí —dice, guiándome para que me siente encima de él.

Me siento a horcajadas con una rodilla junto a su muslo izquierdo y con la otra junto al derecho.

—Métetela —dice, esta vez con un gruñido en la voz ronca.

El corazón me late desbocado, pero necesito sentirlo dentro de mí. Esa lengua suya me ha puesto realmente a mil. Fuera vergüenzas, fuera la preocupación por estar desnuda en mi lugar de trabajo... Necesito esto, y lo necesito ahora.

Cuando nuestros cuerpos entran en contacto pleno por primera vez, no estoy segura de que vaya a funcionar. Es demasiado grande, y yo estoy demasiado hinchada por lo que ha hecho ya para excitarme. Sin embargo, cuando empuja hacia arriba, me demuestra que estoy equivocada, muuuy equivocada. Otra vez. Encaja perfectamente. Me inclino sobre él sin dejar de gemir mientras estiro todo el cuerpo al máximo.

—Mmm... —Es obvio que él también está disfrutando. Sonrío ante la expresión de su rostro cuando me levanto y vuelvo a bajar para arremeter de nuevo—. May, eres increíble...

Inclino el torso hacia delante y apoyo las manos en el sofá para facilitar mis

movimientos. Le toco la cara con los pechos.

Él los toma en sus manos y lame primero un pezón y luego el otro. La sensación de notar cómo se mueve dentro de mí, así como el contacto de sus manos y su boca acariciando mis pechos, son mágicos, irreales. Me muevo más rápido para seguir el ritmo de la excitación y el deseo crecientes. Él me retuerce y me masajea los pezones, que nunca habían estado tan duros y erectos.

—Bésame —me pide en un susurro.

Me agacho todo lo que puedo, pero no es fácil llegar hasta él. Estoy a punto de rendirme cuando me agarra de la cintura y me pone boca arriba. Se coloca encima de mí, hincando una rodilla en el cojín del sofá y la otra pierna en el suelo.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunto sin aliento.

Se hunde hasta el fondo en mi interior, más adentro incluso que antes.

—Te estoy follando, May.

Las palabras sucias y la expresión peligrosa en su rostro hacen que un torrente de energía sexual me bañe todo el cuerpo. Mis músculos se contraen con un espasmo y lo retienen en mi interior, y en ese momento, al percibirlo, abre mucho los ojos y luego se muerde el labio inferior, embistiéndome con fuerza hasta que no puede penetrarme más.

—Ah, Dios... —Levanto las piernas y lo rodeo con ellas—. Ozzie... —Es una súplica. No estoy segura de qué es lo que le estoy pidiendo exactamente, pero espero que me lo dé pronto.

Sus embestidas empiezan despacio, con delicadeza. Nos besamos, nuestras lenguas se enredan la una en la otra, nuestros labios se confunden, su barba vespertina me araña la barbilla. Noto cómo se mueven los músculos bajo la piel de su espalda, unos músculos poderosos, tensos y fibrosos, que se ondulan con cada envite mientras se acumula en mí una tensión que pide a gritos ser liberada. Deslizo las manos hasta sus caderas y su trasero, desde donde puedo empujarlo con más fuerza contra mí. Interpreta las señales de mi cuerpo a la perfección, frenando al llegar a lo más hondo, creando fricción y apartándose para, al cabo de unos segundos, hundirse de nuevo.

Noto que empieza a perder el control. El sudor empieza a gotearle sobre mi vientre, donde se mezcla con el mío. Tiene la respiración jadeante y su rostro es una mezcla de placer y dolor.

—Oh, Ozzie... —digo entre gemidos, sintiendo que estoy a punto de explotar. No sé que vendrá después, solo sé que no quiero que esto se acabe.

—Vamos, nena —dice con voz apremiante.

Tengo que moverme más rápido; mi cuerpo lo exige; todo mi ser insiste. Es la única forma, la única manera de acabar con esta dulce tortura.

Y luego, de pronto, se para. Se queda paralizado. Hundido dentro de mí, se detiene y respira con agitación.

—¿Qué haces?

—Ahora tú. Te toca a ti moverte —dice.

Me quedo inmóvil, confusa.

—¿Cómo puedo moverme si eres tú el que está arriba?

Se encoge de hombros.

—No lo sé. A ver si se te ocurre algo.

Si eso es lo que quiere, lo haré. Además, la sensación de tener su miembro enorme y erecto dentro de mí me está volviendo loca. No podría quedarme quieta aunque quisiese; mis caderas ya se están moviendo.

Tenso la pelvis hacia él. Con ese minúsculo movimiento, experimento una sensación aguda y asombrosa en lo más profundo de mi ser. Cuando me aparto y luego lo repito de nuevo, ocurre por segunda vez. Separo aún más las piernas.

—Eso es, nena...

No me hacen falta sus palabras de aliento, pero cuando me habla mientras me muevo arremetiéndome contra él, me vuelvo salvaje. Como una fiera. Me muevo con más frenesí, respondiendo a una urgencia que nace de mi yo más primitivo. Con cada acometida, lo acojo más plenamente, hasta que la parte más sensible de mi ser se fricciona con su cuerpo mientras me penetra al máximo con su miembro.

—Oh, Dios mío... —exhalo cuando una lenta y abrasadora sensación se va apoderando de mí.

—Sí, vamos, nena, vamos...

Arremete contra mí cuando empujo contra él y, juntos, nos encontramos a medio camino y noto cómo se hincha aún más dentro de mí.

Entonces siento que me estoy ahogando. Un fuego intenso hace estragos entre mis piernas. Él también se da cuenta y empieza a empujar más fuerte, más rápido. Le respondo con cada acometida, y cada embestida me pone cada vez más cerca del borde del abismo.

—¡Ozzie! ¡Ozzie!

Me agarro a él con todas mis fuerzas, con el temor de perderme para siempre si me suelto.

—¡Córrete para mí, nena, córrete! —grita.

Empuja otra vez hasta el límite y entonces su cuerpo empieza a dar sacudidas dentro de mí. No puedo soportarlo más. Lanzo un grito y me aferro a él con uñas y dientes. Es como si cayera por el borde de un acantilado muy oscuro. ¡No puedo contenerme! Por fin me ha ocurrido: el orgasmo que no había experimentado nunca pero sobre el que tanto había leído en las novelas románticas.

Capítulo 43

Cuando Ozzie ha terminado y yo dejo de gritar como una posesa, se desploma encima de mí.

—Ufff... —Es lo único que consigo articular. Me duele la garganta. Creo que tal vez se me haya roto una de las cuerdas vocales o algo así.

Se aparta rodando de mí, cae del sofá y aterriza de espaldas en el suelo.

—Ay.

Parece tan agotado como yo.

Me río.

—¿Estás bien?

—Sobreviviré. Siempre y cuando no intentes hacerme eso otra vez dentro de poco.

Me agacho y le doy unos golpecitos con los dedos.

—Lo has hecho tú, no yo.

Él se estira y me coge los dedos para besarlos.

—Es hora de irse a la cama, Pastorcilla. Tenemos trabajo por la mañana.

—¿Qué hora es?

Me desplazo de lado y busco un reloj.

—Medianoche.

Suspiro y miro hacia el techo. Me suelta la mano y la deslizo hacia arriba para dejarla sobre el pecho.

—¿Contenta? —me pregunta.

Sonrío y asiento con la cabeza.

—Contenta.

—¿Cansada?

Niego con la cabeza.

—De ninguna manera. Podría echar a volar ahora mismo.

—Eres una mujer peligrosa.

Me encanta ser una mujer peligrosa.

—Eres tú el que engaña a chicas perfectamente respetables para que se

quiten la ropa y lo hagan en plan salvaje en el sofá del trabajo.

—Yo no te engañé, fuiste tú la que me engañó a mí.

Me inclino y lo miro fijamente.

—¿Cómo dices?

Me hago la indignada ante su acusación.

—Fuiste tú la que entró la semana pasada en ese bar toda sexi, con esos pantalones y esa camisa y ese perrito en el bolso, haciéndome creer que eras un ama de casa aburrída en busca de un poco de acción... Cuando la verdad es que eres una despiadada máquina de matar, experta en pistolas Taser y bastones de combate a quien resulta que le gustan los exsoldados con barba.

No puedo dejar de reír. La descripción que ha hecho de mí no podría ser más ridícula.

—¿Por qué te ríes? Sabes que digo la verdad.

—Sé que dices tonterías.

—Dime algo que no sea verdad.

—Odio las barbas.

Se levanta del suelo y, antes de que me dé cuenta, me ha arrastrado a sus brazos.

—¿¡Qué haces?! —grito. Sueno demasiado feliz para que confunda mi reacción y piense que estoy enfadada de verdad.

—Te llevo a la cama para darte unos azotes.

—¡Ja! Unos azotes... Eso habría que verlo.

He dejado la Taser en mi bolso, en su habitación. Si se le ocurre darme, aunque sea una palmada en el trasero, lo voy a achicharrar con ese cacharro.

Salimos volando de la habitación hacia el pasillo, y yo voy riendo todo el camino. Es como si a mí también me hubiesen noqueado con una Taser, porque he perdido el control; como si toda mi vida, el interruptor que da vida a la verdadera May, hubiese estado apagado, y Ozzie, de algún modo, hubiese descubierto cómo encenderlo. Esta soy yo, la May Wexler de verdad, capaz de pasearse desnuda por una casa al lado de Ozzie. Todo esto es una auténtica locura. Soy May Wexler, *la Reina del Orgasmo*.

No sé por qué, pero no me sorprende cuando me levanta en al aire y me arroja a la cama. Sí me sorprende, en cambio, cuando me da la vuelta y me da un azote en el trasero.

—¡Eh...! —grito—. ¡Vas a pagar por eso!

Estiro el cuerpo y lo agarro del brazo, pero está tan sudoroso que no puedo retenerlo.

Vuelve a empujarme hacia la cama, boca abajo.

—Tú quédate ahí, que te voy a dar una lección de modales. Decir que mi

barba era horrible... ¡¿Cómo te atreves?!

Estoy levantando la cabeza para responderle cuando noto sus manos sobre mi cintura y me empuja las caderas.

—¿Qué estás...?

De repente, está ahí, en todo su esplendor, detrás de mí.

—¡Sorpresa! —dice, con una sonrisa maliciosa en la cara. Presiona su erección contra mí y se desliza fácilmente por la humedad que hay entre mis muslos.

—¿Otra vez? —digo con un hilo de voz—. ¿Ya?

Me da otro azote en el trasero, más leve esta vez.

—Prepárate, nena, porque allá voy. Estés lista o no.

Uf, ya lo creo que estoy lista para él. Se pone un condón y levanto el trasero lo más arriba posible, suspirando de placer mientras me llena una vez más.

Esta vez va muy despacio, generando un cúmulo de deseo creciente, atento a mis necesidades. Sus dedos se abren camino por delante de mí, acariciándome al ritmo de sus embestidas.

—¿Te gusta? —pregunta, tirando de mí hacia él con fuerza mientras retuerce las caderas contra mi cuerpo.

—Mmm...

Tengo los ojos cerrados, pero estoy sonriendo. Extiendo los brazos a los lados y agarro las sábanas. Va acelerando el ritmo, hundiéndome hacia el colchón.

—Así, así... —digo, animándolo—. Más fuerte.

Y empuja más fuerte, moviéndose hacia dentro y hacia fuera, cada vez más rápido. Presiono todo mi cuerpo contra él para que sepa que necesito aún más.

Se inclina hacia delante y hunde los dedos en mí de nuevo.

—Vamos, nena.

—Fóllame, Ozzie. —Las palabras se me escapan sin querer, pero no me arrepiento.

—Dilo otra vez —me pide con un gruñido.

—Fóllame... —Tengo que hacer una pausa para respirar—. Ozzie...

Ruge como un león herido y se adentra en mí con tanta fuerza que ambos nos caemos sobre la cama. Su cuerpo se estremece encima de mí como si sufriera una sucesión de descargas eléctricas y noto cómo se corre dentro de mí.

Todavía tiene la mano debajo de mí y ahora la mueve otra vez. Saber que lo he llevado más allá del éxtasis con mi cuerpo y mis palabras es lo único que necesito. Gimo y me estremezco con el orgasmo que me sacude. He perdido totalmente el control de mí misma, y no me importa.

Cuando finalmente termina, al cabo de lo que parecen unos minutos, es como si estuviera muerta, o al menos, como si hubiese corrido una maratón. No

puedo ni moverme.

—Me alegra que hayas decidido venirte aquí —me dice al oído.

Me río como una colegiala y luego suelto un resoplido indolente.

—Yo también.

Se aparta y se tumba de espaldas junto a mí. Vuelvo la cabeza para mirarlo.

—¿Contenta? —pregunta.

Sonrío todo lo que puedo, aunque mi cara se niega a cooperar.

—Contenta.

—Bien.

Se inclina y me besa antes de levantarse.

—¿Adónde vas? —le pregunto.

—Al baño.

—Ah, vale.

Me meto en la cama, arrebujándome con las sábanas y apoyando la cabeza en la almohada. Esta cama es supercómoda. Voy a relajarme un ratito aquí hasta que vuelva. Tal vez tenga ganas de hablar o algo. Seguramente deberíamos decidir cómo vamos a enfocar esto de trabajar juntos mañana. No quiero que nos sintamos incómodos, y estoy segura de que él tampoco.

Eso es lo último que recuerdo antes de oír el sonido de una alarma junto a mi cabeza y ver un reloj que dice que son las siete y media de la mañana.

Capítulo 44

¡Dios mío! ¡He dormido aquí! ¡Con él! ¡En esta cama! ¡Y tengo que levantarme para ir a trabajar! ¡Y hay que sacar a Felix! ¡Aaargh!

A mi lado, el hueco en la cama deshecha conserva la huella de un cuerpo. ¿Ha estado Ozzie aquí toda la noche y yo no me he enterado? Caramba. El sexo de anoche me dejó totalmente fuera de combate.

Apoyo los pies en el suelo y miro alrededor. Con suerte, Ozzie habrá sacado a Felix con Sahara. De lo contrario, voy a tener que limpiar sus cositas.

Delante veo una puerta que no es la que da al pasillo. Más vale que sea la puerta del baño, porque no pienso salir a la cocina y dejar que me vean mis compañeros como si me acabara de revolcar en un pajar... Dos veces.

Sonrío mientras recojo algo de ropa de los cajones y abro la puerta para entrar en el baño.

Madre mía... Esto sí que es un baño: un enorme espacio de mármol, vidrio y metal que, en armonía, crean un oasis estilo *spa*. Me cepillo los dientes primero, por si Ozzie entra y se me acerca. No quiero que me deje por tener el aliento de un dragón.

La ducha, lo bastante grande para dar cabida a varias personas, tiene tres grifos separados con distintos chorros de agua. Utilizo los productos de Ozzie para lavarme el cuerpo y el pelo, aunque tengo que prescindir del acondicionador, porque supongo que no lo usa en esas púas a las que llama pelo. Me sorprende que no le quede nada de cuando llevaba esa barba. Seguro que necesitaba acondicionador para dominar esa maraña de pelo, ¿no?

Un ruido a mi espalda borra el recuerdo del nido de pájaros que adornaba su cara. Me doy la vuelta y encuentro a Ozzie ahí detrás, vestido y listo para trabajar. Incluso lleva ya las botas de combate.

Cruzo los brazos sobre el pecho, avergonzada. Seguro que utilizaré esta situación para una fantasía una noche cuando esté aburrida y sola. Yo, desnuda y mojada, y él, mi jefe, comportándose como tal y ahí de pie, con su cuerpo musculoso. Hablando de fantasías eróticas...

—Buenos días —dice.

—Buenos días —le contesto con timidez, lo cual resulta ridículo teniendo en cuenta lo que hicimos anoche, pero no puedo controlar cómo me siento. ¿Por qué se fue a dormir anoche sin despertarme? ¿Llegó a dormir conmigo en la cama? Tal vez durmiera en el catre. Esa posibilidad me duele; la interpreto como un rechazo.

—Reunión dentro de quince minutos.

—¿Quince? —Me muevo para aclararme el pelo—. Vale.

Espero que no piense que voy a estar radiante. No soy de las que tardan siglos en acicalarse, precisamente, pero quince minutos no es tiempo suficiente para obrar milagros.

—¿Felix está bien? Debería haberlo sacado ya.

—Está bien. Salió con su novia.

Sonrío, pero no digo nada. No quiero que Ozzie piense que estoy presionándolo para que me llame su novia, aunque nada me haría más feliz. Cierro el grifo del agua y salgo de la ducha. Ozzie me da una toalla calentita directamente del radiador.

Me la acerco y me quito el agua de los ojos. El calor de la toalla se filtra en mi piel y me relaja. No tengo por qué estar nerviosa, ¿verdad que no? Puede que no seamos pareja, pero nos hemos acostado juntos, y soy una mujer adulta. Tengo suficiente seguridad en mí misma para llevar todo esto con naturalidad, sea lo que sea, tanto si es para bien como para mal.

¡Aaargh! ¿Por qué oigo campanas de boda en mi cerebro? ¡¿Es que he perdido la cabeza por completo?!

—¿Algo más? —le pregunto, sin entender qué hace ahí plantado mirándome. Ojalá no sepa leer la mente...

Se inclina y me besa en la mejilla.

—No, nada más.

Se da media vuelta y empieza a salir del baño.

Mi cuerpo ha entrado en calor, pero no solo por la toalla, sino también por el contacto con él, a pesar de que su gesto ha sido todo lo casto que puede ser un beso junto a una ducha.

—Ozzie...

Se detiene y apoya la mano en la puerta.

—¿Sí?

No tengo ni la más remota idea de qué voy a decir, pero siento que debo decir algo. Cualquier cosa.

—Gracias. Por todo.

Se vuelve para mirarme.

—¿Por todo?

No puedo contener la sonrisa que aflora a mis labios. Ya vuelvo a ser esa virgen no virgen otra vez. Es absurdo, porque anoche lo hicimos no solo una vez, sino dos.

—Sí, por todo. Por dejar que me quede aquí, por preocuparte por mí, por Felix, por... la sesión de tele. Por todo eso.

Suelta la puerta y vuelve a ponerse delante mí.

Lo miro, asustada porque está muy cerca y completamente vestido, mientras que yo estoy desnuda y mojada. ¿Vamos a hacerlo otra vez? ¿Vamos a hacer esperar a todos para la reunión mientras nosotros suspiramos, jadeamos y gemimos de éxtasis?

Me atrae hacia él, presionándome los brazos contra el pecho, y la toalla que se interpone entre nosotros impide que las cosas se aceleren.

—No tienes por qué darme las gracias. Por nada. —Sonríe un segundo—. Por ninguna de esas cosas.

—¿Va a ser complicada la situación a partir de ahora? —pregunto, con los primeros asomos de duda colándose en mi voz. ¿Qué pensará el resto del equipo? ¿Me odiarán por haberme acostado con el jefe en mi primera semana de trabajo?

Niega con la cabeza lentamente.

—No tiene por qué serlo.

Me mira con sus ojos verdes, claros y amables. Parece muy seguro de sí mismo.

—¿Qué crees que dirán los demás?

—No creo que vayan a decir nada. ¿Por qué iban a hacerlo? Has pasado aquí la noche por razones de seguridad. Thibault lo sugirió.

—Ah. De acuerdo. —Quiere decir que no va a comportarse de forma distinta conmigo delante de los demás, a pesar de que nos hayamos ido a la cama. Eso no debería molestarme, porque es mejor que nadie sepa lo que hacemos después de la jornada laboral, pero no puedo reprimir a la estúpida colegiala que hay en mí y que quiere ir con él por los pasillos cogida de la mano—. Eso está bien.

—No te preocupes —dice, con gesto inexpresivo.

—No estoy preocupada.

—Pareces preocupada.

—No lo estoy.

—Por la voz, pareces preocupada.

Arrugo la frente.

—No, no lo estoy. Mi voz es normal.

—Te he preparado una tortilla.

—¿Ah, sí? —Ya estoy de buen humor otra vez—. ¿Has hecho una para todos?

—No, solo para ti.

Se queda ahí inmóvil, dejando que asimile el alcance de sus palabras. Por la forma en que me mira, juraría que le importo. ¿Por qué si no iba a preparar una tortilla solo para mí? Un sentimiento muy parecido al amor me hincha el corazón y se apodera por completo de mí.

Se agacha y suelto la toalla para rodearle el cuello con los brazos y darle el beso que se merece.

Su lengua y la mía se enredan de nuevo, ensayando otra vez la danza que empezamos y perfeccionamos anoche. Sus manos grandes y cálidas me acarician la parte baja de la espalda. En cuestión de segundos, el calor entre nosotros es asfixiante. Lanzo un gemido cuando las sensaciones empiezan a tomar el control de nuevo. Me lo imagino reclinándome sobre el lavabo y haciendo lo que quiera conmigo cuando, de pronto, se aparta.

—La reunión. Tengo que irme.

Me deja ahí de pie, casi en la misma posición de maniquí de *sex-shop* que ayer. Antes de que pueda hablar de nuevo, ya ha llegado a la puerta.

—Ozzie.

—¿Sí?

—Me gustas.

Agacho la cabeza y recojo la toalla del suelo para taparme con ella. Me odio con toda mi alma por ser tan idiota. ¿Qué coño me pasa? ¿Por qué no puedo guardarme para mí aunque sea alguno de mis pensamientos? Sus besos anulan mi fuerza de voluntad y me sueltan demasiado la lengua.

—Tú también me gustas, Pastorcilla, pero no creas que tu sesión de entrenamiento de hoy va a ser más fácil por eso.

Sonrío de oreja a oreja con la cara parapetada tras la toalla, rezando para que no me esté mirando ahora mismo. No puedo asomarme a comprobarlo. Cuando recupero el control, me aparto la toalla de la boca y me seco el abdomen. Me da vergüenza apartarla del pecho y quedar expuesta otra vez, tonta de mí, como la virgen no virgen que soy.

—¿Hoy hay sesión de entrenamiento? —pregunto, tratando de imprimir a mi voz un tono alegre y despreocupado.

—Por supuesto.

De pronto me viene a la cabeza la imagen de Dev con una espada.

—¿Crees que Dev va a volver a atacarme por sorpresa?

—Supongo que estás a punto de descubrirlo.

Abre la puerta y se va, dejándome sola en el baño.

Mi corazón da saltos de alegría. ¡Yo también le gusto a él! ¡Va a seguir entrenándome! ¡Quiere que me quede en la compañía! Extiendo los brazos y empiezo a girar alrededor de mí misma; craso error, porque todavía tengo los pies mojados y el suelo es de mármol. Me resbalo y por poco me caigo. Ahora la adrenalina también me corre por las venas. Casi estoy deseando que Dev me espere con otro de sus estúpidos ataques sorpresa. Estaré totalmente lista, desde luego. ¡Zas! ¡Toma llave de judo!

Termino de prepararme en tiempo récord y salgo por la puerta del dormitorio exactamente quince minutos después de que Ozzie fuera al baño a informarme de la reunión. Sí, pequeño. Controlo mi nueva vida como una auténtica experta.

Capítulo 45

Avanzo con sigilo por el pasillo, aguardando el ataque. Cuando llego a la puerta de la cocina, exploro el terreno. Tengo que localizar a Dev antes de revelar mi posición.

Todos están sentados a la mesa excepto yo, incluido Míster Ataque Sorpresa. La tortilla está en un plato junto a los fogones, pero la dejo allí intacta. No pienso sentarme y devorar el desayuno, especialmente preparado para mí, delante de mis compañeros de trabajo. Las miradas que le dedico a Ozzie sin demasiado disimulo ya resultan bastante sospechosas.

—Buenos días, Pastorcilla —dice Lucky, sonriéndome cuando me acerco para reunirme con ellos en la mesa. Está demasiado alegre y radiante de buena mañana. ¿Es que va a grabar un anuncio de pasta de dientes después de la reunión? ¿Es una sonrisa cómplice la que veo en su cara? Creo que sí. Intento comportarme con naturalidad.

—Buenos días, Lucky. ¿Qué tal está tu pez de colores?

—Sunny está muy bien, gracias por preguntar.

Retiro mi silla para sentarme y ordeno las carpetas que tengo delante, intentando parecer ocupada. No puedo mirar a Ozzie. Seguro que empezaré a babear y a comérmelo con los ojos y entonces Toni querrá darme un puñetazo en la cara. Tengo que pensar qué puedo hacer con ella. Necesito averiguar si le gusta Ozzie o qué problema tiene con el hecho de que me quede a pasar la noche con él. La idea no le hizo ni pizca de gracia ayer.

—Buenos días a todos —dice Ozzie—. Empecemos con la Operación Harley. Desde anoche, tenemos una escucha en el objetivo. Por ahora, solo en el jardín de la parte de atrás, pero me gustaría entrar.

—Deberías darle una oportunidad a la Pastorcilla —dice Toni, con un deje de amargura en la voz—. Manejó muy bien el dron ayer.

—¿Qué te parece, May? ¿Quieres intentarlo? ¿Quieres hacer volar el cacharro al interior de la casa? Podemos practicar con otro que tenemos.

Miro a mi jefe, con ese aire tan profesional.

—Claro, Ozzie. Por mí, encantada de hacerlo.

Sonrío con entusiasmo, pero me doy cuenta de que me he pasado de la raya cuando todos me miran. Mi sonrisa se desvanece y a mi cara asoma una expresión de vergüenza absoluta. Maldita sea. ¿Es que llevo escrito en la cara que anoche Ozzie y yo practicamos el desnudo integral o qué?

—Anoche pasó algo que afecta a la operación —dice Ozzie.

No puedo respirar. ¿Es que va a decirles a todos que echamos un polvo? ¡Aaargh!

—Hacia las nueve de la noche un intruso accedió a los alrededores de la casa de May. Activó la alarma perimetral.

Dejo escapar la inmensa bocanada de aire que había estado conteniendo, muy despacio, para que nadie lo oiga.

—Eso no me gusta nada —dice Thibault, mirándome—. ¿Estáis todos bien?

Asiento con la cabeza. Estoy demasiado mareada por la falta de oxígeno para confiar en mi voz.

—Sí —responde Ozzie—, pero nos trasladamos aquí por la noche.

Envidio de verdad su capacidad para hablar con este desparpajo. Si lo hubiera dicho yo, me habría reído y me habría puesto roja como un tomate. Ahora mismo, me está costando un mundo conservar una expresión neutra. Necesito dominar mis nervios, en serio. Creo que, definitivamente, necesito llamar a Jenny por teléfono. Tal vez pueda hacerle una llamadita rápida desde el cuarto de baño antes de empezar a trabajar.

—Será mejor que te quedes aquí hasta que averigüemos qué está pasando —dice Dev. Mira al otro lado de la habitación y frunce el ceño—. ¿Alguien va a comerse esa tortilla?

Abro la boca para responder, pero Ozzie me interrumpe.

—No la toques. No es tuya.

Dev frunce el ceño.

—Joder, solo era una pregunta...

Thibault sacude la cabeza con expresión incrédula.

—Eres un pozo sin fondo, tío.

Dev le da un codazo.

—Cállate. No he tenido tiempo de desayunar esta mañana.

—Hay cereales en la despensa —dice Ozzie antes de abrir una carpeta que tiene delante—. Hemos recopilado unas veinticuatro horas de datos de vigilancia. Calculo que tendremos más o menos una hora de imágenes que valgan la pena. ¿Algún voluntario?

Levanto la mano.

—No me importa hacerlo a mí —dice Toni, encogiéndose de hombros—, ya

que me habéis echado de allí de todos modos.

—Perfecto. Toni y May, os encargáis vosotras. Escribid un informe de lo más relevante y dádmelo al final del día.

—Hecho.

Toni me hace una seña con la cabeza y yo le hago un movimiento afirmativo.

—Dev, ¿horario de entrenamiento?

—Esta mañana me toca con May —responde Dev—. Los demás podéis hacer el circuito.

Toda la mesa protesta con un gruñido.

—No quiero oír ni una queja. Lo he cambiado esta mañana antes de la reunión. Creo que os gustará lo que he hecho. Consultad los portapapeles antes de empezar y utilizad los cronómetros. Nada de trampas. Como os pille haciendo alguna, lo pagaréis muy caro.

No tengo ni idea de qué es ese circuito, pero no parece muy popular.

—Yo me encargaré de los entrenamientos de May por el momento —dice Ozzie. El tono de su voz suena un poco seco a mis oídos, y miro alrededor para ver si alguien más se ha dado cuenta.

—¿Y eso por qué? —Es evidente que Dev no está muy contento—. ¿Crees que no estoy preparado físicamente?

—No, claro que estás preparado, pero con ella quiero que te centres en el entrenamiento de combate. Yo me ocuparé de su nivel cardiovascular. Después de eso trabajaremos con su masa muscular.

Me concentro en los papeles que tengo delante. Mi primera reacción instintiva es mirar a Ozzie y dedicarle una sonrisa cómplice, pero hasta yo sé que no es buena idea. No quiero avergonzarlo y hacer que me odie antes de darle la oportunidad de que le guste durante al menos veinticuatro horas. Eso sería una tragedia, teniendo en cuenta la increíble doble sesión de sexo de anoche.

—Está bien. Empezaremos con el bastón de combate.

No voy a recordarle a Ozzie que prometió enseñarme él a usar esa arma. Se está encargando de mis entrenamientos, eso ya supone suficiente atención especial. No quiero que todos piensen que soy una especie de *prima donna*.

—¿Qué más? —pregunta Thibault.

—Necesito que alguien se ocupe de identificar al intruso de anoche —dice Ozzie. Parece enfadado.

—Yo me encargo —dice Thibault—. No estoy seguro de qué voy a averiguar, pero lo intentaré.

—Podríamos encontrar algo en las cintas —propone Toni.

—Mantened los oídos abiertos, por si acaso —dice Ozzie. Vuelve a centrar su atención en Lucky—. ¿Cómo va la Operación Blue Marine?

—La verdad es que no lo sé. —Lucky parece frustrado—. Me senté y revisé las cuentas y todo parece en orden... pero hay algo raro. Han hecho bien en llamarnos.

—¿Qué quieres decir?

Ozzie deja de tocar las carpetas y mira a Lucky.

—No estoy seguro. Tengo que ir a la sede de la empresa e investigar algunas cosas.

—Adelante. Pero no hables con ningún empleado sin consultarlo antes con nuestro contacto. Y, por supuesto, no des tu verdadero nombre a nadie de la empresa, ni siquiera a nuestro contacto.

—No, claro que no. Me haré pasar por un cliente que busca material de pesca.

—¿Y qué opinará Sunny de eso, eh? —Dev sonrío a Lucky con malicia.

—Sunny no tiene por qué enterarse. —Lucky arroja sus carpetas al centro de la mesa—. ¿Hemos terminado? Tengo que irme.

—¿Una cita romántica? —pregunta Thibault, sonriendo.

—Ya que tanto te interesa, tengo visita con el médico, pero gracias por preocuparte por mi vida personal.

Thibault levanta la mano.

—Hablando de eso, necesito para hoy las hojas con vuestras horas. El día de pago es el viernes, no lo olvidéis. Si queréis cobrar, traedme vuestras hojas. Nada de excusas.

Los gemidos de protesta resuenan por toda la mesa. A mí también me preocupa el tema, porque no sé nada de esas hojas. ¿Tengo que llevar una yo también o el período de prueba me exime de alguna manera?

Thibault levanta la mirada al techo con exasperación.

—Lo diré otra vez, ya que tenemos una nueva empleada en la mesa... Tenéis que rellenar las hojas a diario, a medida que vayáis sumando horas. Así no se os hará una montaña al final de la semana. —Me señala con el dedo—. De momento, yo me encargo de rellenar la tuya, pero después de esta semana, tendrás que hacerlo sola.

Asiento con la cabeza.

—Vaya, qué malo eres... —dice Dev, apuntando con el pulgar hacia abajo.

Thibault niega con la cabeza.

—Joder, tíos, a ver si maduráis ya de una vez. Es una hoja de horas de trabajo, no una prueba de cálculo.

Ozzie se pone de pie.

—Una cosa más antes de que os vayáis todos.

Me entra un súbito ataque de pánico. Sé que es irracional y que no tendría

sentido habida cuenta de cómo se ha comportado hasta ahora, pero solo se me ocurre pensar que va a decírselo a todos. Va a anunciarles que soy la golfa que se acostó con él apenas unos días después de conocerlo.

—Necesitamos un coche de empresa para May. Estoy abierto a sugerencias sobre marca y modelo.

Estoy demasiado atónita para hablar. ¿Van a darme un coche de empresa? ¿Significa eso que ya no estoy en período de prueba? ¿Soy la única que piensa que es una locura?

—¿Qué tal un monovolumen? —dice Toni, riéndose de su propia broma.

La miro, dejando de lado toda mi aprensión anterior.

—¿Qué insinúas? ¿Que parezco la típica propietaria de un monovolumen? ¿Una madre de familia con una prole de niños? No, gracias.

Toni se encoge de hombros.

—Eres la Pastorcilla. Funcionaría perfectamente con tu tapadera.

—No es mala idea —dice Ozzie.

¡Traidor! Me vuelvo hacia él.

—Por supuesto que es una mala idea. Es una idea horrible. ¡No puedo conducir un monovolumen! Los monovolúmenes son para madres de familia. Son para mujeres casadas, no para mujeres solteras.

¿Tengo pinta yo de conducir un monovolumen? No, ¿verdad? Me dan ganas de llorar. Sé que son unos vehículos muy útiles con un montón de espacio de almacenamiento, además de que caben hasta ocho pasajeros, pero venga ya... ¡Soy una mujer soltera, por el amor de Dios!

—¿Te preocupa que conducir un monovolumen te impida flirtear?

Ozzie espera impasible mi respuesta.

Mi rostro adopta sucesivas expresiones: frustración, vergüenza, tristeza, envidia...

—¿Y por qué Toni conduce un todoterreno?

Sí, estoy siendo infantil, pero qué narices... Ella puede pasearse por ahí con unos pantalones ceñidos y botas de tacón de aguja, mientras que yo voy en alpargatas y con un monovolumen. Empiezo a preocuparme seriamente por eso; hace que me pregunte por qué Ozzie se acostó conmigo, para empezar. ¿Y si es uno de esos tipos raritos con complejo de Edipo?

—Conduzco un todoterreno porque es el coche que me va. —Me sonrío y detecto algo más que un leve aire de suficiencia. ¡Aaargh! Está pidiendo a gritos que la electrocute con la Taser ahora mismo, o al menos que la golpee con el bolso meado.

La fulmino con la mirada.

—Pues a mí un monovolumen no me va nada.

—¿Y si me la llevo a comprar un coche? —se ofrece Dev—. Tengo tiempo más tarde.

Ozzie asiente con la cabeza.

—Habré acabado con ella hacia las nueve.

—Y yo acabaré con ella hacia las dos —añade Toni. Me parece que se pasa un poco con mis horarios de trabajo, tendré que hablar con ella al respecto. No puedo ir corriendo a Ozzie con asuntos como ese, sobre todo ahora que estamos juntos. No quiero ningún trato especial. Sí, Toni y yo vamos a tener una pequeña charla luego, para dejar claras algunas cosas.

—¿Quieres quedar aquí a las dos y media? —me pregunta Dev.

—Por supuesto. Siempre y cuando no lleves encima un arma que tengas pensado usar contra mí.

Sonríe.

—No te prometo nada.

Me encojo de hombros.

—Muy bien. Pero lo mismo te digo, ¿eh?

—¡Oooh! ¡Eso suena a amenaza! —Thibault se echa a reír—. Has abierto la caja de Pandora con ella, Dev. Creo que es mejor que te rindas.

—La palabra «rendirse» no entra dentro de mi vocabulario —dice, levantándose con sus casi dos metros de estatura.

Tengo que admitir que su altura me impresiona bastante, pero no pienso decírselo a nadie. Me encojo de hombros.

—No te preocupes, Thibault. Ya sabes lo que dicen de los hombres como él.

Señalo a Dev con la barbilla.

A Thibault le brillan los ojos de alegría.

—No, ¿qué dicen?

—Cuanto más altos son, más dura es la caída.

Hasta Ozzie se ríe cuando Dev responde.

—Uf, ahora sí que voy por ti, Pastorcilla. Tú te lo has buscado.

Capítulo 46

Después de ponerme la ropa para entrenar, me reúno con Ozzie en el gimnasio de la empresa. Él también lleva ropa deportiva y tengo que apartar la mirada de su entrepierna, porque juraría que le está aumentando de tamaño por momentos. Sin embargo, ni aun así consigo calmarme. Tiene unos pectorales impresionantes a plena luz del día, y aún recuerdo la sensación al entrar en contacto con mis manos y el aspecto que tenían desnudos, suspendidos sobre mí.

—Hoy voy a enseñarte el circuito de ejercicios de Dev, para que puedas hacerlo sin mí en el futuro.

Me cambia la cara y me olvido de inmediato de cualquier pensamiento excitante. ¿El circuito? A nadie le gusta el circuito. Ni siquiera sé lo que es, pero no me fío.

—¿Qué pasa? —me pregunta, acercándose.

Yo retrocedo unos pasos.

—Nada. —Miro a mi alrededor para examinar las máquinas, fingiendo que no me importa que ya esté intentando faltar a su promesa de dirigir mis entrenamientos—. ¿Por dónde empezamos?

—No empezaremos nada hasta que me digas qué es lo que he hecho. —La expresión de su cara me dice que habla muy en serio.

—No es nada. Es una tontería, de verdad. Venga, empecemos.

No entiendo cómo puedo ser tan idiota. Comienzo a estar harta de mí misma, la verdad.

Se queda inmóvil unos segundos, pero luego se desplaza hacia mi derecha.

—Aquí tienes el famoso portapapeles.

Lo coge de una mesa y me lo enseña. Sus músculos se flexionan hasta con ese pequeño movimiento. Ñam, ñam.

—Es la tabla de ejercicios de Dev que hay que hacer en cada máquina. Cada uno se ejecuta durante un total de un minuto, con tantas repeticiones como puedas hacer con una buena técnica y una pausa de quince segundos entre cada serie. No puedes descansar más tiempo o montará en cólera.

—¿Y cómo sabe Dev si he seguido la tabla?

—Porque es un loco. Créeme, sabe con solo mirarte si has hecho trampa o no. No sé si cuenta los segundos desde el otro extremo de la sala o qué, pero lo sabe. Hacer trampas en el circuito es hacerse trampas a uno mismo, y hacerse trampas a uno mismo es engañar al equipo. Así que no hagas trampas y punto. Sigue la tabla indicada en el portapapeles.

—Pues da un poco de miedo, la verdad —digo, tratando de bromear sobre el hecho de tener a un general de guerra de las SS como instructor. Ya no estoy tan segura de querer ponerme en forma.

—No pasa nada. Te acostumbrarás. Además... da resultado. —Me enseña el portapapeles—. Aquí tienes el primer ejercicio. Dev ha numerado las máquinas. El primer ejercicio se hace en la número ocho. Tienes que tirar de la polea por detrás de la cabeza. Hay imágenes que ilustran cómo hacer los ejercicios en cada uno de los aparatos, así que puedes seguir las instrucciones mientras entrenas. —Señala el papel y se dirige a la máquina—. Siéntate.

Me siento en el minibanco negro y acolchado y espero a que Ozzie dé el siguiente paso. Introduce una pequeña barra en algunas de las pesas que voy a mover. Miro al frente y me fijo en la imagen que, según me ha dicho, describe cómo hacer el ejercicio. Es un dibujo de una persona que tira de la barra de la polea por detrás de la nuca, tal como ha dicho Ozzie. Asiento con la cabeza. Parece bastante fácil.

—Agarra esa barra por encima de la cabeza y tira hacia abajo por detrás de la nuca. Hazlo con movimientos lentos y controlados, todas las repeticiones que puedas, con las manos separadas. —Se inclina y presiona un botón en un temporizador adherido con cinta adhesiva a la máquina—. El cronómetro está puesto. —Presiona otro botón—. Adelante. —Empieza la cuenta atrás a partir de sesenta segundos.

Tiro de la barra hacia abajo y sonrío al comprobar que el peso que ha seleccionado para mí es manejable. Puedo hacerlo. Ni siquiera necesitaré hacer trampa.

Ozzie mira fijamente la barra y luego me mira a mí, concentrándose en mi rostro.

—No te comiste la tortilla —dice en voz baja, para que no lo oigan al otro lado de la sala.

—Ya. —Espero mientras empujo la barra de nuevo antes de seguir hablando—. No quería que todo el mundo me viera comerla. —Exhalo el aire mientras trato de evitar que la barra se me escape de las manos y salga disparada hacia arriba. Lo admito, no es tan fácil como yo creía.

—¿Te da vergüenza que te haya preparado una tortilla?

Las pesas chocan cuando pierdo el control de la barra sin querer.

—Cuidado —dice.

Sujeto mejor la barra e intento hacer otra repetición.

—No, no me da vergüenza. Me gusta que me la hayas preparado. Es solo...
No quiero que nadie sepa algo que tú no quieres que se sepa.

—¿Y qué es eso? —pregunta.

Me esfuerzo por tratar de hacer que la barra suba lentamente. No sé cómo, pero es como si las pesas pesaran cada vez más, aunque sé que Ozzie no las ha tocado.

—Ya lo sabes. —Tengo la cara completamente roja, en parte por el esfuerzo, pero también por sus preguntas—. No me obligues a decirlo en voz alta.

—No quieres que nadie sepa que nos hemos acostado.

Devuelvo bruscamente la barra a su sitio, por encima de mi cabeza, y las pesas entrechocan con un golpe.

—Yo no he dicho eso.

Tengo que restregarme las manos en los pantalones cortos para secarlas. Ya estoy sudando, pero no estoy segura de si es por el entrenamiento o por nuestra conversación.

—Si quieres mantenerlo en secreto, podemos hacerlo. —Ozzie se encoge de hombros.

—Creo que, si los demás se enteran, pensarán mal de mí.

—Entonces tendrán que vérselas conmigo —dice. No creo que se dé cuenta, pero saca pecho cuando dice eso.

Sonrío al ver su instinto protector entrar de nuevo en acción. Verdaderamente, es una de sus cualidades más atractivas.

—Soy capaz de librar mis propias batallas, si no te importa.

—Muy bien, pero si alguien te molesta o te causa problemas, dímelo.

Niego con la cabeza.

—No, no voy a hacer eso.

—¡Trampa! —grita una voz desde el otro lado de la sala. ¡Menudo sobresalto!

Ozzie agita el portapapeles.

—Venga, siguiente ejercicio. —Se dirige a otra máquina y señala el asiento—. Pon el cronómetro. Un minuto. Luego descansa quince segundos antes de empezar.

Pulso los botones de este otro cronómetro como ha hecho Ozzie con el anterior y luego apoyo las manos en las piernas. La verdad es que ya estoy casi sin aliento. Qué vergüenza...

—Pon el peso en treinta kilos.

—¿Pongo ese mismo peso en todas? —Me inclino hacia delante y tiro de un pasador metálico de la pila de pesas para colocarlo en el número treinta.

—No. Dev nos da una lista de qué peso deberíamos levantar cada uno. Aquí está la tuya.

Ozzie señala una gráfica en la primera hoja. Allí aparece el peso indicado para cada uno de los aparatos. Para Ozzie, las cifras son muy elevadas, por supuesto. Enormes, en comparación con las mías. Se supone que debe levantar ochenta kilos en esta, sin ir más lejos. ¿Eso es posible? Bajo la mirada y veo que las pesas solo llegan hasta el número setenta.

—Caramba... ¿Tan maniático es con sus entrenamientos?

Ozzie habla casi en un susurro.

—Digamos que se toma su trabajo muy en serio.

—¡Eh, vosotros dos! ¡Os veo haciendo trampas! —grita Dev—. ¡Los descansos son de quince segundos, no de quince minutos!

Presiono el botón del cronómetro y empiezo el ejercicio, aunque se me va la mitad de la fuerza en contener la risa.

Ozzie tiene que alejarse de mí para no reírse él también.

—Por cierto, ¿se puede saber qué le pasa a Toni? —pregunto, sintiéndome mucho más fuerte ahora que estoy concentrada en averiguar por qué misteriosa razón parece estar enfadada conmigo. Las pesas prácticamente se salen de su sitio.

—¿Por qué lo dices?

—Por ti. ¿Os habéis acostado alguna vez?

Ozzie arruga la cara.

—¿Toni? ¿Y yo?

—Sí. —Hago como que no me importa, mirando fijamente las pesas que suben y bajan despacio según mi voluntad.

—No. Nunca.

—Entonces, ¿por qué le molesta que pase la noche aquí contigo?

—No lo sé. —Niega con la cabeza—. Quizá sea demasiado protectora.

—¿Quieres decir que quiere protegerte a ti? —Suelto un resoplido—. Eso tiene gracia.

—Toni es muy leal. Se lo toma como algo personal cuando algún extraño interfiere con su familia.

—Y yo soy la extraña. —Me duele pensar en mí misma en esos términos. Quiero formar parte de esta familia, más que nada en el mundo. Hace cuarenta y ocho horas que no pienso en reportajes fotográficos de bodas cuando es lo único en lo que he pensado durante los últimos siete años. ¡Libertad! No quiero que nadie me la arrebatara ahora que le he cogido el gusto. Ahora puedo admitir que

odiaba lo que hacía antes. He necesitado a los Bourbon Street Boys para darme cuenta, para ser sincera conmigo misma.

—Yo no diría que eres una extraña, exactamente. Para ella estás en período de prueba, pero no te preocupes. Acabará aceptándote.

—Si estoy a la altura.

—Vas a estarlo.

Empujo las asas delante de mí por décima vez cuando suena el pitido del cronómetro. Lanzo un gruñido, empujando las pesas, que ahora parecen cuatro veces más pesadas que cuando empecé.

—¡Aaargh!

—¡Vamos, mujer! —grita Dev desde el otro extremo de la sala.

Me río y suelto las asas antes de terminar la repetición.

Ozzie apoya la mano en mi hombro.

—Quince segundos. Descansa. Vas a necesitarlo.

Levanto la mirada, con la cara sudando a chorros.

—¿Por qué? ¿El siguiente es aún más duro?

Él sonrío y baja la voz hasta hablarme en un susurro.

—No, pero tengo planes para ti esta noche.

Será imposible recordar ni uno más de los ejercicios que hago durante este entrenamiento. Estoy demasiado distraída fantaseando con lo que Ozzie va a hacerme esta noche y cuántos orgasmos implicará eso.

Capítulo 47

—Se llama procesamiento de datos —dice Toni mientras enciende un equipo que no sabía que existiese hasta ese momento, situado en uno de los cubículos que hay en otra parte de la nave, a la que se accede por un laberinto de puertas y pasillos—. Introducimos todos los datos sin procesar, los subdividimos en carpetas y los analizamos cuando podemos. A veces utilizamos programas informáticos como ayuda, y a veces es cuestión de verlo todo en avance rápido hasta que aparece algo interesante.

Abre una carpeta y hace clic en un archivo.

—Esto es lo que recibimos ayer del Parrot. El archivo de imágenes cubre hasta las nueve de esta mañana. —Se levanta y se traslada al cubículo contiguo al mío—. Yo empezaré con la libélula; tú puedes empezar con el Parrot. Luego veremos también las imágenes de la GoPro. —Se sienta frente a otro equipo y hace clic en otra carpeta mientras se coloca unos auriculares.

Le doy un golpecito en el hombro y levanta la vista.

—Y... ¿qué se supone que debo hacer exactamente?

Levanta los auriculares y se los quita lanzando un suspiro.

—Ver el vídeo. Anotar la marca temporal de cualquier cosa que te parezca relevante. Haz una captura de pantalla de las caras si captas alguna.

Está a punto de volver a ponerse los auriculares cuando le formulo otra pregunta.

—¿Y qué es lo que debería considerar relevante?

Hace una mueca de exasperación.

—Joder, Pastorcilla, ¿quieres que te dé de comer también?

Me siento en la silla y me cruzo de brazos. Estoy demasiado cansada después del entrenamiento para tener paciencia con esto. Levantar pesas ha agotado todas las fuerzas de mi cuerpo y mi cerebro, supongo.

—Quizá antes de eso podrías decirme qué problema tienes conmigo.

Se nota que está irritada.

—No tengo ningún problema contigo.

—Claro que lo tienes.

Se encoge de hombros, con toda su sangre fría.

—Eres un poco paranoica, ¿no? Joder, Pastorcilla, relájate. Te darán tu monovolumen luego, un poco más tarde.

Alargo el brazo y le arranco los auriculares de las manos cuando está a punto de ponérselos de nuevo. ¿Monovolumen? Y una mierda... No pienso conducir un maldito monovolumen.

Se vuelve y me fulmina con la mirada.

—Será mejor que vayas con cuidado, Pastorcilla. Aquí no hay nadie para protegerte cuando te haces la lista.

Levanto una ceja.

—¿Y se supone que eso debería asustarme?

Tal vez el día anterior me habría asustado, pero hoy, sabiendo que cuento con el respaldo de Ozzie, no tanto. Salta a la vista que Toni tiene un problema conmigo, y si voy a trabajar aquí de forma permanente algún día, me parece que vamos a tener que poner todas las cartas sobre la mesa. También es posible que mi entrenamiento físico haya agotado todas mis reservas de miedo y no me queden para responder de manera adecuada a la amenaza de Toni. Seguramente debería estar muerta de miedo, pero en vez de eso, me enfrento a ella.

—Si fueras inteligente, sí, deberías asustarte.

Apoyo las manos en los brazos de la silla.

—Digamos que no soy inteligente. ¿Qué vas a hacer? ¿Pegarme? ¿Darme una paliza aquí mismo? ¿Darme una lección?

Me mira frunciendo el ceño, como si estuviera loca.

—No.

—¿Entonces qué? —Me encojo de hombros—. ¿Qué problema tienes? ¿Por qué eres amable y simpática conmigo y luego, al cabo de un minuto, estás dándole patadas a Thibault por debajo de la mesa?

Ya está. Ya lo he dicho. Rezo para que haberlo sacado a relucir no sea un error.

—Pero ¿de qué hablas?

—Le diste una patada a Thibault por debajo de la mesa cuando sugirió que yo pasara la noche con Ozzie.

—¡Qué va! Yo no hice eso.

—Sí que lo hiciste. Lo vi.

—Se me resbaló el pie. Fue sin querer.

—Por favor... No me vengas con tonterías y dime por qué lo hiciste. ¿Estás enamorada de Ozzie o algo así? ¿Estás celosa?

Se queda boquiabierta.

—Nadie te culparía, ¿sabes? Es guapo, fuerte, está soltero y es el jefe de su propia y próspera empresa. Es un buen partido.

—No es mi tipo.

Toni vuelve la cabeza y coge los auriculares.

—No te creo.

Se encoge de hombros, apoyando los auriculares en las mejillas.

—Piensa lo que quieras. No importa si me crees o no.

Se coloca los auriculares en las orejas y presiona un botón de su ordenador.

Estoy a punto de insultarla con una palabrota muy fuerte, pero me contengo. En vez de eso, sujeto un bolígrafo con la mano y desplazo el bloc de notas a la izquierda del escritorio para poder tomar apuntes.

Toni no quiere hablar de lo que siente por Ozzie, ni yo tampoco. Simplemente, tendrá que aceptar el hecho de que es mío. Mío, mío y solo mío. Me siento como si fuera una especie de Señor Burns muy avaro, que acumula montones de oro y piensa que alguien va a robárselo. Dios, me ha dado muy fuerte con este hombre...

Lanzo un suspiro, presiono el botón que pone en marcha el vídeo y veo que los árboles alrededor de la casa empiezan a moverse con el viento. Nada ni nadie hace nada en esta película salvo la vegetación.

Después de los primeros diez minutos sin ver absolutamente nada interesante, me doy cuenta de que esto del procesamiento de datos es un auténtico aburrimiento. No me extraña que todos se alegrasen cuando nos ofrecimos las dos. Tiro el boli sobre la mesa y me recuesto en la silla, balanceándome adelante y atrás, adelante y atrás, adelante y atrás...

—¿Podrías dejar de hacer eso? —dice Toni, quitándose los auriculares.

—¿De hacer el qué?

—De moverte.

Sujeta el brazo de la silla e intenta detenerme.

La empujo con el codo y me balanceo aún más fuerte.

—Puedo mecerme si quiero. Es un país libre.

¿No quiere hablar conmigo de asuntos importantes, pero refunfuña y se queja cuando intento ponerme cómoda en esta silla tan dura? No. De eso ni hablar. No pienso hacer lo que me diga.

Miro la pantalla, fingiendo que necesita toda mi atención. Siento como la adrenalina me penetra en el torrente sanguíneo. Tengo la firme sospecha de que Toni va a saltar sobre mí en cualquier momento. Si tuviera la Taser aquí, le quitaría el seguro al gatillo, pero como no la tengo, miro alrededor buscando cualquier cosa capaz de hacer las veces de arma defensiva. Dev estaría orgulloso, aunque lo único que se me ocurre son sus auriculares. ¿Qué voy a hacer con ellos?

¿Aporrearle la cabeza y los hombros con las almohadillas para los oídos?

—Pero, ¿tú te has oído? —exclama—. ¿«Es un país libre»? En serio, ¿cuál es tu problema? ¿Qué tienes, diez años?

—Soy una mujer lo bastante adulta para reconocer los celos cuando los veo. —Pongo cara de exasperación solo para provocarla, a propósito. Tal vez si la saco de quicio admita cuál es su problema.

—¿Celosa? ¿Yo? ¿Crees que estoy celosa de ti?

—Por supuesto que lo estás. ¿Por qué si no serías tan impertinente conmigo todo el tiempo?

No me da tiempo a reaccionar: si hace un segundo estaba sentada en la silla a mi lado, ahora se ha abalanzado encima de mí en un abrir y cerrar de ojos.

Medio segundo después ya me ha inmovilizado y la silla ha salido volando debajo de mí. Estoy agazapada debajo de ella y con las rodillas casi en el suelo.

—¿Cómo te atreves a llamarme impertinente?! —me grita.

Busco algo con las manos... cualquier cosa para detenerla.

—¡Me haces daño! —grito, agarrándole la pierna.

Me aprieta más fuerte.

—¡Suéltame la pierna, Pastorcilla de mierda!

—¡Deja de llamarme Pastorcilla!

—¡Será si me da la gana!

—¿Quién tiene diez años ahora?

—¡Cállate!

Busco con los dedos el cable de los auriculares, lo agarro y tiro de él con todas mis fuerzas. La golpeo en la espinilla justo cuando consigo recuperar el control de mis piernas.

Pero Toni no me suelta. Levanto la mano libre todo lo que puedo y busco a tientas su pelo. Lo agarro y tiro con fuerza para arrancárselo.

—¡Aaay! —grita—. ¡Suéltame el pelo!

—Suéltame tú el cuello —digo con un gruñido. Se me está nublando la vista.

—Tú primero. —Respira como si fuera un toro bravo.

A la mierda. Fue ella la que empezó esto, así que yo voy a terminarlo. Cierro el puño con el cable dentro y la golpeo en el muslo.

Dobla la pierna mientras grita de dolor.

¡Toma! Ahora verás lo que es sufrir un calambre de verdad, pedazo de insolente. Tengo una hermana mayor y sé perfectamente cómo quitarme a alguien de encima cuando me tiene inmovilizada.

Afloja la presión sobre mí y me incorporo antes de empujarla con todas mis fuerzas. La adrenalina me da superpoderes, cosa que, unida a su condición de

peso pluma, la hace salir volando por los aires. Cae de espaldas sobre su silla, que se vuelca y la hace caer al suelo.

Aterrizo de rodillas junto a sus costillas, le agarro una mano y le enrollo el cable alrededor a una velocidad supersónica. Parece un ternero en un rodeo. Antes de que pueda recuperarse de los calambres, le agarro la otra mano y se la ato también. Los auriculares me golpean la mano cuando se acaba el cable.

—¿Qué estás haciendo?! —grita, con la respiración jadeante. Creo que le he dado un puñetazo demasiado fuerte o algo. Parece como si le doliera mucho.

—Atarte hasta que te tranquilices.

—Te recomiendo que salgas corriendo —dice con un gruñido, tratando de zafarse de mis improvisadas ataduras. No tengo ni idea de cómo hacer un nudo con el cable, así que solo es cuestión de tiempo antes de que se escape e intente matarme.

Busco una solución en lo que tengo más a mano, pero lo único que hay son las dos sillas.

Levanto una y le doy la vuelta para colocarla sobre ella, con el respaldo a su derecha y los brazos a su izquierda, de manera que forme un puente sobre sus manos atadas. Apoyándome en ella, uso todo el peso de mi cuerpo para que no se mueva y la miro a la cara, roja como la grana.

—Ríndete y te soltaré.

—Me rendiré cuando te ponga un cuchillo en la garganta, no antes. —Prácticamente me escupe al hablar, de lo furiosa que está.

Parpadeo un par de veces, tratando de decidir si habla en serio. Desde luego, lo parece.

—¿Me amenazarías con un cuchillo? —Estoy un poco dolida por la idea. Seguro que a los chicos no les haría nada parecido, por muy furiosa que estuviera con ellos.

No me contesta, sino que se limita a lanzarme miradas asesinas mientras sigue forcejeando. Creo que está a punto de desatarse, pero conmigo encima de esta silla no va a llegar muy lejos.

—Suéltame —dice, con un tono más calmado. Aunque es una especie de calma mortal, así que no me fío en absoluto.

—No puedo. No quiero morir hoy. —Le sonrío. Todo esto es demasiado ridículo: somos dos mujeres adultas y estamos peleándonos como dos niñas pequeñas. ¡En el trabajo! Rezo para que ninguno de los hombres asome por aquí y nos vea.

—Entonces no deberías haberme atacado.

Arrugo la frente.

—Eso no es justo. Tú me atacaste primero, yo solo me defendí.

—Tú te lo buscaste.

Niego con la cabeza.

—No. Yo te pedí que me explicases por qué estabas celosa de que estuviera aquí con Ozzie. Era una pregunta válida.

Me mira fijamente durante tanto tiempo que empiezo a pensar que sufre una falta de oxígeno o algo así.

—¿Vas a decir algo? —pregunto al fin.

—No estoy segura de que deba.

Levanta la barbilla unos milímetros.

—¿Por qué no?

—Porque no. Probablemente ni siquiera estés aquí la próxima semana.

—¿Y eso quién lo dice?

—Lo digo yo.

—Vaya. Gracias por el voto de confianza.

—Este no es tu sitio.

Me froto el pecho con una mano.

—Ufff, eso me ha dolido.

—Idiota.

—No, lo digo en serio.

—¿Lo ves? Eres demasiado sensible. Tú no puedes estar aquí. ¿Por qué no le haces un favor a todo el mundo y te largas y punto?

—¿Eso es lo que harías tú?

—No, claro que no.

—Entonces yo tampoco lo voy a hacer.

—Tú no eres como yo. No nos parecemos en nada.

Es evidente que la he insultado al decirle básicamente que la admiro. Hay que ser muy retorcida para eso.

—Tal vez quiera parecerme más a ti —digo, probando a decir la verdad—. Tal vez quiera ser más fuerte, más autosuficiente.

Escruta la expresión de mi rostro, acaso buscando pruebas de que no le estoy tomando el pelo. Salta a la vista que se siente dividida. Le he dedicado un gran cumplido, pero ¿será suficiente para calmar la ira que siente contra mí? Empiezo a pensar que sé a qué se deben todas esas emociones.

—Somos demasiado diferentes —dice al fin.

—Bueno, no estoy tan segura. —Alivio la presión de mi peso en la silla—. Yo soy nueva en el equipo, pero todos me importáis mucho. Siento un enorme respeto por todos vosotros. Sé que trabajáis mucho, sé lo leales que sois... Sé que todos queréis que Ozzie se sienta orgulloso y sé que es un jefe maravilloso. También sé que, hasta que yo aparecí, tú eras la única mujer en el equipo, y ahora

las cosas van a cambiar porque somos dos...

Cuando aparta la mirada, sé que estoy en lo cierto. O que me he acercado al menos.

—Pero eso no tiene por qué restar ninguno de tus méritos. De tus logros. De tus habilidades.

—Tú sabes pilotar el Parrot mejor que yo —susurra. Las lágrimas le humedecen las comisuras de los párpados. Es evidente que la enfurece mostrar esa pequeña debilidad. Vuelve a poner cara de fastidio.

—¿Y qué? Tú peleas mejor que yo. —Intento sonreír, pero me fulmina con la mirada de todos modos.

—Y eso lo dices mientras estás sentada en una silla encima de mí; después de maniatarme con mis propios auriculares, May.

—Me has llamado May.

Me acerco y le toco nariz. Se pone muy graciosa cuando se enfada. Me alegra que haya dejado de llamarme Pastorcilla.

—Ha sido un lapsus. —Intenta seguir aferrándose a su ira, pero no pienso dejar que lo haga.

—¿Y si hacemos un trato? —propongo.

—¿Qué trato?

—Yo prometo enseñarte a pilotar ese estúpido cacharro y tú me das la oportunidad de ganarme tu respeto.

Mira a todas partes menos en mí. Una lágrima le baja rodando del ojo derecho y resbala hacia su pelo.

—No necesito ninguna amiga —dice al fin. Me mira a los ojos y vuelve a fulminarme con la mirada.

—No te estoy pidiendo tu amistad. Te pido tu respeto.

Me entristece decir eso, pero es la verdad. Si no quiere ser mi amiga, no puedo obligarla a que lo sea. Aunque no estoy segura de haber sido rechazada de esa manera en toda mi vida. No estaba bromeando antes: me duele.

—Si te lo ganas, lo tendrás —dice, exhalando una larga bocanada de aire.

—Solo dame una oportunidad.

—Hecho. Ahora, déjame levantarme.

El demonio vuelve a apoderarse de mi boca.

—No hasta que digas que te rindes.

Me lanza otra mirada asesina, pero yo sigo sonriendo.

Me habla en voz baja y amenazante.

—Si le dices a alguien que me he rendido, te apuñalaré mientras duermes.

Me río.

—Dilo, u Ozzie tendrá que servirte la cena debajo de esta silla.

Hace rechinar los dientes unos segundos antes de hablar por fin.

—Me rindo. Ahora déjame salir de aquí de una puta vez.

Empujo la silla y me aparto, esperando a que la furia desatada de una no amiga se levante e intente matarme.

Pero no me hace nada; se limita a levantarse, a poner bien las sillas y a desenredarse los auriculares de las muñecas. Una vez que ha terminado, se sienta, pone el equipo en marcha y vuelve a concentrarse en las imágenes grabadas.

Me siento con cautela y presiono el botón del vídeo, vigilándola con el rabillo del ojo mientras reanudo el trabajo. Me paso las siguientes tres horas esperando un ataque ninja que nunca llega a producirse.

Capítulo 48

—¿Estás lista? —pregunta Dev. Atraviesa la sala frotándose las manos. Meto la mano en el bolso y rozo la Taser con los dedos.

—¿Lista para qué?

—Para ir a comprar un coche. —Parece confundido—. ¿No es eso lo que vamos a hacer ahora?

Saco la mano del bolso.

—Sí, claro, por supuesto. ¿A qué creías que me refería?

Me señala y me guiña un ojo.

—Táctica psicológica. Muy buena. Me gusta tu estilo.

Pongo cara de exasperación mientras nos dirigimos a su coche.

—Yo no tengo ningún estilo.

—Sí, Pastorcilla. Sí que lo tienes, créeme. —Se ríe mientras encoge su altura descomunal para subirse a su destartado coche.

Me subo en el asiento del copiloto y mi brazo protesta por el peso de la puerta. Ese circuito de entrenamiento me ha matado; voy a tener agujetas en todas las partes que ya tenía doloridas. A este paso, no me voy a recuperar nunca. Me duele todo... cada músculo, cada hueso, cada célula del cuerpo.

Mientras da marcha atrás para salir del edificio, pienso en lo que ha dicho, en lo que dijo Toni y en la forma en que parece comportarse todo el mundo a mi alrededor. Incluso Ozzie.

—Seguís llamándome Pastorcilla cuando, si te soy sincera, no me parece precisamente un cumplido.

Dev hace girar el volante dándole vueltas y más vueltas con el pulpejo de la mano. Necesita casi cinco vueltas para mover el coche apenas noventa grados.

—Es un cumplido. O tal vez sea más bien la constatación de una buena tapadera.

—¿Qué quieres decir?

Frunce los labios.

—Mmm... A ver cómo digo esto para que lo entiendas...

—No tienes que preocuparte por si me ofendes —digo—. Toni ya se ha encargado de eso.

—No, solo intento encontrar la manera de hacerte entender... ¡Ya lo tengo! —Señala hacia el aire—. ¿Qué piensas cuando ves a Ozzie?

Me mira, esperando mi respuesta.

Se me salen los ojos de las órbitas. ¿Es una pregunta con trampa? ¿El comienzo de una conversación sobre por qué me he acostado con el jefe? ¡Ay!

—¿Qué quieres decir? —Finjo una despreocupación que no siento.

—Lo ves ahí plantado en mangas de camisa y con sus pantalones vaqueros, sus botas, su corte de pelo estilo militar... ¿Qué te viene a la cabeza cuando ves eso?

De acuerdo, no puedo decirle que lo que me viene a la cabeza son las ganas de quitarle la ropa, a pesar de que es la verdad. Dev intenta que saque otra conclusión.

—Mmm... ¿Duro? —Empieza a arderme la cara—. Me refiero a que es un tipo..., no a su...

Dev se ríe.

—Exacto. —Me mira y sonrío antes de seguir mirando la carretera—. Exactamente. Eso es lo que ve todo el mundo cuando lo mira. Se hace notar. Tiene un aspecto amenazador, alguien con quien hay que tener cuidado. No puede intervenir en una situación de peligro y ser invisible. Es imposible.

Miro las piernas larguísimas de Dev.

—Probablemente para ti también, ¿eh?

—Eso es. Si él llama la atención, a mí se me ve a la legua. No puedo ir a ningún sitio de infiltrado o como agente encubierto. Yo solo sirvo para cuando hay que meter cadáveres en el maletero o para conducir el coche si hay que darse a la fuga. Y a veces, para una maniobra de distracción.

—¿Estás diciendo que yo sí que puedo ir de infiltrada?

Se ríe.

—Joder, ya lo creo que sí.

Lanzo un suspiro de derrota.

—¿Estás diciendo que parezco la típica madre de familia que conduce un monovolumen y que no tiene nada que hacer?

Frunce el ceño.

—Mmm..., no. No exactamente.

Miro por la ventanilla, tratando de no sentirme dolida. Sé que ser madre es una vocación más admirable que ser una máquina de matar, pero eso no significa que quiera serlo en un futuro inminente.

—Lo que quiero decir es que puedes pasar desapercibida. Si quisieras ser

una madre de familia que conduce un monovolumen, podrías serlo, con el peinado y la ropa adecuados. Pero si quisieras ser una *femme fatale*, también podrías serlo. —Lo miro para ver si se está burlando de mí, pero parece decirlo en serio. Continúa hablando—: Con unos pantalones de cuero, tacones altos, el pelo distinto... muy fácil. Hecho. Y, sin embargo, nadie te vería como una amenaza.

—¿Porque soy mujer?

—Porque tienes ese aire inofensivo de no haber roto un plato en tu vida. —Sonríe y se inclina para tocarme el brazo—. No te lo tomes así. Es una enorme ventaja en este trabajo.

Me encojo de hombros, un poco más tranquila.

—Supongo entonces que no está tan mal.

—No, confía en mí... Pasar desapercibida lo es todo. La única tapadera de Ozzie con este asunto era lo de Harley. Hay demasiada gente en esta ciudad para dejarse ver de nuevo demasiado pronto. Va a estar fuera de juego durante mucho tiempo. Y yo nunca participé activamente. Antes teníamos solo a Thibault, a Toni y a Lucky. Ahora también te tenemos a ti.

Una punzada de miedo me atenaza el estómago.

—¿Para infiltrarme en alguna banda?

Se encoge de hombros.

—Más bien para acercarte como si nada y que nadie lo note ni sospeche de ti.

Dev sale a la carretera principal que nos llevará a la zona de la ciudad donde se concentran todos los concesionarios de automóviles.

Asiento con la cabeza.

—Bueno. Supongo que puedo conformarme con eso.

—El monovolumen es genial porque puedes transportar todo el equipo de vigilancia dentro, a los perros y, por supuesto, si necesitamos a alguien que pase desapercibido, no hay nada que pase más desapercibido que una madre de familia al volante de un monovolumen.

Suspiro con resignación.

—O sea que vuelvo a ser la niñera que saca a pasear a los perros y la abnegada madre de familia.

Se ríe, pero no responde.

Cuando llevamos varios minutos en silencio, me doy cuenta de que este es el mejor momento para sacar información de una víctima desprevenida. Va a estar atrapado en este coche conmigo por lo menos otros quince minutos.

—Bueno, y... ¿tú sabes qué mosca le ha picado a Toni? —le pregunto.

—¿Qué quieres decir? —Deja la muñeca en la parte superior del volante mientras apoya el brazo en la ventanilla abierta.

—¿Está enamorada de Ozzie? ¿Por qué le molesta tanto mi presencia?
—¿Ozzie? —Se ríe—. Imposible. No es su tipo.
Arrugo la frente.
—Eso fue lo que me dijo ella, pero...
Noto cómo me mira con el rabillo del ojo.
—¿Qué pasa? —pregunto.
—No lo sabes, ¿verdad?
—¿Saber el qué? —Odio cuando todo el mundo está al corriente de un secreto menos yo.
—No entiendes por qué Ozzie no es su tipo.
Entonces se me ilumina la bombilla.
—Ah. Toni es... es... Mmm...
No puedo decirlo. Ahora me siento realmente estúpida. Es evidente que Dev está disfrutando de lo lindo con mi incomodidad.
Casi no me salen las palabras; me siento como si fuera una puritana.
—¿Toni es lesbiana?
Se ríe a carcajadas.
—¿Qué pasa? —Ahora sí que me muero de vergüenza.
—Veo que te ha costado mucho decir esa palabra.
—Vete a la mierda. —Miro por la ventana con el rostro encendido—. Pues para que lo sepas, conozco a muchos gais. Tengo varios amigos que lo son.
—Ya, seguro.
—Pues sí. —Lo miro. ¿Cómo puede saber que tengo solo un amigo gay?
¿Me ha estado espiando?
—Ah, eso está muy bien, pero Toni no es lesbiana. Al menos, que yo sepa.
Le doy un codazo en el costado.
—¿Por qué me haces decir eso entonces si no es lesbiana, idiota?
Se sigue riendo mientras se lleva la mano a las costillas, donde le he dado el codazo. Cuando para, suspira con placer.
—Es que ha sido buenísimo. —Me mira—. Me gusta verte pasarlo mal.
—Eres un sádico. —Intento contener la sonrisa.
Se ríe a gusto antes de volver a hablar de nuevo.
—Toni tiene un pasado. Ozzie la está ayudando a superarlo. De todos modos, a Toni no le gustaría un tipo como él ni en un millón de años.
—¿Un pasado? ¿Qué clase de pasado?
—No estoy seguro de que ella quisiera que te lo contara. Pero podrías preguntarle tú misma. —La idea parece hacerle mucha gracia.
—¿Y conseguir que me eche a patadas? No, gracias.
—No es eso lo que he oído. Me han dicho que te defiendes muy bien con

ella —dice con un tono impregnado de misterio.

—¿Qué significa eso?

—Me ha dicho un pajarito que esta mañana, durante la sesión de procesamiento de datos, ha habido un altercado relacionado con unos cables en el que alguien ha acabado maniatado.

Creo que me duele el estómago.

—¿Qué? ¿Quién te ha dicho eso?

Se ríe.

—No ha sido Toni, eso te lo puedo asegurar.

—¿Alguien nos ha estado espionando esta mañana? Qué caradura...

—Oye, sin armáis alboroto, es lógico que la gente vaya a investigar a ver qué ha pasado. —Se encoge de hombros.

Entierro la cara en las manos y la dejo allí.

—Dios mío... Toni va a matarme.

—No te preocupes por Toni. Asegúrate de llevar siempre unos auriculares encima y todo irá bien.

Le doy vueltas al incidente mientras Dev sigue conduciendo. ¿Qué diablos voy a hacer ahora? Si Toni se entera de que lo sabe todo el equipo, nunca me perdonará que la dejase atrapada bajo esa silla.

Dev me da un golpecito en el hombro.

—No te preocupes por eso. Nadie va a decirle nada.

—Me odiará para siempre. —Levanto la cara—. Ya me odia a muerte de todos modos.

—No te preocupes. Sigue esforzándote y al final recapacitará.

Doy un resoplido.

—Sí, ya.

—Es dura, pero no estúpida. Al final verá la luz y acabará dándose cuenta de que eres un buen fichaje para el equipo.

—¿Qué te hace estar tan seguro de eso? ¿Cómo sabes que soy un buen fichaje?

—A mí me has noqueado dos veces, y a Toni una vez. Nadie ha podido contigo todavía. —Se encoge de hombros—. Y, como he dicho antes, tienes la tapadera perfecta. Eres un camaleón.

Mis palabras salen en un murmullo.

—Preferiría ese apodo al estúpido «Pastorcilla».

Se ríe sin parar mientras entra en el aparcamiento del concesionario de coches usados, donde diez monovolúmenes nos esperan en primera línea.

Capítulo 49

Después de dos horas de inspección, de hacer pruebas de conducción y de regatear el precio, entro en el edificio de Seguridad BSB con mi flamante vehículo de segunda mano: un Toyota Sienna dorado. Puaj. Odio esta cosa. Es como si tuviera diez años más en cuanto me siento al volante de ese trasto. Debería cambiar a Felix por un golden retriever para completar mi *look*.

Cuando lo veo venir corriendo hacia mí a través de la sala, rebotando de entusiasmo, decido que es una idea estúpida. Felix es mi pequeñín. Tal vez podría montarle su propio asiento en la parte de atrás del coche. Si voy a parecer una madre de familia, también podría tener una sillita de bebé, ¿verdad?

Ozzie baja las escaleras y cierra la puerta del conductor mientras me agacho a coger a Felix entre mis brazos. Disfruto unos segundos del cariño del cachorro y aprovecho para apaciguar mi desbocado corazón. Ozzie está intentando contener la sonrisa al verme; lo sé porque le tiembla la cara.

—Me gusta tu nuevo coche —dice.

—Yo lo odio.

Cuando veo la expresión de su rostro, me apresuro a corregir mis palabras.

—Bueno, no lo odio. Simplemente no me gusta.

Vaya... Él me ofrece un coche de empresa y yo reacciono despreciándolo. Muy bonito.

Arquea una ceja al mirarme.

Lanzo un suspiro.

—Lo que odio es parecer una madre de familia cuando no soy madre de familia. Nunca me he imaginado haciendo ese papel. —No me hace falta fingir la mueca de enfado.

Ozzie me da una palmadita en la espalda y agarra a Felix. Se pone a jugar con sus orejas diminutas mientras el chuchito intenta comérselo a lametones. Me parece que él ni siquiera se da cuenta. Mi corazón se tranquiliza y empiezo a babear. Está bien. Lo perdono por hacerme conducir un monovolumen.

—Solo es un coche de empresa. Si no quieres conducirlo después de

trabajar, eso depende de ti, pero preferiría que siguieras con el monovolumen por ahora, hasta que estemos seguros de que no corres peligro en tu casa.

Dev sale de su coche y se acerca.

—¿Lista para la sesión de entrenamiento, Pastorcilla?

—Supongo que sí. Solo necesito sacar a Felix a pasear primero.

Hago amago de agarrar al perro, intentando no darle vueltas a la idea de que conducir mi coche rojo podría ser peligroso. No quiero ni pensarlo.

—Ya lo he sacado yo —dice Ozzie, volviéndose para que no me lo lleve—. Tú continúa con el entrenamiento. Me reuniré con vosotros dentro de un rato.

Me encamino hacia la zona de entrenamiento, donde Dev ha distribuido unas esteras, mientras Ozzie se aleja y deja a Felix en el suelo con su novia. Los dos animales se van trotando a otra parte del edificio, dejando atrás a los humanos.

Todo mi cuerpo protesta al imaginar la cantidad de ejercicio físico que Dev y yo estamos a punto de realizar. «Ya he tenido bastante —me dice—. Se acabaron los enfrentamientos por hoy». Sin embargo, Ozzie nos está observando, así que no puedo irme. Además, si quiero que Toni confíe en mí algún día y deje de ser un quebradero de cabeza para mí, tengo que hacerlo. Tengo que hacer lo mismo que haría ella en mi situación, y estoy segura de que Toni pelearía hasta caerse al suelo de puro agotamiento.

Dev me da unas protecciones para los brazos.

—Ten. Ponte esto.

Le doy las gracias.

—¿Y tú?

Se queda ahí quieto sin hacer nada.

—No las necesito.

Doy un resoplido.

—Eso lo veremos.

Se vuelve hacia una mesa que tiene detrás y coge dos bastones de combate. Me da uno de ellos.

—Bueno, lo primero que necesitas saber es que tienes que sujetarlo por aquí, por este extremo, por detrás de la empuñadura de cuero.

Hago una mueca de impaciencia.

—Vaya, no lo habría dicho nunca...

—¿Eres zurda? Bien, vale. Pon la mano derecha detrás de ti. Apóyala en la parte baja de la espalda.

Copio sus movimientos, sintiéndome más vulnerable con solo un brazo.

—¿Por qué? —pregunto.

—Eso ayuda a utilizar los músculos para mantener el equilibrio y evita que te rompas el otro brazo con el bastón.

—Ah. —¿Romperme el brazo? ¿Está loco?—. Creo que a partir de ahora voy a dejar de hacer preguntas.

—¿Tienes miedo? —pregunta con un brillo en los ojos.

Levanto la barbilla.

—Yo no. ¿Y tú? —Le acerco el bastón al cuerpo un par de veces. Hasta para mi ojo inexperto, el movimiento parece de todo menos suave.

Se ríe.

—No mucho.

Sostengo el palo delante de la cara.

—Mueve la mano hacia arriba. Necesitas que te quede suficiente longitud al final para poder utilizarlo si el oponente se acerca demasiado.

—Creía que se golpeaba al oponente con la parte más larga.

—No siempre es tan fácil —dice con ironía.

Deslizo un poco la mano por el bastón.

—No lo sujetes con tanta fuerza o te darán calambres.

—Está bien, sin mucha fuerza.

El estúpido bastón se me resbala de la mano.

—Bueno, un poco más fuerte sí. Lo bastante para mantenerlo firme. Pero piensa que, si haces mucha fuerza y se mueve demasiado, podré prever todos tus movimientos, y no quieres que eso pase.

—No, decididamente, no.

—Vamos, primera regla: mantén el bastón en movimiento.

Empieza a balancearlo alrededor de la cara, de los hombros y de la parte inferior del cuerpo.

Desde luego, mis movimientos son menos elegantes.

—¿Por qué?

—Porque sí. Es mejor así. No quieres que te pillen desprevenida. Además, así podrás atacar con mayor rapidez. —Mueve un poco los pies—. Mantén el cuerpo en movimiento también. No quiero que te quedes dormida.

Extiende el brazo y golpea mi bastón con fuerza suficiente para casi arrancármelo de las manos.

—¡Eh! ¡No estaba lista!

—Siempre hay que estar listo.

Prácticamente me está lanzando dardos asesinos con la mirada, y me alegro de llevar los protectores en el brazo.

—Recuerda el acrónimo C-A-M-A —dice, desplazándose unos pasos a un lado.

Respondo a sus movimientos desplazándome en la dirección opuesta.

—¿Cama?

—Sí. CAMA. Esas son tus opciones defensivas: contrarrestar, apartarse, maniobrar y atacar.

Lo repito unas cuantas veces en mi cabeza.

—Muy bien. Ya lo tengo. Cama.

—¿Preparadaaaa...? ¡Contrarresta! —Se abalanza sobre mí con el bastón.

—¡Aaargh!

Bajo y, de forma intuitiva, sostengo el bastón en posición horizontal. Su bastón choca con el mío y noto una sacudida en todos los huesos del brazo.

—¡Bien! ¡Hazlo otra vez! ¡Contrarresta! —Se abalanza de nuevo con el bastón.

Lo bloqueo de nuevo, pero esta vez sin gritar.

—¡Excelente! ¡Ahora, apártate! —Acerca el bastón de lado hacia mí y me aparto de un salto. Se mueve demasiado rápido para que me dé tiempo a pensar y decidir qué hacer a continuación. Actúo únicamente por instinto.

—¡Perfecto! ¡Allá voy otra vez!

Me aparto de un salto de nuevo, pero vuelvo a bloquear el bastón. Descarga el suyo con mucha fuerza.

—¡Eh! ¡Eso habría dolido! —grito, furiosa por que se lo tome tan en serio.

—Entonces, mejor que no te golpee, ¿no?

Se pasea alrededor del tatami, buscando la oportunidad de abalanzarse sobre mí.

El corazón me late a toda velocidad mientras enarbolo el bastón. «Sigue moviéndote, sigue moviéndote, sigue moviéndote...». Una parte de mí quiere salir de allí corriendo, pero otra parte quiere darle una lección. ¿Cómo se atreve a enseñarme así? ¿Qué ha pasado con el método «dar cera-pulir cera»? El chico de *Karate Kid* no empezó a patear a la gente en su primer día.

—¿Qué es «maniobrar»? —grito, tratando de distraer su atención.

—Una mezcla de contrarrestar y apartarse. Encajar el golpe con el bastón, pero enviarlo en una dirección no letal con su propia fuerza.

No tengo ni idea de qué está diciendo, y el pánico se apodera de mí. Estoy segura de que está a punto de atacar de nuevo. Si vomito sobre mi oponente, ¿gano el combate?

—¿Y el último paso? —pregunto, con la respiración jadeante—. ¿Atacar?

—Ese se explica por sí mismo —dice con un gruñido. A continuación, viene directo hacia mí blandiendo el bastón muy alto.

Doy un paso hacia un lado y bloqueo el movimiento descendente, tratando de desviarlo. En vez de eso, lo descarga por el otro lado y me golpea en el hombro.

—¡Aaay! ¡Eso duele, maldita sea! —Por poco me tropiezo y me caigo al

intentar huir de él. Es como si tuviera el brazo muerto; apenas puedo levantar el arma.

—Di buenas noches, pequeña —se burla Dev, haciendo un molinillo con el bastón y caminando hacia mí.

Levanto mi arma hasta la altura del muslo y pongo la otra mano en el extremo superior para formar una T gigante.

—¡Tiempo muerto!

—¡Aquí no hay tiempo muerto! ¡Solo muerte al perdedor! —Suelta un grito de guerra ensordecedor y carga contra mí.

Bajo el brazo derecho y sujeto el bastón con esa mano.

Dev tiene el brazo levantado por encima de la cabeza para tomar impulso y dejarme fuera de combate.

Ahora con el bastón en la mano derecha, le golpeo en las costillas con todas mis fuerzas. La expresión de su cara cuando el arma hace impacto no tiene desperdicio.

Sorpresa. Dolor. Enfado. Otra vez dolor.

Me aparto de en medio mientras gira sobre sí mismo y cae redondo sobre el tatami. Suelta el bastón de combate, que sale rodando por el suelo de hormigón mientras Dev se hace un ovillo.

—Aaay, mierda... —gime—. Creo que me has roto una costilla.

Me apoyo en el bastón de combate, agachándome para tratar de recuperar el aliento. No sé qué parte de mi falta de oxígeno se debe a la sesión de ejercicio y qué parte al miedo que he pasado. No puedo creerme lo que acabo de hacer.

—Lo siento —digo entre jadeos.

—No te disculpes. —Gime unas cuantas veces más—. Maldita sea, ¿te has cambiado el bastón de mano?

—Sí.

—¿Qué coj...? ¿Eres ambidiestra?

Hago una mueca.

—¿Un poco?

Lanza otro gemido y luego se echa a reír. Luego gime un poco más.

—Joder, qué dolor...

Se abre la puerta de las escaleras y Ozzie baja acompañado de Thibault. Cuando nos ven, aprietan el paso y echan a correr hasta donde estamos.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Thibault.

—Dice que le he roto una costilla.

Thibault tiene que darse media vuelta para que Dev no lo vea reír.

Ozzie se agacha y apoya la mano en el hombro de Dev.

—¿Puedes levantarte?

—Si alguien me ayuda... —dice. Su voz transmite claramente un dolor lacerante, así que yo me siento aún peor.

—Perdona, Dev. De verdad. No debería haberte golpeado tan fuerte.

Se levanta con la ayuda de Ozzie.

—No te disculpes. —Se lleva la mano a las costillas—. Eso ha sido increíble. Ya te lo dije... Una tapadera perfecta. —Se estremece al intentar moverse.

—¿Lo llevo al hospital? —le pregunta Thibault a Ozzie.

—Llévalo arriba primero. Deja que lo examine. —Juntos ponen a Dev de pie; no es tarea fácil, teniendo en cuenta que le saca una cabeza a Thibault. Ozzie se encarga de casi todo el trabajo. Desliza las manos con suavidad por el tórax de Dev.

Dev se levanta un poco encorvado, haciendo todavía muecas de dolor.

—Pero, ¿qué ha pasado? —le pregunta Thibault.

—Me ha engañado.

Abro la boca.

—¿Que yo te he engañado? ¡No es verdad! —Lo apunto con el bastón—. ¡Me ha hecho entrar en combate directamente! Nada de «dar cera-pulir cera», nada, solo ¡zas, zas, zas! Contrarrestar, apartarse, manivelar...

—«Maniobrar», no «manivelar» —me interrumpe Dev.

—¡Lo que sea! ¡Te me echaste encima demasiado rápido! No tuve elección.

Bajo la mirada al suelo. Me siento culpable, aunque no sé por qué, solo me estaba defendiendo. Menos mal que no tenía una Taser a mano, porque lo habría electrocutado y luego lo habría machacado con el bastón.

—¿Qué pasa aquí? —pregunta Toni desde lo alto de la escalera.

—La Pastorcilla le ha dado una paliza a Dev —le explica Thibault.

Toni sacude la cabeza con expresión de disgusto y regresa a la habitación de arriba.

Genial, justo lo que necesitaba: ahora Toni está furiosa conmigo también por esto.

—No necesito ir al hospital. Estoy bien. Creo que solo es una magulladura. —Se yergue y luego encorva la espalda de nuevo—. O tal vez no.

Ozzie señala la puerta del edificio.

—Ve a que te hagan una radiografía.

Dev se aleja andando, pero mira por encima del hombro como puede cuando está a pocos metros de distancia.

—Sigue practicando con el bastón. No tendrás tanta suerte la segunda vez.

—Yo lo llevaré —dice Thibault. Se acerca y me pone la mano en el brazo—. Bien hecho. No te fustigues; le has ganado de forma justa.

Trato de sonreír, pero me sale una mueca, como si tuviera dolor de estómago.

—Gracias, Thibault.

Me guiña un ojo.

—De nada. No es muy habitual ver al gigante hincado de rodillas.

Trato de no sentirme orgullosa por haber sido yo quien lo ha conseguido, pero es un poco difícil cuando llama a Dev un gigante. Realmente es un grandullón. Probablemente nuestra pelea parecía el legendario combate a muerte entre David y Goliat.

Ozzie me mira cuando Thibault se sube al coche con Dev.

—¿Qué pasa? —pregunto.

Niega con la cabeza, con una expresión enigmática.

—Nada.

—¿Puedo irme a casa ahora? —digo con tono casi suplicante. Miro mi Sonic—. Necesito una ducha y cambiarme de ropa, y estoy cansada de tanto combate.

Se acerca y apoya la mano en mi nuca, inclinándose para mirarme a los ojos.

—Ahora tu casa está aquí, ¿recuerdas?

Pestañeo un par de veces pero no respondo. Me siento abrumada por mis propias emociones. Estoy feliz, asustada y triste, todo al mismo tiempo. Creo que tal vez sea el síndrome premenstrual.

—Ah, sí. Lo había olvidado.

—Sube. Haz lo que tengas que hacer. La reunión informativa de la tarde comienza dentro de una hora.

Asiento con la cabeza. Lo más probable es que quiera revisar lo que he visto hoy en las cintas, así que supongo que mi jornada aún no ha terminado. Me dirijo a mi coche, pero solo para guardar el bastón de combate. Practicaré más adelante, cuando me haya ido de aquí. Quizá tenga tiempo de ir a ver a Jenny. A ella le va a encantar esta arma tan primitiva, y me consta que Sammy querrá zurrar con él a unos cuantos árboles o a los muebles de jardín.

Subir las escaleras es toda una aventura; tengo que apoyarme en la barandilla para no caerme. Definitivamente, esta vez me he pasado. Nada de sexo para mí esta noche.

¿Qué va a decir Ozzie de eso? ¿Esperará sexo de mí ahora? ¿Estará pensando él también en eso, después de todo el día? Probablemente lo lleva mejor que yo, estoy segura de que es capaz de compaginar trabajar y vivir conmigo sin perder la cabeza, a diferencia de mí.

Las emociones se agudizan y empiezan a abrumarme. ¿Qué narices estoy

haciendo aquí? ¡No puedo vivir con Ozzie! ¡No puedo ponerme a pelear con bastones con los compañeros de trabajo! ¡Esto es ridículo! ¡Soy fotógrafa y me dedico a hacer reportajes de bodas, por el amor de Dios!

Saco el teléfono del bolsillo cuando llego a lo alto de las escaleras y abro la puerta. Necesito hacer terapia con mi hermana, inmediatamente.

Jenny contesta al segundo tono, gracias a Dios.

—¡Hola, hermanita! ¿Qué tal?

Paso por la cocina sin decirle nada a Toni.

—Solo te llamaba para charlar un rato.

Espero a llegar al dormitorio y cerrar la puerta antes de echarme a llorar.

Capítulo 50

—¡Eh, eh! ¿Por qué lloras? —pregunta, y me hace llorar aún más. Cada vez que se comporta como si fuera mi madre ocurre eso. Una llorona, eso es lo que soy.

Hablo entre sollozos.

—No lo sé. Solo necesitaba oír tu voz y que me dijeras que no soy una idiota por estar aquí ahora mismo.

—¿Aquí dónde, cariño?

No sabe lo que pasó anoche y estoy segura de que no debería decírselo. Me obligará a irme a su casa, y no puedo hacer eso. Si mi vida corre peligro —cosa que dudo mucho—, no puedo irme y ponerla a ella en peligro también. Ella sí es una madre de familia en toda regla.

—Estoy en el trabajo —le cuento.

—¿Por qué estás llorando en el trabajo? ¿Se han portado mal contigo?

Me río a través de las lágrimas.

—No, no se han portado mal. Todo lo contrario, son muy agradables. Todos menos Toni, pero no vamos a hablar de ella.

—Entonces, ¿qué pasa? ¿Te ha venido la regla?

—No. —Me limpio la nariz con la mano y luego busco un pañuelo. Saco uno de una caja que hay en la mesilla de noche—. He pasado la noche aquí y lo he hecho en plan salvaje con Ozzie.

—Vaya. ¿Sexo en plan salvaje? ¿Es distinto del sexo normal?

—Pues claro. Obviamente. —Ya me está haciendo sonreír. Las lágrimas siguen aflorando a mis ojos, pero al menos ya no lloro a moco tendido.

—Bueno, pero ¿por qué lloras?

Suspiro, tratando de encontrar la voz.

—¿Puedo ser sincera contigo?

—Mmm..., ¿sí?

—Quiero decir sin que te asustes.

Hay una pausa de tres segundos antes de que responda.

—¿Hiciste sexo anal? ¿Es eso?

—¡Jennifer Alexandria Wexler! ¡No! ¡No es eso! —Cuando supero la sorpresa inicial, me río otra vez. Está loca.

—Bueno, ¿entonces qué es? —Ella también se ríe.

No puedo explicarle por qué estoy molesta si no conoce toda la historia. Odio tener que contarle algo que va a hacer que se preocupe, pero no tengo elección. Necesito consejo porque no confío en que pueda tomar la decisión adecuada por mí misma. Porque, claro, no puedo ser objetiva cuando se trata de Ozzie.

—Anoche se disparó la alarma de mi casa. Había un intruso en la propiedad.

—Oh, no... —Su risa se corta inmediatamente y percibo su preocupación.

—Ozzie estaba conmigo. Fue él quien llamó a la compañía de seguridad de la alarma después de asegurarse de que no había nadie allí, pero me dijo que tenía que venirme a su casa y quedarme aquí hasta que averiguara qué ocurría.

—Ya, me lo imagino... —Percibo la sonrisa en su voz.

—No es una broma, Jen.

—No, claro que no. Me alegro de que nadie intentara entrar en tu casa y de que Ozzie estuviera contigo en ese momento. Continúa.

—Una cosa llevó a otra y... lo hicimos. Dos veces.

—Mmm...

—Y fue muy, muy bien.

—Pero nada de sexo anal, ¿eh?

—¡Calla! —Me río otra vez. No puedo evitarlo. Es mucho mejor que llorar, de todas formas.

—Lo siento, no he podido evitarlo.

—Total... Hoy solo era mi segundo día de trabajo. Así que ahí me tienes, trabajando con él, pensando todo el tiempo en lo que hicimos anoche.

—Igual que él, estoy segura.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Cómo no iba a ser así? Los hombres piensan en el sexo más de cien veces al día. ¿O son mil? No me acuerdo. Da igual, son muchas veces. ¿Y no crees que ha estado reviviendo esos momentos contigo? ¿Fantaseando con todo lo que le gustaría hacer en el futuro? Por favor... Estoy segura de que ese hombre ha estado empalmado todo el día.

—No lo sé.

—Bueno, pues yo sí. Lo ha estado. Créeme. Seguro que te imagina doblada sobre la taza del váter ahora mismo.

—Vaya... Eso sí es una imagen sexi...

—No tienes ni idea de lo que es sexi para un hombre. Son unos enfermos.

—Estoy empezando a asustarme al pensar cómo sabes tú todo esto.

—¿Qué puedo decir? Miles hablaba demasiado.

—Puaj. No todos los hombres son como Miles.

—Sí lo son. Todos lo son. ¿Y qué más? ¿Por qué estás llorando?

Me encojo de hombros.

—No estoy segura.

—Es por tu período. Tiene que serlo...

—No, no lo es. Creo que todo es... demasiado. Cambié de empleo hace unos días, empecé a trabajar con un equipo de gente muy simpática pero un poco loca, estoy acostándome con mi nuevo jefe, viviendo en su casa... ¡Por el amor de Dios, hasta mi perro está enamorado de su perra! ¡Es una locura! ¡Todo esto es de locos! ¡¿Quién hace este tipo de cosas?!

—Eso suena mucho más interesante que mi vida. ¿Sabes lo que he hecho hoy?

—No. ¿Qué has hecho hoy?

Me sueno la nariz y suelto un profundo suspiro. Ya me siento mejor.

—He sacado una bola de pelo del tamaño de una pelota de béisbol del desagüe de la ducha.

—Qué asco... —No me cuesta nada imaginarlo. Mi hermana tiene el pelo muy largo y grueso—. Eso es asqueroso, Jen. Me parece que preferiría que no me lo hubieras dicho.

—Pensé en enviárselo a Miles, pero luego no lo hice.

—Diría que fue una buena decisión. No querríamos que te declarara legalmente enajenada.

—Si no viene a llevarse a los niños este fin de semana, va a aprender todo lo que hay que saber sobre enajenación mental, te lo aseguro.

—Si él no aparece, iré yo. —Me reconforta pensar en mi hermana y sus hijos. Al menos algunas cosas no cambian nunca. Siempre puedo contar con ellos para sentirme amada y rodeada de un griterío ensordecedor.

—¿Y qué piensa el hombre de tu vida de todo esto? —pregunta Jenny.

—¿El hombre de mi vida? ¿Qué hombre?

—Felix.

—Ah. —Me los imagino a él y a Sahara durmiendo juntos—. Está enamorado de la perra de Ozzie. Ya ni siquiera duerme conmigo.

—Vaya. Eso va en serio.

—Lo sé.

—Creo que deberías confiar en el juicio de Felix.

—¿De verdad? —Parece una locura, pero lo cierto es que tiene mucho

sentido para mí. Felix nunca me ha defraudado.

—No lo sé. ¿Los perros no tienen un sexto sentido para las personas?

Me quedo pensando unos segundos.

—La verdad es que tiene sus preferencias.

—Odiaba a ese novio tuyo, ¿recuerdas?

Resoplo.

—¿Cómo olvidarlo? Ese tipo era un delincuente, un detalle que olvidó mencionar cuando lo conocí.

—Menos mal que tu hermana es un genio de la informática que puede comprobar los antecedentes penales.

Sonrío.

—Me salvaste el pellejo de nuevo.

—Sí, bueno, estoy aquí para lo que necesites. Siempre.

—Gracias, hermanita.

—¿Así que vas a seguir adelante? —pregunta.

Asiento con la cabeza. Me siento mucho más segura de lo que estaba hace diez minutos.

—Sí. Me preocupa que me rompa el corazón cuando descubra que no somos tan compatibles, pero hasta entonces supongo que disfrutaré y punto.

—Sí, haz eso. Gran idea. No puedes vivir siempre preocupada por lo que pueda pasar mañana.

—Eso es más o menos lo mismo que dijo él.

—¿Lo ves? Es obvio que es muy inteligente. ¿Cuándo vas a traerlo a conocer a los niños?

—¿Puedo? ¿Debería? ¿No es demasiado pronto?

—No veo por qué va a ser demasiado pronto si te estás acostando con él. Supongo que significa que para ti la cosa va en serio, y eso es lo que importa.

—Quizá estoy acostándome con él porque soy una mujer libre y salvaje y vivo la vida como me da la gana.

—Sí, claro. ¿Cuánto tiempo le costó a tu último novio meterse en tus bragas?

—Cuatro meses.

—Exacto. Salta a la vista que este tipo, Ozzie, es diferente. Tráelo mañana si quieres. Ya tengo la lasaña preparada.

Me muerdo el labio, considerando su oferta.

—Ya te diré algo.

—Bien. Oye, Sammy lleva callado mucho rato, así que será mejor que cuelgue. Lo más probable es que esté decapitando de nuevo a todas las muñecas de su hermana.

—Vaya. Eso no es nada siniestro, qué va.

—Es un chico. —Lanza un suspiro—. Los chicos son muy distintos de las chicas.

—Vale, será mejor que lo encierres. Gracias, Jenny. De verdad, te agradezco mucho que aguantes mis neuras.

—No es ninguna neura. Eres una chica, y tienes derecho a comportarte como tal.

—Te quiero.

—¡Yo te quiero más! —Cuelga antes de que pueda responder.

Maldita sea. Odio cuando gana tan fácilmente en el juego de «yo te quiero más».

Envío un rápido mensaje de texto antes de apagar el teléfono.

Yo: ¡Yo te quiero más!

Capítulo 51

Uso una toalla para borrar los restos de mi llorera y vuelvo a la cocina con energías y determinación renovadas para reunirme con Ozzie y Toni en la mesa. Lucky entra justo cuando Ozzie empieza a hablar y se sienta a mi lado.

—¿Alguna de las dos tiene algún dato del que valga la pena hablar? — Ozzie se dirige a Toni.

—No estoy segura. Anoté algunas cosas. —Saca un bloc de notas de una carpeta y desplaza el dedo por la hoja—. Creo que en algún momento alguien debió de abrir una ventana, porque me parece que empecé a captar conversaciones también dentro de la casa.

Ozzie asiente con la cabeza.

—He oído un montón de conversaciones banales, las típicas cosas del día a día y las gilipolleces habituales, pero luego alguien habló de un problema que tenían que no se había resuelto todavía.

—¿Dijeron lo que era?

—No, pero hablaban todo el tiempo de Petite Rouge. Ese algo o ese alguien es su problema. Hablaron de liquidarlo.

Ozzie asiente despacio, con la mirada perdida.

—¿Qué significa eso? —pregunto, desconcertada.

—Las bandas usan lenguaje en clave a todas horas para casi todo. «Petite Rouge» podría ser un cargamento de droga, importaciones ilegales, una banda rival, un operativo que no paga el dinero que debe de protección, una persona... Hasta que no podamos ponerlo en contexto, no sabremos lo que es. —Ozzie vuelve a centrarse en Toni—. ¿Ha habido suerte con eso?

Ella niega con la cabeza.

—No, pero puedo decirte que la mayor parte del tiempo el que hablaba de ese tema era siempre el mismo hombre. Creo que llegó tarde a la fiesta. Tengo la impresión de que hablaban de un miembro de una pandilla rival o de algún negocio.

Ozzie entrecierra los ojos.

—¿Cuándo oíste su voz por primera vez en la cinta? ¿Cuál es la marca temporal?

Toni repasa las hojas que tiene delante. Se detiene en la cuarta página.

—A las once treinta y tres de la noche.

Ozzie me mira.

—Busca esa marca temporal en tus notas. ¿Viste entrar a alguien antes de esa hora?

A juzgar por la cantidad de notas, mi tarea era mucho más fácil que la de Toni. Yo tengo menos de la mitad.

—Solo entraron siete personas y salieron cuatro. —Examino la hoja, tratando de encontrar el momento que coincide con las observaciones de Toni—. Dos personas entraron antes de que ella oyera esa conversación. —Me desplazo por las imágenes y encuentro a las dos personas, de las que hice sendas capturas de pantalla—. No se les ve la cara, solo la cabeza y el cuerpo. Estaba muy oscuro.

Se las doy a Ozzie, que las estudia cuidadosamente. Cuando llega a la segunda, frunce el ceño y le da la vuelta, sosteniéndola para que pueda verla.

—¿Reconoces a este hombre?

Solo distingo una figura encorvada con un abrigo oscuro y la cabeza brillante. Su cráneo refleja la luz de la farola de la calle.

—Pues no.

Me encojo de hombros, pues siento la necesidad de disculparme. No sabía que me iban a hacer un interrogatorio.

Ozzie da la vuelta a la imagen y la mira unos segundos más.

—Creo que es Doucet.

Toni extiende la mano para que le pase la foto y Ozzie la desliza sobre la mesa hacia ella.

—¿Quién es Doucet? —pregunto.

Toni asiente con la cabeza.

—Sí, estoy de acuerdo. Hay varios puntos de coincidencia. Anchura de la espalda, estatura... y la cabeza calva, por supuesto.

Ozzie suspira, mirándome con algo parecido a la tristeza.

—David Doucet es el hombre que nos disparó en el bar.

Un escalofrío me recorre el cuerpo y, de pronto, tengo la boca reseca.

—¿David Doucet es el hombre de la pistola? —Pronunciar su nombre basta para que se me encoja el corazón.

—Sí. Es el hermano de Guy Doucet, el que dirige el cotarro en esta parte de la ciudad.

—¿Crees que es él quien habla de Petite Rouge? —pregunta Toni.

—Podría ser. —Ozzie le hace una seña a Toni—. ¿Qué más tienes de él?
Se encoge de hombros.

—Podría escuchar la cinta otra vez. Tal vez ahora que sé de quién es la voz, algunas de las cosas que dijo tengan más sentido.

—Sí, de acuerdo, haz eso. Mañana. —Me mira—. ¿Qué más tienes en entradas y salidas?

—Veamos... Entran todos estos hombres... —explico, enseñándole mis capturas de pantalla—. Pero solo salieron los cuatro primeros. Los últimos que llegaron permanecieron en la casa hasta el final de la cinta.

—¿Y cuándo terminó la grabación?

Miro mi última página de notas.

—A las dos catorce de la mañana.

Ozzie dirige su atención a Toni.

—Saca más cinta del Parrot. Quiero tener hasta las seis de la mañana.

—De acuerdo. —Hace amago de levantarse.

—Mañana. Ya has hecho suficiente por hoy.

—Vale, ningún problema. —Toni se sienta de nuevo.

—¿Hay algo más que deba saber? —dice Ozzie, mirando alrededor de la mesa.

—Hoy he comprado unos aparejos de pesca —dice Lucky.

—¿Y?

—Y allí hay cosas que no cuadran, literal y figuradamente.

—¿Y eso?

Lucky se rasca la cabeza.

—No estoy seguro. —Hace una mueca cuando cruza los brazos sobre el pecho—. Tienen los gastos típicos de un negocio minorista que también ofrece algunos servicios. —Se encoge de hombros—. Venden productos y también reparan motores de barco, generalmente fuera. Tienen contratistas que hacen algunos trabajos para ellos, tanto en la sede como fuera de ella. También pagan por los servicios que prestan dentro y fuera de la sede otros proveedores a partir del trabajo realizado por los contratistas. Pero si analizas sus informes financieros, se ve que destinan una cantidad excesiva de dinero a las áreas que solo deberían suponer un porcentaje menor de sus gastos totales.

—¿Como por ejemplo? —Ozzie mira a Lucky con toda su atención, igual que Toni y yo.

—Bueno, por ejemplo, la eliminación de residuos peligrosos. Han utilizado el aceite del que tienen que deshacerse cuando drenan los motores marinos. La mayoría de las empresas pagan para que lo recojan y se lo lleven. No es mucho dinero. También lo hace Blue Marine. El problema es que el servicio debería

costar menos del uno por ciento de sus gastos totales, pero para Blue Marine es casi el diez por ciento.

—Eso es ridículo. —Ozzie parece enfadado.

—Lo sé. Y aún hay más. ¿El servicio de limpieza por el que se supone que pagan otro diez por ciento? Entré en la tienda. Hay polvo acumulado en todas partes; los baños no se han tocado en semanas; los empleados que trabajan en la tienda dicen que alguien se encarga de vaciar la basura y que ven a gente allí por la noche de vez en cuando, pero por lo que están pagando, todo debería brillar como los chorros del oro. Prácticamente se podría contratar a una persona que estuviera allí a tiempo completo con lo que han pagado este año.

—¿Qué más?

—La lista sigue y sigue. Recambios, piezas mecánicas, devoluciones, servicios únicos... lo que quieras. Los números no cuadran.

—¿Cuál es nuestro siguiente paso? —Ozzie se reclina en su silla.

Lucky extiende los brazos y pone las manos sobre la mesa, con las palmas hacia abajo.

—Tengo que ponerme en contacto con los proveedores y ver lo que pasa. Si es solo un problema de gestión y el gerente no tiene ni idea de hacer negocios, bien. Eso podemos solucionarlo. Pero me temo que es algo más. —Sacude la cabeza con impotencia—. Ya sabes lo difícil que es demostrar el fraude contable sin una confesión.

—Bueno, a Blue Marine también le preocupa que se trate de algo más, por eso nos contrataron. Habla con los proveedores de servicios e infórmame de lo que descubras. Si al final necesitamos una confesión, la obtendremos. Tú solo tienes que conseguirme las pruebas que tengo que llevar a la conversación.

—Hecho. ¿Quieres que me ponga ahora?

—No, mañana. Todo el mundo ha terminado por hoy. —Ozzie se levanta—. Podéis iros a casa. Estoy seguro de que Dev y Thibault aún estarán en el hospital por lo menos un par de horas. Nos vemos mañana a las ocho.

Cuando nos levantamos, todas las sillas arañan el suelo a la vez.

—Tú te quedas aquí conmigo esta noche —dice, mirándome. Se dirige a mí como mi jefe, pero el brillo en sus ojos es de mi amante. Creo que Jenny tenía razón; ha estado pensando en el sexo conmigo. Ahora siento otro tipo de escalofrío.

—¿Te importa si te hablo en privado un minuto? —le pregunta Toni. Tengo la impresión de que no me mira de forma deliberada, a pesar de que es lo que querría hacer. Me pongo alerta inmediatamente.

—Claro. Te acompaño fuera.

Hago como que estoy ocupada con el papeleo mientras todos salen juntos de

la cocina.

Felix viene corriendo y se sube a mi regazo de un salto, tratando de alcanzarme la barbilla con un ataque de lametones.

—¿Dónde has estado, pequeño granuja?

Sahara entra en la habitación detrás de él y se sienta al lado de mi silla. Le rasco un momento por detrás de las orejas antes de levantarme y dejar a Felix en el suelo.

—Bueno, ¿qué contáis? ¿Habéis tenido un día de perros? —Me río de mí misma. Los chistes malos son mi especialidad—. ¿O lo habéis pasado bien olisqueándoos el trasero mutuamente y comiendo la misma comida de todos los días?

Ambos me miran con un brillo en los ojos.

—No os pienso dar golosinas. No me miréis así.

Felix protesta.

—Bueno, tal vez unas pocas.

Voy a la despensa y entro para buscar en los estantes. Es fascinante ver el corazón de la cocina de Ozzie: todo está ordenado con las etiquetas a la vista. Los productos enlatados están en una sección, los paquetes en otra, ordenados de modo que los alimentos para la cena y los cereales no estén juntos.

Oigo ruidos al otro lado de la puerta de la despensa y deduzco que serán los perros, jugando, pero luego me quedo inmóvil cuando oigo también unas voces que entran en la cocina desde la sala de las espadas.

—Deja que me lleve esta carpeta y te acompañaré fuera —dice Ozzie.

—También podemos hablar aquí —dice Toni, con tono de frustración—.

Abajo, las paredes oyen.

—Bueno, pues tú dirás. ¿Qué te preocupa?

—No la quiero en mi empresa.

Imagino que se refiere a mí, soy yo a la que no quiere.

—Entiendo, pero te aseguro que no tienes nada de qué preocuparte.

Resopla con incredulidad.

—Escucha, ya sé que quieres pensar que estás siendo objetivo e imparcial, pero no lo eres. Todo el mundo sabe que estás loquito por ella.

—¿Qué te hace decir eso?

—Por favor... Es evidente. ¿La pones en un período de prueba de noventa días y al día siguiente le compras un coche de empresa? ¿La trasladas a tu apartamento? Joder, Oz, ¿por qué no vas a comprar un puto anillo y le pides ya que se case contigo?

—Eso está fuera de lugar. —Ozzie parece enfadado.

Retrocedo un paso en el interior de la despensa. La puerta está entreabierta,

y rezo para que no puedan verme desde donde están. Pensarían que los estoy espiando a propósito.

—¿Qué pasa? ¿Es que ya no puedo decir lo que pienso?

—Claro que puedes decir lo que piensas. Simplemente, no me gusta que te metas en mi vida personal. O lo que piensas que es mi vida personal.

—Si no es tu vida personal, ¿por qué no me explicas por qué recibe todo ese trato especial?

Odio esas palabras. Trato especial. Sabía que eso la enfurecería, que todo el mundo me mimara tanto. Maldita sea.

—No tengo por qué darte ninguna explicación. Por si lo has olvidado, aquí el jefe soy yo.

—Hubo un tiempo en que lo compartías todo conmigo, Ozzie. ¿Qué ha pasado con eso? ¿Qué nos pasó? Todo fue tan bien entre nosotros durante tanto tiempo...

El corazón me da un vuelco. Ozzie dijo que nunca se habían ido a la cama. ¡Me mintió! ¿De qué otra cosa podría estar hablando?

Se me saltan las lágrimas. Los horribles recuerdos de mi padre desfilan por mi cerebro. Veo a mi madre llorando, bebiendo, tratando de borrar el dolor que le causaba. Sus mentiras, todas supuestamente creíbles. El sufrimiento que nos provocó a todas nosotras. Nunca podré olvidar esa parte de mi vida, y ahora siento que la estoy reviviendo, solo que esta vez yo soy mi madre, y Ozzie es el mentiroso.

Pues claro que Ozzie me mintió. Era demasiado bonito para ser verdad. Yo lo idealicé hasta convertirlo en este espécimen perfecto de hombre, un superhéroe nada menos, pero debería haberlo sabido: ningún hombre es perfecto, ni siquiera Ozzie. Es exactamente igual que el resto.

Estoy destrozada, con el corazón hecho añicos, tal como yo misma predije. Por supuesto, pensé que tardaría al menos algunas semanas hasta que esa realidad me golpeará como una tonelada de ladrillos, pero ya está. Ahora está aquí. Muchas gracias, pedazo de cabrón, por haber alimentado mis esperanzas para luego destrozarme de ese modo. Maldita sea, ¡era tan bonito! ¡Y lo pasamos tan bien! Y además, el sexo era increíble. Me duele el corazón, literalmente.

Puedo tolerar muchas cosas, pero la mentira no es una de ellas. Mi padre no era el único mujeriego mentiroso; también lo era el marido de Jenny, Miles, razón por la que le dio la patada y lo echó de casa el año pasado. Odio haberme acostado con Ozzie. Dos veces. No pienso quedarme aquí esta noche, de ninguna manera. Estoy ocupada planeando qué excusa voy a darle cuando oigo de nuevo su voz.

—Ya has pasado página, Toni. Ya no me necesitas.

—¿Eso quién lo dice?

—Lo digo yo. Y tú también. Fuiste tú la que se alejó, no yo. Y creo que fue lo correcto.

—Porque ella está aquí.

—No, porque lo es, simplemente. Es hora de dejar atrás el pasado. De mirar hacia el futuro.

—Mi pasado es mi futuro.

Sus palabras tienen un deje cruel, incluso desde aquí, desde el fondo de la despensa. Las botas que lleva taconeán sobre el suelo con fuerza mientras se aleja.

—¡Solo si tú quieres que lo sea! —le grita Ozzie a la espalda.

La puerta se cierra de golpe.

Capítulo 52

Por suerte, dejé mi bolso abajo, en una de las taquillas. Corro por las escaleras y lo saco del armario metálico. Felix forcejea para saltar al suelo desde mis brazos, probablemente porque he dejado a Sahara arriba.

—Para ya, Fee. Tenemos que irnos. Siento lo de tu novia.

Las lágrimas pugnan por salir, pero no pienso permitirselo. Aquí no. Ya me hundiré en un pozo de autocompasión más tarde, cuando esté en casa, bebiendo cantidades ingentes de vino.

Busco a tientas las llaves en el interior del bolso y las encuentro justo cuando ya estoy al lado de mi Sonic. Menos de un minuto después, salgo del edificio, dando gracias por que Toni dejara la puerta abierta. No me había dado cuenta de hasta qué punto la casa de Ozzie podía ser una prisión hasta que recordé que no tengo el código para entrar y salir por la puerta del garaje. Podría haber salido a través de la puerta pequeña, pero eso habría significado dejar mi coche allí, y no pienso conducir ese estúpido monovolumen, ni hablar. Tengo que decidir si voy a volver a este lugar.

Mientras avanzo por la autopista, siguiendo el camino más rápido a casa, mi mente empieza a divagar. ¿Puedo trabajar en Seguridad Bourbon Street Boys si Ozzie y yo ya no estamos juntos como pareja? ¿Podemos volver a retomar la relación jefe-empleada? Creo que sí. O, al menos, quiero hacerlo. Tendré que llorar la pérdida de esa casi relación, en primer lugar, pero no tardaré mucho tiempo en curarme, ¿verdad? ¿Un par de meses a lo sumo? Pensar en volver a los reportajes de boda es muy deprimente. En Seguridad BSB me sentía como si mi vida fuera emocionante, por una vez. Los demás me admiraban por cosas que hacía de forma natural. Cada minuto del día, sucedía algo nuevo y distinto. Tengo los músculos hechos polvo de dolor, lo reconozco, pero pronto estarán fortalecidos y entonces sabré protegerme ahí fuera, en un mundo donde las cosas pueden llegar a ser demenciales.

Asiento con la cabeza. Ozzie y yo podemos hacer esto. Podemos decidir ser adultos y reconocer que las cosas irán mejor si vamos cada uno por nuestro lado.

Entonces él y Toni podrán volver a estar juntos y yo podré conservar mi trabajo. Ella dejará de odiarme cuando vea que no me importa renunciar a él y tal vez incluso lleguemos a ser amigas.

De pronto, empiezo a llorar con sollozos ahogados. ¿Por qué me mintió? ¿Por qué no me dijo la verdad? Me gustaba tanto, tanto, tanto... Creo que incluso había empezado a quererlo. Ah, cómo me odio ahora mismo.... ¿Por qué tengo que ser tan ingenua? Eso me pone tan furiosa que se me cortan las lágrimas.

¿Renunciar a Ozzie? ¿Cómo voy a hacer eso? ¿Puedo fingir que no sé que me ha mentido y convencerme a mí misma de que no me importa que lo haya hecho? Cuando intento imaginarme diciendo las palabras «Adiós para siempre» u oyendo «Lo siento, pero lo nuestro no va a funcionar» me entran ganas de llorar como una niña de nuevo. ¿Por qué? ¿Por qué, maldita sea? ¿Por qué tenía que ser tan increíble y tan mentiroso a la vez? ¿Por qué no puede el interior de un hombre ser igual que el exterior, por una vez?

Agarro el volante y lo sacudo. En realidad, es mi cuerpo el que tira hacia delante y hacia atrás, pero sienta bien descargar mi furia en el forro de cuero sintético. Giro el volante a la derecha y tomo el camino de entrada a mi casa demasiado rápido.

Tengo que pisar a fondo el freno para no estrellarme contra la puerta de mi garaje. Seguro que he dejado las huellas de los neumáticos en el suelo. Bueno, mejor. Necesitaré algo con lo que entretenerme a partir de hoy. Me pasaré la semana entera de rodillas restregando las marcas de caucho. Tendré el camino de entrada más limpio y reluciente de toda Nueva Orleans.

El pelo se me viene a la cara con el ímpetu del frenazo y Felix sale volando y aterriza en el suelo. Cuando consigue levantarse de nuevo, me mira y juro que puedo ver un asomo de decepción en sus ojos.

—Lo siento, pequeñín. Es que estoy enfadada. Ya sabes que conduzco fatal cuando estoy de mal humor.

Sigue fulminándome con la mirada.

—No te preocupes. Verás a Sahara otra vez. Lo solucionaré... —Mi voz se atasca antes de terminar la frase—. De alguna manera.

Al caminar por la acera con Felix bajo el brazo, siento que prácticamente voy arrastrando los pies. No quiero estar aquí sola, pero tampoco quiero estar en el trabajo. No puedo mirar a Ozzie a la cara ahora mismo. Necesito serenarme antes de que empiece a mentirme delante de mis narices. Tampoco puedo ir a casa de mi hermana. Se esforzará demasiado por animarme, y no estoy de humor. Necesito regodearme en mi dolor durante un rato. Dominarlo. Vivir en él como si fuera una segunda piel para no ceder cuando Ozzie me suplique que lo perdone. Lo hago con demasiada facilidad. Necesito ser más dura. Algo me dice que Ozzie

tendrá un increíble poder de persuasión.

Entro por la puerta y tiro mis cosas al suelo: el bolso, el bastón de combate que Dev me dijo que guardara para que practicara con él, y las carpetas que tenía en la mesa. Dejo a Felix en el suelo con delicadeza, por supuesto. Él no ha hecho nada malo; es culpable del mismo crimen que yo: amar demasiado, demasiado rápido, demasiado fácilmente.

No sé por qué he cogido todas esas cosas del trabajo. Supongo que mi corazón quiere fingir que todavía trabajo allí, aunque mi cerebro me esté diciendo que lo deje. Estúpido corazón; prefiere que lo pisoteen además de hacerlo añicos.

Ya tengo la copa de vino casi en los labios cuando Felix empieza a ladrar como un loco.

Y entonces caigo: la alarma de la casa no se ha activado cuando he entrado. ¿Qué ha pasado con el pitido?

Bajo la copa despacio hacia la encimera, aguzando el oído para tratar de captar cualquier sonido que pueda explicar la agitación de Felix. No oigo nada, pero está muy enfadado, eso está claro. Si no lo conociera, diría que está mirando por las puertas cristaleras, que se extienden desde el techo hasta el suelo. Muchas veces se planta allí a montar guardia, así que cuando ladra a cosas como la hierba en movimiento o a un coche que pasa, no le doy importancia. El problema es que esta vez ladra con demasiado ímpetu. Parece furioso, y Felix nunca está furioso. Y normalmente se rinde después de tres o cuatro ladridos.

De pronto lanza un alarido muy fuerte y luego se calla. A continuación, oigo un gimoteo. Solo he oído ese ruido una vez en el hocico de mi pequeño, cuando se hizo un tirón en el músculo del trasero saltando del sofá cuando era un cachorro.

El corazón deja de latirme. Estoy segura de que alguien acaba de darle una patada a mi perro, y solo alguien con el corazón muy negro y una cáscara vacía por alma sería capaz de patear a una adorable mezcla de chihuahua como mi Felix. Quiero llamar a mi perro para que acuda a mi lado y encerrarlo en un armario para que no le hagan daño, pero no quiero que ese desalmado maltratador animales sepa dónde estoy.

Saco muy despacio un cuchillo del bloque de madera de la encimera y me acerco sigilosamente a la puerta que da al comedor. Esperemos que quienquiera que esté ahí avance por el pasillo, para así poder salir por la puerta con Felix en brazos antes de que me vea.

Por favor, Dios, que Felix esté bien, y que todavía esté en el pasillo de la puerta principal.

Felix empieza a gruñir y eso me reconforta. Si está lo bastante enfadado para ladrar con furia, eso solo puede significar algo bueno. Sigo los ruidos que

vienen de su diminuta garganta. Está en algún lugar de la sala de estar, y espero que solo.

Capítulo 53

Justo cuando me agacho para recoger a Felix de la alfombra del salón, oigo la voz.

—Vaya, vaya, vaya... Pero si es la Petite Rouge... —dice con acento criollo.

Mi cerebro hace una rápida traducción.

Petite Rouge. La Pequeña Roja.

Y entonces caigo.

¡La Caperucita Roja! ¡Soy yo! ¡Yo soy la Pequeña Roja!

Entonces se me ocurre otra cosa.

¡Joder! ¡Hay un asesino en mi casa, y me va a matar!

Y entonces caigo en la tercera y última cosa.

¿Se puede saber por qué narices todo el mundo me relaciona con poemas o cuentos infantiles?

Lo saludo con la cabeza, expresando con mi lenguaje corporal una sangre fría que no siento.

—David.

Sostengo el cuchillo a la altura del hombro, sin dejar de temblar, porque es como si todo mi cuerpo sufriese un terremoto. No estoy lista para morir. ¡Aún tengo muchos asuntos pendientes! ¿Qué hará Jenny sin mí, y los niños? ¿Y Ozzie? ¿Y Fee?

Si este cabrón da aunque solo sea un paso hacia mí, hundiré este cuchillo en la parte de su cuerpo que me quede más a mano. Aunque, claro, teniendo en cuenta que lleva un arma, no es muy probable que llegue a acercarme lo bastante para acertarle con el cuchillo. Debería haberle pedido a Ozzie que me enseñara a usar esa arma primero. Maldita sea. Ahora es demasiado tarde. Es demasiado tarde para todo. Nunca quise que mi vida terminara con tanto arrepentimiento.

—Y además sabes mi nombre —dice—. Qué detalle... —La expresión de su rostro no es nada halagüeña.

—¿Por qué estás aquí? —le pregunto, con la esperanza de que, si logro que

siga hablando, tal vez venga alguien a rescatarme antes de que él haga su próximo movimiento.

—Es obvio, ¿no? Y llevo un buen rato esperando... ¿Dónde te habías metido todo el día, eh?

Me encojo de hombros.

—Soy fotógrafa. Estoy en muchos sitios.

Me mira fijamente durante varios segundos.

Tengo que trasladar el peso de mi cuerpo al otro pie. Tengo la pierna entumecida por el estrés. Casi no me quedan fuerzas después del entrenamiento de hoy. Odio tener que enfrentarme a este hombre con la fuerza de un niño de tres años. Hasta Sammy me ganaría en un combate cuerpo a cuerpo.

—¿Y qué hacía una fotógrafa en el bar Frankie's con Harley, me pregunto yo?

—¿Harley? —Pongo cara de extrañeza—. No tengo ni idea de quién es Harley. Fui allí a reunirme con mi hermana.

Seguramente voy a morir aquí esta noche, pero si consigo dejar este mundo devolviéndole a Ozzie la posibilidad de usar otra vez su identidad falsa, tal vez él pueda llegar al fondo del asunto y meterlos a todos en la cárcel. No es que sea muy impresionante como venganza, pero es mejor que nada. Tal vez pongan una placa en el pasillo de Bourbon Street Boys con mi foto, junto a la carta del jefe de policía.

Intento esbozar una sonrisa.

—El camarero me dijo tu nombre cuando le comenté que me parecías un hombre muy atractivo.

Mi sonrisa se desvanece ante aquella mentira flagrante. Es imposible que se crea eso; no puede ser tan poco realista con respecto a su físico, ¿verdad?

El hombre me devuelve la sonrisa, arqueando las cejas varias veces, además.

Bah, ¿a quién quiero engañar? Seguro que piensa que es un regalo de los dioses para las mujeres, con ese cabezón y esa calvorota suya.

—Así que con tu hermana, ¿eh? ¿Y quién es? Tal vez la conozca.

—Mi hermana no es asunto tuyo. —Como si fuera a darle esa información a un asesino. Debe de pensar que soy una ingenua.

Deja de sonreír y se mueve hacia mí lentamente. Doy un rodeo hacia la derecha, intentando acercarme a la puerta principal. Mi bolso, mi Taser y el bastón de combate me esperan allí. A solo tres metros de distancia...

—Me viste en ese bar —dice, y se lleva la mano hacia atrás, a la espalda, con la pistola en ristre—. No debías estar allí. El Frankie's no es tu estilo, ¿verdad que no? Yo tenía muchos amigos allí esa noche, pero tú no eras uno de

ellos.

—Era un poco difícil no verte, teniendo en cuenta que me disparaste directamente a la cara.

—Estabas allí con Harley. No intentes mentir y decir lo contrario. Vi cómo te miraba; cómo te enviaba mensajes de texto. Pero era a él a quien quería disparar, no a ti.

Me hago la ofendida.

—Por última vez, yo no estaba con ese tal Harley. Fui allí a reunirme con mi hermana, y entonces un *wookiee* grande y peludo me agarró e intentó atacarme cuando estaba en la parte de atrás del bar. Supuse que era amigo tuyo.

Arquea las cejas.

—Lo electrocuté con mi Taser en el callejón cuando me persiguió.

—Yo estaba en el callejón y no te vi hacer nada de eso.

—No fue en el callejón de al lado del bar. Fue a pocas manzanas de allí, y me consta que estábamos solos. Ese idiota fue corriendo detrás de mí, ¿te lo puedes creer? El muy imbécil. —Suelto una carcajada—. Seguramente pensó que me había quedado sin fuerzas y que podría atraparme y hacer conmigo lo que quisiera, pero le di su merecido. Le aticé con la Taser en el trasero y cayó en redondo, como la bola grande y peluda que era, y se dio de bruces contra el suelo. Qué idiota.

Puede que todavía esté enfadada con Ozzie por haberme mentido. Eso podría explicar por qué mis dotes interpretativas han mejorado tanto de repente.

—Ya, seguro que sí —dice David con aire distraído y mirándome de hito en hito. Saca las manos de detrás de la espalda, sin el arma. Es raro, pero ahora estoy más asustada que cuando empuñaba el arma, donde podía verla. ¿Por qué se la ha guardado? ¿Va a dejar que me vaya? ¿Se ha creído mi penosa historia?

Da un paso hacia mí.

—Pareces tan inocente... —Ahora su voz es más suave—. Y estás... tan guapa con esa camisa rosa...

Me miro hacia el pecho. Llevo una camisa que me compré el año pasado para mi cumpleaños. En su momento me recordó al color de los pasteles.

—Ah, gracias —digo, dando otro paso hacia la derecha—. Creo.

—¿Por qué no sueltas ese cuchillo y... hablamos? —Me enseña las manos con aire inocente—. Yo he soltado mi arma, ¿lo ves? Sin problemas.

Me sonrío como si realmente fuera Caperucita Roja y me está asustando de verdad. «Abuelita, qué dientes tan grandes tienes». Tiene los colmillos puntiagudos como un vampiro. Al verlo ahí de pie con sus vaqueros negros, casi me creo que esos monstruos existen de verdad. Pero en esta historia los vampiros serían nauseabundos, porque no hay nada sexi en este vampiro con una pistola en

la cintura. Puaj.

—Ah, bueno. —Miro a la puerta y luego a los estantes junto a la entrada de la habitación—. Supongo que podría dejar el cuchillo en la estantería. —Le dedico una sonrisa de disculpa—. Estos cuchillos me costaron un montón de dinero, así que, si no te importa, preferiría no dejarlo tirado en el suelo.

Señala la estantería.

—Adelante. Déjalo donde quieras. —Sonríe de nuevo, con una sonrisa radiante esta vez.

Cambio de postura para que no parezca que estoy a la defensiva y me dirijo a la estantería, actuando como si no lo estuviera vigilando con el rabillo del ojo. «Tú no apartes la vista de la camisa rosa, pedazo de psicópata», pienso.

Se yergue por completo y se sitúa detrás de mí. Está a escasos metros de distancia cuando veo a Felix tumbado en el pasillo, hasta donde ha llegado arrastrándose. Está tendido de lado, jadeando, con la cabeza inclinada para mirarme. Lanza un gemido cuando ve que lo miro.

—¡Felix! —grito. Dejo el cuchillo en el estante y luego corro a agacharme a su lado. Sí, me preocupa la vida de mi perrito, pero también estoy intentando acercarme a mis armas para poder clamar venganza contra el hombre que le ha hecho daño a mi pequeñín.

—El chucho está bien. Solo me he tropezado con él cuando caminaba por el pasillo.

Aprieto los dientes para no responderle instintivamente. Toco la cabecita de Felix con cautela, calculando cuánto puedo tardar en saltar a un lado y hacerme con una de mis armas antes de que David sepa lo que estoy haciendo y saque su arma para dispararme.

¿Debería optar por la Taser o por el bastón de combate? ¿Bastón de combate o patada directa a los testículos? Tengo que tomar una decisión...

—Levántate. —David está a menos de un metro de distancia, pero su tono de voz me dice que tiene planes para mí. Estoy completamente segura de que no quiero saber cuáles son esos planes.

—Mi perro está herido —digo, presa del pánico. Imposible llegar al bolso a tiempo. Eso me deja el bastón de combate, pero ¡eso no puede competir con un arma de fuego!

—Se pondrá bien. Levántate.

Señalo mi bolso.

—¿Te importa si llamo al veterinario un momento? Tengo el teléfono en el bolso.

Se ríe.

—Y también tu espray de pimienta, estoy seguro. Levántate. Es la última vez

que te lo digo.

Me pongo de pie muy despacio. Doy un paso hacia la puerta principal, cojeando un poco y agachándome para tocarme la rodilla.

—Ay, maldita sea. Me ha dado un calambre en la pierna.

Finjo tener dificultades para poner el peso en la pierna. Doy dos pasos hacia un lado, cojeando a medias. El bastón de combate me llama.

—Mierda, cómo me duele este estúpido calambre...

Sonríe al oír mis palabras. El muy imbécil piensa de verdad que soy una pastorcilla inocente con una camisa rosada. Eso me enfurece aún más que la maldita arma que lleva en los pantalones. ¡No soy ninguna chiquilla inocente sin nada mejor que hacer que contemplar un montón de ovejas pastando en la hierba, maldita sea!

—¿Sabes? Si te hubiera conocido en otro lugar, en otro momento... —dice —. Creo que podríamos haber hecho buenas migas.

Se agacha y se toca la entrepierna, apretándola.

Es entonces cuando me doy cuenta de que está excitado.

Ay, Dios... Creo que voy a vomitar. Va a violarme, ¿verdad?

Le devuelvo la sonrisa, tratando por todos los medios de disimular el miedo y la repugnancia que siento.

—¿En serio? Eso es muy tierno...

¡No! ¡No lo es! ¡Es asqueroso, pedazo de cabrón!

Abro los ojos como platos y exclamo de la forma más melodramática posible:

—¡Ay! ¡Mi pierna!

Me caigo al suelo y aterrizo sobre el bastón de combate. Los de Disney me contratarían inmediatamente para una de sus series infantiles si pudieran verme ahora. Soy tan mala actriz...

Lanza un gruñido y se abalanza sobre mí.

—¡Ya basta, joder! ¡Ven aquí!

Me agarra por la pernera del pantalón y me arrastra hacia él.

El bastón de combate es como un regalo en mi mano y me siento como si hubiera nacido para empuñarlo. Lo levanto del suelo y tomo impulso con todas las fuerzas que me quedan.

—¡Aaargh! —grito, regodeándome con el estruendo del golpe que oigo cuando le impacta en la pierna.

Grita de dolor mientras le flaquean las rodillas.

«Sigue moviéndote, sigue moviéndote, sigue moviéndote». Las instrucciones de Dev desfilan por mi cabeza.

Levanto de nuevo el bastón y lo descargo sobre su cabeza cuando se inclina

para agarrarme otra vez.

—¡Aaargh!

Cae hacia delante y aterriza en mi regazo.

Enfatizo cada palabra que sale de mi boca con un nuevo golpe de bastón, golpeándolo en la cabeza, los hombros, la espalda y los brazos.

—¡Quítate!

Golpe.

—¡De encima!

Golpe.

—¡Maldito!

Golpe.

—¡Cabrón!

Golpe.

Deja de moverse al fin y ceso los golpes para salir de debajo de él.

Me pongo de rodillas, me dirijo a rastras hasta el sistema de alarma y me agarro del tirador de la puerta para ponerme de pie. Todas las luces del teclado están apagadas.

—¡Claro! —grito, mirando a David—. ¡Me has estropeado el sistema de seguridad, imbécil!

Está inmóvil.

—Ay, Dios, por favor, que no esté muerto...

Me acerco de puntillas y le quito la pistola del cinturón, donde la llevaba metida. Pesa mucho más de lo que creía. Abro la puerta principal y lanzo el arma al césped del jardín delantero.

Justo cuando estoy a punto de cerrar la puerta, la camioneta de Ozzie aparca en la entrada. Doy un paso hacia él, pero entonces me caigo al suelo; las piernas me han fallado de verdad esta vez. Aterrizo en el porche en un charco de lágrimas.

—¡Ozzie! —grito, extendiendo la mano hacia él. Una vez más, todo muy melodramático, pero mucho más creíble, por supuesto, así que Disney no me contrataría ahora.

Se baja de un salto del coche y corre hacia mí, con el rostro encendido y el cuerpo que parece el doble de su tamaño normal. Sahara va justo detrás de él, gruñendo, ladrando y sacando espumarajos por la boca como un perro del Averno.

Mis héroes.

Lloro de alivio. Han venido a salvarnos a Fee y a mí. Nunca en toda mi vida me había alegrado tanto de ver a alguien. No me importa si quiere a Toni. Ahora le perdonaría cualquier cosa.

Capítulo 54

Resulta que no hay nada que perdonar, tonta de mí.

—Te lo cuento porque no quiero que pienses que sería capaz de mentirte — dice Ozzie, estrechándome en sus brazos.

Estamos completamente vestidos en su cama, después de la locura de la visita a comisaría, sometidos durante horas a un interrogatorio sobre lo ocurrido, y de ir al veterinario, donde Felix acaba de salir de la operación por una pata rota. Volverá a casa dentro de un par de días, cuando estén seguros de que puede andar con la pata escayolada.

—Si quieres mentirme, puedes hacerlo —digo, dándole unas palmaditas en su inabarcable pecho—. Hoy me has salvado la vida. —Miro el reloj—. O, técnicamente, fue ayer.

—En primer lugar, no quiero mentirte. Nunca. —Toma mis dedos entre los suyos y los besa—. Las mentiras no son una buena base para una relación sólida.

Sonrío como el gato de Cheshire, pero no digo nada. Él está decidido a hablar y no quiero interrumpir. ¡Una relación! ¡Síiiii!

—En segundo lugar, le pregunté a Toni si podía hablar de algo relacionado con su vida personal y me dio su permiso.

—¿Así que no tuviste una relación con ella?

—No como la que tú crees, no. Yo fui su jefe y empleador mientras estaba en libertad condicional. Terminó la libertad condicional hace unos meses. Ahora es completamente libre.

—¿Libertad condicional?

Casi me levanto de un salto al oír eso, pero los fuertes brazos de Ozzie me retienen.

—Sí, libertad condicional. Cumplió condena por un delito.

—Dios... —Me habría venido bien saber eso antes de convertirla en mi enemiga—. ¿Qué fue lo que hizo?

—Mató a alguien. A un hombre.

—Yo... Mmm... —Me cuesta decir lo que estoy pensando—. No me la

imagino haciendo una cosa así. Quiero decir que... es una mujer fuerte y dura, pero nunca me ha parecido una fría asesina.

—Es que no lo es. Fue víctima de violencia doméstica. Un caso muy grave, que comenzó cuando ella tenía quince años. Mató al maltratador durante uno de sus ataques. Fue en defensa propia, pero la condenaron por homicidio.

—¿Por qué?

—Porque ella... Bueno... Hizo un muy buen trabajo al matarlo, vamos a decirlo así.

—Vaya... —Por supuesto que siento curiosidad por los detalles, pero no voy a presionar a Ozzie para que me los cuente. Sé el sacrificio que supone esto para la intimidad de Toni, para empezar. Además, no importa. La respeto por defenderse y plantar cara. Me alegro de que lo matara y lo rematara tan bien.

Y al mismo tiempo, me alegro de no haber matado a David Doucet. Provocarle una conmoción cerebral ya ha sido suficiente. No creo que fuera capaz de acabar con la vida de una persona sin pasarme el resto de la mía atormentándome por haberlo hecho. Tal vez por eso Toni parece siempre tan hostil. Tal vez a ella también le está costando asimilar todo eso. Reafirmo mi determinación de convertirme en su amiga, ahora que sé que definitivamente me quedaré aquí, con los Bourbon Street Boys, y que no se acostó con mi novio.

—¿Eres mi novio, Ozzie? —Me siento como un idiota al preguntarlo, pero necesito saberlo.

—¿Quieres que lo sea?

—Sí, pero no importa lo que yo quiero. Tenemos que quererlo los dos.

Se ríe entre dientes.

—Yo también quiero.

—Pero no quiero que los compañeros de trabajo lo sepan.

—Por mí bien. No me importa que lo sepan o no.

—Porque no sería profesional.

—¿Qué es lo que no sería profesional? —pregunta, rodando para colocarse encima de mí.

—Ponernos en plan íntimo. En el trabajo. —No puedo dejar de sonreír ante su hermoso rostro.

Se inclina y me besa con delicadeza en los labios.

—Estoy completamente de acuerdo.

Deslizo las manos por su espalda y me regodeo en todos los músculos que palpo.

—Entonces deberías dejar de besarme.

Me besa de nuevo en los labios.

—Esto no es el trabajo. Esta es mi casa.

Echo un vistazo a la puerta.

—Estoy segura de que Dev y Thibault están justo al otro lado de esa puerta.

—Están en la cocina, a diez metros de esa puerta. Y tienen prohibido pasar más allá de la cocina.

—¿Ese es el límite? —pregunto, bromeando.

—Pues la verdad es que sí. Nadie salvo tú se interna más allá de la cocina.

—¿Ni siquiera Toni? —Me siento tonta preguntándolo, pero lo hago de todos modos. Por lo visto, es como si aún estuviera en el instituto.

—Ni siquiera Toni.

Lo abrazo con fuerza, atrayéndolo hacia mí.

—Te quiero, osito mío.

—¿Y si vuelvo a dejarme la barba?

Arrugo la cara mientras intento contener la risa.

—No pongamos a prueba mi amor tan pronto, ¿de acuerdo?

Lanza un gruñido y entierra la cara en mi cuello.

—Ahora vas a saber lo que es bueno, jovencita.

Me río mientras trato de zafarme de él.

—¡No! ¡La barba de las cinco de la tarde contra mi mejilla, no, por favor...!

Restriega la cara contra mí hasta que empiezo a gritar.

—¡Chist! La gente va a pensar que nos estamos poniendo en plan íntimo en el trabajo —dice en un susurro.

Lo sujeto por ambos lados de la cabeza y le lanzo una mirada asesina.

—Te estás burlando de mí. No lo hagas.

Dejo de mirarlo con furia y sonrío. Me encanta que sea tan bromista y juguetón, pero solo conmigo. Todos los demás lo ven como un hombre grande y serio, un soldado que nunca bromea, pero yo sé quién es en realidad: un osito de peluche gigante capaz de hacer cualquier cosa para proteger a las personas a las que quiere.

—¿Me quieres? —le pregunto, mirándolo a los ojos.

—¿A ti qué te parece? —Me sonrío, inclinándose para besarme otra vez.

Vuelvo la cabeza hacia un lado para que no pueda alcanzarme.

—Creo que será mejor que me lo digas si no quieres que vuelva a mi casa esta noche.

Se ríe a carcajadas y da una voltereta, arrastrándome con él. Ahora estoy sentada a horcajadas sobre él.

—Te quiero, Pastorcilla. Espero que puedas asimilarlo.

Bajo la mano y le aprieto la hendidura de la barbilla.

—Deja de llamarme por ese nombre estúpido.

No puedo enfadarme en serio con él. Acaba de confesar su amor por mí. Un amor que yo ya sabía que estaba allí en cuanto lo vi correr por el camino de entrada de mi casa para salvarme la vida.

—¿Qué te parece Caperucita Roja? —pregunta—. ¿Te gusta ese nombre?

Me agacho y le agarro un pezón, a punto para retorcérselo.

—¿A ti qué te parece?

Levanta las manos.

—¡Por compasión! Te pido misericordia. Te llamaré como tú quieras, pero no me lo retuerzas.

Aflojo la presión y me echo hacia atrás, satisfecha.

—Creo que me gustaría que me llamaras...

De repente se incorpora y vuelve a tumbarme de espaldas. Encima de mí, veo en sus ojos el mismo brillo tan sexi de la otra noche. Un latigazo de electricidad me recorre todo el cuerpo mientras espero sus próximas palabras.

—Te voy a llamar «Mía». May *Mía* Wexler.

—No creo que eso le siente muy bien al equipo.

—Me da igual. Eres mía y consigo lo que quiero.

Yo también le dedico una mirada maliciosa.

—¿Y qué es lo que quieres, jefe?

Se aparta y se acuesta de lado, apoyando la cabeza en la mano.

—Quiero... que te quites toda la ropa.

—¿Y si tengo demasiadas agujetas para hacerlo?

—Seré delicado.

—¿Y si tengo demasiado miedo?

—Te tranquilizaré.

—¿Y si me preocupa que me rompas el corazón?

—Te demostraré que estás loca si piensas eso. —Se me acerca y pone la mano en mi mejilla—. Yo no le digo a cualquiera que la quiero, ¿sabes?

—¿Ah, no?

—No. Solo a las chicas que quiero que se queden conmigo. Ahora, levántate y quítate la ropa antes de que pase algo muy malo.

Tengo que morderme el labio para no sonreír demasiado.

—¿Algo muy malo? ¿Como qué?

Lanza un gruñido y rueda sobre la cama hasta colocarse encima de mí. Me arranca una risa que nace de lo más hondo de mi ser y lo rodeo con mis brazos. Voy a nadar hasta ahogarme en lo que sea que me ofrezca esta noche y a despertar mañana en sus brazos. He tomado mi decisión. Llegó a mi vida por un número equivocado, pero, definitivamente, es el hombre perfecto.